

GILES BLUNT

Cuarenta maneras de decir dolor



Lectulandia

En Algonquin Bay, una pequeña ciudad canadiense, han desaparecido cuatro adolescentes sin dejar rastro. La policía abre una investigación, que pronto se revela infructuosa. El único que se resiste a abandonar el caso es el solitario y tenaz detective John Cardinal. Tendrá que darse prisa, porque quizá esté en juego la vida de otros inocentes.

Lectulandia

Giles Blunt

Cuarenta maneras de decir dolor

John Cardinal 01

ePub r1.0

eKionh 13.03.14

Título original: *Forty Words for Sorrow*

Giles Blunt, 2000

Traducción: Claudio Molinari

Editor digital: eKionh

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

En memoria de Philip L. Blunt

Oscurece pronto en Algonquin Bay. Si se conduce hasta el aeropuerto a las cuatro de una tarde de febrero, al regresar, apenas media hora después, las calles de la ciudad centellean en la oscuridad con destellos de pista de aterrizaje. Acaso el paralelo cuarenta y seis no esté tan al norte como suele creerse; algunos territorios estadounidenses se extienden más hacia el norte todavía, e incluso Londres se encuentra unos grados más cerca del Polo Norte. Pero el lugar que ahora nos ocupa está en Ontario (Canadá) y en febrero Algonquin Bay es la encarnación misma del invierno: la bahía queda aislada por la nieve y oprimida por el silencio. Y hace mucho, mucho frío.

John Cardinal regresaba del aeropuerto, donde acababa de presenciar el embarque de su hija Kelly en un vuelo a Estados Unidos con escala en Toronto. En el coche aún flotaba su olor, o al menos el perfume que desde hacía poco se había convertido en su seña de identidad: Rhapsody o Ecstasy o algo por el estilo. Para Cardinal, separado de su mujer, y ahora también de su hija, aquella fragancia olía a soledad.

Los muchos grados bajo cero del exterior habían aprisionado al automóvil en sus garras invernales. Las ventanillas del Toyota Camry se habían cubierto de escarcha por ambos lados, y Cardinal tenía que rasparlas constantemente con una espátula de plástico que de poco servía. Enfiló hacia el sur por Airport Hill, torció a la izquierda en la carretera de circunvalación, y a la izquierda otra vez para tomar Trout Lake Road, desde donde se dirigió nuevamente al norte, hacia su hogar.

Su hogar, si podía llamársele así cuando ni su mujer ni Kelly lo esperaban, era un pequeño chalé de madera en Madonna Road, el más pequeño de entre todos los chalés que, como piedras de un broche, trazaban una media luna a lo largo de la orilla norte de Trout Lake. Según el agente de la inmobiliaria, la casa de Cardinal estaba acondicionada para el frío invernal, pero aquel término, «acondicionada», había demostrado ser un concepto relativo. Kelly, por ejemplo, aseguraba que podía almacenar helado en su habitación.

La entrada se hallaba oculta por dos lomas de nieve de un metro y medio, por lo que Cardinal no advirtió la presencia de otro coche que le obstaculizaba la entrada hasta que estuvo a punto de hundir en él su maletero. Era uno de los automóviles sin distintivo del trabajo, de cuyo tubo de escape brotaban bocanadas inmensas y pálidas de dióxido de carbono. Cardinal se resignó y aparcó junto al bordillo al otro lado de la calle. Lise Delorme, única integrante de la Brigada de Investigaciones Especiales de la Policía de Algonquin Bay, salió del vehículo y vadeando el humo del motor se acercó hasta él.

Pese a lo que los burócratas han dado en llamar «grandes pasos en aras de la

igualdad laboral», el Departamento de Policía continuaba siendo un bastión de masculinidad recalcitrante, y en su seno la opinión general era que Lise Delorme resultaba demasiado..., demasiado lo que fuera para el puesto. Si uno quería trabajar o concentrarse, lo cierto es que semejante distracción no era de gran ayuda. No es que Delorme poseyese la belleza de una estrella de cine no la tenía, pero, tal y como a McLeod le gustaba repetir, había algo en su manera de mirar; y por una vez en su vida McLeod tenía razón. Delorme cultivaba la inquietante costumbre de fijar la mirada durante un espacio de tiempo demasiado largo. Posaba aquellos ojos graves de color café en los de su interlocutor durante una fracción de segundo más de lo necesario. Meterle la mano por el cuello de la camisa no habría sido muy distinto.

Para ser sucinto, Delorme era lo más terrible que podía ocurrirle a un hombre casado. Además, Cardinal tenía otras razones para temer a su compañera.

—Estaba a punto de largarme —dijo ella. La mayor parte del tiempo, su impredecible acento francófono apenas se percibía, pero de pronto desaparecían las consonantes finales y en sus frases aparecía algún sujeto innecesario—. Intenté llamarte, pero tú no cogías el teléfono y el contestador no funciona.

—Lo apagué —respondió Cardinal—. Por cierto, ¿qué diablos haces aquí?

—Dyson me dijo que viniera a buscarte. Han encontrado un cadáver.

—No es asunto mío. Ya no trabajo para Homicidios, ¿recuerdas?

Cardinal intentó expresar los hechos fríamente, pero hasta él mismo percibió el resentimiento de su propia voz.

—¿Te importa dejarme entrar en mi casa, sargento?

Lo de sargento lo dijo sólo para irritarla. Dos detectives del mismo rango solían utilizar entre ellos sus nombres de pila, salvo que estuvieran presentes civiles u oficiales de rango inferior.

Delorme, que se encontraba entre su coche y uno de los montículos de nieve, se hizo a un lado para que Cardinal pudiese llegar al portón del garaje.

—Pues creo que Dyson quiere que vuelvas.

—Me da igual. ¿Sería mucha molestia que quitaras tu automóvil para aparcar el mío? Si Dyson no tiene nada que objetar. Además, ¿por qué te ha mandado? ¿Desde cuándo estás en Homicidios?

—Habrás oído que he dejado Investigaciones Especiales.

—No, lo que he oído es que tenías la intención de irte de Especiales.

—Pues me lo han confirmado. Dyson me dijo que tú me enseñarías cómo se hacen las cosas en Homicidios.

—Olvídalo. No me interesa. ¿Quién se encargará ahora de Especiales?

—No ha llegado aún. Se trata de un tipo de Toronto.

—Fantástico —masculló Cardinal—. En el fondo da lo mismo. ¿Te marchas ya? Tengo frío, estoy cansado y me apetece sentarme a cenar en paz.

—Creen que podría tratarse de Katie Pine —dejó caer Delorme, al tiempo que con sus solemnes ojos marrones estudiaba la reacción de su compañero.

Cardinal miró hacia otro lado, fijó la vista en la negrura del lago y en lontananza distinguió los focos de dos motonieves que surcaban en tándem la oscuridad. Katie Pine: trece años. Desaparecida desde el 12 de septiembre; una fecha que él jamás olvidaría. Katie Pine, la chica de la Reserva Chippewa, buena estudiante y un as de las matemáticas. Una niña que él nunca llegó a conocer, pero que aun así deseaba encontrar antes que a ningún otro adolescente desaparecido.

El teléfono comenzó a sonar dentro de la casa y Delorme echó un vistazo a su reloj.

—Es Dyson. Me ha concedido solamente una hora.

Sin invitar a Delorme a pasar, Cardinal desapareció en el interior de la vivienda. Al cuarto timbrado levantó el auricular. Era el sargento detective Don Dyson, que le arrojaba una perorata con aquel graznido frío de su voz, como si ambos hubieran interrumpido una discusión acalorada hacía tres meses y la acabaran de retomar en aquel preciso instante. Lo cual, en cierta manera, era verdad.

—No perdamos el tiempo hablando de agua pasada —soltó Dyson a bocajarro—. ¿Quiere que me disculpe, Cardinal? Pues me disculpo. Ya está. Asunto zanjado. Hemos encontrado un cadáver en las islas Manitou, y McLeod está en el juzgado, ocupado hasta el cuello con el asunto de los hermanos Corriveau. Así que tendrá que encargarse del caso...

Cardinal sintió el antiguo rencor quemándole por dentro. «Tal vez yo sea un mal policía, pero no por las razones que Dyson cree».

—¿Se ha olvidado de que me apartó de Homicidios? Según usted, sólo sirvo para investigar hurtos y robos con allanamiento.

—Sencillamente le encomendé otras funciones, de eso se ocupa su superior. ¿No es cierto? Dejemos a un lado viejas historias, Cardinal. Agua pasada. Hablaremos en cuanto vea el cadáver.

—«Se escapó de su casa», eso fue lo que usted me dijo. «El caso de Katie Pine no es un homicidio: la chica quiere ver mundo. Ya se ha escapado antes».

—Cardinal, lo asigno de nuevo a Homicidios, ¿de acuerdo? Le pongo al mando de la investigación. Aunque apesto, ésta será su película. Será toda suya. Lógicamente, puede que ni siquiera se trate de Katie Pine. Y quizás incluso usted, detective sabelotodo, debería tener menos ideas preconcebidas acerca de un cadáver que aún no ha visto. Pero si aun así quiere restregarme por la cara el «ya se lo había dicho» que me tiene reservado, puede pasarse por mi despacho mañana, a las ocho. Lo mejor de mi trabajo es que no tengo que salir por la noche, usted sabe que este tipo de llamadas siempre llegan de madrugada.

—Si decido aceptar, no quiero interferencias.

—No depende de mí, Cardinal, lo sabe de sobra. El lago Nipissing es jurisdicción de nuestros estimados hermanos y hermanas de la Policía Provincial de Ontario. Pero aun tratándose de un asunto de ellos, la PPO va a necesitar nuestra colaboración. Tanto Katie Pine como Billy LaBelle desaparecieron de la ciudad, nuestra ciudad, si es que de verdad fueron raptados. «Si decido aceptar...», vaya jeta la suya, Cardinal.

—Si todo el mundo va a meter las narices en la investigación prefiero seguir en Robos.

—Diga al forense que lo eche a cara o cruz —siseó Dyson antes de colgar.

Cardinal gritó a Delorme que entrara, pero ella se había adelantado. Estaba de pie, visiblemente incómoda, en el umbral de la cocina.

—¿De qué Manitou se trata?

—Windigo, la del pozo de entrada a la mina.

—Iremos en coche, ¿de acuerdo? ¿Aguantará el hielo el peso de un camión?

—¿Bromeas? En esta época del año, el grosor del hielo aguantaría un tren de carga.

Delorme señaló con su mitón el lago Nipissing.

—Abrígate bien —le aconsejó—. Con el viento que sopla procedente del lago hace un frío que pela.

Desde los muelles del Puerto del Gobierno hasta las islas Manitou, a trece kilómetros al oeste, se extendía una pista abierta a golpe de quitanieves que atravesaba el lago como una cinta de raso de un azul pálido. Los moteles de la costa despejaban la superficie congelada de sus letreros para atraer a los pescadores que, como los esquimales, practicaban agujeros en la capa de hielo. Aunque apenas entrañaba peligro alguno circular en un coche o incluso en un camión por la superficie helada del lago en el mes de febrero, no era recomendable avanzar sobre ella a más de veinte kilómetros por hora. Los cuatro vehículos, cuyos faros iluminaban las ventiscas de nieve formando cónicas y luminosas composiciones cubistas, parecían desplazarse a cámara lenta.

En el interior del primer vehículo de la caravana, Cardinal y Delorme guardaban silencio. De vez en cuando, ella alargaba el brazo para retirar del parabrisas el hielo que obstaculizaba la visión a su compañero. La escarcha se despegaba en jirones que caían convertidos en rizos para luego derretirse sobre el salpicadero y sus regazos.

—Se parece bastante a alunizar —dijo ella con una voz apenas audible a causa del gruñido de la caja de cambios y el zumbido de la calefacción.

A su alrededor la nieve caía incesantemente, en una variedad de tonos que iban desde el blanco hueso hasta el gris ceniza, y que en las hondonadas y los bordes del camino alcanzaba el malva oscuro.

Cardinal observó por el retrovisor la procesión que le acompañaba: el automóvil del juez de instrucción, iluminado por los faros de la furgoneta de los peritos, a la que seguía, cerrando la comitiva, el cuatro por cuatro de la Patrulla de Caminos.

En pocos minutos el perfil fiero y abrupto de la isla Windigo apareció ante los faros. Era un islote ínfimo que no superaba los trescientos metros cuadrados, y según recordó Cardinal, que había navegado aquellas mismas aguas durante el verano, la estrecha franja de playa que la rodeaba no era mucho más que un ribete pedregoso. El cobertizo que indicaba la entrada a la mina sobresalía entre los pinos como la torreta de un barco. La luna proyectaba sombras perfectamente definidas que parecían saltar y temblar a medida que la caravana se aproximaba.

Uno tras otro, los vehículos aparcaron en una línea recta. El conjunto de faros proyectó una muralla de luz cegadora que se vio rodeada de la oscuridad más absoluta.

Con aquellos voluminosos abrigo de plumas y las botas inmensas y torpes, Cardinal y los otros parecían un grupo de astronautas sobre el hielo flexionando constantemente las piernas para mitigar el frío. Eran ocho: Cardinal y Delorme; el juez de instrucción, el doctor Barnhouse; los peritos Arsenault y Collingwood; los

agentes de la Patrulla de Caminos Larry Burke y Ken Szelagy, enfundados en sus anoraks azules, y el conductor de otro de los coches particulares, el último en llegar, Jerry Commanda, de la PPO. La Policía Provincial de Ontario supervisaba la Patrulla de Caminos y prestaba todos los servicios policiales a los asentamientos que no contaban con policía propia. Los lagos y las reservas indias también se hallaban bajo su responsabilidad. Pero con Jerry no hacía falta preocuparse por disputas jurisdiccionales.

Los ocho formaron un círculo casi completo, cuya sombra se alargaba debido al efecto de los faros.

Barnhouse, el juez de instrucción, fue el primero en hablar.

—¿No debería usted llevar un cencerro al cuello? —le espetó a modo de saludo a Cardinal—. Ya sabe, como los leprosos.

—Es que me estoy curando —repuso Cardinal.

Barnhouse era un tipo belicoso, con aspecto de bulldog. Su constitución era la de un luchador: cuello grueso, espalda ancha y el centro de gravedad a ras del suelo. Quizá para compensar todo aquello asumía una actitud altanera.

Con un gesto de la barbilla, Cardinal señaló al tipo alto que había quedado fuera del círculo.

—¿Conoce a Jerry Commanda?

—¿Que si lo conozco? Estoy harto de él —bramó Barnhouse—. El señor Commanda trabajó en la ciudad, hasta que decidió volver a sus raíces.

—Ahora estoy con la PPO —respondió Jerry conteniéndose—. Hay un cadáver en medio del lago. Imagino que querrá preparar una autopsia, ¿verdad, doctor?

—No hace falta que me explique mi trabajo. ¿Dónde está el heroico policía que descubrió el fiambre?

Ken Szelagy dio un paso al frente.

—No lo descubrimos nosotros. Fueron unos chavales, a eso de las cuatro. Larry Burke, ese de ahí, y yo atendimos la llamada. Cuando vimos de qué clase de crimen se trataba, acordonamos la zona y dimos el aviso. Por lo visto, McLeod se encontraba en el juzgado, así que llamamos al sargento detective Dyson. Imagino que fue él quien envió aquí al detective Cardinal.

—El talentoso señor Cardinal —murmuró con ambigüedad Barnhouse—. Por ahora nos las apañaremos con las linternas. No quiero armar un revuelo colocando focos y demás.

Cardinal se dirigió hacia las rocas de la orilla y estuvo a punto de decir algo, pero Jerry Commanda le leyó el pensamiento.

—En fila india, señores.

—No soy un señor —apuntó Delorme con acritud desde la profundidad de su capucha.

—Vale, pero difícil de apreciar en este instante, ¿no crees? —respondió Jerry.

Con un movimiento de mitón, Barnhouse indicó a Burke y a Szelagy que encabezaran el grupo. Durante los minutos siguientes, las botas crujieron sobre la gruesa capa de hielo compacto. Navajazos de frío parecían abrir tajos en la cara de Cardinal. Lejos, más allá de las rocas, una hilera de luces centelleaba a lo largo de la orilla del lago: la Reserva Chippewa, el territorio de Jerry Commanda.

Al llegar a la alambrada que rodeaba el cobertizo de la bocamina, Szelagy y Burke esperaron a los demás.

Delorme dio un codazo amortiguado a Cardinal y apuntó hacia un objeto pequeño a metro y medio de la verja.

—¿Rompisteis el candado, muchachos? —inquirió Cardinal.

—No, lo encontramos así —contestó Szelagy—. Creímos que sería mejor dejarlo como estaba.

—Los chavales dijeron que ya estaba roto —añadió Burke.

Delorme sacó una bolsita de plástico del bolsillo, pero Arsenault, que como buen perito siempre iba preparado, sacó una de papel y se la alcanzó.

—Usa una de éstas. Cualquier cosa mojada se deteriora envuelta en plástico.

Cardinal se alegró de que aquello hubiera sucedido pronto y que hubiese sido otro el encargado de parar los pies a Delorme. Era una buena investigadora, se había ganado el puesto en Investigaciones Especiales por haber enviado a la cárcel a un ex alcalde y a varios concejales gracias a un trabajo exhaustivo que había llevado adelante ella sola. Pero nunca había trabajado en la escena de un crimen. A partir de ahora, Delorme se andaría con más cuidado, y Cardinal lo prefería así.

Uno tras otro, los policías pasaron por debajo de la cinta amarilla y, siguiendo los pasos de Burke y Szelagy, rodearon el cobertizo. Szelagy señaló unas tablas sueltas.

—Cuidado al entrar, hay un escalón de casi un metro, el resto es puro hielo.

En el interior del cobertizo destartado, los haces de las linternas formaron un círculo de luz discontinuo en el suelo. El viento silbaba por entre las rendijas como en una película de terror.

—¡Dios santo! —susurró Delorme.

Tanto ella como los demás habían visto muertos en accidentes de tráfico, algún que otro suicidio y numerosos ahogados, pero ninguna de aquellas experiencias los había preparado para esto.

A pesar de que temblaban de frío, una quietud intensa se instaló entre los miembros del grupo. Fue como si hubieran empezado a rezar; sin duda, más de uno lo había hecho. La imaginación de Cardinal se alejó momentáneamente de lo que tenía a sus pies. Se remontó al pasado, hacia la imagen de Katie Pine sonriendo en una foto escolar; y luego al futuro, hacia el momento en que tuviera que dar la noticia a la madre de la niña.

El doctor Barnhouse abordó el asunto con profesionalidad.

—Estamos ante los restos congelados de un adolescente... ¡Coño!

Dio unos golpes a la grabadora, apenas perceptible dentro de la manopla.

—Siempre se jode cuando hace frío. —Carraspeó antes de proseguir con tono declamatorio—: «Estamos ante los restos congelados de un adolescente. La descomposición y los daños causados por animales salvajes impiden en este momento determinar el sexo de la Víctima. El torso está desnudo y la parte inferior del cuerpo parcialmente cubierta por unos vaqueros. Faltan el brazo derecho y el pie izquierdo. La cara ha sido desfigurada por las mordeduras de las alimañas. Falta el maxilar inferior». Qué horror —dijo—, no es más que un crío.

Cardinal creyó percibir un temblor en la voz de Barnhouse. Qué diablos, él tampoco apostaría a que su propia voz no lo fuera a traicionar. No era sólo el estado del cadáver lo que les afectaba —todos habían visto cosas peores—, sino que los restos se hallaban perfectamente conservados en un bloque rectangular de hielo translúcido e impoluto de unos veinte centímetros de espesor. Las cuencas los miraban a través del hielo, perdidas en la negrura que envolvía a los investigadores. Uno de los ojos había sido arrancado y descansaba sobre un hombro; del otro no había ni rastro.

—«La cabellera, negra y larga hasta los hombros, ha sido desprendida del cráneo. La pelvis anterior denota estrías, lo que sugiere que la víctima es del sexo femenino, aunque es imposible asegurarlo sin un examen más minucioso, lo cual queda descartado, pues el cadáver se halla incrustado en un bloque de hielo como consecuencia de las condiciones específicas del lugar».

Con el haz de su linterna, Jerry Commanda apuntó por encima de las cabezas hacia el techo de tablas ásperas, y de nuevo al hueco de cemento donde se encontraba el cuerpo.

—El techo gotea que da miedo. Hasta puede verse el hielo que se filtra desde el exterior.

Sus acompañantes dirigieron sus linternas a las finas hebras de hielo alojadas entre tabla y tabla. Una vez más, las sombras se desplazaron sobre la pared y los haces volvieron a iluminar las cuencas vacías.

—Debió de haber ocurrido durante aquellos tres días de diciembre, cuando se derritió todo —conjeturó Jerry—. No me sorprendería que ahí debajo hubiese un sumidero y que el cuerpo lo haya obstruido. Al derretirse el hielo, el hueco se llenó de agua. Luego la temperatura volvió a bajar y se congeló de nuevo.

—Parece encapsulado en ámbar —dijo Delorme.

Barnhouse continuó con su resumen final.

—«No se han encontrado prendas de ropa sobre el cuerpo ni en los alrededores, con excepción de los vaqueros que...». Pero eso ya lo he dicho, ¿verdad? Sí, estoy

seguro de haberlo dicho. «Los tejidos de la región abdominal están desgarrados por completo, faltan todas las vísceras y la mayoría de los órganos principales. Es imposible afirmar si se debe a un trauma peri mórtem o a la actividad animal post mórtem. Hay porciones visibles de pulmón: los lóbulos superiores del izquierdo y el derecho».

—Katie Pine —dijo Cardinal.

No había sido su intención decirlo en voz alta, pues sabía que provocaría una reacción. Y llegó como un trueno.

—Espero que no esté afirmando que reconoce a la pobre chica por su foto del instituto. Hasta que se compare la dentadura de la mandíbula superior con su odontograma no habrá una identificación positiva.

—Gracias, doctor —respondió imperturbable Cardinal.

—El sarcasmo sobra, detective. Se esté curando usted de su lepra o no, no voy a tolerar su sarcasmo.

Barnhouse posó sus ojos tristes sobre el objeto inanimado que yacía a sus pies.

—«Las extremidades, las que quedan, se encuentran casi descarnadas, pero me arriesgaría a decir que el cuerpo sufrió una fractura en el radio del brazo izquierdo».

El juez de instrucción dio un paso atrás alejándose del borde del hueco y cruzó, beligerante, los brazos sobre el pecho.

—Señores, y señorita, abandono esta investigación, ya que está claro que requerirá los servicios del Centro de Medicina Forense. Y dado que el lago Nipissing es jurisdicción de la Policía Provincial de Ontario, pongo la investigación oficialmente en sus manos, señor Commanda.

Jerry no tardó en responder:

—Si se trata de Katie Pine, la investigación corresponde a Algonquin Bay.

—Pero Katie Pine seguramente es una de los suyos. Una chica de la reserva.

—Fue raptada del parque de atracciones próximo a Memorial Gardens, lo que lo convierte en un caso de la ciudad, un caso de Cardinal. Lo ha sido desde el momento en que la muchacha desapareció.

—No obstante —perseveró Barnhouse—, mientras no se identifique fehacientemente a la víctima se lo encargo a usted.

—De acuerdo, doctor —concluyó Jerry—. Es todo tuyo, John. Sé que es Katie.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —insistió el juez, señalando la masa informe con su grabadora—. Fíjese, de no ser por la ropa, ni siquiera parecería un ser humano.

Cardinal habló lenta pero claramente:

—Katie Pine se fracturó el radio del brazo izquierdo mientras aprendía a montar en monopatín.

Barnhouse se había marchado y los dos uniformados aguardaban en el cuatro por

cuatro de la Patrulla de Caminos. Los cinco restantes se apretujaron en el interior de la furgoneta de los peritos. Cardinal tenía que gritar para hacerse oír por encima del rugido de la calefacción.

—Nos hará falta bastante cuerda: a partir de este momento, la isla entera será considerada la escena del crimen y, por lo tanto, también de la investigación. No hemos hallado indicios de sangre en la bocamina, por lo que es improbable que el crimen haya sido cometido en este lugar. Aquí se deshicieron del cadáver, nada más. Aun así, no quiero a curiosos en motonieves pasando a toda velocidad por encima de las posibles pruebas, así que tendremos que acordonar la isla. Que no pase nadie.

Delorme le alcanzó el móvil.

—He llamado al Centro de Medicina Forense. Es Len Weisman.

—Len, tenemos un cuerpo congelado en un bloque de hielo macizo. Una adolescente; probablemente se trate de un homicidio. Si logramos seccionar el bloque de hielo y te lo enviamos entero en un camión refrigerado, ¿podrás encargarte de la autopsia?

—Claro. Tenemos unos Congeladores de reóstato variable. Podemos controlar la temperatura y derretirlo escalonadamente para salvar cualquier cabello o fibra que pudieran ser útiles.

Escuchar un acento de Toronto en semejante paisaje lunar rayaba en lo surrealista.

—Estupendo, Len. Cuando el camión esté a punto de partir, te llamaremos para confirmar a qué hora llegará.

Cardinal devolvió el teléfono a Delorme.

—Arsenault, tú eres el perito experto. ¿Cómo nos la llevamos de aquí?

—Cortar el bloque de hielo no supone ningún inconveniente. Lo que sí lo será es separar el hielo del cemento al que se ha adherido.

—Llama a alguien de la ciudad para que lo haga, allí siempre están cortando cemento. Y vosotros anulad vuestros compromisos, habrá que examinar lo que esconda toda esta nieve.

—Pero ¡la mataron hace meses! —exclamó Delorme—. Rastrear en la nieve no nos aportará nada nuevo.

—Eso no lo sabemos. ¿Alguien tiene un buen contacto en el Ejército?

Collingwood levantó la mano.

—Diles que necesitamos una tienda inmensa, del tamaño de una carpa de circo. Que cubra la isla. Si hay algo que no nos hace falta es más nieve sobre el terreno. Y también necesitamos un par de calefactores, de los que se usan para calentar los hangares. Derretiremos la nieve y veremos qué hay debajo.

Collingwood, de pie junto a la salida de la calefacción del coche, asintió con la cabeza. De su guante brotaba una nube de vapor húmedo.

Acordonar el perímetro de la isla y organizar la vigilancia de veinticuatro horas llevó mucho más tiempo de lo que cualquiera hubiese calculado. Todo lo relacionado con la actividad policial lleva más de lo previsto, y cuando Cardinal llegó a casa, a la una de la madrugada, estaba demasiado alterado para conciliar el sueño. Se sentó en el salón con medio vaso de Black Velvet sin hielo ni agua, y apuntó un par de cosas que debería hacer sin falta al día siguiente. Hacía tanto frío en la casa que ni siquiera el whisky lo hizo entrar en calor.

A aquellas horas, Kelly ya habría llegado a Estados Unidos.

Cardinal la había observado en el aeropuerto mientras subía la primera maleta en la báscula de facturación. Antes de que Kelly pudiera alzar la otra, un muchacho que aguardaba detrás en la cola lo hizo por ella. Kelly era una chica guapa y, como todo padre, Cardinal adolecía de cierto prejuicio acerca de la belleza de su hija: creía que a cualquier persona le parecería objetivamente tan encantadora como a él. Y Cardinal sabía que un rostro bonito —un bien tanpreciado como la riqueza o la fama— siempre inducía a los demás a ofrecer su ayuda.

—No hace falta que te quedes, papá —le había dicho ella mientras descendían por las escaleras hacia la sala de espera—. Tendrás cosas más importantes que hacer...

Cardinal no tenía nada importante que hacer.

El aeropuerto de Algonquin Bay había sido diseñado para atender a unos ochenta pasajeros al mismo tiempo, pero rara era la vez que allí se agolpaba una multitud. Había una cafetería minúscula y un quiosco con las últimas ediciones del periódico local, The Algonquin Lode, los periódicos de Toronto y poco más. Padre e hija se sentaron. Cardinal compró The Toronto Star y ofreció una sección a su hija, que la rechazó. La actitud de Kelly le hizo ver que debía guardar el periódico. ¿Para qué quedarse si iba a ponerse a leer?

—¿Ya te has enterado de las escalas? —preguntó—. ¿Tendrás tiempo de llegar a la otra terminal?

—Una eternidad. Pasaré una hora y media en Toronto.

—No es mucho tiempo si tienes que pasar por la aduana norteamericana.

—Me hacen pasar sin siquiera mirarme, papá. Debería dedicarme al contrabando.

—La última vez me dijiste que te habían parado, y que casi no llegas al otro vuelo.

—Fue una casualidad. El oficial de Aduanas era un viejo mandón al que le apetecía dar la lata.

Cardinal se lo imaginaba perfectamente. En algunos aspectos, Kelly se estaba

convirtiendo en el estereotipo de jovencita que lo fastidiaba: demasiado lista, demasiado educada y demasiado segura de sí misma.

—No entiendo por qué no hay un vuelo directo de Toronto a New Haven.

—Kelly, cariño, New Haven no es lo que se dice el centro del universo.

—Es cierto, sólo tiene una de las universidades más importantes del mundo.

Una universidad que le estaba costando a Cardinal una fortuna. Cuando Kelly había acabado su licenciatura en Bellas Artes en York, su profesor de pintura le recomendó matricularse en el curso de posgrado de Yale. Kelly nunca creyó que la aceptarían, ni siquiera cuando se presentó a la entrevista en New Haven con su currículum bajo el brazo. Cardinal se había preparado para negarse en redondo, pero no pudo. «Es la escuela de arte por excelencia, papá. Todos los grandes pintores estudiaron allí. Si uno no va a Yale, mejor será que se dedique a la contabilidad». Cardinal se preguntó si era posible. Yale le hacía pensar en esnobs indolentes paseándose con ropa de tenis, le hacía pensar en George Bush..., pero no en pintura ni en pintores.

Sin embargo, preguntó entre sus conocidos, y era cierto. Aquellos que supuestamente sabían del tema se lo aseguraron. Si uno quería ser tomado en serio en el mercado de arte internacional —lo que en realidad significaba «el mercado norteamericano»—, un máster en Yale era indispensable.

—Papá, vete a casa. No hace falta que te quedes.

—Me apetece, de veras.

El muchacho que había ayudado a Kelly con la maleta acababa de sentarse en la hilera de asientos de enfrente. Sí, Cardinal sabía que en cuanto él se retirara el chico ocuparía su asiento con la velocidad de una bala. Se acusó a sí mismo de ser un padre posesivo y un cabrón por alimentar tantos miedos ridículos acerca de las mujeres de su vida. Los mismos temores lo acechaban cuando pensaba en su esposa, Catherine.

—Me alegra que hayas venido, hija. Especialmente cuando aún no ha acabado el trimestre. Creo que a tu madre le ha hecho mucha ilusión.

—¿De veras? No me había dado cuenta. Parece estar muy ausente.

—Se ha alegrado.

—Pobre mamá. Y tú también, no sé cómo lo aguantas. Yo no vengo casi nunca, pero tú convives con su enfermedad a diario.

—Pues es lo que me corresponde. Ya sabes lo que dicen: «En la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad».

—Un montón de gente ya no cree en eso; tú sí, claro. A veces mamá me asusta, debe de ser muy duro para ti.

—Para ella lo es más, Kelly.

Se quedaron callados. El muchacho sacó una novela de Stephen King, Cardinal simuló leer el Star y Kelly perdió la mirada en la pista de aterrizaje vacía, donde las

luces iluminaban los remolinos de nieve y las ráfagas de viento. Cardinal deseó que cancelaran el vuelo y que su hija se quedase él un par de días más. Pero Kelly había dejado de sentir afecto Algonquin Bay. «¿Cómo es que no te vas de esta ciudad fantasma perdida, dejada de la mano de Dios?», le había preguntado su hija en más de una ocasión. Cardinal había sentido lo mismo en su juventud, pero diez años de servicio en la policía de Toronto lo habían convencido de que la ciudad fantasma, perdida de la mano de Dios, donde él se había criado, tenía sus virtudes.

Finalmente, el avión aterrizó, un Dash 8 de hélices con capacidad para unas treinta personas. En quince minutos habría repostado y estaría listo para despegar.

—¿Tienes bastante dinero? ¿Y si debes hacer noche en Toronto?

—Deja de preocuparte, papá.

La abrazó. Ella atravesó con su equipaje de mano el control de seguridad —dos chicas uniformadas no mucho más mayores que Kelly— y desapareció por la puerta. Cardinal se desplazó hasta la ventana y la observó con arrobamiento mientras cruzaba la pista en medio de la ventisca. El muchacho la seguía como un perrito, el muy imbécil. Pero cuando llegó al aparcamiento Cardinal, mientras despejaba de nieve el parabrisas con su guante, se maldijo por ser tan papanatas y tan celoso, uno de esos padres sobreprotectores que impedían a sus hijas crecer. Era católico. Un católico descreído que, como todo devoto o renegado, poseía la casi jubilosa habilidad de culparse por sus pecados, aunque no los hubiese cometido.

Mientras el whisky descansaba inacabado sobre la mesa de café, Cardinal se había dejado llevar por sus pensamientos. Agarrotado, se puso de pie y se fue a la cama. En la oscuridad, las imágenes comenzaron a rondarle la mente: los faros sobre la superficie helada del lago, el cuerpo congelado dentro del bloque de hielo, el rostro de Delorme. Entonces pensó en Catherine. Y pese a que el estado de su mujer distaba mucho de rayar en la felicidad, la imaginó riéndose. Sí, pronto se marcharían los dos juntos a algún sitio, a algún lugar alejado de las obligaciones policiales y de sus miserias personales, un lugar donde podrían reír.

Don (diminutivo de Adonis) Dyson llevaba sus cincuenta años con vitalidad. El destino lo había dotado de un cuerpo estilizado y enjuto de gimnasta, capaz de ágiles, súbitos e incluso gráciles movimientos. Sin embargo —tal y como se apresuraban en señalar sus subordinados— de adonis Don Dyson tenía muy poco. Lo único que el sargento detective tenía en común con los agraciados efebos de los museos era un corazón frío como el mármol. Nadie sabía si se trataba de una tara de nacimiento o si quince años de trabajo como detective de Homicidios en Toronto habían cubierto de escarcha una disposición ya de por sí glacial. No tenía amigos, ni en el cuerpo ni fuera de él, y quienes habían conocido a la señora Dyson aseguraban que ella hacía que su esposo pareciera un peluche sentimental.

El sargento detective Dyson era quisquilloso, rimbombante, calvo y calculador. Sus dedos, largos y con yemas espatuladas, le reportaban a su vanidad unas ínfulas desmesuradas. Cuando manipulaba su abrecartas o jugaba con una caja de clips, aquellos dedos se tomaban arácnidos. Su cabeza calva, proporcionada cual esfera perfecta, estaba enmarcada por un círculo de pelo de precisión geométrica que bordeaba parietales y nuca. Jerry Comanda lo despreciaba, lo que Cardinal atribuía a su sangre india; aunque lo cierto es que Jerry no toleraba a ninguna autoridad y punto. Delorme aseguraba que en el reflejo de una calva como la de Dyson podría depilarse las cejas, si algún día decidía hacerlo.

Era precisamente aquel globo especular el que se inclinaba hacia Cardinal, que se encontraba sentado en una silla dispuesta a cuarenta y cinco grados en relación con el escritorio de su superior. Sin duda el sargento detective había leído en alguna parte que aquel ángulo mejoraba la relación psicológica entre el líder y su grupo. Dyson era un hombre exacto y tenía razones exactas para todo cuanto hacía. Aparcado en la esquina de su escritorio, en compañía del termo de café descafeinado, un donut glaseado aguardaba a que el reloj diera las diez y media —ni un segundo antes ni un segundo después— para ser ingerido.

En aquel preciso instante, Dyson sostenía el abrecartas entre las palmas, como si se dispusiera a medir con él el escritorio. Cuando finalmente habló, dio la impresión de estar dirigiéndose a la hoja.

—Como usted sabrá, nunca dije que se equivocara. Nunca sostuve que la chica no hubiese sido asesinada, al menos no con tantas palabras.

—No, señor. Sé que no lo dijo —lo aduló Cardinal, quien, ante la irritación, tendía a volverse extremadamente amable, aunque acabó por vencerlo su tendencia natural—. Usted sólo me transfirió a Robos y Hurtos para fortalecer mi espíritu.

—¿Recuerda los gastos? Estamos en la era de los recortes presupuestarios. No

podemos andar por ahí creyéndonos que somos la Policía Montada, no podemos permitirnoslo. Usted dedicó todos sus recursos a un único caso.

—Tres casos.

—Tres, no. Dos, como mucho —corrigió Dyson contando con sus dedos aplanados—. El de Katie Pine se lo concedo. Tal vez pudiera incluir el de Billy LaBelle, pero de ninguna manera el de Margaret Fogle.

—Sargento, con el mayor respeto, la chica no se convirtió en sapo ni tampoco se evaporó.

De nuevo los dedos de Dyson, manicurados para impresionar, enumeraron las razones por las que Margaret Fogle no podía estar muerta.

—Tenía diecisiete años, por lo que era mayor y más avispada que los otros dos. Era de Toronto, no una joven pueblerina. Se había escapado de su casa innumerables veces y, como si todo lo que expongo no fuera suficiente, anduvo por ahí contándole a todo el que quisiera escucharla que esta vez no la iban a encontrar. Es decir, que levantó el campamento con su novio y se largó a Vancouver o a alguna otra maldita ciudad.

—Calgary, pero nunca llegó allí.

«La última vez que la vieron con vida fue en nuestra bendita ciudad —pensó. ¿Es que no lo entiendes, calvorota de mierda? Por Dios, cédeme de una vez a McLeod y deja que me marche».

—¿Por qué se me resiste en este asunto, Cardinal? Ahora que la Unión Soviética se ha disgregado, vivimos en el país más grande del mundo. Tres líneas de ferrocarril suben y bajan por esta pista de hielo que abarca miles de millones de hectáreas. Las tres se cruzan en nuestra humilde bahía. Tenemos un aeropuerto y una estación de autobuses, y cualquiera que quiera atravesar este gigantesco país de los cojones tiene que pasar obligatoriamente por esta pequeña ciudad. Ya no sabemos qué hacer con tanta adolescente fugitiva que nos toca detener. Adolescentes fugitivas, no víctimas de homicidios. Cardinal, usted estaba dilapidando recursos por investigar una fantasía.

—¿Me puedo retirar? —Cardinal quería zanjar el asunto con cordialidad—. Me pareció oír que me habían vuelto a asignar a Homicidios.

—En efecto. No tenía intención de sacar a relucir viejos trapos sucios, Cardinal. De nada serviría. En cuanto a Katie Pine... —Dyson subrayó el comentario apuntando a Cardinal con uno de sus dedos planos—. No había pruebas de haber sido asesinada, ni una, al menos no por aquel entonces, salvo el hecho de que una chiquilla se hubiera extraviado. Y, aunque eso pudiera sugerir algo raro, no hubo pruebas de que se hubiera cometido un crimen.

—Pruebas que sirvieran en un juicio, querrá decir.

—Usted solicitó una cantidad de agentes desproporcionada, recursos

desproporcionados y horas extraordinarias absolutamente injustificables. Las horas extraordinarias por sí solas alcanzaban cifras estratosféricas. Yo no era el único que opinaba así, el jefe me apoyó de forma incondicional.

—Sargento, Algonquin Bay no es tan grande. Si un adolescente se pierde aparecen un millón de pistas, todo el mundo quiere ayudar. Si alguien saca una navaja en el cine, hay que comprobarlo. Si alguien ha visto a un mochilero joven, hay que comprobarlo. Todo el mundo cree haber visto a Katie Pine, en la playa, en el hospital registrada bajo un nombre falso, en una canoa del parque Algonquin. Cada una de esas pistas tiene que ser corroborada.

—Eso fue lo que me dijo entonces.

—Nada de eso fue inútil. A estas alturas debería ser obvio.

—Pero es que por aquel entonces ya no era obvio. Nadie vio a Katie Pine con un desconocido ni tampoco entrando en un coche. De pronto está en el parque de atracciones y, un segundo más tarde, adiós.

—Lo sé. Desapareció de la faz de la tierra.

—Desaparece de la faz de la tierra y usted decide creer, sin mediar prueba alguna, que la han asesinado. El tiempo le ha dado la razón, tanto como pudo haberlo hecho quedar en ridículo. El único hecho innegable era que se había es-fu-ma-do. Un misterio en toda regla.

«Pues sí —pensó Cardinal. La desaparición de Katie Pine es un misterio. Lo lamento muchísimo, me dejé llevar por la fantasía de que la policía de Algonquin Bay tiene la obligación de resolver algún misterio de vez en cuando. Aunque es cierto que la chica era india, y todos sabemos lo irresponsables que son esos indios».

—Seamos realistas —concluyó Dyson, envainando su abrecartas en una pequeña funda y colocándolo paralelo a una regla—. La chica era india. Me caen bien los indios, de verdad. Mantienen una calma prácticamente antinatural. Tienen buen carácter y se llevan muy bien con los niños. Yo sería el primero en afirmar que Jerry Commanda es un agente de primera, pero no nos engañemos, no son iguales que usted y yo.

—Estoy de acuerdo —respondió Cardinal, y lo decía en serio—. Somos completamente diferentes.

—Sus parientes se encuentran desperdigados por todo el maldito país. Esa chica podía estar en cualquier sitio, desde Mattawa hasta Sault Ste. Marie. No había ninguna razón para husmear en cada pozo entablado de cada mina de cada isla perdida en medio de un puñetero lago.

Había miles de razones, pero Cardinal no abrió la boca. No hacía falta; aquella cuestión se encontraba incluida en otra más importante aún.

—La cuestión es que sí registramos el cobertizo de la mina de Windigo. Lo registramos una semana después de que Katie Pine desapareciera. Cuatro días

después, para ser exactos.

—¿Me está diciendo que la ocultaron en algún sitio antes de matarla? ¿Que la retuvieron prisionera?

—Efectivamente —señaló Cardinal reprimiendo las ansias de seguir hablando.

Dyson se estaba ofuscando y Cardinal dejaría que siguiera haciéndolo porque aquello lo beneficiaba. El abrecartas fue extraído de nuevo de su funda, un clip errante fue arponeado, levantado y transferido a una escudilla de latón.

—Por otra parte, —continuó Dyson— quizá la chica muriera en el acto. El asesino pudo haber guardado el cuerpo hasta que tuvo ocasión de abandonarlo en un lugar más seguro.

—Es probable. El Centro de Medicina Forense tal vez pueda decirnos dónde. Enviaremos los restos a Toronto en cuanto avisemos a la madre. Todo indica que se trata de una investigación larga. Voy a necesitar a McLeod.

—Imposible. Se requiere su presencia en el juzgado para llevar el caso de los hermanos Corriveau. Delorme puede echarle una mano.

—Necesito a McLeod, Delorme no tiene experiencia.

—No me venga con prejuicios porque es mujer, porque es francófona y porque, al contrario que usted, ha vivido toda su vida en Algonquin Bay. No pongo en duda que usted haya trabajado diez años en Toronto, pero no me venga con que seis años en Investigaciones Especiales no valen como experiencia.

—No la estoy criticando. Hizo un buen trabajo con el asunto del alcalde. También con el chanchullo del consejo directivo del colegio. Que se dedique a esas investigaciones burocráticas, a los temas delicados. ¿Quién va a encargarse de Especiales si no?

—¿Desde cuándo le importa a usted Especiales? Deje que yo me ocupe de eso. Delorme es un investigadora competente.

—Carece de experiencia en Homicidios. Anoche casi destroza una prueba muy importante.

—No le creo. ¿De qué diablos está hablando?

Cardinal le refirió lo ocurrido con la bolsita de plástico. Sonó como una excusa baladí, le sonó baladí incluso a él mismo.

Dyson clavó la vista en el muro que su subordinado tenía a sus espaldas. Se hizo el silencio, el sargento detective no movió un músculo. Cardinal contemplaba los remolinos de viento y nieve que aparecían y desaparecían por el hueco de la ventana. Tras la conversación, no sabría si lo que estaba a punto de oír era una ocurrencia de su jefe o una salida calculada para sorprenderlo.

—¿No le preocupará que Delorme lo esté investigando a usted, verdad?

—No, señor.

—Me alegro. Entonces sugiero que vaya repasando su francés.

En la década del cuarenta se descubrió níquel en la isla Windigo. El mineral se explotó intermitentemente durante doce años. Durante su apogeo, la mina nunca produjo grandes ganancias ni empleó a más de cuarenta trabajadores; además, su situación en medio del lago convertía el transporte del metal en una pesadilla. Más de un camión rompió la capa de hielo y fue a parar al fondo del lago. Se decía que sobre la mina pesaba la maldición del espíritu atormentado que le dio su nombre. Muchos inversores de Algonquin Bay perdieron su dinero en la empresa, que cerró definitivamente cuando se descubrieron vetas más rentables a unos ciento veinte kilómetros de allí, en la ciudad de Sudbury.

El pozo de la mina, un túnel cavado a plomo, tenía unos ciento setenta metros de profundidad y se extendía otros setecientos lateralmente, por lo que la Brigada de Investigaciones Criminales al completo respiró aliviada cuando se estableció que sólo la bocamina del pozo había sufrido daños, y no el pozo propiamente dicho.

Cuando Cardinal y Delorme llegaron a la isla, el frío ya no podía compararse con el de la noche anterior; la temperatura sólo se hallaba unos pocos grados por debajo del punto de congelación. Lejos, las motonieves zumbaban entre las cabañas de los pescadores. De una nube semejante a una inmensa almohada mugrienta caían lentamente algunos copos de nieve. Ya casi habían acabado de liberar el cuerpo de su encajonamiento.

—Por suerte no ha habido que serrar a través del hielo —les informó Arsenault. A pesar de las temperaturas bajo cero, podían verse gotas de sudor en su cara—. Aplicamos vibraciones al bloque y dieron resultado: pudimos sacarlo en una sola pieza. Eso sí, moverlo nos va a costar mucho trabajo; no podemos hacer llegar una grúa hasta aquí sin destrozar las pruebas que pueda haber en la escena del crimen. Habrá que arrastrarlo hasta el camión en un trineo. Imagino que los patines causarán menos destrozos que un tobogán.

—Bien pensado —dijo Cardinal—. ¿De dónde habéis sacado el camión?

El vehículo, un mastodonte verde de unas cinco toneladas y media con adhesivos negros que cubrían los laterales de la caja, se acercaba marcha atrás hacia el cobertizo de la bocamina. El doctor Barnhouse les había recordado en tono admonitorio que, independientemente de lo mucho que necesitaran un vehículo refrigerado, utilizar un camión de reparto de comestibles para transportar un cadáver infringiría todas las normas de sanidad habidas y por haber.

—Nos lo prestó Kastner, una empresa química. Lo usan para transportar nitrógeno. Lo de cubrir el nombre de la empresa con pegatinas fue idea de ellos. Quisieron ser respetuosos; todo un detalle, en mi opinión.

—Todo un detalle, recuérdame que les dé las gracias.

—¡John! ¡Eh, John!

El que gritaba era Roger Gwynn. Saludaba con la mano desde el otro lado de la cinta amarilla del acordonado. El ser amorfo cuya cara ocultaba una Nikon tenía que ser Nick Stoltz. Cardinal les devolvió el saludo. Aunque tenían más o menos la misma edad cuando estudiaban en el instituto, al periodista de The Algonquin Lode y a él no les unía ningún vínculo de amistad. Gwynn intentaba aventajar a la competencia haciendo gala de sus supuestos contactos. Para Cardinal, ejercer de policía en su ciudad natal tenía sus ventajas, pero en ocasiones sentía cierta nostalgia del relativo anonimato de Toronto. Disputándose el sitio alrededor de Stoltz, el policía avistó un equipo de televisión y, detrás, una silueta diminuta embutida en un anorak rosa con la capucha ribeteada con piel blanca. Seguramente se trataba de Grace Legault, la presentadora del telediario de las seis. Algonquin Bay no tenía canal de televisión propio, recibía todas las noticias de la vecina ciudad de Sudbury, distante unos ciento veinte kilómetros de la bahía. Cardinal ya había reparado en la furgoneta de la cadena CFCD, aparcada junto al furgón de la policía.

—¡Venga, John, concédeme tres segundos! —refunfuñó Roger Gwynn—. ¡Necesito una declaración!

Cardinal se acercó al periodista con Delorme, y se la presentó.

—Ya conozco a la señorita Delorme. Nos presentaron cuando encarceló al señor alcalde. ¿Qué me puedes decir de este asunto, John?

—Es una adolescente, lleva varios meses muerta. Nada más.

—Te lo agradezco, no te imaginas el artículo que podré escribir con eso. Dime, ¿qué probabilidades hay de que se trate de la chica de la reserva?

—No puedo darte más informaciones hasta que reciba los resultados de la autopsia de Toronto.

—¿Podría ser Billy LaBelle?

—No puedo darte más información.

—Venga, John, dime algo. Se me está congelando el culo de esperar.

Gwynn era un tipo desaliñado y regordete, sin modales, sin clase y con aire holgazán. En pocas palabras, un tipo que moriría escribiendo para The Algonquin Lode.

—¿La mataron? Al menos podrás confirmar eso, ¿no?

Cardinal le hizo señas al equipo de la televisión de Sudbury para que se aproximara.

—Acérquese, señorita Legault. No pienso repetir lo que voy a decirles.

Cardinal pasó a informarles de los hechos puros y duros sin mencionar ni la palabra «asesinatos» ni «Katie Pine», y acabó asegurándoles que en cuanto supiese algo más se lo haría saber. Como un gesto de cordialidad, le entregó a Grace Legault una tarjeta suya, pero no percibió ni un destello de gratitud en la mirada escéptica de la presentadora.

—Detective Cardinal —dijo mientras él se alejaba—, ¿conoce usted la leyenda del Windigo? ¿Qué tipo de criatura es?

—Sí, la conozco. Es una criatura mítica.

«Vaya festín se va a hacer con ese comentario», se dijo Cardinal felicitándose. Grace Legault era una profesional muy distinta a Roger Gwynn; ambición no le faltaba.

—¿Ya has acabado? —preguntó a Collingwood cuando Delorme y él entraron de nuevo en el cobertizo.

—Van cinco carretes. Aunque Arsenault dijo que también lo filmásemos en vídeo.

—Arsenault tiene razón.

Bajo el bloque de hielo ya se habían colocado tramos de una red. Con un generador Honda izaron el arnés y el torno hasta su posición. «Una imagen para el álbum de mi vida», pensó Cardinal mientras levantaban a un metro de su lecho de cemento el bloque entero, un ataúd translúcido con un cuerpo mutilado y retorcido en su interior.

—¿No crees que deberíamos cubrirlo? —murmuró Delorme.

—Lo mejor que podemos hacer por ella —respondió Cardinal sin alterarse— es asegurarnos de que todo lo que encuentren los forenses haya estado junto al cadáver antes de que lo descubriéramos.

—He dicho una estupidez, ¿verdad?

—Una estupidez.

—Lo siento.

Un copo de nieve posó sobre su ceja y allí se derritió.

—Es que al ver a así...

—Olvídalo.

Moviéndose de un lado a otro, Collingwood filmaba el bloque de hielo suspendido. Quitó el ojo del visor de la Sony y dijo dos palabras:

—La hoja.

Arsenault escrutó el bloque de hielo.

—Una hoja de arce, al menos eso es lo que parece. Un trozo, más bien.

Los bosques de aquella provincia norteña estaban poblados de pinos, álamos y abedules.

—¿Quién ha navegado estas aguas durante el verano? —inquirió Cardinal.

—Mi mujer y yo hicimos un picnic más o menos en agosto —repuso Arsenault—. Puedo averiguarlo si hace falta, pero si no recuerdo mal, en esta isla no hay más que pinos, píceas y muchos abedules.

—Eso creo yo —continuó Cardinal—. Lo cual confirmaría que no la mataron aquí.

Delorme llamó desde su móvil al Centro de Medicina Forense para avisarles de

que el cuerpo llegaría en unas cuatro horas. Los restos, con hielo y todo, fueron bajados en trineo por la pendiente nevada de la playa hasta el interior del camión.

«Restos», pensó Cardinal. No resultaba la palabra más adecuada.

La sargento Lise Delorme llevaba ya algún tiempo despejando su escritorio de la Brigada de Investigaciones Especiales; un par de meses para ser exactos. No había ningún caso importante pendiente, pero quedaban miles de pequeños detalles por resolver. Debía redactar conclusiones, poner al día órdenes, archivar fichas. Quería dejar todo en perfecto orden para la llegada de su reemplazo, prevista para finales de mes. Sin embargo, la mañana se le había escapado y sólo había conseguido eliminar la información confidencial del disco duro del ordenador.

Delorme estaba impaciente por ponerse a trabajar en el caso Pine, aunque sabía que al mismo tiempo tendría que investigar a su propio compañero. Hasta la fecha, parecía que Cardinal iba a mantener una prudencial distancia, y no lo culpaba por ello. Ella tampoco se habría mostrado amable con alguien de Especiales.

Una llamada telefónica en mitad de la noche: así había comenzado todo. En un primer momento, Lise Delorme creyó que se trataba de Paul, un ex novio a quien cada seis meses le daba por emborracharse y llamar a las dos de la madrugada, llorando con nostalgia. Pero esta vez se trataba de Dyson.

—Habrà una reunión en casa del jefe dentro de media hora. En su casa, no en su despacho. Vístase y espere. Un agente de la Policía Montada la recogerá. No queremos que ciertas personas vean su coche aparcado frente a la casa del jefe.

—¿Qué es lo que pasa?

El sueño le impedía pronunciar correctamente las palabras.

—Se enterará a su debido tiempo, Delorme. Tengo una sorpresa para usted.

—Que sea un vuelo a Florida o a algún otro lugar soleado.

—Nada de eso. Va a dejar Especiales.

Delorme se vistió en tres minutos y se sentó en el borde del sofá con los nervios a flor de piel. Había trabajado en Especiales durante seis años, y en todo aquel tiempo no había sido convocada a medianoche, ni tampoco a casa de su jefe. Así que iba a dejar Especiales...

—Ni te molestes en preguntármelo —le dijo la joven agente de la Montada antes de que Delorme abriese la boca—. No soy más que la chica de los recados.

Delorme se consoló pensando que había sido un bonito detalle enviar a una mujer.

De niña, también ella había llegado a sentir reverencia por la Real Policía Montada de Canadá. Aquellos uniformes color escarlata y aquellos caballos calaron hondo en el corazón de la pequeña Lise. Mantenía el recuerdo indeleble del día que los vio realizar la famosa «cabalgata musical» en Ottawa; era imposible olvidar la belleza de semejante procesión ecuestre. Ya en el instituto, supo de la historia gloriosa del cuerpo, de la gran travesía al oeste. La Policía Montada del Noroeste, así

eran conocidos por aquel entonces, cabalgó miles de kilómetros para poner fin a la violencia en la que se había sumido la región, una violencia originada por la expansión hacia el oeste de Estados Unidos. La RPMC negoció tratados con los aborígenes, echó a los bárbaros asaltantes estadounidenses de nuevo a Montana o a cualquier otro agujero inmundo del que hubieran osado salir, y restableció la ley y el orden antes de que a los pobladores canadienses se les ocurriera rebelarse. La Policía Montada llegó a convertirse en el icono de lo que una fuerza policial íntegra y cabal debía ser y también en la respuesta a las plegarias de cualquier agencia de viajes.

Delorme se tragó aquella imagen edulcorada de cabo a rabo —después de todo, para eso son las imágenes—, y cuando poco antes de cumplir los veinte vio a una mujer —¡una mujer!— vistiendo el uniforme rojo de sarga, se planteó seriamente pedir por correo la solicitud de ingreso.

—Ésos son los hechos, saquen sus propias conclusiones. ¿Alguna pregunta?

—Solamente una —dijo Delorme—. ¿Cómo define usted el termino fidedigno?

El jefe soltó una carcajada, la única de la noche. Nadie oso esbozar una sonrisa.

Habían pasado dos meses desde aquella madrugada. Ahora Delorme introducía documentos en la trituradora de Especiales deseando sin mucho optimismo que su compañero llegara a confiar en ella. Al dirigirse al incinerador para deshacerse de un canasto lleno de tiritas de papel, vio que Cardinal se estaba poniendo el abrigo.

—¿Necesitas que haga algo? —le preguntó.

—No hace falta. Acaban de identificar a la chica por su odontograma. Voy a informar a Dorothy Pine.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe?

—No, gracias. Nos vemos luego.

«Fantástico —se dijo a sí misma Delorme mientras vaciaba el canasto—. Ni siquiera sabe que voy a espiarlo y aun así no me quiere de compañera. Qué gran comienzo».

Para llegar a la Reserva Chippewa hay que bajar Main Street hasta dejar atrás las vías del tren. Después de pasar la residencia St. Joseph (una antigua escuela católica para niñas convertida en asilo para monjas ancianas), hay que torcer a la izquierda en el cruce con la autovía I7. Ninguna señal indica la entrada a la reserva, tampoco se distinguen verjas. Los ojibwa sufrieron tantísimo a manos del hombre blanco en el pasado que encerrarlos ahora carecería de sentido.

Lo más sorprendente de la reserva, pensaba a menudo Cardinal, es que uno ni siquiera se entera de haber entrado. Una de sus primeras novias había vivido allí, y tampoco entonces cayó en la cuenta de que se trataba de un enclave independiente. Las casas prefabricadas, los coches ligeramente abollados aparcados frente a los porches, los perros persiguiéndose unos a otros entre los montículos de nieve, todas aquellas imágenes podrían pertenecer a cualquier barrio de clase media-baja de Canadá. Es cierto que cambiaba la jurisdicción, la policía que vigilaba la zona era la PPO, pero eso no se notaba. Lo único visiblemente distinto al resto de la bahía de Algonquin era que el lugar..., ¿cómo decirlo?..., el lugar estaba lleno de indios. Indios que generalmente se mueven mezclados entre la sociedad canadiense; o mejor dicho: paralelamente a ellos, como espectros silenciosos e invisibles.

«Una nación fantasma —pensaba Cardinal— de cuya existencia ni siquiera somos conscientes». Había aparcado el coche a unos cien metros de la salida de la autovía. Ahora, aprovechando que el día era soleado y espléndido a pesar de los diez grados bajo cero, él y Jerry Commanda caminaban por el borde de la carretera en dirección a un chalé inmaculadamente blanco.

Cuando no estaba enfundado en un anorak, el cuerpo de Jerry dejaba entrever su extrema delgadez, que le daba una apariencia casi frágil. Morfología engañosa, porque resultaba que el policía era además cuádruple campeón provincial de boxeo tailandés. Uno nunca podía llegar a ver lo que Jerry hacía con exactitud, pero lo cierto es que en el curso de una discusión con él, el criminal más curtido aparecía súbitamente en posición horizontal, aullando sin reparos y con una actitud de docilidad extrema.

Cardinal nunca había formado pareja con él, pero McLeod sí, y éste sostenía que de haber vivido dos siglos atrás probablemente habría dado la espalda a sus propios ancestros y se habría enfrentado al hombre blanco luchando al lado de Jerry. Cuando dejó el departamento, el resto de detectives organizó una fiesta en su honor, una fiesta a la que Commanda no asistió por no ser muy amante del sentimentalismo y el alboroto. Pidió el traslado a la policía provincial de Ontario y, aunque podía escoger como destino cualquiera de las poblaciones dentro de la jurisdicción de la policía

provincial, solicitó que se le permitiera trabajar únicamente en las reservas. Recibía por ello la misma paga que la policía municipal, con una sola diferencia que nunca dejaba de recalcar: la excepción del pago de impuestos sobre la renta.

La noche anterior, Jerry irritó a Cardinal al simular no haberse enterado del exilio forzoso de Homicidios al que se había visto sometido. El sentido del humor de Jerry tendía a lo impenetrable. Mostraba un desapego por el otro que dejaba a su interlocutor desarmado, resabio quizá de las innumerables horas de interrogatorios en los que había que cambiar de tema repentinamente. En esta ocasión también cambió de conversación para sacar a relucir el tema de Catherine.

Catherine se encontraba muy bien, le informó Cardinal en un tono que invitaba a su acompañante a cambiar de tema una vez más.

—¿Y qué me dices de Delorme? —prosiguió Jerry—. ¿Qué tal te llevas con ella? Puede llegar a ser muy quisquillosa.

Cardinal le respondió que Delorme también estaba estupendamente.

—Siempre he creído que tiene un cuerpo muy bonito.

Aunque le molestaba admitirlo, Cardinal pensaba igual. Trabajar con una mujer atractiva no entrañaba mayores problemas, al menos mientras Delorme estaba en Especiales y tenía su despacho propio. Sin embargo, era muy distinto tenerla como compañera.

—Lise es una buena persona —comentó Jerry—, y una buena investigadora. Hay que tener agallas para pillar al alcalde como lo hizo ella. Yo me habría acojonado. Pero siempre supe que se cansaría del trabajo de oficina. —Hizo un paréntesis para saludar a un anciano que paseaba un perro—. Aunque quizá te esté investigando a ti.

—Gracias, Jerry. Eso es justamente lo que necesitaba oír.

—Ya funcionan las farolas —dijo Comanda al tiempo que las señalaba—. Ahora podremos ver lo acogedora que se está volviendo la zona.

—He notado que estáis pintando las casas.

—Así es —asintió Jerry—. Es mi proyecto de verano. Al chico que pillo bebiendo le hago pintar toda una casa. Hice que fuera blanco porque resulta más duro. ¿Has probado a pintar una casa de blanco en verano?

—No.

—Te deja los ojos hechos una mierda. Los chicos me odian, pero me trae sin cuidado.

Pero no lo odiaban. Desde que había salido de su casa, tres chicos de ojos oscuros, provistos de patines de hielo y palos de hockey, lo seguían de cerca. Uno de ellos tiró a Cardinal una bola de nieve que le dio en el brazo. Con las manos desnudas, Cardinal compactó la nieve hasta formar una bola y la arrojó, pero el proyectil no se acercó siquiera a su objetivo. Hacía años que no tiraba nada que no fuera la manta de la cama. Se desató una escaramuza y Jerry recibió dos impactos en

su fibroso pecho con absoluta indiferencia.

—Te apuesto diez contra uno a que el pequeñajo ese es pariente tuyo —dijo Cardinal—. Tiene cara de listillo.

—Es mi sobrino. Muy guapo, ¿verdad? Ha salido a su tío.

Sin exagerar, a Jerry se lo podía describir como setenta kilos de belleza.

Los niños parloteaban en ojibwa, idioma del que Cardinal, la pesadilla de cualquier lingüista, no entendía ni una palabra.

—¿Qué es lo que dicen?

—Que tienes pinta de poli, que lanzas bolas de nieve como una nena y que quizá seas marica.

—Qué encantadores.

—Mi sobrino dice que probablemente hayas venido a detener a su tío por haber robado esa mierda de pintura blanca —continuó la traducción en su tono monocorde—: Dicen que eres el poli que vino el otoño pasado; el gilipollas que no pudo encontrar a Katie Pine.

—Te has equivocado de carrera, Jerry. Lo tuyo es la diplomacia.

Más tarde se le ocurrió que quizá Jerry se hubiese inventado aquellos comentarios. Una gracia típica de él.

Los dos agentes rodearon una camioneta lustrosa y se acercaron a la casa de los Pine.

—Conozco bastante bien a Dorothy, puedo entrar contigo.

Cardinal lo rechazó con un gesto.

—Pásate dentro de un rato, si quieres.

—De acuerdo, me pasaré luego. Dime, John, ¿qué clase de persona sería capaz de matar a una niña?

—No mucha gente, por eso atraparemos a quien lo haya hecho. Tiene que ser alguien distinto a los demás.

A Cardinal le habría gustado sentir en su corazón la certeza que había puesto en sus palabras.

Pedir a Dorothy Pine el nombre del dentista de su hija para obtener el odontograma de la niña había sido lo más duro que Cardinal había tenido que hacer en su vida.

La cara de Dorothy Pine, marcada por las cicatrices de un acné feroz, no dejó entrever ni una pizca de dolor. Él era un hombre blanco, representaba a la ley, ¿por qué iba aquella mujer a confiarle su dolor?

Hasta aquel día, su único trato con la policía había sido consecuencia de los esporádicos arrestos de su marido, un tipo cariñoso que cuando estaba ebrio la molía a palos. El marido se había marchado a Toronto a buscar trabajo poco después del décimo cumpleaños de Katie. Sin embargo, mientras se buscaba la vida en un

albergue para vagabundos de Spadina Road, lo único que halló fue el extremo más afilado de una navaja automática.

Al pulsar el timbre, el dedo de Cardinal tembló ligeramente.

Dorothy Pine, una mujer que apenas le llegaba al ombligo, abrió la puerta. Lo miró a los ojos y supo de inmediato por qué había venido. Ella no tenía más niños; no había razón para una visita como aquélla.

—Vale —dijo cuando escuchó que habían encontrado el cadáver de su hija.

Sólo esa palabra «vale», y se dispuso a cerrar la puerta. Caso cerrado. Su única descendencia había muerto. Ningún policía, y mucho menos un policía blanco, iba a serle de ninguna ayuda.

—Señora Pine, me pregunto si me dejaría pasar unos minutos. Hace varios meses que estoy alejado del caso y necesito refrescarme la memoria.

—¿Para qué? Ya la ha encontrado, ¿no?

—Tiene razón, pero queremos atrapar al culpable.

Cardinal tuvo la sensación de que, de no haberlo mencionado él, la idea de perseguir al asesino no se le habría cruzado a Dorothy Pine por la cabeza. Todo lo que le importaba a aquella mujer era la muerte de su hija. La señora Pine se encogió de hombros por seguirle la corriente, y él pasó junto a ella y se adentró en la casa.

El olor a tocino frito flotaba todavía en el pasillo. Era mediodía, pero las cortinas del salón seguían corridas; las estufas eléctricas habían secado el aire y matado las plantas, que colgaban marchitas de la estantería. Reinaba una oscuridad de mausoleo, la muerte se había instalado allí hacía meses y nunca se marcharía.

Dorothy Pine se sentó en una banqueta para los pies frente al televisor, donde *Coyote* perseguía torpemente a *Correcaminos*. Los brazos le colgaban entre las rodillas, sus lágrimas caían como pequeñas explosiones sobre el suelo de linóleo.

Durante todas aquellas semanas en las que intentó descubrir el paradero de la niña —cientos de entrevistas a compañeros de clase, miles de llamadas, miles de pósteres—, Cardinal esperó que Dorothy Pine llegara a confiar en él. Nunca lo hizo. Durante las dos primeras semanas lo llamó diariamente, no sólo identificándose cada vez, sino explicando el porqué de su llamada.

«Me preguntaba si ha encontrado ya a mi hija, Katharine Pine», como si la niña pudiera habersele traspapelado. Y un día, sin más, la mujer dejó de llamar.

Cardinal sacó de su bolsillo la foto de instituto de Katie. La misma que habían usado para imprimir los innumerables pósteres que pegaron en estaciones de autobuses, salas de espera, centros comerciales y gasolineras, y que anunciaban: «Se busca a esta joven». Finalmente, el asesino les respondió que ya no era necesario que buscaran más, pues él la había encontrado. Así que Cardinal colocó de nuevo la foto sobre el televisor de la madre.

—¿Le importaría dejarme volver a echar un vistazo a la habitación de Katie?

La mujer sacudió la cabeza, hubo un estremecimiento en sus hombros y se formó otro pequeño charco en el linóleo. Era viuda y ahora huérfana de una hija. Se dice que, en inuit, el idioma de los esquimales, hay cuarenta maneras de denominar la nieve. Lo que en realidad necesita el ser humano, caviló Cardinal, son cuarenta maneras de definir el dolor. *Sufrimiento. Congoja. Desolación.* Para la madre de aquel hogar vacío, con las palabras existentes no bastaba.

Cardinal anduvo el corto trecho del pasillo hasta el dormitorio. La puerta estaba abierta. Desde el alféizar de la ventana, el ojo de vidrio de un oso amarillo lo observaba. Debajo de las garras raídas del peluche asomaba una alfombra tejida a mano con dibujos de caballos. Dorothy Pine las vendía en Hudson Bay, en la tienda de la calle Lakeshore. El establecimiento (las marcaba a unos ciento veinte pavos, pero Cardinal dudaba que Dorothy viera siquiera un porcentaje mínimo de aquella cantidad. Entretanto, fuera de la casa, una sierra eléctrica mordía un tronco. No lejos de allí graznaba un cuervo.

Reparó en un arcón de juguete que había debajo de la ventana. Lo abrió con el pie y vio que aún contenía los libros de Katie. *Azabache*, novelas de la detective quinceañera Nancy Drew, historias que deleitaron en su niñez a Kathy, su hija.

«¿Qué nos hará creer que somos distintos unos de otros?», pensó.

Abrió la cajonera y se percató de que los calcetines y la ropa interior seguían allí, doblados con maternal esmero.

Un pequeño joyero de juguete, que al abrirse dejaba escuchar una canción de organillo, contenía gran cantidad de bisutería: anillos, pendientes y un par de pulseras, una de cuero y una de cuentas.

Cardinal recordó que, el día de su desaparición, Katie llevaba una pulsera de dijes. En el tocador, apretadas bajo el marco del espejo, aparecieron cuatro instantáneas de fotomatón en las que Katie y su mejor amiga hacían muecas.

Cardinal lamentó no haber aceptado la oferta de Delorme, que se había quedado en la sala de la jefatura metiendo prisa a los forenses. Quizás ella hubiera echado algo en falta en el cuarto de la niña, algo que solamente una mujer notaría.

Varios pares de zapatos acumulaban polvo debajo del ropero, incluso unos de charol, con correa y botón. ¿Cómo los llamaban?, ¿merceditas? Él había comprado unos a su hija cuando cumplió siete u ocho años. Aparentemente, los de Katie provenían del Ejército de Salvación; aún tenían el precio escrito con tiza en la suela. Pero no había ningunas zapatillas de deporte: el día de su muerte, Katie llevaba unas Nike en la mochila.

Cardinal reparó en una foto de la banda de música del instituto, clavada con una chincheta en la puerta del ropero. Estaba casi seguro de que Katie no formaba parte de ella. La chica era una geniecilla de las matemáticas. Había representado a Algonquin Bay en el torneo de matemáticas provincial y había quedado segunda, en

la pared colgaba una placa que lo atestiguaba.

Se decidió a llamar a la madre, quien acudió unos segundos más tarde con los kleenex hechos jirones en la mano y los ojos rojos de tanto llorar.

—Señora Pine, ¿no es ésa Katie en primera fila? Me refiero a esa chica de cabello oscuro de la fotografía.

—No, ésa es Sue Couchie. Katie solía tontear con mi acordeón, pero no tocaba en ninguna banda. Sue y ella eran muy amigas.

—Sí, ahora me acuerdo. Hablé con ella cuando fui al instituto. Me dijo que se pasaban las tardes mirando el canal de vídeos musicales, y que grababan sus canciones preferidas.

—Sue canta bastante bien. Katie quería parecerse a ella.

—¿Alguna vez fue su hija a clases de música?

—No, pero se moría por tocar en la banda.

Cardinal se encontraba frente a la fotografía que resumía las esperanzas de una niña. La imagen de un futuro que, a partir de ahora y para siempre, nunca dejaría de ser imaginario.

Cuando abandonó la reserva, Cardinal cogió su coche, giró a la izquierda y enfiló hacia el norte, en dirección al Hospital Ontario. Los avances de los fármacos y los recortes del Gobierno habían conseguido vaciar alas enteras de la institución psiquiátrica. Su depósito de cadáveres también hacía las veces de área de trabajo de patología del forense, pero Cardinal no tenía intención de visitar a Barnhouse.

—Hoy su señora se encuentra mucho mejor —le dijo la enfermera de sala—. Duerme bien por las noches y ha comenzado a tomar su medicación. Así que sólo es cuestión de tiempo que se estabilice, al menos ésa es mi opinión. El doctor Singleton hará su ronda dentro de una hora, más o menos; se lo digo por si quiere hablar con él.

—No será necesario, gracias. ¿Dónde está mi mujer?

—En el salón acristalado. Salga por esas puertas dobles y después...

—Gracias, ya sé dónde está.

Esperaba encontrarla perdida dentro del inmenso albornoz que solían ponerle; sin embargo, Catherine Cardinal llevaba los vaqueros y el jersey rojo que él le había guardado en la maleta. Encorvada en una silla contigua a la ventana, sosteniéndose la barbilla como si meditara, Catherine contemplaba fijamente el paisaje nevado y el monte de abedules que conformaban los límites del hospital.

—Hola, cariño. Tenía que ir a la reserva y me dije: «A la vuelta me pasaré a ver a Catherine».

Ella no lo miró. Cuando se encontraba mal, mirar a su esposo a los ojos se convertía en una agonía.

—Supongo que no habrás venido a sacarme de aquí.

—No, todavía no, cariño. Antes habrá que hablar con el doctor.

Al acercarse notó el contorno incierto del carmín sobre sus labios y el rastro del delineador, más negro sobre un ojo que sobre el otro. Cuando se encontraba bien de salud, Catherine Cardinal era una mujer hermosa y dulce, de cabello color marrón ceniza, ojos grandes de mirada cariñosa y una risa tímida que a Cardinal le encantaba provocar. Tanto que a menudo pensaba: «Debería hacerle reír más, debería alegrarle más la vida a esta mujer». Pero en la época de su última recaída, él había sido trasladado a Robos y pasaba la mayor parte del día con un humor de perros. Vaya alegría.

—Tienes buen aspecto, Catherine. No creo que debas quedarte mucho más esta vez.

La mano de ella no cesaba de moverse, su índice dibujaba pequeños círculos sobre el apoyabrazos una y otra vez.

—Sé que me convierto en una bruja. No sé cómo sigues viviendo conmigo. Yo ya

me hubiera matado hace tiempo, pero... —se interrumpió sin apartar la vista de la ventana—. Eso no significa que piense como una demente. No soy... ¡Mierda!, ya no sé lo que estaba diciendo.

La palabrota y el movimiento circular obsesivo eran malos augurios. Catherine no decía groserías cuando se encontraba bien.

—Me siento tan patética —reconoció con amargura—. Ni siquiera puedo acabar una frase.

Aquello era consecuencia de la medicación, que troceaba sus razonamientos en unidades pequeñas; quizás a largo plazo ésa fuera su utilidad. El medicamento causaba un cortocircuito en las asociaciones continuas de la mente, en las ideas obsesivas. Con todo, Cardinal sentía cómo el odio brotaba rojo y ardiente, tiñendo el interior de su mujer como oscurece el agua el vertido de una arteria seccionada. Ella seguía dibujando los círculos obsesivos, pero ahora con ambas manos.

—A Kelly le va muy bien —dijo Cardinal con orgullo—. Cuando habla del profesor de pintura parece como si estuviera enamorada de él. Se lo ha pasado muy bien aquí.

Catherine negó con la cabeza un par de veces. Significaba: «Por más que lo intentes, no aceptaré ningún comentario positivo».

—Pronto te sentirás mejor —dijo cariñosamente Cardinal—. Sólo quería verte un rato, lo hice sin pensar. Pensé que podríamos charlar, no tenía intenciones de incomodarte.

Podía sentir que los pensamientos de su mujer se volvían más oscuros. Finalmente, Catherine plegó la cabeza sobre el pecho y con una mano a modo de visera se cubrió los ojos.

—Cath, cariño, escúchame. Te pondrás mejor. Sé que tienes la sensación de que no ocurrirá pronto y de que nada volverá a ser como antes, pero ya hemos pasado por esto y lo volveremos a superar.

La gente cree que la depresión es una de las formas que adopta la tristeza. Y tal vez lo sea cuando se manifiesta de manera leve. No obstante, sería ridículo comparar el desgarramiento de una pérdida o el desasosiego con los ataques imparables y devastadores que sufría Catherine.

—Me siento invadida —había confesado ella—. Me veo envuelta en una nube de gas negro que aniquila toda mi esperanza. Imagínate tus alegrías marchando en fila, dócilmente, hacia el matadero.

«Imagínate tus alegrías marchando en fila, dócilmente, hacia el matadero». Nunca podría olvidar la imagen de su mujer al pronunciar aquellas palabras.

—Tranquila —le dijo en aquella ocasión—. Tranquilízate, cariño, por favor.

Luego posó una mano sobre su rodilla, pero no recibió ni un mínimo destello de respuesta. Cardinal sabía que los pensamientos de su mujer se agitaban en una

voráGINE de odio dirigido a sí misma. Ella se lo confirmaría:

«De pronto, no puedo respirar. El aire de la habitación se desvanece y algo me oprime. Y lo peor de todo es ser consciente del calvario que debe de ser vivir conmigo. Soy como una piedra atada a tu pierna que te arrastra consigo hacia el fondo. Debes de odiarme. Yo me odio».

Pero esta vez no dijo nada. Permaneció con el cuello estirado dolorosamente hacia delante, sin moverse siquiera.

Tres meses atrás, aquella mujer había sido la Catherine de siempre, luminosa, vivaz. Pero gradualmente, como solía suceder en el invierno, su vitalidad se hinchó como un globo hasta volverla maniática. Comenzó a hablar de hacer un viaje a Ottawa y convirtió aquello en su único tema de conversación. Súbitamente, entrevistarse con el primer ministro se tornó una necesidad de vida o muerte. Decía que tenía que devolver un poco de sentido común al Parlamento, que debía explicar a los políticos lo que había que hacer para salvar el país, para salvar Quebec. Nada lograba distraerla de su obsesión. Empezaba a exponérsela a él, su marido, a la hora del desayuno; y eran las últimas palabras que pronunciaba antes de dormirse. Cardinal llegó a pensar que también él acabaría por enloquecer. Más adelante, las ideas de Catherine cobraron un cariz interplanetario; comenzó a insistir en la NASA, en los primeros exploradores de Canadá y la colonización del espacio. No durmió durante tres noches seguidas, durante las cuales escribió obsesivamente en su diario. Entonces llegó la cuenta de teléfono: trescientos dólares en conferencias a Ottawa y Houston (Texas).

El cuarto día de insomnio finalmente descendió a la tierra, trazando una lenta espiral como un avión con uno de sus motores averiado. Bajó las persianas y no salió de la cama durante una semana. Un día, a las tres de la madrugada, Cardinal despertó al oírla exclamar su nombre. La encontró en el baño, sentada en el borde de la bañera. El botiquín estaba abierto. Dentro aguardaban filas y filas de pastillas listas para ser ingeridas, aunque ninguna de ellas fuera particularmente letal.

—Creo que deberías llevarme al hospital —fue todo lo que dijo.

Cardinal lo juzgó una buena señal, nunca antes se había dignado pedir ayuda.

Ahora, sentado junto a ella, sofocado por la calefacción del salón acristalado, Cardinal sufría una cura de humildad ante la magnitud de la desolación de su mujer. Durante un rato trató de entablar una conversación, pero ella permanecía callada. La abrazó y fue como abrazar a una tabla. Su pelo excretaba un olor ligeramente animal.

Con un vaso de papel en una mano y una pastilla en la otra, apareció una enfermera. Viendo que Catherine no cedía ante las peticiones de la enfermera se fue y regreso con una jeringuilla. Cinco minutos más tarde, la paciente dormía en brazos de su marido.

«Los primeros días son los peores —se repetía Cardinal mientras bajaba en el

ascensor—. En menos de una semana, los fármacos le calmarán los nervios y harán que se desvanezca el odio que siente hacia sí misma. Cuando eso ocurra, le asaltarán la tristeza y la culpa —eso suponía él—. Se sentirá exhausta, agotada, triste y avergonzada, pero al menos seguirá viviendo en este mundo». Para él, ella representaba su California particular, con su sol, su vino y su mar azul. Pero, al igual que aquel estado idílico, a ella también la surcaba una falla, y Cardinal temía que algún día un terremoto acabase con sus vidas, pese a cualquier esperanza de recuperación que hubiesen podido albergar.

Hasta el domingo siguiente, Cardinal no tuvo ocasión de revisar y contenido de las investigaciones. Pasó la tarde entera en casa con una pila de fichas de archivo en cuyas etiquetas destacaban los nombres de Pine, LaBelle y Fogle.

Si en una ciudad de cincuenta y ocho mil habitantes un niño perdido es un acontecimiento, la desaparición de dos jóvenes provoca un verdadero revuelo. El jefe Kendall y la comisión eran lo de menos, y tampoco causaban problemas los periodistas de *The Algonquin Lode* o la televisión. Quien verdaderamente daba la lata era la gente de la calle: la ciudad entera se había propuesto no darle un respiro. El otoño anterior, Cardinal no había podido ni salir de compras sin que lo acribillaran a preguntas sobre Katie Pine y Billy LaBelle. Todos tenían alguna teoría y siempre había sugerencias.

Como es natural, aquello también tenía su lado bueno: nunca faltaron voluntarios. En el caso LaBelle, los *boy scouts* rastrearon durante una semana cada centímetro del bosque del aeropuerto. En cuanto al lado malo, los teléfonos de los investigadores nunca dejaron de sonar. La capacidad de la policía local, un cuerpo dotado con pocos efectivos, fue literalmente desbordada por las llamadas de ciudadanos ansiosos por proporcionar nuevas pistas que tarde o temprano habría que investigar. Las fichas se llenaron de informes suplementarios —o «suplementos», como se les llamaba no sin cierto cinismo—. Los suplementos se componían de folios con detalles del seguimiento de las pistas y declaraciones de testigos ocasionales que, cual miles de mapas mal trazados, llevaban invariablemente a callejones sin salida.

Sentado con los pies casi dentro de la chimenea y una cafetera llena de brebaje descafeinado encima de la estufa, Cardinal se dedicaba ahora a descartar material, procurando reducir aquella montaña de información a una cantidad razonable de datos fehacientes, de los cuales esperaba extraer una única idea o al menos el fragmento de una teoría, porque hasta entonces no había logrado descubrir absolutamente nada.

Las amables fuerzas armadas canadienses pusieron a su disposición una tienda lo suficientemente grande para cubrir Windigo, además de dos estufas de las que utilizaban para calentar los hangares del escuadrón local de cazas F-18. De rodillas, como arqueólogos, Cardinal y el resto del equipo peinaron la superficie nevada de la isla dividiéndola en miles de zonas del tamaño de una baldosa. Aquello les llevó casi todo el día. Más tarde, aumentando paulatinamente la potencia de las estufas, derritieron la nieve y examinaron el suelo empapado: un colchón de agujas de pino, arena y piedras. Encontraron latas de cerveza, colillas, aparejos de pesca y trozos de plástico, pero nada de aquello guardaba relación alguna con el crimen.

En el candado no había huellas dactilares.

Aquella fue la primera certeza de Cardinal: la ardua búsqueda no les había proporcionado ni una sola pista.

Katie Pine había desaparecido el 12 de septiembre. Aquel día acudió al instituto y, tras oír la campana, se marchó con dos amigas. Eso decía el primer informe —basado en la llamada telefónica de Dorothy Pine— después venían los «suplementos»: la entrevista de Cardinal con Sue Couchie y la de McLeod con la tercera joven. Las tres amigas fueron al parque de atracciones instalado a las afueras de Memorial Gardens. Cardinal anotó mentalmente aquellos hechos y los clasificó entre los fehacientes.

Las amigas no permanecieron en el parque mucho rato. La última vez que vieron a Katie, estaba lanzando pelotas a unos bolos con la esperanza de ganar un OSO panda inmenso que había llamado su atención, un peluche casi tan grande como ella, quien, pese a haber cumplido ya los trece, no aparentaba más de once.

Sue y la otra chica regresaban de una tienda oscura y pequeña donde madame Rosa les había adivinado el futuro, pero, al llegar al puesto de bolos, Katie ya no estaba. La buscaron y, al no encontrarla, pensaron que se habría cansado de esperar.

Entre los papeles del suplemento, Cardinal halló la entrevista al encargado del puesto de bolos. No, ella no ganó ningún oso y él no reparó en que la acompañara nadie. Y no, no la vio irse. Nadie la vio irse. Como Dyson solía decir, se la había tragado la tierra.

Miles de entrevistas y miles de pósteres más tarde, Cardinal no conocía ni un solo dato más acerca de la desaparición. Katie se había fugado en dos ocasiones a Mattawa, a casa de unos parientes. Pero fueron las violentas borracheras de su padre las que la impulsaron a marcharse y cuando él murió, murieron las ansias de fuga de la niña. Dyson, sin embargo, se había negado a tener en cuenta aquella explicación.

Cardinal se levantó y se dejó caer la bata sobre la ropa. Removió un poco los rescoldos de la estufa y regresó al sillón. No eran más que las cinco pero ya era de noche y tuvo que encender la lámpara de pie. La cadena metálica estaba helada.

Abrió la carpeta de LaBelle.

William Alexander LaBelle: doce años, un metro cuarenta, cuarenta kilos. Un chico muy menudo. Su domicilio en el barrio de Cedargrove revelaba su origen de clase media-alta. Recibió educación católica y asistía a la escuela parroquial. Los padres y familiares quedaban fuera de sospecha por homicidio. Se había fugado antes, pero sólo una vez. A Dyson aquello le bastó para utilizarlo en su contra. «Fíjese bien, Cardinal, LaBelle es el tercer hijo de una familia de triunfadores. No le va tan bien como a sus hermanos, jugadores estrella del equipo de rugby. Sus calificaciones no se pueden comparar con las de sus hermanas, unas luminarias tiene doce años y la autoestima por los suelos. Billy LaBelle prefirió pirarse. Carretera y

manta».

Pero saber dónde había ido no estaba tan claro. Billy desapareció el 14 de octubre, un mes después que Katie Pine, del centro comercial de Algonquin Bay, donde pasaba el rato con unos amigos.

Los informes suplementarios incluían entrevistas a maestros y a los tres chavales que lo acompañaban en el centro comercial. Jugó a Mortal Kombat de gorra en una tienda de la cadena Radio Shack (se adjuntan dos suplementos con entrevistas al vendedor y a la cajera), y un minuto después anunció que se iba a casa en autobús. De los cuatro amigos es el único que vive en Cedargrove, por lo que se marchó solo. A partir de entonces, nadie lo volvió a ver. Billy LaBelle, de doce años, salió del centro comercial de Algonquin Bay para formar parte de un expediente de desaparición.

Las dos semanas de carta blanca que Cardinal había recibido de Dyson tras la desaparición de Billy facilitaron su tarea. Pero al acabar el plazo varias sombras se cernieron sobre la investigación: la falta de pruebas de que se hubiera cometido un asesinato, un historial de fugas y la necesidad de dar prioridad a otros casos. Cardinal insistió en que ambos jóvenes habían sido asesinados, probablemente por la misma persona.

—Joder, Cardinal, mire los problemas que tiene el chaval. Todo le sale mal. Hágame caso: ese chico se suicidó. Ya aparecerá en primavera flotando en el río de los Franceses —se limitó a decir Dyson.

¿Por qué entonces no hubo ningún intento previo? ¿Por qué no había síntomas de depresión? Dyson se tapó los oídos simulando estar sordo.

Cardinal apartó a un lado la ficha de LaBelle. Se sirvió otra taza de descafeinado y echó un tronco en la estufa. Las chispas saltaron como centellas.

Era el turno de Fogle. Su carpeta contenía poco más de una página, que resumía los hechos del primer informe cortésmente cedido por la policía de Toronto. «Debí haber sospechado cómo acabaría todo este asunto», reflexionó Cardinal, aunque quizá ya lo sabría. Su superior tenía razón: había gastado un montón de dinero y necesitado mucho personal. Pero ¿qué se supone que debe hacer uno cuando los niños comienzan a desaparecer sin dejar rastro?

Margaret Fogle, que con diecisiete años ya no era una niña, fue la gota que colmó el vaso de Dyson. ¿Una adolescente que se fuga de Toronto? No es un asunto de alta prioridad, punto. La última persona que la vio fue una tía suya que vivía en Algonquin Bay. Adjunto al informe se encontraba el suplemento de McLeod, plagado de sus habituales faltas de ortografía («Sus padres se *abían* separado». Según sus propias palabras, tenía la intención de llegar a Calgary, provincia de Alberta.

—Lo cual nos deja con sólo medio continente donde buscar y varios centenares de fuerzas policiales tras sus pasos —señaló Dyson—. ¿Me esta escuchando, Cardinal? Usted no es el único policía de este país. Deje que los de la Policía

Montada se ganen los garbanzos por una vez.

Vale, quizá debiera olvidar el caso de Margaret Fogle. Pero al quitarla de la ecuación, quedaba aún más claro que había un asesino al acecho.

—¿Por qué insiste en lo del asesino? —exclamó Dyson echando humo por las orejas. Había perdido el interés por conversar, se le había agotado la benevolencia—. Los violadores y los pervertidos van o a por niños o a por niñas, pero nunca, o casi nunca, a por ambos.

—Laurence Knapschaefer fue a por ambos.

—Sabía que sacaría a relucir a Laurence Knapschaefer. Un caso demasiado extravagante para mí, Cardinal.

Laurence Knapschaefer había asesinado a cinco chavales en Toronto hacia diez años. Tres niños y dos niñas. Una niña logró escapar, y así fue como finalmente lo atraparon.

—Knapschaefer es la excepción que confirma la regla, nada más. Aquí no hay cadáver, por tanto no puede haber homicidio. Usted no tiene la más mínima prueba de nada.

—Incluso la falta de pruebas podría considerarse como una prueba de homicidio.

—¿Qué?

—La falta de pruebas refuerza mi teoría. No es que Cardinal no viera en los ojos azules de Dyson los portazos y el deslizarse de cerrojos, pero no podía detenerse ahora. —Al que se fuga siempre lo avistan, los pasajeros de los autocares, los vendedores de billetes, los empleados de hostales, los camellos; siempre hay alguien que lo ve. Así es como los encontramos. Pero un niño asesinado no deja rastro, ni advertencia, ni una nota, nada. Katie Pine y Billy LaBelle no dejaron nada tras de sí.

—Lo siento, Cardinal, su razonamiento parece sacado de *Alicia en el país de las maravillas*.

A la mañana siguiente, Cardinal ordenó una tercera búsqueda, parcelada en seis semanas, de la que tampoco se obtuvo resultado alguno. Aquella misma tarde, Dyson lo retiró a la fuerza de las investigaciones de Pine y LaBelle. No sólo eso, lo retiró de Homicidios hasta nuevo aviso.

—Tráigame a Arthur Wood. Está robando a dos manos a los ciudadanos que pagan sus impuestos.

—No puedo creerlo. ¿Desaparecen dos niños y usted me destina a Robos?

—Usted me sale muy caro, Cardinal. No estamos en Toronto. Así que, si echa de menos hacer las cosas a lo grande, ¿por qué no vuelve? Mientras tanto, tráigame la cabeza de Arthur Wood.

La ficha de Margaret Fogle fue a parar encima de las otras dos.

Cardinal calentó una torta que había descongelado previamente. Una receta que Catherine le había sonsacado a una amiga francófona. McLeod, que había probado el

dulce, afirmaba que aquella receta había sido robada a su madre, pues nadie salvo su madre usaba salvia en repostería.

Cenó sentado delante del televisor, viendo el telediario de Sudbury. La noticia de encabezamiento trataba el descubrimiento de un cadáver en la isla Windigo. Grace Legault se había echado la capucha hacia atrás para hacer su entradilla desde la isla, mientras los copos se deshacían al aterrizar sobre su melena castaña y leonina. En la tele parecía mucho más alta.

—Según reza la leyenda ojibwa —comenzó su crónica—, Windigo es el nombre dado al espíritu de un cazador que se aventuró en los bosques helados durante un invierno y se perdió. Se vio forzado a comer carne humana para sobrevivir. Es fácil creerse la leyenda cuando uno conoce este islote desolado. Aquí mismo, ayer por la tarde, el cuerpo no identificado de una adolescente fue descubierto por unos conductores de motonieves.

«Te felicito, Grace —se dijo Cardinal—. Dentro de poco se hablará del “asesino de Windigo” o del “Windigo”. Lo vas a convertir en un circo».

El reportaje dio paso a unas imágenes de archivo en las que se veía a la PPO dragando el lago Nipissing el otoño anterior, mientras Legault especulaba acerca de si el cuerpo pertenecía a Billy LaBelle o a Katie Pine. En la imagen siguiente apareció Cardinal, con una actitud fría, calculada y oficial, diciéndoles que había que esperar. «Soy un payaso engreído —pensó—. Debo de haber visto demasiadas películas».

Cardinal deseó poder telefonar a Catherine, pero ella no siempre respondía alegremente a sus llamadas; de hecho, rara vez le telefoneaba desde allí. «Es embarazoso, me da mucha vergüenza», le explicó su mujer; que ella viviera su enfermedad de aquel modo lo destrozaba por dentro. Y pese a aquel fárrago de sentimientos, Cardinal era plenamente consciente del peligro latente de que ella, fiel a aquel mismo razonamiento, pudiera abandonarlo. Él comprendía que no era culpa de ella. Intentaba no culparla, pero no era un hombre de naturaleza solitaria, y en ocasiones tener que vivir solo durante meses le provocaba un cierto rencor hacia su mujer. Un segundo más tarde se culpaba por ser tan egoísta.

Junto con un cheque de quinientos dólares, decidió enviarle una carta a Kelly. «Sin tu madre y sin ti, la casa es demasiado grande», escribió. Pero el papel acabó hecho una bola en el fondo de la papelera. Sí logró, en cambio, garabatear: «Sé que te hará falta este dinero», y luego cerró el sobre. Las hijas quieren padres invencibles. Además, cada vez que él mostraba la más mínima emoción ante Kelly, ella se moría de vergüenza. Qué extraño que su hija, a quien tanto quería, nunca hubiese sabido la verdad sobre él, que nunca hubiese averiguado cómo obtuvo el dinero para pagarle la universidad. Qué extraño... y qué triste.

Se puso a pensar en personas y jóvenes desaparecidos. Dyson estaba en lo cierto: si alguien quería perderse en la otra punta del país, tendría que pasar necesariamente

por Algonquin Bay, y era lógico que aquella ciudad recibiese regularmente su porcentaje de fugados. Con antelación, Cardinal había formado una nueva carpeta separada con los primeros folios de los informes de otras jurisdicciones, casos que durante el último año habían llegado por fax desde Ottawa, las Maritimes (las regiones pesqueras) e incluso desde Vancouver.

Llamó a la sargento de guardia, Mary Flower, para que lo pusiera al tanto de algunas estadísticas. No era su obligación hacerlo, pero Cardinal sabía que la sargento, con su cara de caballo y su gran corazón, lo miraba con buenos ojos y por tanto le haría ese favor. Flower le devolvió la llamada justo cuando él se desvestía para entrar en la ducha. Desnudo y con la piel de gallina, cogió el auricular, sosteniéndolo con el hombro hasta volver a taparse a duras penas con el albornoz.

—De los últimos diez años me habías dicho, ¿verdad? —Mary tenía una voz tan nasal y tan aguda que le perforaba los tímpanos—. Apunta.

Los minutos siguientes, Cardinal los pasó anotando números en un bloc. Colgó y llamó a Delorme, que tardó en contestar.

—Eh, Delorme —exclamó él cuando al fin respondió—. Delorme, ¿estás despierta?

—Estoy despierta, John.

Mentía; de haberlo estado, nunca habría usado su nombre de pila.

—Adivina cuántos desaparecidos, me refiero a adolescentes, tuvimos el año pasado.

—¿Incluidos los que llegaron de otras ciudades? No sé, ¿siete, ocho?

—Doce. Una docena exacta. El año pasado fueron doce. El anterior, diez. El año anterior a ése, ocho. El año anterior a ése, diez. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Diez al año, niño más niño menos.

—Con una diferencia de dos, llegan exactamente diez al año, niño más niño menos.

De pronto la voz de Delorme surgió del auricular más clara, más precisa.

—Pero me has llamado para decirme cuántos han sido este año, ¿no es cierto?

—En el transcurso del año que acaba de terminar, el número de adolescentes desaparecidos, incluidos los llegados de otras ciudades, es de catorce.

Delorme soltó un silbido de admiración.

—Esto es lo que yo pienso. Un tipo mata a una niña, digamos Katie Pine, y le coge gusto. Es la mayor emoción de su vida. Rapta a otro chaval, Billy LaBelle, y lo vuelve a hacer. Está de racha, pero esta vez toda la ciudad sale en busca del niño desaparecido. Se vuelve cauteloso, va en busca de chicos mayores; chicos que estén de paso. El sabe que la desaparición de un adolescente de diecisiete o dieciocho años nunca causará el mismo revuelo.

—Especialmente si no son de aquí.

—Deberías verlo. Hay investigaciones abiertas por todo el país. Tres son de Toronto, pero las demás de lugares perdidos de la mano de Dios.

—¿Tienes las carpetas en tu casa? Voy para allá.

—No, no. Mejor nos vemos en jefatura.

Hubo una pausa casi imperceptible.

—Por el amor de Dios, Cardinal. ¿Crees que sigo en Especiales? ¿Crees que te investigó? Dime la verdad.

—¡Oh! Nada de eso —dijo con dulzura. «Dios mio, soy un mentiroso», pensó Cardinal—. Es que soy un hombre casado, Lise, y tú eres tan increíblemente atractiva que..., que no me fío de mí. —La pausa que siguió fue muy larga. Después, Delorme colgó.

Las fichas, que ocupaban ya tres escritorios, ponían el vello de punta al pelirrojo Ian McLeod, poli correoso, musculado en exceso y dueño de una manía persecutoria en pleno apogeo. Intentaba desesperadamente poner al día el trabajo atrasado a causa del caso Corriveau, un doble asesinato en un refugio para cazadores. Nadie ponía en duda su capacidad investigadora, pero incluso en sus mejores días McLeod era un cabrón malhablado de pésimos modales, y el asunto de los hermanos Corriveau lo había vuelto sencillamente insoportable.

—¿Podéis hablar un poco, un poquito más bajo? De manera que no se venga abajo todo el puto edificio.

—Estás muy sensible últimamente —apunto Cardinal—. ¿Que te pasa? ¿Has estado en uno de esos seminarios para recuperar la masculinidad perdida?

—Intento poner al día cualquier cosa que no tenga que ver con el caso Corriveau, ¿vale? Aunque no lo creáis, antes de que los dichosos hermanos decidieran cargarse a su suegro (ese mamón inútil) y a su socio (otro jodido inútil de mierda), yo tenía una vida. Todavía la tengo, sólo que me cuesta recordar como era, consecuencia natural de pasarme todo el puto día en este agujero inmundo que, según me dicen, es una comisaría de policía.

Cardinal cambió de tema.

—Ninguno de estos casos ha sido aclarado —se dirigió a Delorme—. Dividámonos la pila en dos y repasémoslos tan rápido como podamos. Hagamos como si acabaran de dejarlos encima de los escritorios. Me da la impresión de que nadie se ha detenido a mirarlos.

—Te he oído —gritó McLeod desde el otro extremo de la sala No necesito que mis supuestos compañeros de armas..., ¡huy!, per done usted, mis supuestos compañeros y compañeras de armas me vengan con indirectas. Me gustaría veros buscando adolescentes desaparecidos cuando Su Majestad el juez Lucien P. (P de pollatraste) Thibeault se haga con vuestras vidas. Thibeault se siente personalmente responsable de la asesoría legal de la firma Capullos Corriveau y Hnos.

—No me refería a ti, McLeod. Cuanto más viejo te pones, más paranoico te vuelves.

—¡Mira quién habla! John Cardinal, alias el *Resucitado*. ¿Precisamente tú me pides que no me ponga paranoico? Más me vale ponerme paranoico de verdad. Mientras tanto, el juez Lucien S. (S de soplapolas) Thibeault se me aparece hasta en sueños vociferando sobre las concatenaciones de pruebas y el palo del que salen esas puñeteras astillas. Me cago en estos franchutes que siempre van juntitos, cogidos de la mano.

—Cierra el pico, McLeod.

Delorme no era una mujer corpulenta pero tenía una mirada que helaba la sangre.

—Hablaré tanto como me apetezca, no necesito tu permiso. Mi madre era francófona, con la única diferencia de que no era una separatista de puertas para adentro como tú.

—¡Oh, vamos!

—Déjalo ya —dijo Cardinal a Delorme—. Mejor no hablar de política con él.

—Todo lo que dije fue que los Quebecois tienen razones legítimas por las que quejarse. ¿De qué diablos está hablando este imbécil?

—¿Podemos ahorrarnos la discusión, por favor?

Mientras McLeod murmuraba algo acerca de sus suplementos, Cardinal y Delorme separaron tres casos en menos de una hora. Utilizaron el sencillo método de contrastar el informe inicial y los telefaxes de seguimiento, que solían incluir un fax final que confirmaba que el desaparecido había regresando al hogar. Los restantes los colocaron por (orden de prioridad. Dos de los informes escogidos habían sido distribuidos por todo el país, lo que significaba que no había razón para afirmar que aquellos individuos —uno proveniente de Terranova y el otro de la isla Príncipe Eduardo— hubiesen pisado siquiera Algonquin Bay.

—Esta de aquí parece interesante —comentó Delorme levantando el facsímil de una fotografía—. Tiene dieciocho pero parece de trece. Metro cincuenta de estatura, cuarenta y cinco kilos de peso. Pero a ésta la vieron en la estación de autobuses.

—No la guardes —le advirtió Cardinal mientras atendía el teléfono—. Brigada de Investigaciones Criminales, Cardinal al habla.

—Soy Len Weisman. Y sí, también hoy, domingo, me lo paso en el depósito de cadáveres. ¿Que por qué? Porque un detective de sexo femenino casi me vuelve loco. Por lo visto no se ha dado cuenta de que Toronto no es una ciudad de juguete como la vuestra. ¿Esa mujer es consciente de cuántos casos nos caen al día o de la presión a la que estamos sometidos?

—La víctima tenía trece años, Len. No era más que una niña.

—Ésa es la única razón por la que estás hablando conmigo. Simplemente, procura decirle a tu subalterna que la próxima vez tendrá que ponerse a la cola como todo el mundo. ¿Te han llamado los del laboratorio?

—No, sólo los de odontología, y de eso hace ya varios días.

—Pues ellos tienen algo que te va a interesar, parecía que se la iban a quedar para siempre.

—¿Qué nos puedes contar, Len?

—Con los despojos que enviaste, no demasiado. Ya has visto el cuerpo, así que iré al grano. Descubrimos algo en las extremidades. Tanto la muñeca como el tobillo mostraban marcas de ataduras, así que la mantuvieron prisionera antes de matarla.

Los del laboratorio podrán añadir algunos datos más. Ahora viene el descubrimiento estelar: en el globo ocular que le quedaba y en los restos de lóbulos pulmonares, la doctora Gant encontró señales de hemorragia petequeal. Si no se hubiese congelado el cuerpo no habrían quedado huellas. No las habríamos visto.

—O sea, que la estrangularon.

—No. La doctora Gant no se arriesgaría a hacer semejante afirmación. No había mucho cuello que revisar, ya me entiendes, así que ni señales de ataduras ni hueso hioides. Llama a la doctora si te apetece, pero no la estrangularon; nada de lo encontrado sugiere la cosa. Por la razón que fuera esa chica murió asfixiada.

—¿Qué más?

—Deberías hablar con Setevic, del laboratorio. En su informe pone: hebra de fibra roja, del tipo trilobal. Ni sangre ni pelo que no perteneciera a la chica.

—¿Qué más sabes de la fibra?

—Habla con Setevic. ¡Ah! Hay una nota. Dice que en el bolsillo de los vaqueros le encontraron una pulsera.

—El día que Katie desapareció llevaba puesta una pulsera de dijes.

—Efectivamente, eso es lo que pone aquí: Pulsera de dijes se la enviarán con el resto de sus cosas. ¿Está contigo la detective Delorme?

—Sí.

—Jamás he visto a esa mujer, pero apuesto a que es guapa, (del tipo de mujeres que elevan la aguja del sexómetro hasta la zona roja.

—Pues sí, para qué mentirte. —En ese momento, Delorme escrutaba un fax con el entrecejo fruncido. Cardinal trató sin éxito de quitarle atractivo a la imagen—. ¿Quieres su número de teléfono, Len?

—¿Cuándo he rechazado un número de teléfono? Se comporta como esas mujeres acostumbradas a conseguir todo lo que se proponen, ésa es la impresión que me dio. Oye, ya que está ahí, dile que se ponga. Déjame hablar con ella.

Cardinal le pasó el teléfono a su compañera. Delorme cerro los ojos y escuchó. Las mejillas se le fueron poniendo más y más coloradas, fue como ver mercurio subiendo por un termómetro. Un instante más tarde colgó delicadamente el auricular.

—Qué se le va a hacer, algunos hombres no reaccionan bien cuando se les presionan.

Entonces se oyó un grito desde el otro extremo de la estancia:

—¡Te he oído, Delorme!

El número de asistentes al entierro de Katie Pine superó con creces las expectativas de todo el mundo. Unas quinientas personas se reunieron en St. Boniface, una diminuta iglesia de ladrillos rojos de Summer Street, para rezar todos juntos una plegaria sobre el pequeño ataúd cerrado. También los medios de comunicación se presentaron en gran número. Delorme reconoció a Roger Gwynn y a Nick Stoltz del Lode. A Nick Stoltz le guardaba un particular resentimiento desde la adolescencia a causa de una foto que aquél le había hecho. Ella y su novio se habían enredado en un abrazo romántico sentados en un banco del parque llamado por aquel entonces Teacher's College. Para el fotógrafo, como para la mayoría de los lectores del Lode, aquella foto sólo simbolizaba el esplendor del otoño, pero para la familia de Delorme significó que su hija no había pasado la noche con sus amigos en la sociedad de recitación del rosario, tal y como les había contado. Le cayeron dos semanas de reclusión, un castigo que permitió al peregrino corazón de su novio concebir cierto afecto hacia la rival de Delorme. Desde entonces, en el infierno personal de la joven, los fotógrafos ocupaban un lugar ligeramente más fresco que el reservado a los violadores.

Según pudo comprobar la detective, también se presentó la reportera de Sudbury, acompañada de una operadora de cámara y un técnico de sonido de unos ciento cincuenta kilos. Delorme se percató además de la presencia de una furgoneta de la CBC (la compañía de radiodifusión más importante de Canadá) y de que, dos bancos más atrás se había sentado el periodista de The Globe and Mail, responsable del reportaje sobre la mujer policía que logró encarcelar al dos veces elegido alcalde de Algonquin Bay. No todos los días aparecía una niña asesinada en una isla solitaria perdida en medio de un lago congelado y, sin embargo, Delorme nunca habría imaginado que la noticia fuera a interesar a todo el país. El periodista del Globe concentró su ojo de sabueso famélico en Dorothy Pine, quien, con paso lento y llevada del brazo, se aproximaba a los primeros escalones. El periodista se echó hacia delante, pero Jerry Commanda logró interponer su figura entre aquél y la madre doliente. Cuando el pasillo se hubo despejado, el reportero ya se había retirado a su banco, víctima al parecer de un repentino dolor abdominal.

La policía no había acudido solamente a presentar sus respetos a la niña asesinada, sino también a vigilar el desarrollo del funeral por si se diera la remota casualidad de que el asesino se presentase. Delorme se sentó en el último banco, un puesto ideal para vigilar a cualquier merodeador. Cardinal se encontraba de pie frente al recinto, algo alejado del pasillo, con traje negro y gesto sombrío; a su pesar, Delorme debió admitir que era atractivo, aunque se tratara de una apostura castigada

por la vida. Las ojeras oscuras añadían un toque enternecedor a una apariencia que cualquier mujer romántica —y Delorme no se consideraba ni por casualidad una de ellas— juzgaría muy cautivadora. Cardinal, según había oído decir, se mantenía ferozmente leal a su mujer a pesar de su enfermedad mental y de sus recaídas. De higos a brevas se hablaba de ello en la sala de reuniones, si bien es cierto que solía comentarse entre susurros.

Si quería ser promocionada y salir de Investigaciones Especiales, Delorme debía asistir al sospechoso de su actual investigación en un Caso de homicidio; no era precisamente lo que ella hubiera deseado. No era ni por asomo la mejor manera de hacer amigos y lograr influencias entre los agentes. Aunque, claro, no son éstos los objetivos prioritarios si uno quiere dedicarse a Especiales.

En opinión de Delorme, John Cardinal era el policía menos corrupto que jamás había conocido; era difícil dar crédito a las preocupaciones de Musgrave. Antes de que comenzara la ceremonia, el detective había estado charlando amistosamente con el párroco, un anciano que a ojos de Delorme no guardaba demasiado bien su identidad secreta de bebedor. Nunca se le habría ocurrido que Cardinal fuese un hombre religioso. Nunca lo había visto en la iglesia de St. Vincent, aunque probablemente él no asistiera a una iglesia francófona.

La verdad era que no lo conocía lo suficiente. La naturaleza de su trabajo la mantenía a una distancia considerable del resto de sus compañeros. Y si hay algo que se aprende en Especiales es que todos tienen una historia oculta y que nunca suele ser la que uno espera. Así que Delorme guardó en un compartimiento de su mente el asunto de la RPMC, Kyle Corbett y los rumores de Toronto, y se concentró en vigilar a los ciudadanos de Algonquin Bay que habían decidido que valía la pena acudir al funeral de una niña asesinada.

Arsenault y Collingwood se habían quedado fuera para grabar en vídeo a los afligidos y sus matrículas, un esfuerzo puramente especulativo, ya que hasta ahora no tenían ni un solo sospechoso ni tampoco un número de matrícula.

«Suponiendo que apareciera —pensaba Delorme—, suponiendo que, en lugar de esta anciana de pelo blanco y traje chaqueta de color verde loro, el asesino se sentara precisamente a mi lado, ¿cómo iba a reconocerlo? ¿Por su olor? ¿Por sus colmillos y su rabo en punta? ¿O acaso por sus pezuñas?». Delorme no poseía gran experiencia en lo que a asesinos se refería, pero comprendía que esperar que fuese distinto de Cardinal, del alcalde o del vecino de al lado era pura fantasía. Podría ser el grandullón de la camiseta de los Maple Leafs. ¿Qué clase de chalado se pone la camiseta de un equipo de hockey para ir a un funeral? O a lo mejor era el indio del mono con «Fontanería Algonquin» escrito en la espalda. ¿Por qué no estaba con el grupo que rodeaba a la señora Pine? Delorme reconoció por lo menos a tres antiguos compañeros de instituto, tal vez el asesino fuera alguno de ellos. Recordó fotografías

de libros sobre asesinos en serie: Berkowitz, Bundy, Dahmer, todos eran tipos del montón. No, no podía ser: quien mató a Katie Pine tenía que ser necesariamente distinto, aunque ello no significara que lo fuera en apariencia.

«Deberías hacerme trabajar más —pensó Delorme mientras observaba a Cardinal—. Deberías darme la lata día y noche, hacerme comprobar hasta la más nimia de las pistas. Deberíamos estar volviendo locos a los forenses hasta hartarlos y que no tengan nada más que decirnos».

Y, sin embargo, Cardinal había logrado que Dyson le confiara a ella los asuntos de menor prioridad de su bandeja de entrada. ¿Le estaba haciendo un enroque? ¿Querría mantenerla ocupada para que no pudiese avanzar en la investigación de corrupción de la que él era sospechoso? Aunque tampoco podía descartarse que ése fuese el trato que daba la Gran Hermandad de Chauvinistas a las mujeres.

«Tienen suerte de que me sienta orgullosa de mi trabajo en Especiales. Soy soltera y joven, lo bastante joven al menos para dedicar cada hora de mi día a una investigación si así lo decido. No tengo nada más interesante que hacer», habría añadido en uno de sus días depresivos. Qué emocionante había sido poner el cerco al alcalde y pillar a su cuadrilla de amiguetes corruptos. Y lo había hecho ella sola. Y sin embargo a veces, cuando se ponía a pensar en Dyson, Cardinal y McLeod, acababa maldiciendo al trío de anglófonos que tanto le complicaba la vida.

—Hay que ir ascendiendo poco a poco, Delorme —le había soltado Dyson aquella misma mañana. Ella había estado a punto de arrebatarse el famoso donut glaseado y tragárselo entero sólo para hacerlo enfurecer—. Todo el mundo empieza desde abajo. Uno no llega a la brigada y sube a lo más alto así como así, las cosas no funcionan de ese modo.

—Supongo que no cuenta para nada que haya estado seis años en Especiales. No quiero investigar sus malditos atracos y robos con escaló.

—Todo el mundo investiga robos y usted también lo hará, por las siguientes razones: a)... —y aquí Dyson comenzó a contar con esas espátulas que él llamaba dedos y que a Delorme sacaban de quicio porque Cardinal está a cargo de una investigación de homicidio de gran importancia y no tiene tiempo para otros asuntos; b) porque usted es su subalterna, y c) porque él me pidió específicamente que se lo pasara a usted. Con eso se acaban el misterio y la discusión. Mire, de todos modos usted necesita una excusa para alejarse de él, ¿verdad? Para guardar las distancias. Es difícil investigar a alguien cuando uno pasa todo el día a su lado en un coche de incógnito.

Tendrá que hacer cosas desagradables. De hecho, quizá deba registrar su casa, si se le presenta la oportunidad.

—No puedo registrarla sin una orden judicial.

—Naturalmente que no. Yo sólo me limito a señalarle el hecho de que son

compañeros, y eso significa que pasarán mucho tiempo juntos. Si llega a tener acceso a su casa, use su imaginación. Y le quiero dejar muy claro que yo no creo que sea culpable.

—No puedo investigar a Cardinal si me paso el día revisando casos antiguos. ¿Cuándo se supone que voy a echar un vistazo a las fichas de Corbett?

—¿Sabía usted que no es tan extraño que yo suela autorizar horas extra? No soy tan tacaño como dicen Cardinal y McLeod.

—Con el debido respeto, sargento, ¿por qué investigamos este asunto precisamente ahora? No me cabe duda de que el caso Pine lo supera en importancia.

—Kyle Corbett no es solamente un falsificador y un ex camello. Es un tipo que no dudaría ni un segundo en matar a quien fuera, y lo comprobará en cuanto lo atrapemos. Quien haya estado dándole el soplo, no ha incurrido en un delito menor, sino en corrupción y, lo que es todavía más grave, en incitación al crimen. Si es cierto que está entre mis hombres, quiero al culpable fuera de mi equipo y en la cárcel, que es donde debería estar.

—Creo que ahora mismo Cardinal y yo deberíamos estar en Toronto, presionando a los forenses.

—Los forenses saben hacer su trabajo, no hace falta que seamos condescendientes y los presionemos innecesariamente. Además, hay una pila de fichas de robos ahí dentro, y espero que para el fin de semana las haya revisado. Sabemos quién los está cometiendo, sólo hace falta pillar al cabroncete.

A su espalda, la ventisca golpeaba el cristal de la ventana. El rectángulo se reflejaba como un romboide en la lustrosa cabeza de Dyson. Qué ganas tenía Delorme de darle un puñetazo.

Cuando la solista india, una chica muy atractiva, acabó su versión de *Abide With Me*, el párroco subió al púlpito. Durante unos minutos habló de lo prometedora que había sido la vida de Katie Pine, detallando cariñosamente su inteligencia y su sentido del humor al tiempo que en las primeras filas de bancos el llanto se intensificaba. Si no hubiera titubeado cada vez que pronunciaba el nombre de la niña, Delorme habría jurado que el párroco conocía a Katie desde hacía años. Se roció agua bendita sobre el ataúd, quemaron incienso y después todos juntos cantaron el salmo veintitrés. A continuación el féretro fue desplazado pesadamente sobre sus ruedas hasta la parte de atrás de la iglesia. Los cuatro portadores lo levantaron con torpeza y lo introdujeron en el coche fúnebre que esperaba para llevar a Katie Pine al crematorio, donde lo poco que quedaba de ella sería convertido en humo y cenizas.

Aquella misma tarde, Delorme sacó una caja llena de efectos personales de su antiguo despacho y la vació sobre su nuevo escritorio; justo enfrente, unido al suyo por su parte posterior, se encontraba el escritorio de Cardinal. Sin el menor

sentimiento de culpa echó un vistazo a lo que allí había. Los escritorios de los detectives de la brigada se tocaban unos con otros, de forma que lo que hubiese encima de ellos estaba en exposición, a la vista de todos. El de McLeod era un vertedero de sobres de papel de estraza llenos a reventar, un desguace de sobres de pruebas, declaraciones juradas, informes suplementarios, toda una familia de archivadores que, como géiseres, vomitaban una cantidad de papeles sin fin.

Comparado con semejante desastre, el de Cardinal recordaba, por contraste, un campo en barbecho. Las encimeras metálicas de los escritorios imitaban sin éxito el roble macizo. En su mayor parte, la superficie de la mesa de trabajo de Cardinal, con las ondulaciones de sus vetas falsas, se encontraba libre de objetos. En la pared, clavado con una chincheta en el tablero de corcho, Delorme pudo ver el último memorándum de Dyson. ¿El asunto? La nueva automática Beretta. Según Dyson, todos los oficiales debían aprender a utilizarla a la perfección antes de que concluyera febrero. «Así demostraríamos lo que sabíamos a nuestros competidores durante el concurso anual que, maldita sea, ganaban siempre los de la Policía Montada». Dyson no estaba dispuesto a atribuir las derrotas a las diferencias presupuestarias entre los cuerpos.

Había también una foto de la hija de Cardinal, una chica guapa con la misma sonrisa segura de su padre, y junto a ella una multa de aparcamiento. Delorme estiró el cuerpo hacia el corcho sin tocar nada, con la única intención de leer la dirección escrita en la multa: «Fleming Street, 465», en el centro mismo de la ciudad. Aunque eso no tenía por qué significar nada.

El tarjetero giratorio había quedado abierto por la ficha correspondiente a Dorothy Pine. Delorme lo giró hasta la A y durante los siguientes veinte minutos fue pasando letras despreocupadamente hasta llegar a la F. La agenda estaba plagada de nombres garabateados a toda prisa que no le llamaron la atención, y varios números telefónicos de abogados y asistentes sociales encargados de vigilar a presos en libertad condicional, teléfonos que cualquier poli necesitaba tener a mano. Entre aquellos nombres encontró el de Kyle Corbett, lo cual era de esperar: aparecía tres veces con tres direcciones y teléfonos distintos. Delorme no tardó demasiado en pasar los datos a su libreta.

Oyó un ruido que llegaba de la entrada y se dio la vuelta, colocándose frente a su propio escritorio. Voces susurrantes, risas y finalmente el estampido de una taquilla al cerrarse. Delorme descolgó el auricular del teléfono de Cardinal y presionó la tecla de rellamada. Mientras esperaba que le contestaran advirtió la fotografía que Cardinal había clavado junto al memorándum de Dyson. No cabía duda de que se trataba de un preso, un tipo inmenso y de cabeza plana, cuyo corte de pelo en forma de cepillo se la achataba todavía más. Estaba tranquilamente recostado sobre un coche y su peso hacía que se hundiera de forma notable la amortiguación del vehículo. Los policías

suelen guardar fotografías de sus detenidos favoritos, tipos que les dispararon, ese tipo de recuerdos.

Una voz que Delorme reconoció de inmediato interrumpió sus reflexiones.

—Centro de Medicina Forense.

—Disculpe, me he equivocado.

El cajón superior del escritorio estaba abierto. Sin duda, aquello no correspondía a los hábitos de un hombre culpable; aunque, por otra parte, podría ser el gesto calculado de quien es, en efecto, muy culpable.

La puerta se abrió con un estampido y una voz bramó:

—Vaya, vaya. Qué sorpresa encontrarme a un agente de Investigaciones Especiales haciendo su pequeño inventario personal.

—Que te den, McLeod. ¿O es que no te acuerdas de que ahora trabajo aquí?

—Los domingos inclusive, por lo que veo.

McLeod llevaba una caja de cartón de la compañía de poda y transportes Canadian Tire. Le lanzó una mirada inquisitiva. Tenía los bordes de los párpados enrojecidos.

—Pensaba que era el único cabrón de por aquí que se dedicaba de lleno a su trabajo.

—Lo eres. Yo solamente traje algunas de mis pertenencias —respondió Delorme.

—De acuerdo. Bienvenida. Estás en tu casa.

McLeod dejó caer la caja en su escritorio y algo metálico sonó en su interior.

—Pero no te acerques a mi escritorio.

Cardinal telefoneó a Vlatko Setevic, quien se hallaba en la sala de microscopios del instituto forense. Habían sido ellos quienes encontraron cabellos y fibras en el cuerpo descongelado de Katie Pine.

—Encontramos unas cuantas hebras de tipo interior/externo. Corresponden a las alfombras que se utilizan para cubrir suelos de coches o sótanos. Son fibras rojas de nailon, del tipo trilobal.

—¿Puedes averiguar qué automóviles las llevan? ¿Ford? ¿Chrysler?

—Ni de coña. Es demasiado común, excepto el color.

—¿Y qué me dices del cabello?

—Sólo hallamos un cabello que no correspondiera a la chica: es castaño y mide unos ocho centímetros, probablemente provenga de alguien de raza blanca.

Delorme mostró cierto disgusto cuando Cardinal la hubo puesto al corriente de los resultados.

—No nos sirve de nada, a no ser que aparezca otro cadáver —refunfuñó—. ¿Qué es lo que les lleva tanto tiempo? ¿Por qué no nos han enviado todavía el informe del patólogo?

Cardinal pasó los dos días siguientes al teléfono, tras las huellas de los desaparecidos no residentes en la ciudad. Telefoneó a los departamentos de policía donde comenzaron las investigaciones, a los padres y a quienquiera que hubiese dado aviso a la policía. Cuando no estaba haciendo el seguimiento de algún robo antiguo, Delorme le echaba una mano. Así lograron descartar cinco casos más, lo que significaba que únicamente quedaban otros dos, dos jóvenes que acaso pudieron acabar en Algonquin Bay: una chica de St. John que había sido vista en la estación de autobuses local, y un muchacho de dieciséis años de Mississauga, una población próxima a Toronto.

La desaparición de Todd Curry había sido denunciada en diciembre. La notificación recibida fue la estándar que recibían todos los departamentos de policía en esos casos, con foto de baja definición incluida. Un dato saltó a la vista de Cardinal: el muchacho medía un metro sesenta y pesaba unos cincuenta kilos. A un asesino con una debilidad por los alfeñiques, Todd Curry bien pudo parecerle la presa ideal.

Llamó a la policía regional de Peel y comprobó que nadie, ni los padres del muchacho ni sus amigos, había tenido noticias de él durante los dos últimos meses. La Oficina de Personas Desaparecidas facilitó a Cardinal el nombre de un pariente

del chico que vivía en Sudbury, un tal Clark Curry.

—¿Señor Curry? Me llamo John Cardinal, soy detective de la policía de Algonquin Bay.

—Su llamada guardará relación con Todd, supongo.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Cuando ustedes me llaman, siempre es porque Todd se ha metido en un lío. ¿Qué más puedo hacer? Sólo soy su tío, no puedo darle albergue otra vez.

—Aún no lo hemos encontrado. Todavía estamos intentando dar con él.

—¿Un muchacho de Mississauga buscado por la policía de Algonquin Bay? Ese chico se está convirtiendo en un caso federal.

—¿Se ha puesto Todd en contacto con usted desde diciembre? Desde el 20 de diciembre, para ser más exacto.

—No. No dio señales de vida durante las navidades. Sus padres, como se imaginará, estaban desesperados. Me llamó desde Huntsville el mismo día en que se piró, me llamó y me dijo que estaba en el tren, quería saber si se podía quedar conmigo. Le dije que sí, pero nunca llegó. Desde entonces no he sabido nada de él. Tenga en cuenta que es un chico muy problemático.

—¿Qué tipo de problemas tiene? ¿Drogas?

—Todd comenzó a inhalar pegamento cuando tenía diez años y desde aquel día nunca ha vuelto a ser el mismo. Algunos chicos tontean con las drogas; otros las huelen y las convierten en su vocación. La única alegría en la vida de ese chico era colocarse, si es que a eso se le puede llamar alegría. Le voy a decir algo: Dave y Edna dicen que lo ha dejado, pero yo lo dudo. Lo dudo mucho.

—¿Le puedo pedir un favor, señor Curry? Si vuelve a hablar con él, llámeme.

Cardinal le dio al hombre su número y colgó.

Hacía años que no cogía un tren, aunque cada vez que pasaba cerca de una estación recordaba el largo viaje de bodas que Catherine y él hicieron al oeste. Habían pasado casi todo el trayecto remoloneando en aquella angosta cama basculante.

Cardinal telefoneó a los Ferrocarriles Nacionales de Canadá, le informaron que Huntsville era la antepenúltima parada del ramal del norte, la estación anterior a Algonquin Bay. No había manera de saber si Todd se había bajado en South River o en Algonquin Bay. Quizá se apeara en Huntsville, quizá prosiguiera con rumbo norte hacia Temagami, o incluso hasta Hearst.

De una carrera, Cardinal se acercó al Centro de Crisis sito en la esquina de Station y Sumner. Algonquin Bay no contaba con un albergue estudiantil, por lo que los adolescentes fugados muchas veces se hospedaban allí, a sólo dos manzanas de la estación del ferrocarril. El centro había nacido como una casa de acogida para emergencias familiares, pero quienes acudían eran generalmente mujeres maltratadas.

Lo regentaba un ex cura larguirucho llamado Ned Fellowes, quien solía dar albergue a jóvenes fugados si le quedaba alguna cama libre.

Como la mayoría de los edificios de la ciudad, el Centro de Crisis era una casa de dos pisos de ladrillos rojos y un tejado gris a dos aguas muy pronunciado para evitar la acumulación de nieve. Los trabajadores que reparaban el tejado de la galería habían cubierto la fachada con andamios recientemente. Mientras hacía sonar la Campanilla, Cardinal los oyó maldecir en francés: «*Tabarnac! Ostié!*». Eran insultos tomados del vocabulario religioso, muy distintos de los utilizados por los angloparlantes, cuyas palabrotas derivaban de lo sexual. «Uno maldice con las palabras que teme», caviló Cardinal, aunque no era aquél un pensamiento en el que quisiera detenerse demasiado.

—Claro que recuerdo al chico, aunque no se parece en nada en esa foto.

Ned Fellowes devolvió la fotografía a Cardinal.

—Se quedó una sola noche, por Navidad más o menos.

—¿Podría decirme qué noche exactamente?

El detective siguió a Fellowes hasta un mostrador situado en lo que alguna vez había sido el salón. La chimenea de ladrillos pintados alojaba libros de psicología y publicaciones especializadas en asistencia social. Fellowes consultó un inmenso libro de registro de color marrón, luego deslizó su dedo desde lo alto de la página hasta el final de una lista de nombres.

—Todd Curry, aquí está. Se quedó la noche del 20 de diciembre, un viernes, pero se marchó al día siguiente, el sábado. Lo recuerdo bien porque me sorprendió que quisiera irse tan pronto. Me había pedido una cama hasta el lunes, pero el sábado al mediodía me dijo que había encontrado «un sitio guay donde quedarse», una casa abandonada en el extremo oeste de Main Street.

—En Main West Street. ¿No se referiría a la pila de escombros donde antes estaba el convento St. Claire, junto al Hotel Castle?

—No sabría decirle. Le aseguro que no me dejó una dirección a la que escribirle, sólo se zampó un par de sándwiches y se largó.

No había más que una casa vacía en Main West Street y no se encontraba en pleno centro sino unas manzanas más allá, donde el barrio comenzaba a tornarse residencial. El convento St. Claire había sido derrumbado cinco años antes, dejando al descubierto un muro de ladrillo. En él, un viejo anuncio pintado exhortaba a beber Northern Ale, la cerveza local, cuyo fabricante había desaparecido hacía al menos tres décadas. A la caída del convento le siguieron una a una las de varias viviendas más. El objetivo era hacer sitio para la incontenible expansión del aparcamiento de Country Style, la franquicia de tiendas de ropa. Rodeada de hierba crecida y tocones secos, aquella última casa se sostenía en una esquina del solar, como el último

diente podrido a la espera del dentista que ha de arrancarlo.

Tenía sentido, rumió Cardinal mientras conducía hacia el logo por Macpherson Street: la ruina quedaba a una calle de D'Anunzio's un local para adolescentes a tiro de piedra del instituto. Aquél era un domicilio inmejorable para cualquier joven vagabundo. Por las venas del detective, la sangre comenzaba a correr con un zumbido suave pero constante.

A la derecha del parabrisas apareció el Hotel Castle. Cardinal se detuvo delante de una valla irregular y despedazada que ya había pasado a formar parte de la maleza. Se apeó y se acercó caminando hasta la cancela. A través del arco que formaba el ramaje, buscó con la mirada el lugar que había ocupado la casa. Su vista pasó de largo hasta dar con D'Anunzio's, al otro lado de la manzana, sobre Algonquin Avenue.

Aunque la nieve cubría las ruinas, aún se podía sentir el olor acre a madera quemada. Un bulldozer había apilado los escombros en una esquina del solar. Cardinal se quedó inmóvil, en jarras, como quien estima el alcance del daño sufrido. No quedaba en pie más que un poste chamuscado de cinco por diez, un dedo negro y acusador que increpaba al cielo.

Delorme se preguntaba si Cardinal habría hecho algún progreso en la investigación. Le ponía de muy mal humor tener que dedicarse a casos de robo sin importancia cuando en algún lugar había un asesino suelto. Después de haber desperdiciado media mañana revisando la extensa ficha de Arthur «Woody» Wood, Delorme pensó en las ganas que tenía de pillar al tipo que mató a Katie Pine. Quizá sólo una mujer podía imaginar un castigo como el que ella deseaba para aquel asesino de criaturas. Con treinta y tres años ya cumplidos, había pasado muchas horas fantaseando con tener un niño, aunque debiese criarlo ella sola. La mera idea de que alguien pudiese apagar una vida tan joven le producía una rabia apenas controlable.

Pero ¿iban a darle la oportunidad de encontrar a aquel monstruo malvado, enfermo, asqueroso y repulsivo? No, no se la darían. Todo lo contrario, la enviaban a interrogar a Arthur «Woody» Wood, la estrella de los delitos menores. Delorme le había seguido los pasos en un coche particular mientras él bajaba por Oak Street. Woody aceleró para no tener que esperar el cambio de semáforo y ella lo detuvo por la imprudencia de «cruzar con el semáforo en ámbar». Al registrar el vehículo del sospechoso, descubrió en el asiento del acompañante un amplificador Macintosh, de tubos, toda una joya. Delorme le leyó la descripción del objeto robado allí mismo, en la calle, directamente de su libreta. Tenía apuntado hasta el número de serie.

—Vale —dijo Woody mientras Delorme lo sacaba del calabozo—, supongamos que, por alguna razón incomprensible, me pilla por este robo insignificante. No creo que esto vaya a significar una condena de por vida, ¿usted sí, agente Delorme? Será francófona, digo yo. Durante toda la escuela primaria intentaron enseñarme francés, pero por algún motivo no se me quedaba. La señorita Bissonette, ¡qué tipeja! Era una nazi. Dígame, ¿usted está casada?

Delorme hizo caso omiso de su cháchara.

—Espero que no hayas vendido el resto del botín, Woody. Es probable que, además de pasarte diez años en Kingston, tengas que devolverlo todo. ¿Y si no pudieras? Devolver lo robado sería un bonito gesto. Te facilitaría las cosas.

No es frecuente cruzarse con criminales simpáticos. Cuando sucede, los policías lo agradecen de veras. Arthur «Woody» Wood era un hombre joven y un auténtico seductor. Lucía patillas largas algo pasadas de moda, que le daban el aspecto de un cantante rockabilly de los años cincuenta. Su andar despreocupado y danzarín y sus hombros desdeñosos hacían bajar la guardia a todo aquel que tuviera que tratar con él, especialmente a las mujeres (hecho que Delorme estaba descubriendo en aquel preciso instante). La detective libraba una guerra contra su propio cuerpo: «No, de ningún modo vas a reaccionar así ante el atractivo de este chorizo de tres al cuarto.

No te lo voy a permitir».

Mientras llevaba a su detenido a la sala de interrogatorios, Woody saludó escandalosamente a la sargento Flower y entabló con ella una conversación muy amena. Flower siguió cotorreando hasta que se topó con la cara de poquísimos amigos que le ofreció Delorme. Woody tampoco pudo evitar saludar a Larry Burke, que acababa de entrar. Burke lo había detenido seis años atrás con una radio de automóvil en la mano. «La estoy instalando», había confesado Woody.

—Escúchame bien —le advirtió Delorme una vez en la sala.

Alguien había dejado sobre una silla un ejemplar de The Toronto Star. Woody lo cogió de inmediato.

—No me puedo creer las metidas de pata de los Leafs, colega. Es como si el equipo al completo tuviese pulsiones autodestructivas. Qué ansia más nociva.

—Escúchame bien —repitió Delorme quitándole el periódico, cuyo titular anunciaba: NO HAY PISTAS SOBRE EL ASESINO DE WINDIGO—. Esos robos de Water Road me dan urticaria, ¿me entiendes? Te tengo pillado por el trabajito de Willow Drive, pero sé que los otros también son obra tuya. Así que ¿por qué no nos ahorras un montón de tiempo y esfuerzo a ambos y confiesas al menos la autoría de uno de ellos? Quizás así me olvide de los otros.

—No sé de qué me habla.

—Declárate culpable de uno. Es todo cuanto te pido. Veré qué puedo hacer. Sé que también cometiste los otros robos.

—Pare el carro, agente Delorme. Usted no sabe si esos robos los cometí yo.

La sonrisa de Woody era de una luminosidad beatífica, no delataba malicia o sospecha de ningún tipo: los hombres honestos deberían sonreír como sonreía él.

—Usted se está permitiendo exagerar, ni más ni menos. Si sospecha que cometí alguno de esos robos sin resolver, lo comprendo. Es de dominio público que suelo relacionarme con objetos ajenos, no lo voy a negar. Pero sospechar es muy distinto de saber. Entre su sospecha y su certeza yo podría pasar al volante de un camión Mack.

—Hay otra cosa, Woody. Supón que hubiera testigos, ¿qué harías entonces? Supón que alguien viera una furgoneta Chevy alejarse del concesionario Motor Court de Nipissing.

El dueño del motel no había logrado distinguir al conductor, pero sí pudo ver a alguien alejándose en una Chevy parecida a la de Woody. Faltaban tres mil dólares en televisores. Nada de joyas.

—Pues si me vieron, imagino que tendría que someterme a una rueda de identificación. Usted es soltera, señorita Delorme, ¿no es cierto?

—Supón que identificaron tu furgoneta, Woody. Supón que tienen la matrícula.

—Si tiene la matrícula, será mejor que me cuelgue el muerto a mí. Yo diría que es soltera, tiene ese aire de persona soltera. Créame, agarre Delorme, debería casarse. Yo

no sé lo que haría sin Martha y Truckle. La familia y los niños reducen a la mitad el estrés de la vida diaria y duplican las alegrías. Es lo único que realmente vale la pena, y no se olvide de que un policía está sometido a mucho estrés.

—Intenta prestar atención, Woody. Una furgoneta Chevy fue vista alejándose de Water Road a la hora; que se cometieron los robos. Dices que estabas en casa, pero tus vecinos niegan haber visto tu furgoneta aparcada en la entrada. A eso añádele que la vieron en la escena del delito. Si lo sumas todo, ¿qué sacas en claro? Diez años en chirona.

—¿Cómo tiene el descaro de decirme eso? Es un hecho conocido por todos que los testigos presenciales son poco fiables. Maldita sea, usted sabe tan bien como yo que a mí nadie me ve, jamás. Me gusta trabajar sin distracciones. Por el amor de Dios, señorita, no me dedico a esto para conocer gente.

En ese momento, la sargento Flower llamó a la puerta.

—Ha llegado su mujer. Ha pagado la fianza.

—Te voy a coger, Woody. Puedes confesar ahora o bien esperar a que te atrape. Pero cuando lo haga será por todos y cada uno de esos robos.

—Si quisiera conocer gente me habría dedicado a atracar.

Una habilidad de la que Delorme se sentía especialmente orgullosa era la de desterrar de su mente todo aquello que no fuese esencial. Por la tarde, cuando transitaba por el serpenteante estrecho sur de Península Road, Arthur Wood había abandonado sus pensamientos y la agente navegaba, una vez más, en las turbias aguas de la sospecha que señalara el cabo Musgrave.

La carretera se estrechaba paulatinamente, hasta un punto en que las ramas, pesadas a causa de la nieve, raspaban el techo de su vehículo.

Los bosques blanquecinos le recordaron a un paseo en trineo de antaño. Ella y Ray Duroc, de trece años, yacían entre otros cuerpos entrelazados, besándose con la boca cerrada hasta que los labios de Lise se amorataron. Lo último que supo de él fue que vivía en Australia o en Nueva Zelanda, o en algún otro maldito lugar al otro lado del planeta, donde los árboles guardaban la costumbre de mantenerse verdes en vez de volverse blancos y el sol se dignaba emitir algo de calor.

Delorme comenzó a fijarse en los buzones y en los nombres que constaban en ellos; después torció bruscamente a la izquierda. No había clavada en el árbol ninguna señal que indicara el nombre del propietario y casi se pasó de la entrada. Aparcó en la calle y subió a pie por el sendero que conducía a la casa. Reparó en el Mercedes grande y marrón sin detenerse siquiera a pensar en cuánto habría costado.

Comparado con el cabo Musgrave, el ex cabo Burnside era una ráfaga de oxígeno puro. Joe Burnside tenía el cabello rubio, medía un metro noventa sin zapatos y la felicidad le emanaba por los poros.

—¿Así que en Investigaciones Especiales? Pero si ya sé quién eres, ¡eres la que pilló al alcalde Wells! ¡Pasa, por favor!

Delorme dejó sus botas de nieve junto a la puerta y se reunió con los demás en la cocina, donde el anfitrión le sirvió una taza de café recién hecho. De inmediato revisó su estimación: por lo menos, un metro noventa y cinco.

—Tía, deja la policía y ponte a ganar dinero de veras —exclamaba Burnside cuando todavía no habían transcurrido ni diez minutos.

Estaban sentados en sillones mullidos y profundos, disfrutando de una vista panorámica de la nieve cegadora de Four Mile Bay.

—¿Con la experiencia y capacidad que tienes tú? ¡Pero si presentas el perfil ideal! Mírame, pasé ocho años como cabo en la Brigada de Delitos Financieros y ahora soy mi propio jefe. ¡Yo, Joe Burnside! Créeme, nadie se lo hubiera imaginado. Yo no, desde luego. A los clientes nos toca echarlos, tenemos tantos casos que no podemos con ellos. ¿Y sabes qué?, no se los confían a la RPMC. Discúlpame un segundo.

Burnside cruzó la estancia hasta el sofá, donde un collie viejo y huesudo dormía hecho un ovillo. Se agachó, puso la boca junto al oído del perro y gritó con tal fuerza que a Delorme casi le estallaron los tímpanos.

—¡Bájate de ahí, saco de pulgas! ¡Vago!

El perro abrió uno de sus ojos vidriosos y miró a su dueño con una parsimonia envidiable.

—Está sordo como una tapia —se quejó. Bajó al perro con un tirón del collar llevándolo hasta la chimenea como si arrastrara a un poni. El collie se tumbó y volvió a sus sueños caninos.

—Todo el mundo me dice que lo sacrifique. Los que me lo dicen son los que nunca han tenido perro. Estos bichos no te cuestan un centavo durante quince años, ¿y qué hacen los dueños en cuanto caen enfermos? Los sacrifican. Perdona, sé que habías venido a hablar de otro asunto, pero me cabrea. Me cabrea que la gente no tenga lealtad. ¿Cuánto hace que te dedicas a trabajos de despacho?

—Seis años.

—¿Te das cuenta de lo que ocurre cuando se recortan tanto los presupuestos? No sé vosotros, pero los de la Policía Montada están atados de pies y manos. No pueden hacer nada. Sacan a sus investigadores de los despachos y los ponen a patrullar. ¿Y sabes por qué? Porque patrullar es un trabajo visible; la investigación, no. La ciudadanía quiere ver sus dólares en la calle. La Montada va camino del desguace. ¿Y sabes quién va a cubrir ese hueco? La vieja y fiable empresa privada, encarnada, me alegra decirlo, por un servidor. Una investigación por violación de derechos de autor, por pirateo, la cobramos a cuarenta mil pavos. Las multinacionales americanas los pagan gustosas, porque nuestros clientes son en su mayoría empresas americanas, y lo mejor de los yanquis es que si les cobras un pastón se creen que eres más

profesional.

«Este tipo habla como un cristiano convertido —pensó Delorme—, debería trabajar de predicador». Pero se contuvo y sólo dejó caer un nombre:

—Kyle Corbett.

—Huyyy —gruñó histriónicamente Burnside—. No me lo recuerdes, eso sí que me dolió.

—Teníais todos los antecedentes confirmados e información fiable. Sólo participasteis Jerry Commanda y tú.

—Y una fuente, una fuente de primera: Nicky Bell, que trabajó con Corbett durante años. El tipo tenía una causa pendiente por posesión de material pornográfico en el ordenador. Corbett no tenía ni idea del asunto.

—¿Y el soplón os dio una fecha y un lugar?

—¿Una fecha y un lugar? No, no, no. Nicky Bell sopló como Louis Armstrong. Nos pasó información durante meses. Jerry y yo le sacamos hasta la última palabra. Pero pensábamos caerle encima en la disco Crystal, allá en Airport Road, y para eso necesitábamos a uno de los vuestros. Nos enviaron a Cardinal; un tipo listo, aunque siempre parecía deprimido. Ésa al menos es la impresión que me dio a mí.

—¿Qué pasó después?

Los modales afables desaparecieron súbitamente. El semblante, antes tan luminoso y abierto como la bahía que se extendía frente a ambos, se ensombreció. Fue como un eclipse.

—Ya sabes lo que ocurrió —susurró Burnside—, de lo contrario no estarías aquí.

—Asaltasteis la discoteca y dentro no había nadie.

—Bingo.

—¿Qué falló?

—Nada. He ahí el dilema, ¿no? Todo fue de maravilla, de acuerdo con lo planeado. Fue como admirar el interior de un reloj suizo; salvo por el final, claro. A Corbett le dieron el chivatazo. Tú lo sabes y yo lo sé. Ahora, si esperas que te diga quién fue, te equivocas de cabo a rabo. No hay pruebas de nada.

—¿Qué os dijo vuestro soplón?

—¿Nicky? Si crees que Nicky va a reaparecer es que te has equivocado de profesión. Su esposa confirmó que en la casa faltaban una maleta y algunas prendas, pero creo que es una tapadera. Personalmente, creo que Kyle Corbett lo mandó a visitar a los peces del fondo de Trout Lake.

El perro se había vuelto a apoltronar en el sofá, pero Burnside no se dio por enterado.

Mientras Delorme se volvía a poner las botas, él la miró de arriba abajo. Estaba acostumbrada, pero en esta ocasión no creía que el gesto tuviera nada de sexual.

—También estás investigando lo de la isla Windigo, ¿verdad? Lo sé de buena

fuelle.

—Sí, pronto dejaré Especiales.

—Un asunto asqueroso, lo de Windigo.

—En efecto.

—Verdaderamente asqueroso, señorita Delorme. Aunque los polis de la Montada, los de la PPO y otros muchos más (joder, un montón de polis más) estarían de acuerdo en que investigar a un compañero es mucho más asqueroso todavía.

—Gracias por el café. El frío me estaba calando los huesos —respondió Delorme mientras ajustaba los broches de su abrigo y se ponía los guantes—. Pero yo no le he dicho a quién investigo.

Del mismo modo que había sucedido durante la juventud de Cardinal, D’Anunzio’s seguía atrayendo a los adolescentes como un imán. Mitad frutería y mitad fuente de sodas y heladería, el local no daba la impresión, a primera vista, de ser un sitio fascinante. Pero Joe D’Anunzio, de modales amables y cintura de cantante de ópera, consideraba a todo el que entrara en su local como amigo suyo. Cuidaba su vieja fuente de soda —un grifo de agua gaseosa con el que diluía jarabes de mil sabores— con el esmero de los camareros de antaño, y trataba a los clientes nuevos como a los habituales, permitiéndoles permanecer sentados en los reservados durante horas con sus coca-colas, sus patatas fritas o sus chocolatinas. Cuando eran niños, Cardinal y los demás monaguillos acudían en tropel en cuanto acababa la misa de la catedral. Y años después ocurría lo mismo, aunque ya no vistieran sobrepellices ni sotanas. Llegaban allí cuando ya habían sustituido el incienso por paquetes de Rothmans o de John Player Specials, y el pan y el vino por chocolatinas Aero y batidos de helado.

Cardinal dio un sorbo a su café y observó a unos chavales que jugaban a un videojuego.

En sus tiempos, el juego preferido era el flipper o pinball. El flipper era un juego más físico y menos teórico; metiendo una moneda de cinco centavos dentro del mecanismo sonaban golpes y multitud de campanillas. En respuesta a las atenciones de los chavales, sin embargo, los nuevos engendros electrónicos soltaban una serie exasperante de bips y de bups.

—Dime, Joe, ¿cuándo se quemó aquella casa?

—¿Te refieres a la que está en Main Street?

Joe le sirvió dos coca-colas de cereza a sendas chicas rubias con idénticos cortes de pelo: de un lado al cero y del otro largo. En las aletas de la nariz ambas llevaban *piercings*, aderezos que a Cardinal le parecían más bien pústulas de aluminio. Cuando él era joven, las muchachas llevaban el cabello largo y con raya al medio, lo que según la nostálgica mirada de Cardinal les concedía un aire dulce, entrañable. ¿Por qué razón aquellas jovencitas utilizaban la moda para flagelarse?

Joe regresó desde el otro extremo de la barra hasta la caja registradora.

—Creo que fue en noviembre, sí, a principios de noviembre. Hicieron falta cinco o seis coches de bomberos para apagarlo.

—¿Seguro que no fue después? ¿Después de Año Nuevo?

—En absoluto. Fue antes de que me operaran de la hernia; entré en quirófano el 10 de noviembre. —Joe desplazó su circular figura y vertió un poco más de café en la taza de Cardinal—. ¿Cómo no te enteraste de un incendio como aquél?

Dos niños habían desaparecido. Y Catherine empezó a desvariar en noviembre.

Cardinal había tenido la mente bastante ocupada.

Se llevó la taza de café al otro extremo de la barra, junto a la ventana de la entrada. Por el lado oeste de la plaza, un cortejo fúnebre salía de la catedral. Cuatro hombres transportaban un ataúd a hombros, iban ataviados con trajes negros pero sin abrigos, debían de estar ateridos. En el solar vacío, al otro lado de la plaza, había otro hombre. Iba cubierto con un anorak Verde y amarillo y una capucha a conjunto. Tomaba notas, o eso parecía. Por la boca despedía volutas de vapor que el sol atravesaba y luego diluía. Cardinal salió del local y enfiló hacia el solar esquivando el tráfico que bajaba por Algonquin. El hombre del anorak rellenaba un impreso prendido en un sujetapapeles cuando el policía se presentó.

—Tom Cooper, de Construcciones Cooper —respondió el hombre—. Tengo que comprobar cuánto ha adelantado nuestra gente de derribos. Se supone que ya debían tener todo esto limpio el martes pasado, y estamos a viernes. Qué difícil es encontrar profesionales en esta ciudad, profesionales de verdad.

—Señor Cooper, estoy seguro de que a un contratista como usted no se le pasan por alto los solares como aquel de allí. ¿Hay alguna otra casa vacía en el extremo oeste de Main Street?

—En el oeste, no. Hay una en MacPherson y otra en las afueras, en Trout Lake. Pero aquí en la ciudad no permanecen vacíos mucho tiempo.

—Es que me han dicho que había una casa vacía en Main West Street. Al menos lo estaba en diciembre. La ocupaban unos adolescentes, probablemente para drogarse. ¿Ha sabido de algún sitio así?

Cardinal oyó su propia voz desvanecerse. Sabía que el hilo de la conversación se había tensado de repente y que a la mínima se cortaría.

Cooper apretó el sujetapapeles bajo el brazo y, entrecerrando los ojos, escruto la calle hacia el oeste, como si por su empeño fuese a aparecer una casa vacía.

—No. En Main Street no. Al menos ninguna que yo recuerde. En Timothy, quizá —giró sobre sí mismo como si tuviese un pivote en vez de pies—. La casa no está en Main Street, pero hace esquina.

—¿En la esquina de Timothy y Main Street? ¿Junto a las vías?

Cooper asintió.

—Efectivamente. Pero es imposible que allí se cobijara nadie, está cerrado a cal y canto. Los herederos tramitan la autenticación del testamento. Se llevan fatal, o al menos eso es lo que se dice.

—Muchas gracias, señor Cooper. Ha sido de gran ayuda.

—No tendrá usted que ver con el caso de Windigo... Es un asunto terrible.

Cooper, como todos los habitantes de Algonquin Bay, seguía de cerca el curso de las investigaciones. ¿De quién se sospecha? ¿Ha sido alguien de por aquí? ¿Participarán los de la Policía Montada? No se puede culpar a la gente por ser

curiosa. Cardinal tuvo que escuchar de cabo a rabo la teoría del culto satánico antes de librarse de Cooper.

En su coche recorrió la media docena de manzanas que lo separaban de Timothy Street. Al llegar al paso a nivel cruzó las vías lentamente. El tramo norte del ferrocarril lo recorrían sobre todo trenes de carga que transportaban petróleo hasta las ciudades norteñas de Cochrane y Timmins. Hacía años, cada vez que el tren circulaba por aquel paso a nivel, esos mismos silbatos solían despertar al joven Cardinal, sonidos solitarios y al mismo tiempo curiosamente reconfortantes, como el canto del somorgujo.

La casa era una construcción victoriana rodeada en su totalidad por una galería. Las ventanas estaban tapadas con listones y tablas de aglomerado. Años de hollín de locomotoras habían ennegrecido los muros de ladrillo de la planta superior, por lo que la casa no sólo estaba ciega, sino que además tenía los ojos amoratados. De las esquinas colgaban carámbanos inmensos como gárgolas. Un seto de considerable altura rodeaba el terreno, vasto para las dimensiones de Algonquin Bay.

Cardinal bajó del coche y se plantó en el sitio donde alguna vez estuvo el camino hacia la vivienda. Más allá de los tenues jeroglíficos que dejaran atrás las patas de los pájaros, no pudo apreciar ni una sola pisada humana.

La nieve endurecida había recubierto los escalones que llevaban a la galería. Agarrado a la barandilla, subió pisando firmemente y examinó la puerta principal, también cerrada con listones y tablas. El sello del fideicomiso permanecía intacto y el candado no mostraba señales de vandalismo. Revisó las aberturas tapiadas y después rodeó la casa para asegurarse de que las otras no hubiesen sido forzadas.

Sonó la campana del paso a nivel. Mientras Cardinal comprobaba el estado de la puerta lateral escuchó el traqueteo del tren, un tren de carga.

Cualquiera que quisiera entrar lo haría por detrás: pero detrás no había nada salvo el seto y las vías. Los ladrones suelen tener una especial predilección por los ventanucos de los sótanos, pero éstos habían quedado enterrados bajo la nieve. Con el tacón de su bota, Cardinal cavó una zanja que separaba la pared de la casa de la dura capa de nieve.

—¡Mierda!

Un trozo de hielo afilado le había raspado la pantorrilla. A un metro y medio de la esquina de la vivienda descubrió el dintel de una ventana. Después de quitar el hielo solidificado, retiró la nieve restante con las manos.

—Te encontré —susurró triunfante.

El Juzgado Provincial de Algonquin Bay, situado en McGinty Street, es un edificio de obra vista, moderno y sin pretensiones, que podría igualmente acomodar una escuela o una clínica. Quizá por compensar tanta sencillez, el cartel que señala el Juzgado del

Distrito de Nipissing es del tamaño de una valla publicitaria.

El recepcionista informó a Cardinal, que el juez Paul Gagnon estaría ocupado hasta el mediodía en el Juzgado de Tráfico y que después debía asistir a una comida de trabajo.

—Intente que me haga un hueco, por favor. Mi visita está relacionada con la investigación de Katie Pine.

Cardinal sabía de sobra que Gagnon nunca le firmaría una orden de registro para averiguar el paradero de un joven de dieciséis años fugado de Mississauga; es decir, de un mayor de edad. El policía relleno el formulario correspondiente y, mientras esperaba a que concluyera la sesión, llamó a la jefatura. Delorme había salido por algo relacionado con el Caso de Woody y no regresaría hasta dentro de una hora. Cardinal sintió una punzada de remordimiento por no permitirle tomar parte en la investigación; de hecho, ella no había ocultado su resentimiento por tener que poner al día los casos atrasados de él.

El juez Gagnon era un tipo pequeño de pies diminutos y un peluquín dos tonos más claro que su propio cabello. Tenía un par de años menos que Cardinal y era una verdadera fiera en el campo de la política. Dentro de la toga parecía un niño en una tienda de campaña, su fino hilo de voz era un eco aflautado.

—Suenan poco convincente, detective. —Gagnon colgó la toga en un gancho y se puso la americana de pelo de camello—. Veamos, usted cree que quien mató a Katie Pine y raptó a Billy LaBelle pudo haberse alojado en la casa de la familia Cowart. Dicha teoría se basa en cierta información de segunda mano recibida de Ned Fellowes, del Centro de Crisis. Información que, dicho sea de paso, ni siquiera llevaría directamente al asesino, sino a otro joven desaparecido, el tal Todd Curry...

Gagnon se ajustaba la corbata mirándose en el espejo.

—Alguien entró en la casa por la fuerza, su señoría. Estoy seguro de que las partes en litigio no se opondrían a que yo investigara. Pero acudir a ellos llevaría demasiado tiempo y fastidiaría a muchos que ya están furiosos por tener que resolver el testamento.

El ojo escéptico de Gagnon enfocó a su interlocutor en el reflejo.

—¿Cómo sabe usted que el que rompió la ventana no fue un miembro de la familia? Quizás esa persona fue a buscar algún mueble impugnado o la reliquia de la abuela. ¿Quién puede saberlo?

—El ventanuco mide veinticinco centímetros de alto y setenta y cinco centímetros de ancho, aproximadamente.

—Quizá fueran joyas: el reloj de bolsillo del abuelo. Lo que quiero decir, detective, es que no tiene ninguna razón de peso para sospechar que el asesino pasase por allí.

—Según mis sospechas, es el único sitio que pudo haber pisado, aparte de la

bocamina en la isla Windigo. Tal vez le gusten los edificios desiertos, no lo sé. La última vez que vieron a Curry, el chaval desaparecido, éste dijo que pasaría la noche en una casa abandonada de Main Street.

Gagnon se sentó detrás del escritorio, lo que le hacía aparecer aún más pequeño, y estudió el impreso.

—Esta dirección corresponde a Timothy Street, detective.

—Timothy hace esquina con Main Street, la casa parece dar a esta última. Todd Curry no era de aquí, debió de suponer que la casa estaba allí.

El juez Gagnon consultó el reloj.

—Tengo que comer con Bob Greene.

Bob Greene era el parlamentario local, un tipo voluble, un imbécil de segunda fila.

—Fírmeme la orden, su señoría, y no le daré más la lata. No tenemos una sola pista sobre Billy LaBelle y, en cuanto a Katie Pine, nuestras investigaciones también acaban aquí mismo. Esta pista es lo único que tenemos.

Katie Pine era un número mágico; Katie Pine y Billy LaBelle sumaban la cifra que abriría la combinación del diminuto corazón de Gagnon. Cardinal podía oír cómo giraban las piezas del mecanismo: un caso celebre equivale a una oportunidad. Una oportunidad aprovechada equivale a un ascenso. Un ascenso equivale a practicar la justicia.

El juez frunció su ceño en miniatura, demorando su aprobación, resistiéndose, con las tablas de un actor de talento modesto.

—Si la casa estuviera habitada jamás le firmarí este permiso. De ninguna manera permitiría que alterase usted el orden de un hogar basándose en alegaciones tan endebles.

—Créame, su señoría, sé de sobra lo endebles que son mis sospechas. Ojalá tuviese en mi poder un indicio a prueba de dudas que ofrecerle, pero el asesino decidió no dejarnos su nombre y dirección junto al cadáver de Katie Pine.

—¿Qué significa ese tono tan altanero y moralista? No me estará usted sermoneando, ¿verdad?

—Dios no lo permita. Sepa que si quisiera ir por ahí dando sermones a jueces me habría hecho político, su señoría.

Los brazos y la cabeza del juez desaparecieron en su abrigo como bajo un manto de niebla espesa, y emergieron nuevamente por las mangas y el cuello. El juez cogió rápidamente la Biblia de su escritorio y la puso delante del detective.

—¿Jura ante Dios todopoderoso que lo que consta en el impreso es la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

Cinco minutos más tarde, Cardinal ya había regresado a la vivienda de la familia

Cowart y quitado con las manos la nieve que cubría el ventanuco del sótano. Se le habían entumecido las rodillas, rígidas como dos tablas de madera. La nieve se había acumulado en estratos bien diferenciados de nieve polvo y hielo compacto. Cardinal fue hasta el coche y regresó con la pala que siempre llevaba en el maletero.

El listón de cinco por diez que cruzaba la placa de aglomerado y la mantenía en su sitio mostraba marcas de haber sido forzado con una palanca. Los clavos estaban flojos. Cuando Cardinal tiró del listón, éste se soltó con facilidad; detrás de la madera no había vidrio alguno.

Se quitó el abrigo y el frío glacial le quitó el aliento. Se arrodilló y descendió por la ventana introduciendo primero las piernas y después el cuerpo. La nieve se le colaba por la camisa y el pantalón, y el calor de la piel tardó muy poco en derretirla. Apoyó el pie en una plataforma que parecía ser una mesa; quienquiera que hubiera estado allí la había colocado bajo la ventana para facilitarse la salida.

Una vez dentro, atrajo hacia sí el abrigo y se lo puso, no sin antes luchar desesperadamente con la cremallera. Entonces, de pie sobre la mesa, agitó los brazos como un pájaro y maldijo el frío a voz en grito. El resplandor mortecino que se filtraba por el ventanuco no hacía mucho por disipar la oscuridad del lugar.

Se bajó de la mesa —destinada a lavar la ropa, según pudo comprobar— y encendió la linterna. Un cacharro que cargaba seis pilas de las grandes, un chisme muy resistente que en ocasiones había cumplido funciones de cachiporra; precisamente por eso el cristal estaba partido y el tubo, cubierto de muescas. Se hizo un haz blanco y amplio que iluminó la caldera congelada como a la estrella de un espectáculo, la lavadora, la secadora y una mesa de carpintero repleta de herramientas que el investigador envidió de inmediato. Ya había reparado en la sierra vertical que descansaba silenciosa en un rincón, la había visto en la sección de herramientas de Canadian Tire. Valdría unos quinientos dólares.

Incluso con el frío podía oler la piedra, el polvo y la humedad de la madera sin pulir, así como los dulces aromas de la lavadora y la secadora. Tras desgarrar una serie de telarañas abrió una puerta y descubrió una alacena repleta de frascos de conservas: melocotones, ciruelas, incluso uno de cuatro litros que contenía pimientos rojos. Parecían corazones recién arrancados.

Las escaleras eran nuevas, no habían sido acabadas ni tampoco alfombradas. La luz de la linterna no descubrió ninguna pisada. Pero Cardinal subió los escalones de dos en dos, pegado a la pared, para salvar cualquier huella que se le hubiese pasado por alto.

La puerta dio paso a la cocina. Cardinal se detuvo allí para estudiar la sensación que le producía la casa, ese lugar tan frío y oscuro que rezumaba desesperanza. Contuvo la excitación del cazador, esa impresión de que algo va a suceder. Hacía tiempo que había aprendido a desconfiar de ese tipo de percepciones que, casi

siempre, acababan en nada. La evidencia de que allí hubiesen pernoctado intrusos no significaba que el asesino —o el errante Todd Curry— también hubiese pasado por allí.

Nadie había usado la cocina. Una fina película de polvo cubría todas las superficies. Del rincón nacían unas escaleras estrechas, cuyo hueco alojaba un armario. Cardinal levantó el pasador con la punta de la bota, desvelando estanterías repletas de hileras de comida enlatada. En la pared del armario colgaba el calendario de una tienda de deportes. En la fotografía aparecían un pescador con casaca leñadora y un niño risueño. El recuerdo de su hija Kelly le golpeó la mente con la fuerza de un puñetazo: las vacaciones de verano, la casa de campo; el entusiasmo de su hija al pescar un pez, sus remilgos al encarnar el anzuelo; los reflejos de su cabello dorado contra el azul del cielo. El calendario anunciaba el mes de julio de hacía dos años, el mismo mes en que muriera el dueño de la casa.

En el cubo de basura de plástico no encontró nada, a excepción de un envase aplastado de Tim Hortons, la tienda de donuts.

El mobiliario del salón era antiguo, pesado, pero Cardinal, poco experto en asuntos como aquéllos, no habría podido aventurar si se trataba de antigüedades o simples imitaciones. El cuadro de la pared parecía antiguo y vagamente conocido, pero Cardinal tampoco era crítico de arte. En cierta ocasión, Kelly se horrorizó al descubrir que su padre no tenía ni idea de quiénes habían sido el Grupo de los Siete (estrellas de la historia del arte canadiense, por lo visto). A través del cristal de la vitrina descubrió un juego de delicadas copas, colocadas con elegancia. Cardinal abrió la puerta de un aparador y encontró botellas de Armagnac y de Seagram's V. O. La silla que ocupaba la cabecera de la mesa era la única con apoyabrazos, y el tapizado se hallaba mucho más gastado que el de las demás. Quizás el anciano siguió ocupando el sitio de honor hasta mucho después de que su familia se hubiera disgregado. Quizá se sentase allí imaginando a su mujer e hijos a su alrededor.

El haz de la linterna dio con un par de puertas corredizas, que presumiblemente llevaban al salón. Pero el frío las había inmovilizado, por lo que Cardinal regresó a la cocina y subió al segundo piso por la escalera de servicio.

En las habitaciones de esa planta no había muestras recientes.

Permaneció un largo rato en el dormitorio principal, la última habitación que habían habitado. Sobre un tocador antiguo descansaba un televisor pequeño muy fácil de robar.

El botiquín del baño contenía antihistamínicos, laxantes, Fixodent y una botella gigantesca de analgésicos Frosst 222s.

Cardinal bajó por la escalera principal hacia la sala de estar, situada al frente de la casa. Un piano viejo la ocupaba casi por completo. Sobre el instrumento, un par de candelabros de plata rodeados de fotografías de la familia Cowart. Un examen más

exhaustivo de la tapa de madera dejó ver que los candelabros habían sido movidos de sitio —las bases hexagonales habían marcado el polvo—, y los cabos de las velas daban la impresión de ser recientes. Así que alguien se había sentado al piano a la luz de las velas, acaso Todd Curry. La tapa del teclado evidenciaba huellas borrosas de manos. Cardinal se estremeció, los huesos le dolían a causa del frío.

El salón recordaba a un decorado: dos butacas, un pie, la maceta y la planta reseca, y una alfombra circular delante de la chimenea de ladrillo. Las cenizas de un tronco yacían en la rejilla, cubiertas por una delgada capa de nieve. Naturalmente, haría falta un fuego. Sin electricidad ni calefacción, cualquiera que planease quedarse aquí en diciembre tendría que encender la chimenea de inmediato. Aunque el fuego habría iluminado la estancia. ¿No se asustaría el intruso de que alguien reparara en el humo? «Una persona normal, desde luego que sí —razonó Cardinal, y de inmediato se corrigió—, pero yo no ando tras los pasos de una persona normal. Voy tras las huellas de un adolescente toxicómano fugado de su hogar y de un asesino de niños, y sólo Dios sabe de quién o qué más».

El arco que Cardinal dibujó con la linterna iluminó la repisa de la chimenea y un televisor de tamaño considerable. Detrás del sofá colgaba un cuadro antiguo y oscuro de un hombre vestido de negro: un conquistador, a juzgar por la perilla puntiaguda. Una capa de terciopelo negro con extraños dibujos se ondulaba a sus espaldas.

En el sofá descubrió una mancha similar a la que dejarían varios litros de pintura volcados intencionadamente sobre el tapizado. El estampado de la tela había quedado desdibujado por completo. Al acercarse, Cardinal comprobó que no se trataba de pintura sino de sangre. Sangre en cantidades industriales.

Alumbró la pared y cayó en la cuenta de que lo que él creía el diseño del empapelado eran, en efecto, salpicaduras de sangre. Salpicaduras verticales, de abajo arriba, como las que deja un instrumento pesado al elevarse. Hasta el cuadro estaba manchado; aquello era lo que había notado en la tapicería.

Paralizado delante del sofá, lo recorrió de una punta a la otra con la linterna. A uno de los cojines le faltaba la funda, se la habían quitado. Un ladrón podría utilizarla para llevarse el botín, pero ¿qué uso le daría el asesino? «No se molestó en llevarse los candelabros de plata —reflexionó Cardinal— ni el televisor portátil de arriba. No lo hace por dinero».

Temblando de frío, o eso quiso creer, Cardinal intentaba figurarse dónde habría ocultado el asesino el cadáver. Estaba casi seguro de que no lo había sacado de la casa; además, parecía que la planta superior estaba intacta. Regresó al sótano deseando desesperadamente disponer de más luz y se detuvo ante una puerta de aspecto endeble. Aunque ya nadie usara carbón, en las casas antiguas, el hueco de la escalera suele alojar la tolva que lleva al depósito de carbón. Cardinal distinguió en el suelo marcas de arrastre.

Apoyó la linterna en el suelo. El haz de luz proyectó su sombra deformada por toda la pared al tiempo que se agachaba a abrir la portezuela. Ésta se abrió con un chirrido y un sonido de hoja metálica al doblarse. El frío lo había dejado sin olfato, pero, aunque no pudiese oler, sabía que estaba a punto de encontrar el cuerpo. Quería verlo, salir cuanto antes de allí y volver con un equipo de peritos. Cogió la linterna y se metió por el hueco.

La lámina de polietileno estaba abierta, lo que le otorgaba al cadáver el aspecto de un paquete desenvuelto, de un obsequio precioso dentro de una caja negra. El cuerpo, perfectamente conservado por el frío, se hallaba hecho un ovillo en una posición casi fetal. La cabeza estaba entre las rodillas, liada con un trapo endurecido por el frío y ennegrecido por la sangre. Cardinal reconoció el estampado, se trataba de la funda del cojín ausente en la planta de arriba. ¿Por qué le habrían tapado la cabeza? Los pantalones que llevaba enrollados en los tobillos eran vaqueros negros; el calzado, unas botas de baloncesto marca Converse del mismo color. Cardinal podía recitar de memoria las señas: «Desaparecido. Joven de raza blanca. Fue visto por última vez vistiendo...».

Cardinal sintió las náuseas abriéndose paso desde sus entrañas, pero hizo caso omiso de ellas. Desfilaron por su mente los impresos que debería rellenar y las llamadas que tendría que hacer: al forense, a Delorme, a los procuradores del Estado, al fiscal de la Corona. Sin embargo, y pese a las obligaciones que le daban vueltas por la cabeza, no dejó de empaparse de los detalles del cadáver: el reloj barato en la muñeca, los genitales arrugados y mutilados. Cardinal se compadeció por los padres del chico, quienes seguirían aferrados a cualquier esperanza de hallarlo con vida. Habría que informarlos. ¿Quién sabe si existe la vida después de la muerte? El caso es que si el difunto se encuentra más allá del dolor y la ignominia, ¿por qué le invadió entonces aquel instinto de cubrir al muchacho? ¿Por qué esa misma reacción que antes él reprochara a Delorme?

Mientras se tomaba un descanso fuera, Cardinal agradeció que el frío y la nieve hubieran mantenido a la mayoría de los curiosos en sus casas. Entre el forense, los peritos y los camilleros, había tal congestión de personal y de equipos en el sótano, que moverse se había vuelto literalmente imposible. Era ya de noche y, sin embargo, el atasco daba la vuelta a la manzana, y el jardín delantero estaba tan iluminado como la Torre CN, el famoso rascacielos cónico construido por los Ferrocarriles Nacionales de Canadá.

A Cardinal la ligera tensión nerviosa comenzaba a manifestársele por dentro. Había realizado un buen trabajo, no le había hecho falta respaldarse en la alta tecnología. Sencillamente hizo las cosas bien, y de haber sido un hombre mejor y un buen poli, habría disfrutado mucho más de aquel momento de satisfacción. Echó de

menos al policía honesto que alguna vez fue y deseó de nuevo poder deshacer lo hecho; al menos para que no se le arruinase aquel instante. Si era cierto que Delorme lo investigaba, rebuscaría en su pasado y, de ser así, encontraría algo. No era muy probable, pero cabía la posibilidad, podía ocurrir en cualquier momento. «Sólo déjame resolver este caso —rezó al Dios en quien creía de vez en cuando—; déjame acabar con el que le hizo esto a Todd Curry».

Una bandada de periodistas se acercaba cada vez más al jardín, estirando la cinta amarilla que demarcaba la zona policial. Pero en esta ocasión no eran sólo Gwynn y Stoltz de The Algonquin Lode y el equipo de la cadena de televisión de Sudbury. Esta vez habían acudido los periódicos de Toronto, la CBC y hasta la CTV. Todos querían saber lo mismo: «¿Ha sido el Windigo?». Pero Cardinal tenía poco que decir hasta que se informara a los familiares del chico. El chirrido producido por los motores de avance automático de las cámaras fotográficas era estridente.

—Señorita Legault, ¿podemos hablar un minuto?

Hizo un aparte con la periodista a un costado.

—Así que el Windigo. Debe de estar orgullosa de su idea, ahora todo el mundo lo llama así.

—Venga, detective. Encuentran un cadáver en una isla con ese nombre, que además viene con mito incluido. Tarde o temprano a alguien se le iba a ocurrir, ¿no cree?

—Pero se le ocurrió a usted, no se subestime.

—Dos muertes, y febrero aún no ha acabado. Ya ha superado la cifra anual de asesinatos, ¿no es cierto?

—No exactamente.

—Me refiero a asesinatos de este tipo. Obviamente, no estoy contando los homicidios domésticos. Oiga, ¿qué posibilidad hay de hacerle a usted una entrevista de verdad? Extraoficial, sin cámaras.

Aquella mirada fría de reportera estaba midiendo su reacción. Cardinal pensó en la forma en que el gato observa al ratón.

—Aunque usted no lo crea, todo esto se va a convertir en una locura. No sé si...

—Aunque usted no lo crea, detective, los telediarios no simbolizan la estupidez.

—Perdone, nunca la acusaría a usted de simbolizar nada.

Legault no cejó en la presión.

—A ver, detective, ¿por qué no me educa de una vez?

De pronto, Cardinal percibió que la periodista se tomaba en serio su oficio, y aquello le llegó al corazón. Catherine era así. Quizás él mismo también lo fuera.

—Si usted bautiza al asesino de Katie Pine con el nombre de un espíritu que se alimenta de seres humanos —le dijo lentamente—, es probable que sólo logre cebarlo aún más.

—¿Eso significa que no hará la entrevista?

Cardinal señaló hacia la casa.

—Discúlpeme, el deber me llama.

Los camilleros, dos tipos que cuando no asistían al forense trabajaban para las funerarias locales, salieron de la casa con la bolsa de plástico que contenía al cadáver y la depositaron dentro del coche fúnebre. El más joven de los dos temblaba visiblemente y parpadeaba sin cesar, como un topo.

Unos minutos más tarde, por la misma puerta, salió Delorme.

—Gracias, socio, por tomarte, el trabajo de llamarme. Tú sí que eres un buen compañero. Todo un campeón del trabajo de equipo.

—Te telefoneé, pero no estabas.

—Si yo fuese un tío me habrías esperado. Si no vamos a trabajar juntos, será mejor que me vuelva a Especiales. Explícaselo a Dyson.

—Lo dices como si ya no estuvieses en Especiales.

Delorme lo miró de arriba abajo, recorriéndolo con aquellos ojos que parecían reflectores.

—Hablas igual que McLeod, ¿lo sabías? Si te va la paranoia, no te lo puedo impedir. Pero a mí no me incluyas en tus delirios. —Reparó en el coche fúnebre que se alejaba—. ¿Se lo llevarán directamente a Toronto?

Cardinal asintió.

—Maldito Arthur Wood.

Le entraron ganas de matar al cabroncete que tanto tiempo le hacía perder.

—¿Puedes conducir hasta Toronto?

—¿Esta noche? ¿Te refieres a ir al Centro de Medicina Forense?

El entusiasmo le cambió de inmediato el tono. Ahora su voz sonaba como la de una niña.

—El primer avión sale mañana por la mañana, no me apetece esperar.

Con un gesto de la barbilla, Cardinal señaló la figura cuadrada y negra de Barnhouse. Se encontraba a media manzana de distancia, pero podía oírsele a la perfección. Amonestaba a alguien por un supuesto atropello a su persona.

—Hablaré con Barnhouse y me enteraré de las primicias. Te recojo dentro de media hora. Antes de llegar a Gravenhurst ya habremos adelantado al coche fúnebre. Quiero estar allí cuando el forense abra nuestro regalito.

En Canadá, el asesinato es un fenómeno más bien aislado. Tan aislado que la mayoría de sus diez provincias cuentan con un solo instituto forense, ubicado por lo general en la ciudad más importante de la zona. Un punto de vista algo austero, práctico incluso, sobre todo si uno tiene la fortuna de investigar un homicidio cometido precisamente en Toronto o en Montreal. Cardinal y Delorme tuvieron que recorrer trescientos kilómetros, atrapados casi todo el camino detrás de un convoy de camiones madereros. Ya en el edificio del Centro de Medicina Forense ‘de Grenville Street, un sij de turbante blanco y uniforme azul salió disparado hacia el depósito de cadáveres para anunciar la llegada de los dos forasteros.

Len Weisman los recibió a medio camino y los guió hasta una oficina desordenada y claustrofóbica. Era un tipo pequeño pero robusto, con el cabello negro ensortijado. Llevaba gafas de montura negra de diseño, bata blanca y unas sandalias de cuero del todo incongruentes con el ambiente quirúrgico de azulejo y linóleo impoluto que lo rodeaba.

Antes de convertirse en el director del mortuorio, Weisman había trabajado diez años como investigador de homicidios. Lo primero que sus visitas veían cuando entraban, en la pared situada tras su escritorio, era un marco con su placa y sus galones de sargento. A ambos lados, también enmarcadas, lucían sendas menciones honoríficas y una fotografía de Weisman en la que estrechaba la mano del alcalde de Toronto.

—Por favor, sentaos —dijo en tono amistoso—. Estáis en vuestra casa.

«No podría sentirme como en casa en un mortuorio», contestó mentalmente Cardinal, preguntándose si Delorme pensaría lo mismo. Su compañera parecía no encontrarse tan habladora como de costumbre. Acababan de cruzarse en el pasillo con el cadáver de una mujer de no más de veinte años, aparcado junto al ascensor en una camilla metálica como si fuera un carrito de la compra. La cremallera de la bolsa estaba bajada hasta el cuello, de forma que del plástico negro asomaban un rostro pálido y una melena rubia, como un gusano de seda que quiere desembarazarse de su cápsula. Tenía un cabello precioso, de un tono entre el azafrán y el oro. Probablemente, unas horas antes se lo habría estado cepillando ávidamente, con esa mezcla de orgullo y autocrítica que pueden permitirse las mujeres bellas.

—¿Os apetece un café o un té?

Weisman daba la impresión de revolotear por sus dominios, alargaba la mano para abrir una puerta a medio cuarto de distancia, se lanzaba a abrir un cajón o cogía al vuelo una carpeta de otro escritorio.

—También hay una máquina de refrescos en la sala donde comemos. ¿Os hace un

Sprite o una Pepsi?

Cardinal y Delorme declinaron la oferta.

Weisman arrebató el auricular antes de que pudiera escapársele.

—Comprobaré si el patólogo está listo. El paciente llegó hace veinte minutos.

Cardinal había olvidado que en el mortuorio a los cadáveres se les llamaba pacientes, como si los silenciosos ocupantes de las bolsas de plástico y compartimientos metálicos pudieran recobrar la salud.

Se oyó un golpe en la puerta y el patólogo entró en la habitación: era una mujer de unos treinta años, de hombros anchos y pómulos salientes, que le conferían a su semblante una apariencia escultural.

—Doctora Gant, éstos son los detectives Cardinal y Delorme, de Algonquin Bay. Detectives, esta mañana su patólogo será la doctora Gant. Pueden acompañarla ahora mismo si así lo desean.

La siguieron hasta el depósito. Ahora que la chica rubia había sido retirada, aquél podría ser un establecimiento hospitalario cualquiera, con sus azulejos y linóleo blancos. En el mortuorio no se percibía fetidez alguna, únicamente se respiraba un ligero efluvio químico. Atravesaron la sala de autopsia y entraron en una estancia secundaria, reservada para los «apestosos». La doctora Gant les entregó sendas mascarillas. Cuando el fotógrafo estuvo preparado, Gant se puso los guantes de látex y bajó la cremallera. Delorme no pudo evitar una arcada.

—Está hecho un asco —comentó flemática la doctora—. ¿Dónde lo encontraron, en una carbonera?

—Ha dado en el clavo. En la carbonera de una casa abandonada y precintada. Parece que ha comenzado a descongelarse.

—En efecto. Antes de empezar, habrá que hacerle unas cuantas radiografías. La sala de rayos X está en la habitación contigua.

La doctora rehusó la ayuda inexperta de los policías para empujar el carro con el «paciente» hasta la sala de radiología. Allí les aguardaba una máquina imponente, coronada por un tubo de acero en forma de U gigantesca. El hombre que la manejaba era un tipo desaliñado que vestía una camisa de cuadros y unos vaqueros que, cada vez que se inclinaba, revelaban la raya que separa las nalgas.

—¿Por qué tiene la cabeza envuelta en una bolsa?

—Es la funda de un cojín, doctora. No sé por qué el asesino la cubrió de esa manera. No creo que fueran remordimientos, y tampoco que guarde relación con su gusto por lo delicado.

—Llamaremos a alguien del laboratorio antes de manipularla. Brian, empieza por el torso.

Gant habló tranquilamente por un teléfono de pared. Su voz era simpática pero firme, había que estar extremadamente ocupado o ser estúpido para no acudir de

inmediato a su llamada.

—¿No lo va a sacar antes de la bolsa? —preguntó Delorme.

La doctora Gant negó con la cabeza.

—Le haremos radiografías sin quitarle la ropa. Así descubriremos cualquier proyectil o fragmento de hoja que pudiera haber quedado entre las prendas. —Hizo un gesto con el mentón señalando hacia la camilla—. Los pantalones bajados hasta los tobillos indican una probable relación sexual previa a la agresión.

El técnico concluyó la preparación y cerró la puerta. Luego accionó un interruptor, y un zumbido apenas audible, como el de un mosquito solitario, hizo vibrar el aire de la habitación. Los huesos de los pies del cadáver se materializaron en la pantalla fosforescente del monitor. El haz del aparato recorrió el cuerpo de abajo arriba. La doctora permaneció en silencio hasta que en la pantalla se vio la caja torácica.

—Un politraumatismo, obviamente. Fíjense: fracturas de la séptima, quinta y tercera costillas. Por ahora no aparece ningún objeto extraño.

—¿Y esa cosa opaca? —inquirió Delorme—. ¿No podría ser una bala?

—Es más probable que sea una medalla o un crucifijo.

La imagen cambió y comenzaron a distinguirse los huesos de los brazos.

—Ahora examinaremos las extremidades.

Gant señaló una raya gruesa y blanca partida en dos que recordaba el trazado de una autopista tras un terremoto.

—Se aprecia un traumatismo en el antebrazo izquierdo, probablemente sufrido al defenderse, además de las fracturas del cúbito y de los huesos de la muñeca. El cúbito del antebrazo derecho evidencia un traumatismo similar. La clavícula fue partida limpiamente.

Aunque la cabeza seguía recubierta por la funda ensangrentada, apareció en la pantalla la esfera reventada que alguna vez había sido un cráneo.

—Bien —susurró Gant—. Hay un politraumatismo, evidentemente. —Y añadió por el intercomunicador—: Brian, está saliendo una raya blanca a la altura de la cabeza, ¿puedes ajustar la imagen?

—No hay nada que ajustar, doctora. Ahí dentro hay algo.

La doctora se aproximó a la pantalla.

—Podría ser un punzón para el hielo o el vástago de un destornillador. Se lo debieron de clavar en la cabeza y hundir en el cráneo. Quizás el mango se desprendiera después.

Varios huesos faciales habían sido destrozados. La doctora resumió el diagnóstico: traumas causados por un objeto contundente, posiblemente un martillo.

El aparato de rayos X se apagó, el pitido agudo y punzante fue decreciendo hasta convertirse en un tenue resabio que quedó flotando en el aire.

Pero en la habitación también flotaba la tristeza. Se encontraban ante un joven que había intentado defenderse sin conseguirlo. Y, además, había tardado en morir. Independientemente de lo turbios que hubieran sido sus dieciséis años, independientemente de cuán disipados y vanos, Todd Curry no merecía morir de esa manera.

Vlatko Setevic, de la Policía Científica, se les unió.

—Bienvenidos, guardianes del Gran Territorio Helado del Norte —dijo—. Alguna vez encontraréis víctimas que no estén congeladas, ¿verdad?

La mesa tenía un dispensador de papel a los pies. Setevic tiró del papel blanco y entre todos levantaron cuidadosamente el cuerpo, que aún no había sido despojado de su envoltorio. Lo colocaron sobre el papel.

—Bien —comenzó el químico—. Ahora descubrámosle la cabeza. Le quitaré esta tela y la colocaré en la mesa que tengo detrás de mí. Tengo que hacer esto suavemente, va a llevar algún tiempo.

Setevic realizó su tarea con delicadeza, mientras la doctora y su asistente despegaban del torso la tela plástica manchada de hollín y sangre. Entretanto, otro asistente tomaba fotografías. El plástico había sido atado con una cuerda fina, del tipo utilizado para subir y bajar cortinas venecianas.

El interior de la funda estaba cubierto de una lámina gruesa y agrietada de sangre solidificada. El flash de la cámara destellaba con la reiteración de una luz estroboscópica de discoteca.

El cuerpo no se deformó con los movimientos.

—He tomado un poco de pelo y de fibras de la funda —explicó Setevic—. Les echaré un vistazo en la sala contigua.

Delorme observó el rostro del muchacho y desvió la vista.

Sin tocarlo, la doctora Gant hizo girar sobre sí el cuerpo.

—La región parietal izquierda evidencia señales de traumatismo producido por un objeto contundente, los hundimientos y fracturas fueron causados por un instrumento pesado, probablemente el canto de un martillo. El parietal anterior derecho evidencia una depresión circular con un diámetro aproximado de unos tres centímetros, probablemente resultado de un martillazo, pero es difícil asegurarlo. El tejido facial que cubre el hueso malar se ha desprendido. La causa también podría haber sido el impacto de algún objeto contundente.

—¿Habrà sido un arrebató de furia? No me cabe la menor duda de que se ensañó.

—Un arrebató, a juzgar por la ferocidad de la agresión. Pero me arriesgaría a afirmar que también hay indicios de autocontrol. Fíjese, las heridas mantienen la simetría: ambos pómulos, ambos costados de la mandíbula y ambas sienas. Esos impactos simétricos no tienen nada de accidental. Y a todo lo demás hay que añadirle lo siguiente... —Gant señaló la base de la cabeza—. Hay un orificio en la corona

occipital de unos diez milímetros de diámetro y, a juzgar por el frunce de los bordes, se trata de una herida punzante. Ése debe de ser el objeto filoso que aparece en el fluoroscopio. Nadie le atraviesa el cráneo a otra persona en un arrebato.

—Es cierto.

—Cualquiera de las heridas mencionadas pudo haberle causado la muerte, pero no lo sabremos con seguridad hasta que le hayamos realizado la necropsia completa, y eso no será posible hasta que se descongele.

—Fantástico —exclamó Cardinal—. ¿Y cuánto puede tardar?

—Veinticuatro horas, por lo menos.

—Estará bromeando, doctora, dígame que sí.

—No, en absoluto. ¿Cuánto tarda en descongelarse un pavo de diez kilos?

—Cuatro o cinco horas, no lo sé.

—Y este paciente se encontraba a una temperatura ambiente de cuánto, ¿cuarenta grados bajo cero? Los órganos internos tardarán al menos unas veinticuatro horas en descongelarse, quizá más.

—Aquí hay algo.

Delorme se había apartado y miraba dentro de la bolsa de plástico en la que había llegado el cuerpo.

Cardinal se acercó. Se puso unos guantes de látex y metió las manos en la bolsa como lo haría un obstetra. Girándolo lentamente, pinzándolo con sumo cuidado por los ángulos, consiguió sacar el objeto empapado de sangre y cubierto de hollín.

—Una cinta de casete —dijo Delorme—. Debió de pegársele a la ropa y al descongelarse se despegó.

—No te entusiasmes, apuesto a que es una cinta virgen —replicó Cardinal, y la dejó caer en una bolsita de papel—. Espero que al menos podamos hallar algunas huellas.

—Quería preguntarle a la doctora Gant qué hacía una mujer como ella en un lugar como éste, pero no creo que le hubiese hecho gracia.

—Claro que no —respondió Delorme—. Y a mí tampoco.

—Una mujer tan joven debería ser internista o cardióloga. ¿Por qué iba a querer pasarse la vida rodeada de cadáveres?

—Hace lo mismo que tú, Cardinal: intenta pillar a los tipos malos. Yo no le veo nada de misterioso.

Se encontraban en los laboratorios de la Policía Científica, situado detrás del Juzgado de Instrucción. Habían ordenado revisar la casete en busca de huellas dactilares y ahora se dirigían al laboratorio.

Setevic, encorvado ante un microscopio, ni siquiera levantó la vista.

—He encontrado un cabello y no pertenece a la víctima. Es castaño y mide unos ocho centímetros. Su dueño es de raza blanca, probablemente un hombre.

—¿Qué me puedes decir de la fibra?

—Roja, del tipo trilobal.

—Entonces se trata de nuestro amigo —dijo Cardinal.

—No podemos saberlo.

—La probabilidad de dos asesinos distintos en la zona de Algonquin Bay y, por si fuera poco, con alfombras rojas, es sencillamente nula.

—Pero podría ser que Todd Curry pasara cierto tiempo en el mismo lugar que Katie Pine —se inmiscuyó Delorme—. O quizás en el mismo coche, ¿no es cierto?

Setevic negó con la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Con esto no lo vais a atrapar. Es un tipo de alfombra muy común, se usa en sótanos, patios y, si puedo hablar con sinceridad, diría que en casi cualquier superficie. Y no sólo aquí, en Estados Unidos también. Ya os lo había dicho cuando lo de la chica Pine. Hacedme caso, por favor; asumid que no soy ningún estúpido. ¿Me habéis traído algo más? ¿Qué hay en la bolsa?

—Necesitamos oír lo que hay aquí —dijo Cardinal, y le entregó la bolsa de papel. Setevic miró dentro detenidamente.

—¿Ya habéis comprobado si tenía huellas?

—Tus compañeros del otro edificio levantaron una huella parcial. El ordenador está realizando la búsqueda ahora mismo, pero no nos hacemos muchas ilusiones. ¿Por casualidad tienes por aquí un radiocasete?

—No es muy bueno...

—Nos trae sin cuidado. Sólo queremos saber si tiene algo grabado.

Setevic los condujo a un despacho donde compartía la falta de espacio con otros

dos químicos. Toda superficie utilizable se hallaba cubierta por publicaciones científicas.

—Disculpen el desorden. Sólo venimos a redactar informes, y a veces a telefonar.

De un cajón sacó una grabadora portátil Aiwa, tan sucia y pequeña que daba pena. Apretó el botón: la voz de una mujer de mediana edad dictaba un informe de biología: «... la muestra evidenció un aumento de leucocitos, indicando un estado avanzado de...». La voz se arrastró, cada vez más lenta, y finalmente se detuvo.

—¡Mandy! —gritó Setevic a través de la puerta—. ¡Mandy! ¿Quedan pilas pequeñas?

Una asistente acudió con un paquete de cuatro pilas y se lo entregó. Durante unos instantes observó al químico bregar por abrir la tapa posterior del aparato y por fin extendió la mano. Sus uñas estaban perfectamente manicuradas. Él le entregó la grabadora y ella, con movimientos expertos, quitó la tapa posterior, sacó las pilas viejas y colocó las nuevas. Presionó la tecla de reproducción y la voz reanudó el informe de biología a la velocidad adecuada.

—Te doy las gracias en nombre de las fuerzas de la ley y el orden.

Cuando Mandy cerró la puerta tras de sí, Setevic miró a la asistente y levantó las cejas.

—¿Crees que ya se habrá enamorado de mí? —preguntó a Delorme.

—Te odia.

—Lo sé. Lo atribuyó a mi encanto eslavo. —Introdujo la cinta en la grabadora y presionó el botón—. ¿Tenéis idea de qué hay grabado aquí?

—No. El Unplugged de Aerosmith, imagino.

La cinta comenzó a girar.

Se oyó una serie de clics. Alguien soplaba en el micrófono y daba unos golpecitos para comprobar que el aparato funcionaba.

Delorme y Cardinal se miraron e inmediatamente desviaron la vista hacia otro lado. «Mejor no entusiasmarse», se dijo Cardinal. Podría ser cualquier cosa. Pudo haberlo grabado cualquiera. Ni siquiera tenía por qué estar relacionado con Todd Curry. De pronto, Cardinal se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Más chasquidos, el frufú de una tela. Después, la voz de un hombre. Una voz enfadada, alejada del micrófono, decía algo apenas audible.

Pegada al micrófono, una chica decía temblorosa: «Tengo que volver. He quedado en un lugar a las ocho. Me matarán si no acudo».

Pasos pesados. En segundo plano empezaba a oírse música; el final de un tema de rock. Apenas audible: «... O me voy a cabrear».

«Ahora no puedo. Quiero irme».

La voz del hombre, demasiado alejada para discernir lo que dice: «[Inaudible]...»

unas fotos».

«¿Por qué tengo que ponerme esto? No puedo respirar».

«[Indescifrable]... antes lo hagas antes te podrás largar».

«No me pienso quitar la ropa».

Pasos decididos se acercan al micrófono. Varias bofetadas, como las detonaciones de una pistola. Gritos, llantos y después sollozos apagados.

—Hijo de puta —dijo Cardinal.

Delorme giró la cabeza hacia la ventana, fijando la vista en edificio de apartamentos al otro lado de Grenville Street, como si repentinamente le suscitara un profundo interés.

La música de fondo ahora era de los Rolling Stones.

Varios chasquidos lejanos.

—Quizá sean los clics de la cámara —comentó Delorme con los ojos clavados en la ventana.

La joven: «Déjeme ir. Le prometo que no se lo contaré a nadie. Haga sus fotos y déjeme ir. Le juro por Dios que no contaré nada a nadie».

«... que no tenga que repetírtelo...».

«¿Por qué no me hace caso! Tengo que ir a un sitio. Tengo ensayo con la banda, ¡es muy importante! Hay un concierto en Ottawa y si no llego llamarán a la policía. Se va a meter en un buen lío, ¡estoy tratando de ayudarlo!».

[Inaudible.]

«¿Dónde? En la Reserva Chippewa. Pero mi padre es policía. Está con la Policía Provincial. Se lo advierto. Se va a poner furioso».

[Inaudible.]

«No. No quiero hacerlo, ¡no lo haré!».

Pasos que se acercan. Crujido de una tela. La chica, descontrolada: «¡No, por favor! ¡No, por favor! ¡No, por favor! Tengo que estar allí para ensayar antes de las ocho. Porque si no...». Un sonido rasgado, probablemente se trate de cinta adhesiva. Su voz, un gimoteo ahogado.

Más clics.

La música de fondo pertenece a una conocida vocalista.

Lloriqueos apagados.

Más clics.

Más clics.

Crujido de una tela.

Cerca del micrófono, un hombre tose.

Más frufnú de tela.

Noventa segundos de silencio.

Un chasquido final que indica que han apretado la tecla de parada.

El resto de la cara A estaba virgen, la cara B también. Cardinal, Delorme y Setevic aguantaron media hora de siseos para asegurarse.

Los tres se sumieron en un profundo silencio y pasaron varios minutos antes de que alguien volviese a hablar. Cardinal abrió la boca y en cuanto oyó su voz sintió que lo aturdiría.

—¿Conoces a alguien en el Departamento de Documentación que nos pueda ayudar con esto?

—¿Qué...? Eh..., no... —Setevic seguía conmocionado.

—Porque lo que acabamos de oír es la muerte de una niña, y quiero sacar cuanta información pueda de esta cinta. ¿Así que no conoces a nadie de Documentación?

—¿Documentación? Los peritos de Documentación se dedican a verificar impresos y caligrafía; ya sabes: falsificaciones, timos, cosas así. Pero te...

Setevic empezó a toser. Después carraspeó.

«Es un tipo grande, con aspecto de saber cuidarse solo», diagnosticó Cardinal. Pero aun así el contenido de la cinta le había afectado.

—Te daré un número de teléfono —dijo el químico al fin—. Es de un tipo que suele trabajar para la PPO.

El nuevo cuartel general de la Canadian Broadcasting Corporation estaba en Front Street. Las flamantes instalaciones de la compañía de radiodifusión más importante de Canadá habían costado una fortuna, y Cardinal pronto comprendió por qué.

Al atrio lo bañaba una luz suave que provenía de una claraboya situada ocho plantas más arriba. Se extendía como un parque interior con su profusión de árboles. Bajo los pies de los visitantes relucía el mármol. Así que era allí donde habían ido a parar los dólares de sus impuestos.

Una recepcionista hermosa y radiante condujo a Cardinal y Delorme hasta el ascensor. Hombres pálidos y apolíneos cruzaban los corredores como exhalaciones. La recepcionista los guió a través de una sucesión de estudios hasta llegar al final del pasillo, abrió una puerta carmesí y los tres pasaron a una sala de grabación tenuemente iluminada.

Frente a una consola de control de sonido, se apoltronaba un hombre. Vestía americana de pata de gallo y llevaba cascos. Su camisa blanca e impecablemente planchada parecía recién sacada del envoltorio. Al cuello llevaba anudada una pajarita amarilla muy señoril. Cardinal no había visto a nadie tan pulcro en toda su vida.

La recepcionista anunció a los visitantes casi a voz en grito para que el hombre pulcro la oyera.

—Sus amigos los policías, Brian.

—Gracias. Siéntense. Enseguida estoy con ustedes —dijo sin alzar la voz, como

suelen hacer la mayoría de los que usan auriculares.

Los detectives se sentaron a espaldas del hombre, en unas butacas giratorias de respaldos altos.

—Ahhh —ronroneó Delorme—. Nos hemos equivocado de oficio.

En el estudio flotaba un fuerte aroma a moqueta recién instalada, hasta las paredes habían sido revestidas. Aquella atmósfera amortiguaba los sonidos hasta convertirlos en silencio.

Durante los siguientes cinco minutos observaron las pálidas manos del técnico de sonido revolotear por encima de los controles, unas veces deslizando un regulador y otras dándole un pellizco a alguna perilla.

Luces y gráficos destellaban a lo largo de toda la consola. La cara del técnico se reflejaba en el cristal vertical que los separaba de la pecera de grabación; su expresión seria y abstraída flotaba sobre los innumerables artilugios como una inteligencia incorpórea.

La entrevista que sonaba por los altavoces parecía no tener fin; las voces ásperas de dos hombres parloteaban sobre el federalismo. Delorme miró hacia el techo y giró el dedo índice delante de la boca indicando que aquellos dos individuos estaban soltando un rollo. Las voces se apagaron por fin, el técnico giró su butaca y extendió la mano hacia el vacío.

—Brian Fortier —se presentó.

Su voz poseía la sonoridad y la proyección de un profesional. Dejó la mano extendida unos segundos. Fue entonces cuando Cardinal cayó en la cuenta de que Brian Fortier era ciego.

El detective le estrechó la mano, presentándose a sí mismo y a Delorme.

Con su pulgar gordezuelo, Fortier señaló unas cintas.

—Tenía que limpiar unas grabaciones de archivo para poder ser emitidas dentro de unos días. Eran John Diefenbaker y Norman DePoe. Dos charlatanes de mucho cuidado.

—¿Ése era Diefenbaker? —preguntó Cardinal sorprendido—. Cuando yo era niño, ese tipo transformó mi pueblo en un arsenal nuclear.

—O sea, que usted es de Algonquin Bay.

—¿Usted también es del norte? —intervino Delorme.

—No. Yo soy un chico del valle de Ottawa.

Fortier chapurreó un par de frases en francés que Cardinal no pudo seguir, pero que hicieron que Delorme se relajara. Fortier dijo algo que la hizo reír. Hasta el final del instituto, Cardinal había batallado con el francés, pero no le sirvió de nada en Toronto, así que cuando regresó por fin a Algonquin Bay ya lo había olvidado casi todo. «Tendría que hacer un curso intensivo en la Universidad del Norte —se repitió por decimocuarta vez—, pero soy un vago y un cabrón».

—La PPO dice que tienen una cinta para mí.

Cardinal extrajo la casete del sobre.

—El contenido no puede salir de esta habitación, señor Fortier. ¿Está de acuerdo?

—«Secreto de sumario». Ya me sé la cantinela.

—Lo siento, pero tendrá que utilizar estos guantes de látex cuando la toque. Fue hallada en un...

Una mano pálida se alzó para interrumpir el discurso.

—No me diga nada. Les seré mucho más útil si la información me es completamente ajena. Deme los guantes.

Se los puso y cogió la cinta. Los detectives contemplaron cómo sus dedos la palpaban, volteándola en un sentido y en otro. Parecían detenerse a sentir y pensar como si fueran seres independientes.

—Está protegida contra copia. No sé qué contendrá, pero alguien no quería que grabaran encima. Todas las casetes son casi idénticas por fuera, ¿qué marca es ésta?

—Denon, de treinta minutos. Dióxido de cromo. Sabemos que es un tipo de cinta común, fácil de adquirir en casi cualquier establecimiento.

—Es probable que no la haya en los pueblos pequeños, pero si en una ciudad como Algonquin Bay. No se trata de un producto barato. Cuesta cinco veces más que la casete más económica del mercado, a lo mejor más.

—¿Diría usted que entra en la gama de productos profesionales?

—Un profesional de la grabación, un ingeniero de sonido, o cualquiera que sienta pasión por la calidad, no usaría una casete, por la sencilla razón de que busca mayor velocidad y flexibilidad, y eso se lo brinda un equipo multipistas. Pero eso depende del tipo de trabajo, naturalmente. Ahora bien, si yo me decidiese por este formato, seguramente elegiría una Ampex o Denon. Pero como les acabo de decir, pueden conseguirse en cualquier parte.

—Pudo haberla robado, ¿no? —preguntó Delorme.

—Las tiendas al por menor suelen exponerlas detrás del mostrador, o al menos pegadas a la caja registradora.

Durante un instante, Fortier movió su cara regordeta de un lado a otro, como olisqueando en busca de un aroma perdido.

—¿Qué hace? —preguntó Cardinal ¿Qué le ocurre?

—Empiezo a tener dudas. Le dije que un profesional no usaría una casete. Me refería a un profesional de la grabación. Pero los músicos las usan constantemente. Si un músico grabara su maqueta en una cinta, utilizaría una casete de alta calidad como ésta. También existen los llamados «estudios portátiles» diseñados para el formato casete: marcas como Tascam o Fostex. El sonido que se obtiene no es limpio, pero ¿desde cuándo importa eso en la música pop?

—¿Y qué me dice de los cómicos que hacen monólogos? Ellos también tienen

que entregar maquetas.

—Los humoristas envían vídeos, porque es importante ver cómo se mueven en el escenario. Pero para los locutores de radio, por ejemplo, enviar casetes es lo más normal del mundo. Podría tratarse de alguien así.

Fortier abrió la platina de la consola e introdujo la cinta. Delorme y Cardinal observaron su espalda mientras escuchaban la cinta de principio a fin una vez más. En el equipo profesional todo sonaba con mayor claridad y, como una imagen a la que se le ajusta el foco, paulatinamente iba ganando en definición. Fortier ajustaba diales y perillas. El cuero de su asiento crujía si se inclinaba hacia un lado o hacia otro, mientras sus manos revoloteaban sobre la consola como picaflores.

—Se nota cierto deterioro. Obviamente, no la han guardado en condiciones óptimas.

—Por no decir algo peor.

Gracias al esmero de Fortier, el siseo de la cinta desapareció casi por completo. En poco tiempo, la voz de Katie Pine sonó como si estuviese con ellos en la habitación. Al oír tan de Caca el miedo de la niña —sus intentos por persuadir al Captor y el cuento del padre policía—, Cardinal tuvo que hacer de tripas corazón para no ponerse a gritar. A medida que identificaba los sonidos, Fortier ladeaba la cabeza como un spaniel.

—Es la voz de una chica, de unos doce o trece años. Con ese acento tiene que ser india.

—Cierto. ¿Qué me puede decir del hombre?

Fortier presionó la tecla de pausa.

—Está muy lejos del micrófono, no puedo identificar su acento con precisión. Desde luego, ni es francés ni francófono; el valle de Ottawa queda descartado. Aunque es probable que provenga del sur de Ontario. No tiene esas vocales alargadas, horribles, que son tan habituales en el norte. No puedo decirles mucho más, está demasiado lejos del micrófono.

Cuando la cinta se terminó, Fortier quiso expresarse a toda prisa, por miedo a olvidarse de algo importante si se detenía para respirar.

—Ante todo: esta grabación fue hecha con un aparato y un micrófono bastante buenos.

—Volvemos a la hipótesis del profesional.

Fortier negó con la cabeza, impaciente.

—De ninguna manera. Ha colocado el micro de tal forma que capta mucho sonido ambiente. Un profesional acerca cuanto puede el micro a la fuente.

—¿Puede decirnos algo sobre el lugar donde fue realizada la grabación?

—Déjeme escucharla una vez más. Antes ecualicé el sonido para resaltar las voces; ahora haré lo mismo con el sonido de fondo.

Bajó algunos de los reguladores deslizantes de la consola y subió otros, pero su dedo se detuvo antes de presionar la tecla de reproducción.

—Detective, sepa que éstos son los sonidos más horribles que he escuchado nunca.

—Me hubiera preocupado que no lo creyera así.

De inmediato, Fortier pulsó la tecla de pausa.

—Hay algo que quizá yo pueda oír y ustedes no. Se trata de una habitación pequeña, casi vacía, con suelo de madera noble. Puedo distinguir la reverberación de sus taconazos. Le había dicho que el suelo es de madera noble... Ah, sí, las suelas son de cuero y tiene tacones anchos, a lo mejor son botas tejanas.

Como un hilo de voz, surgió lejana la voz de Katie, pero los pasos, el frufrú de la tela y las bofetadas sonaban con saña en la sala oscura.

—Hay poco tráfico en la calle. He oído un coche y un camión. ¿En cuánto? ¿En quince minutos? No está cerca de una autovía. Por cierto, la casa es antigua. Cuando pasa el camión, se oye la vibración de los cristales de las ventanas.

—Yo no la he oído —replicó Delorme.

—Yo sí. Si soy ciego como un topo, necesito un oído a la altura de las circunstancias. Ahora está haciendo fotos. —Pulsó el botón de pausa—. Les daré una idea aleatoria: haga copias sonoras del obturador y del mecanismo de bobinado. Después grabe los de otras cámaras hasta que dos de ellos coincidan.

Delorme echó un vistazo a Cardinal.

—Es una buena idea —dijo.

Fortier seguía concentrado.

—Por razones obvias, no soy un entendido en cámaras fotográficas, pero el mecanismo corresponde a una máquina anticuada. No tiene ni servomotor ni avance automático, y no hay duda de que el clic es mecánico, no electrónico. Probablemente se trate de tecnología de mediados de la década de los setenta. El obturador tarda en cerrar, por lo que allí debía de haber poca luz, lo cual sugiere, una vez más, horas nocturnas.

—Bien pensado, señor Fortier. Continúe, por favor.

Fortier rebobinó la cinta y la hizo sonar de nuevo.

—No estoy del todo seguro, pero diría que están en una planta baja. Tanto el ruido del coche como el camión dan la impresión de provenir de abajo, pero no demasiado.

—¿Realmente puede asegurarlo?

—Una de las primeras cosas que un ciego aprende es a prestar suma atención a los motores de combustión interna.

—¿Y la música? Conocemos la fecha aproximada de su muerte. Si se averigua qué radio emitió esas canciones en ese orden, sabremos el día y la hora exacta en que

asesinaron a Katie.

—Siento decepcionarla, detective Delorme, pero no creo que esa música venga de una radio.

—Pero los intérpretes eran distintos.

—Puedo enumerárselos: Pearl Jam, los Rolling Stones y Anne Murray. Seguramente ustedes conocen ese álbum de los Stones, y yo puedo decirles en qué discos aparecen los otros temas. Pero antes debo decirles dos cosas: una, es una selección rara. Los dos primeros temas podrían pincharse uno detrás del otro, pero sería muy peculiar seguir a los Rolling Stones con Anne Murray. Dudo que ninguna radio se atreviera. Dos, el silencio entre tema y tema se prolonga demasiado para que se trate de una emisora de radio. Ninguna emisora, ni siquiera las del norte, se permitiría silencios tan largos.

—Pero no se oye el cambio de discos. Él se aleja hasta el aparato, le da a un botón y la música comienza a sonar.

—Mi suposición, diría que algo más que una suposición, es que es una selección casera.

—Es decir, que quizás haya sacado los elepés de la biblioteca.

—Es un CD. Incluso a través de dos grabaciones magnetofónicas consecutivas puedo notar ese brillo electrónico típico, una especie de pátina ordinaria que lo aplanaba todo. Eso sin mencionar la falta de rayones y saltos. Es cierto, mucha gente saca música de las bibliotecas y la graba. Hace que los ejecutivos de las discográficas se pongan como locos.

—Pero si la grabadora la usa para grabar lo que sucede en la habitación, ¿cómo es que...?

—Buena observación, detective Delorme. Debió de haber utilizado dos grabadoras.

El restaurante Sundial estaba a las afueras de Orillia, pegado a la autovía 400 y, como su nombre sugiere (reloj de sol), era circular. El salón comedor, luminoso y alegre, estaba enmarcado por amplias cristalerías curvadas. Las camareras trataban a la clientela con amabilidad, y Cardinal siempre paraba allí cuando regresaba desde Toronto.

Delorme volvió del servicio de señoras abriéndose paso entre los bancos de vinilo rosa. Parecía ausente, y al sentarse murmuró algo acerca de regresar a la carretera antes de que la nevada se convirtiese en una tormenta blanca en toda regla.

—No nos podemos marchar todavía —repuso Cardinal—. Acabo de pedir tarta de crema de coco.

—En ese caso tomaré un poco más de café.

—Es una tradición personal, ¿sabes? Parar en el Sundial y tomar tarta de crema de coco. Es el único lugar donde la como.

Delorme asintió distraídamente y perdió la mirada en la nieve; parecía encontrarse de mal humor. Cardinal se preguntó si debía interesarse por la razón del enojo, pero no levantó la vista del salvamanteles, decorado con las efigies de los primeros ministros de Canadá.

La camarera sirvió la tarta y el café, y Cardinal sacó su libreta.

—No estoy tan convencido como Fortier de que investigar las emisoras sea un callejón sin salida.

—Puedo encargarme de la biblioteca, si quieres.

—Pareces desanimada.

Delorme se encogió de hombros.

—Cuando oímos la cinta por primera vez pensé que no tardaríamos en atrapar a este tipo. No sé, mañana, dentro de una semana..., pero pronto. ¿Cuántas veces contamos con una grabación del homicidio? Se la llevamos a un experto y aun así seguimos con las manos vacías, ¿me entiendes?

—Te adelantas a los acontecimientos, Delorme. Quizá Fortier descubra algo más cuando acabe con la limpieza digital. Cuando logre resaltar la voz del asesino...

—Dijo que no podía.

—Aún tenemos la pista de la cámara.

—Reconozco que en el estudio me entusiasme. Eso de las «copias sonoras» suena muy científico, pero fíjate: incluso si pudiésemos afirmar que se trata de una Nikon de 1976, ¿de qué nos sirve ese dato? Sería distinto si el sonido correspondiera a una cámara fabricada el año pasado. Al menos esa pista nos llevaría a un recibo de compra o a una tarjeta de crédito. Pero una cámara vieja pudo haber pasado por diez

dueños diferentes en todos esos años.

—Vaya, sí que estás deprimida.

Sentada de lado en el banco, Delorme contemplaba cómo caían los copos de nieve diminutos que, desde que salieran de Toronto, descendían lenta pero infatigablemente. Una camioneta de reparto de la tienda Pop Shoppe salía del aparcamiento con los limpiaparabrisas batiendo sin cesar. Después de unos instantes dijo:

—Cuando era pequeña, creía que este lugar se parecía más a una nave espacial que a un reloj de sol.

—Yo pensaba lo mismo. Aún lo pienso.

En el espacio que dejara libre la camioneta, un padre ayudaba a subirse la cremallera del anorak a su hija. La niña llevaba una gorra de lana verde brillante con un pompón que le llegaba hasta la cintura. Al ver que el aliento de padre e hija se fundía, Cardinal tuvo que admitir que él guardaba el miedo y el pesar bajo llave, en un armario, dentro del corazón. «Un hilo carmesí une el amor de un padre con el miedo a que algo pueda ocurrirle a su hija. Tal vez por eso somos tan sobreprotectores», reflexionó.

—Tienes una hija en la universidad, ¿no es cierto?

Por lo visto, Delorme también cavilaba sobre padres e hijas.

—Así es, se llama Kelly.

—¿En qué curso está?

—En segundo. Estudia Bellas Artes y sólo saca sobresalientes —dijo sin poder refrenarse.

—Pudiste haber pasado a verla. Teníamos tiempo de sobra.

—Kelly no estudia en Toronto sino en Estados Unidos.

«Y tú lo sabes de sobra, detective Delorme, a pesar de que te hagas la inocente. Investiga todo lo que quieras, pero no esperes que te lo ponga en bandeja».

—¿Por qué se fue Kelly a Estados Unidos?

—Su madre es norteamericana, pero no se fue por eso. Yale es la mejor universidad de Bellas Artes de todo el continente.

—Es curioso que siendo tan famosa ni siquiera sepa dónde está.

—New Haven. Estado de Connecticut.

—Tampoco sé dónde está. Me refiero a New Haven.

—Está en la costa, es un lugar horrible.

«Venga, Delorme, pregúntame cómo puedo permitírmelo. Pregúntame de dónde saqué el dinero».

Pero ella se limitó a ladear la cabeza en un gesto de asombro.

—Así que Yale, fantástico. ¿Qué me has dicho que estudia?

—Bellas Artes. Siempre quiso ser pintora, tiene mucho talento.

—Parece una chica lista. Prefirió no ser policía.

—Sí, es una chica lista.

El coche traqueteaba hacia el norte a través de la tormenta de nieve. En el interior del vehículo, el ambiente se había oscurecido paulatinamente. Uno de los limpiaparabrisas chirriaba a cada pasada y Cardinal se contenía para no parar y arrancarlo de cuajo. Encendió la radio, escuchó un único verso de *Both Sides Now*, de Joni Mitchell y volvió a apagar el aparato. A medida que se aproximaban a Gravenhurst, comenzaban a surgir las primeras estribaciones de afloramientos precámbricos a ambos lados de la carretera. Cuando alcanzaba el primer filo de roca, Cardinal sabía que estaba arribando a casa. Pero ahora lo único que sentía era asfixia.

Aquella misma mañana, en el Centro de Medicina Forense, Cardinal había telefonado a Dyson para mantenerlo al corriente. Pero su jefe no le dejó abrir la boca.

—Tengo dos palabras para usted, Cardinal.

—¿Cuáles?

—Margaret Fogle.

—¿Qué pasa con ella?

—En mis manos, recién salido del horno, por así decirlo, tengo un fax del Departamento de Policía de Vancouver. Por lo visto, Margaret Fogle no murió asesinada en nuestra bella ciudad como pensaron algunos. Está viva y en perfecto estado de salud y va a dar a luz a un bebé en Vancouver.

A pesar de la distancia, el evidente regocijo de Dyson se reflejaba claramente.

—Me alegro —respondió Cardinal—. De veras que me alegro de que esté viva.

—No se culpe, Cardinal, todos cometemos errores.

Cardinal había hecho oídos sordos al comentario refiriendo secamente las novedades forenses.

Según dejaban atrás Bracebridge, cuyas salidas no eran más que vagos contornos en la ventisca, Delorme sacó a relucir una vez más el tema de la música. A medida que contrastaban teorías, ambos comenzaron a animarse, y Cardinal cayó en la cuenta de que la opinión de su compañera le interesaba. Tal vez se debiera a esos rasgos marcados o a su mirada grave; no podía ser de otro modo porque aún no se conocían lo suficiente.

«De acuerdo —pensó Cardinal abriendo un debate consigo mismo—, tienes la sensación inconfundible de que tu compañera te está investigando. A ver, ¿cuál es la mejor manera de hacer frente a esta desagradable situación sin salir demasiado dañado?». Cardinal decidió que haría lo que estuviese en sus manos para ayudarla. Sin que fuese demasiado obvio, le facilitaría su cometido: dejaría que Delorme echara un vistazo a su taquilla, a su escritorio (si es que no lo había revisado ya). ¡Qué diablos!, incluso le franquearía el acceso a su casa. El punto débil de Cardinal era

Yale, y su compañera ya lo sabía. Había pocas perspectivas de que lograra descubrir algo más, al menos por ahora.

Cuando atravesaron Huntsville, Cardinal experimentó la agradable sensación de volver a pertenecer al equipo local. Siempre valía la pena trabajar con la gente de Toronto; la profesionalidad y la celeridad de los sureños le atraían. Pero adoraba el norte: la limpieza, las colinas rocosas y los bosques, y la transparencia infinita de sus cielos. Mas sobre todo le encantaba trabajar en el lugar que lo había convertido en quien era ahora, la sensación de estar protegiendo el entorno que de niño lo había protegido a él. Toronto ofrecía una infinidad de oportunidades profesionales, por no hablar del dinero, pero nunca sería su hogar.

Su hogar. De pronto, Cardinal deseó que Catherine estuviese a su lado. Era imposible prever cuándo le golpearía el recuerdo. Podía pasar horas enteras sin pensar en otra cosa que en el caso que investigaba, pero de repente una presión creciente le oprimía el pecho, una herida, un ansia. Quería que Catherine estuviese con él, aunque fuese la Catherine de ahora, la Catherine desquiciada.

Estaba oscureciendo, y la nieve se batía contra el coche como cortinas de encaje.

Al día siguiente, la nieve seguía cayendo. En su despacho, Dyson leía a Delorme y Cardinal el perfil psicológico del asesino elaborado por la RPMC. La pronta respuesta de Ottawa representaba un misterio para Cardinal. Los faxes debían de estar echando humo. Sin embargo, Dyson —en una reacción tan típica que rayaba en la parodia— se burlaba del documento que tanto le había costado conseguir.

—El análisis de las fotografías se ve dificultado porque sólo uno de los lugares reseñados es la escena de un homicidio. La bocamina no es más que el lugar donde se arrojó el cadáver. Estupendo, ¿verdad? —exclamó Dyson dirigiéndose al informe que tenía en la mano—. Ahora decidme algo que yo no sepa.

Ni siquiera levantó la vista. Pasó un par de páginas tan campante, deteniéndose en un párrafo aquí y otro allá.

—«Muerte producida por causas diversas..., asfixia..., trauma producido por objeto contundente...». Bla, bla, bla y más bla. «El joven fue asesinado mientras se encontraba sentado... de cara al agresor, lo cual implica que lo conocía y, hasta cierto grado, confiaba en él...». Ya sabemos todo esto.

—Lo que no entiendo es por qué hizo intervenir a los psicólogos de la Policía Montada tan pronto —dijo entonces Cardinal—. Yo habría esperado a poder suministrarles más información.

—¿Y eso cuándo va a ocurrir, según usted?

—Debió tenerme al tanto. Todo el mundo sabe que la Montada se carga una investigación con las mismas ganas con que hacen la cabalgata musical. ¡Mire lo que pasó con Kyle Corbett, por el amor de Dios! Ni siquiera voy a ponerme a especular

por qué mandaron al traste aquella operación. Pero sus psicólogos son un caso aparte, y encima anoche me llama Grace Legault, que se autoproclama La Voz de la Opinión Pública. Quería saber cuándo pediremos ayuda a los psicólogos de la RPMC o de la PPO o a cualquier otro maldito psicólogo... Voy a quedar como un imbécil.

—Mire, fue idea del jefe, y fue una buena idea. Debería agradecersele. ¿Sabe qué significa el término «ataque preventivo»? Esa decisión mantendrá a los medios lejos de nosotros, ya no nos darán la lata para que llamemos a las fuerzas federales y esas gilipolleces. Además, quedaremos bien con nuestros hermanos y hermanas de rojo, lo cual siempre es algo sensato.

—Pero hasta ahora no he visto nada que los forenses de Toronto no pudieran resolver...

Dyson había perdido el interés por las reflexiones de John Cardinal, así que prosiguió:

—«La joven fue raptada en un lugar concurrido..., aparentemente sin ofrecer resistencia ni provocar forcejeos, lo cual demuestra una vez más cierto grado de familiaridad...».

—Los niños y los adolescentes confían en cualquiera que sepa acercárseles, sargento —indicó Delorme—. ¿No se acuerda del maníaco sexual que simulaba venir del hospital a avisar de que la madre de la víctima había sido llevada a urgencias?

—Me sorprende que llamen a esto un servicio —dijo Dyson golpeando el informe con el dorso de la mano.

—Esta gente estudia las fotografías del lugar donde el asesino se deshizo del cuerpo durante treinta segundos —replicó Cardinal—. Ningún psicólogo esclarece nada en esas circunstancias.

—¿Qué pasa, ahora de pronto le has tomado afecto a la Policía Montada? Lo que a mí me gustaría saber es cuántas escenas de crímenes ha investigado ese supuesto psicólogo.

—Se llama Joanna Prokop. Realizó el perfil psicológico de Laurence Knapschaefer indicando con éxito hasta el tipo de coche que conducía. Ella sola tiene más sesos que toda la división de Ontario junta.

Dyson pasó las páginas hasta llegar a la última y leyó desafiante el resumen.

—«La naturaleza de ambos lugares indica que se trata de una persona solitaria... El hecho de que conociera la situación de la bocamina sugiere que se trata de un residente local...». Ah, sí, aquí está: «La personalidad del asesino muestra rasgos a la vez organizados y desorganizados. No teme enfrentarse a las víctimas frontalmente. Posee las habilidades sociales necesarias, al menos superficialmente, para tentar a una persona a ponerse en una situación de peligro. Tanto la casa abandonada, la bocamina o la grabación magnetofónica son el resultado de planes sumamente cuidados. Una planificación exacta apunta a que el agresor probablemente tenga un puesto de

trabajo estable. Quizá sea un limpiador obsesivo o un maniático del orden, el tipo de persona que confecciona listas. Puede que su empleo requiera un alto grado de organización». La muerte de Todd Curry no me pareció el trabajo de un maniático del orden, pero no cabe duda de que tenemos costumbres muy distintas los muchachos de la Policía Montada y yo. Muchachos y muchachas, perdónenme.

»«Por otra parte —continuó leyendo Dyson—, las pruebas del frenesí presentes en el homicidio de Curry denotan una personalidad explosiva... El asesino es una persona que falta al trabajo cada vez más a menudo y con el devenir de los días se desboca progresivamente». La verdad es que no sé qué esperan que hagamos con todo esto. De acuerdo con este informe, ustedes están tras los pasos de Jekyll y Hyde. Capturarlo resultará sencillo si el asesino se encuentra funcionando en modalidad Hyde, pero ¿cómo lo reconocerán cuando actúe como el bueno de Jekyll?

—Calentando sillas, seguro que no —espetó Cardinal, y se marchó.

Delorme lo hubiera seguido, pero Dyson la detuvo.

—Espere un segundo. ¿Ha sido una impresión mía o su compañero está un poco susceptible?

Delorme percibió el cambio en el tono de voz. Ya no hablaban de los asesinatos de Pine y Curry.

—Creo que se ha cabreado porque usted no lo tuvo informado.

—Quizá tenga usted razón. ¿Y qué tal le va, Delorme, en su...?

—Bien. Hasta ahora no he encontrado nada.

—¿Y qué me dice de las finanzas de nuestro amigo?

—No me han contestado aún. A los bancos no les gusta soltar prenda. Pero a título personal, me da la impresión de que...

—No nos importan sus impresiones, Delorme, ni al jefe ni a mí. Compartimos la impresión de que Cardinal es un detective de primera categoría y que su comportamiento es intachable. Así que gracias, pero no necesito más impresiones. Lo que me hacen falta son datos, y no rumores, que expliquen cómo Kyle Corbett se las apañó para escapárse nos tres veces seguidas. Cardinal busca endilgarles el error al cabo Musgrave y a sus acólitos. Pero ¿cómo se explica que un poli de Algonquin Bay tenga una casa en Madonna Road y que su hija estudie en Yale? ¿Tiene usted idea de lo que cuesta estudiar en Yale?

—Unos veinticinco mil dólares canadienses. Ya lo he averiguado.

—¿Eso incluye el coste del colegio mayor?

—No, señor, eso incluye solamente los estudios. La comida, el alojamiento, los libros y los materiales de pintura suman en total unos cuarenta y ocho mil dólares canadienses.

—Dios santo.

Dejando torbellinos de nieve a su paso, un autobús giró en torno a la esquina con estruendo y se detuvo en la estación.

Los pasajeros se apearon, con el cuerpo rígido por la inmovilidad durante el viaje. Unos intercambiaron abrazos y otros enfilaron hacia los teléfonos públicos, los demás se lanzaron a toda velocidad hacia la parada de taxis. Un puñado de personas se agolpó en torno al portaequipajes del vehículo, de cuyos compartimientos el conductor comenzó a sacar el equipaje como si asistiera a un parto de cachorros. Los gases del motor diésel se arremolinaban a sus pies.

Le tocó el turno a un estuche con forma de guitarra, el chófer se lo entregó a un joven esmirriado cubierto con un anorak demasiado ligero y que tiritaba de frío. Llevaba el cabello largo y tenía que apartárselo de la cara cada dos por tres. Sus ojos eran redondos; las cejas, altas y arqueadas, como si la vida lo hubiese pillado por sorpresa. Levantó con esfuerzo una mochila enorme y se la puso al hombro, cogió la guitarra y se encaminó hacia la sala de taquillas; necesitó dos para guardar sus pertenencias. Después, cerrándose el cuello del abrigo con la mano, salió al exterior, a la parada de taxis, se inclinó para intercambiar unas palabras con el conductor y a continuación, con un último movimiento de cabeza para apartar de la vista el mechón rebelde, se subió al vehículo.

Era el último taxi de la parada. Sólo había otro vehículo en el aparcamiento de la estación, un Ford Pinto gris estacionado cerca de la entrada principal. Todos los pasajeros llegados de Toronto se habían retirado ya, pero, según salía el taxi del aparcamiento, el Pinto gris, con el motor en marcha y las ventanillas empañadas, permanecía próximo al cartel de «No obstaculice el paso».

El taxi recorrió exactamente cuatro manzanas hacia el centro de la ciudad, giró a la izquierda y dejó al joven en la puerta del restaurante Alma's. Con la destreza de un funámbulo, colocando un pie cuidadosamente delante del otro, el chico se abrió paso entre los montículos de nieve acumulada durante la ventisca. Se le filtraba por los zapatos: sus botas impermeables habían quedado en la mochila, dentro de la taquilla de la estación.

Era el único cliente del local. En la pequeña pantalla del televisor ubicado detrás de la barra, el Chicago se enfrentaba a los Canadiens. El oso barbudo que le tomó la nota desvió un segundo la vista del partido. Se fue y volvió con la cena. Al oír las celebraciones de los aficionados y la música de órgano que llegaba desde la tele, gruñó:

—Joder, será mejor que no haya marcado el Chicago.

—Me apetecía salir a tomar una cerveza —comentó el muchacho—. ¿Podría

decirme adónde va la gente joven de por aquí?

—¿Cómo de joven? ¿De mi edad?

—Más bien de la mía.

—Prueba en el St. Charles. —El oso señaló la dirección con su garra, como un policía de tráfico—. Tuerce en Algonquin y sigue recto dos calles hasta llegar a Main Street. Está en la acera de enfrente.

—Gracias.

El restaurante era lo que uno puede esperar de la recomendación de un taxista: taburetes de vinilo, mesas de formica, plantas de plástico por doquier y, a pesar del nombre, la tal Alma no aparecía por ningún sitio. El muchacho se acodó en la barra y miró hacia la calle desierta. El cartel de neón rojo teñía la nieve que caía de un tono rosado fosforescente. Las probabilidades de hallar un poco de esparcimiento se le antojaron mínimas. Con todo, cuando hubo acabado su hamburguesa, el chico se marchó decidido en busca del St. Charles.

Las personas mayores de Algonquin Bay aún recuerdan la época en que el St. Charles era uno de los mejores hoteles de la ciudad. Durante décadas, su situación en la intersección de Algonquin con Main Street atrajo a visitantes ansiosos por estar en el centro de la ciudad y a turistas deseosos de un acceso fácil al lago Nipissing, a sólo dos calles de distancia en dirección sur. La estación del ferrocarril estaba a menos de cinco minutos a pie. Así que al llegar los pasajeros de Quebec o de Montreal, el St. Charles era el primer edificio de envergadura que divisaban. El St. Charles de antaño se enorgullecía de complacer al cliente y al hombre de negocios con su encanto, excelente situación y servicio de primera.

Lamentablemente, aquellos días de esplendor habían quedado atrás. Cuando ya no pudo con las tarifas ultracompetitivas de franquicias como Castle Inn o el Motel Birches, el St. Charles dividió las habitaciones de las plantas superiores y las convirtió en pequeños apartamentos inhabitables, que hoy en día albergan a viajeros de paso y unos cuantos bichos raros. Todo lo que queda del establecimiento originales el bar de la planta baja, el Salón St. Charles. Desprovisto de toda la elegancia de entonces, el bar se ha convertido en un refugio donde los jóvenes aprenden a beber. Los encargados se limitan a servir jarras enormes de cerveza a sus clientes y a no pedirles jamás el carné de conducir para comprobar su edad.

El recién llegado con el pelo largo respondía al nombre de Keith London. Fumaba, de pie, junto a la barra, al tiempo que paseaba la vista por la sala con la ligera ansiedad de los forasteros. El Salón St. Charles era fundamentalmente un almacén de mercaderías dividido en tres pasillos por dos mesas largas, en las que grupos de adolescentes escandalosos producían un barullo que desafiaba a la imaginación más fértil. A lo largo de las paredes, otras pandillas menos numerosas se

agolpaban en mesas del tamaño y la forma de un disco de vinilo. Sobre el dintel de una puerta próxima a la barra, un aviso tallado en madera, vestigio de tiempos pasados, advertía: «Sólo para damas y acompañantes». Una canción de Bryan Adams sonaba a todo volumen en la máquina tocadiscos, y por encima de ella flotaba el turbio nubarrón de cien cigarrillos encendidos.

Keith London acabó su cerveza y debatió consigo mismo si, a pesar de que aquella hamburguesa había sido su única comida desde que había salido de Orillia, sería buena idea pedir otra jarra. Temió que a aquellos cortos tan numerosos seguramente les diese igual la llegada de un joven de otra ciudad. A su izquierda, una pareja discutía en términos poco amistosos las vidas de terceros; a su derecha, un hombre observaba con asombro autista a los jugadores de hockey sobre hielo arremolinándose en la pantalla del televisor. El espíritu aventurero de Keith comenzó a marchitarse.

Se decidió y pidió otra Sleeman. Resolvió que si no ocurría nada interesante antes de terminar de bebérsela, se marcharía al motel que el taxista le había recomendado.

Iba por la mitad de su cerveza cuando un hombre con un abrigo de cuero hasta las rodillas se apartó de la máquina tocadiscos y se dirigió a la barra. Se abrió paso a empujones entre Keith y la pareja de al lado. Cualquiera que quisiera ocultar una escopeta se habría comprado un abrigo como aquél.

—Qué sitio más aburrido —dijo el hombre, señalando el gentío con su cerveza Labatt's.

—No sé, me da la impresión de que ellos se lo están pasando en grande —respondió Keith mirando hacia el centro del salón, donde las carcajadas eran constantes.

—Los gilipollas siempre se lo pasan bien.

El hombre alzó el vaso de cerveza, lo apretó contra sus labios como si fuera a tocar la tuba y lo vació de un trago.

Keith volvió la cabeza fingiendo un interés repentino por la máquina tocadiscos.

—Puñetero hockey. Si le quitaras el hockey, este país se moriría de aburrimiento.

—Es un juego bastante bueno —repuso Keith aunque yo no sea un fanático.

—¿Sabes por qué los canadienses follan al estilo perro? —preguntó el hombre sin mirar a Keith.

—No.

—Así ninguno de los dos se pierde el partido de hockey.

Keith se alejó de la barra en dirección a los servicios. Mientras se encontraba de cara al urinario oyó a sus espaldas la puerta y el crujir del cuero. Aunque había varios disponibles, el hombre del abrigo se arrimó al mingitorio de al lado. Keith se lavó las manos apresuradamente y salió hacia la sala. Aún le quedaba media cerveza.

El hombre volvió segundos más tarde, pero esta vez le dio la espalda a la

muchedumbre. Keith intuyó que aquel tipo lo miraba por el reflejo del espejo que había detrás de la barra.

—Debo de tener cáncer de estómago —dijo el del abrigo—. Me duele algo aquí dentro.

—Qué putada.

Keith sabía que debía sentir pena por aquel tipo pero, por alguna razón, no le importaba.

De pronto se oyó una canción prehistórica de Neil Young. El hombre golpeaba la barra al compás de la música, su puño caía con tal fuerza que hacía saltar el cenicero que Keith tenía al lado.

—Ya sé lo que podríamos hacer —dijo, cogiendo de pronto el bíceps del chico—. Podríamos ir a la playa.

—Ni loco. Debe de hacer unos dos grados ahí fuera.

—¡Dos grados! ¡Huy, qué miedo! Venga, la playa está estupenda en invierno. Podríamos comprar un paquete de seis latas de cerveza.

—No, gracias. Prefiero quedarme donde haya calefacción.

—Era una broma —contestó el hombre intensificando el apretón. Podríamos ir a dar una vuelta en coche hasta Callander. ¿Qué me dices? Mi coche tiene equipo de CD, ¿qué tipo de música te gusta?

—Muchos tipos.

De la bruma se materializó una mujer que le gorroneó un cigarrillo a Keith. De inmediato, el tipo le soltó el brazo y les dio la espalda. Fue como si la llegada de la mujer hubiese roto el maleficio.

Keith ofreció a la mujer uno de sus John Player's Lights. De no haber iniciado ella la conversación, él jamás se habría fijado en la mujer. Era rellenita, sin pecho, le pasaba algo extraño en la cara: tenía la piel dura y brillante a causa de alguna enfermedad de la piel. Más que una cara parecía una máscara.

—Mi novio y yo estábamos comentando que eres un tipo interesante. No eres de aquí, ¿verdad?

—¿No es obvio?

—Eres interesante. Ven a tomarte una cerveza con nosotros. Nos morimos de aburrimiento.

«Bien, qué importa el aspecto. Esto es lo que uno siempre desea que ocurra y nunca ocurre. Un par de personas amistosas que de muestran un interés sano por otra persona», se dijo Keith a sí mismo. Y lamentó por dentro la crítica severa a la que había sometido a la mujer.

Ella lo acompañó hasta la parte de atrás de la máquina tocadiscos, a una mesa situada en una esquina, donde un hombre de unos treinta años despegaba la etiqueta de una botella de su cerveza Molson como si se tratara del procedimiento más

importante del mundo. Al notar que se acercaban, levantó la vista. Antes incluso de que hubieran tomado asiento preguntó:

—¿Y? ¿Es o no es de Toronto como te dije?

—Sois asombrosos —manifestó Keith—. Hace una hora que llegué de Toronto.

—No es demasiado asombroso, la verdad —respondió la mujer mientras observaba a su novio servir una cerveza en tres vasos—. Tienes un aspecto demasiado guay para este bar de mala muerte.

Keith se encogió de hombros.

—No está tan mal. El tío de la barra sí que era raro.

—Eso nos pareció —dijo él tranquilamente—. Pensamos que alguien tenía que ir a rescatarte.

—¡Vaya! ¡Tenéis cigarrillos!

Ella salió al paso.

—Era lo único que se me ocurrió para presentarme. Hablar con extraños no se me da nada bien.

Su novio encendió un Export «A» y ofreció el paquete con una ligera sacudida de la muñeca. No era muy bien parecido. Llevaba el pelo re peinado hacia atrás, era oscuro y se le levantaba al llegar a la coronilla, como si acabara de salir de su etapa punk y ahora quisiese adoptar un aspecto más maduro. Su piel era de una palidez tal que, por debajo de los ojos y sienes, se le traslucían las venas. Su mirada de hurón le afeaba un poco el rostro, pero la postura agazapada y cierta intensidad en sus movimientos, sirviendo una cerveza u ofreciendo un cigarrillo, dispararon la imaginación de Keith.

Su plante parecía expresar que tendría cosas mucho más importantes que hacer de un momento a otro, pero que por ahora se conformaba con servir una cerveza y ofrecer un pitillo. Era una actitud cautivadora, y Keith no tardó en preguntarse qué hacía él con esa mujer de cara de fibra de vidrio.

—Pues os perdono que me hayáis mentido —dijo de buen humor—. Por cierto, me llamo Keith.

—Eddie. Él es Eric.

—Eric y Eddie. Qué guay.

Tras la segunda jarra de cerveza, a Keith se le desató la lengua. Una debilidad de la que era plenamente consciente pero que no podía evitar. «Eres un perico parlanchín», solía decirle a veces su novia, burlándose de él. Contaba a Eric y a Eddie que acababa de terminar el instituto y que ahora se tomaba un año sabático para recorrer el país antes de ir a la universidad. Ya había viajado por el este y ahora iba sin demasiadas prisas con destino a Vancouver. Luego comenzó a hablar de política y de economía. Les hizo saber su opinión acerca de Quebec y ahora soltaba no sé qué rollo acerca de la región pesquera del Ártico. «Dios santo, qué bocazas que soy —

pensó—. Que alguien me pare, por favor».

—¿Y Terranova? —Se oyó decir—. Eso sí que es un desastre, tío. La mitad de la provincia está en el paro porque nos hemos zampado todo el pescado. ¿Te lo puedes creer? ¡No queda un puñetero bacalao! Si no fuera por el petróleo, la isla entera se iría al paro. —Se apartó el cabello de la cara para enfatizar sus palabras—. ¡La isla entera!

La pareja no se cansaba de él en absoluto. Edie mantenía la cara en las sombras, probablemente para ocultar esa piel tan rara, pero disparaba pregunta tras pregunta. Eric, por su parte, hablaba de vez en cuando, preguntando esto o lo otro, y allá iba Keith soltando otra opinión, otro informe. Era como una entrevista.

—¿Qué te ha traído a Algonquin Bay, Keith? —preguntó Edie—. ¿Conoces a alguien aquí? ¿Tienes algún pariente en la zona?

—No. Mi familia vive en Toronto. Viven allí desde hace siglos. Son anglicanos, de la vieja escuela, ya sabes.

Edie asintió, aunque a Keith se le ocurrió que ella no había entendido la aclaración. Edie no paraba de acercarse la mano a la cara ni de cubrísela con el pelo, usándolo de cortina.

—No hay ninguna razón para quedarme aquí, la verdad —les explicó—. Un amigo mío estuvo por aquí hace un par de años y me dijo que se lo pasó muy bien.

—¿No te recomendó a ningún amigo que te pueda alojar? No irás a quedarte en un hotel...

—Pensé en hospedarme en el Birches. El taxista me dijo que no estaba nada mal y que no era caro.

Le hicieron más preguntas acerca de Toronto, del crimen, de todas las películas que allí se rodaban. Que cuáles eran las bandas más conocidas. Que dónde estaban los clubes de moda. Que cómo aguantaba las aglomeraciones, el ritmo frenético y el metro. Aparecieron más jarras de cerveza y más paquetes de cigarrillos. Era el tipo de situación cordial que a Keith le encantaba: los tres congeniando a tope, justamente lo que hacía que viajar resultase tan estimulante. Edie parecía dejar el campo libre cada vez que Eric decía algo. Keith empezó a comprender lo que él veía en ella: la adoración que le profesaba.

—Hemos pensado en visitar Toronto —comentó Edie durante la conversación—, pero es muy caro. Lo que cobran los hoteles de allí es abusivo.

—Quedaos conmigo —dijo Keith—. Yo calculo que regresaré en agosto a más tardar. Os podríais quedar en mi casa. Os mostraría la ciudad. Nos lo pasaríamos de miedo, tíos.

—Es muy generoso por tu parte.

—Dadlo por hecho. ¿Tenéis un papel? Os apuntaré mi dirección.

Eric, que hasta entonces había permanecido casi inmóvil, sacó una libreta

pequeña del bolsillo y le entregó un bolígrafo.

Mientras Keith apuntaba la dirección, teléfono, correo electrónico y cualquier otra seña que se le ocurriera, Edie y Eric comentaban algo entre susurros. El chico arrancó la hoja de papel y se la pasó a Eric, que la estudió detenidamente antes de metérsela en el bolsillo. Entonces dijo Edie, decidida:

—Tenemos un cuarto para visitas. ¿Por qué no te quedas con nosotros, Keith?

—Oye, no estaba a la pesca de alojamiento gratuito.

—Claro que no. Ya lo sabemos.

—Muchas gracias por la invitación, pero no sé qué decir. No quiero que lo hagáis por compromiso. ¿Estáis seguros de que os apetece o es que sois así de educados?

—No somos educados —dijo Eric perdiendo la vista en su cerveza—. Nunca actuamos con educación.

Edie intervino:

—Es muy fácil estancarse en la rutina, Keith, especialmente aquí en el norte. Sería muy interesante que te quedaras con nosotros. Nos harías un favor, es tan interesante oír tus opiniones acerca del país...

—Refrescante —añadió Eric—. Fascinante, incluso.

—Pareces tener un don especial para comprender a la gente, Keith. Quizá sea por haber viajado tanto, ¿o es que naciste así?

—No, no he nacido con ese don —pontificó Keith levantando el dedo.

«Qué horror —se dijo—. Oye cómo habla a través de ti toda esa cerveza Molson que has bebido, colega». Mas no pudo contenerse y siguió parlotando acerca de lo ignorante que había sido. Pero que no tenía tanto que ver con haber viajado sino con la experiencia obtenida de sus relaciones con chicas, maestros, amiguetes de la universidad. Con ellos había aprendido mucho acerca de sí mismo, y cuando uno aprende sobre uno mismo también aprende sobre los demás.

De repente, Eric se echó hacia delante. Después de semejante inmovilidad, aquello podía considerarse un gesto casi dramático.

—Tienes un aire como de artista —le confió—. Debes de ser una especie de artista o algo así.

—No te equivocas, Eric. Soy músico. Aún no soy un músico profesional, pero no soy malo.

—Claro. Tenías que ser músico. Apuesto a que tocas la guitarra, ¿a que sí?

Keith frenó el vaso a medio camino entre la mesa y su boca. Lo bajó con lentitud, como si se tratara de un objeto extremadamente frágil.

—¿Y cómo sabes que toco la guitarra?

Eric echó un poco más de cerveza en el vaso de Keith.

—Por tus uñas. Las llevas largas en la mano derecha y cortas en la izquierda.

—Diablos, Edie, estás casada con todo un Sherlock Holmes.

¿Estaban casados? No recordó que lo hubiesen mencionado.

—Resulta que tengo un equipo de grabación —dijo Eric tomándose su tiempo. Si tienes tanto talento como crees, podríamos grabar una maqueta. Nada demasiado elaborado, es sólo un casete, un portaestudio de cuatro pistas.

—¿Cuatro pistas? Sería genial, nunca he hecho algo parecido.

—Podemos grabarte a ti y a la guitarra en dos pistas, luego mezclarlas en una sola y eso te dejaría tres más para agregarle teclas, bajo, batería o lo que tú quieras.

—Fantástico. ¿Has hecho muchas grabaciones?

—Algunas. Pero no me dedico a eso profesionalmente.

—Ni yo tampoco. Pero me encantaría grabar. No estás bromeando, ¿verdad?

—¿Bromear? —Eric se reclinó en la silla—. Yo nunca bromeo.

—Se lo toma muy en serio —intervino Edie—. Tiene dos aparatos, uno de casete y otro de bobina. Cuando Eric hace una grabación, siempre se convierte en una grabación especial.

—Si quieres que se mueran lentamente, dispárales en el estómago. Mételes una bala en la base del vientre. Así tardan horas en morir, se retuercen en su agonía y montan un espectáculo increíble.

Edie empuñó la pistola Luger como le había enseñado, una mano afirmada sobre la otra, los pies separados y las piernas ligeramente flexionadas.

«Me siento como un niño que juega a ladrones y policías, pero cuando suena el disparo no hay nada que pueda comparársele».

—Guarda el disparo al vientre para ocasiones especiales, Edie. Por de pronto imagina que el tipo viene a por ti subiendo por esa colina. No quiere hablar contigo y no quiere arrestarte. Tiene un solo objetivo: provocar tu muerte. Entonces ¿qué haces tú? Lo paras en seco. Es tu derecho y tu deber matar al cabrón.

«Sus manos me muestran cómo apretar el gatillo. Sus huesos largos se ondulan bajo la piel».

—Primero intentas dispararle a la cabeza, ¿me oyes, Edie?

—Primero le disparo a la cabeza.

—Intenta siempre darle en la cabeza primero, salvo que estés a más de veinte metros. De ser así, le disparas al pecho. El pecho es lo segundo, repítelo.

—El pecho es lo segundo. Primero intento dispararle a la cabeza; el pecho es la segunda opción.

—Bien. Y recuerda: vacía el cargador. No dispares un tiro nada más y te quedas a esperar a ver qué pasa. Vacía el arma: ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

«Di un respingo de un metro cuando disparó. Chillé, pero no me oyó. Así de vehemente se pone cuando me enseña cosas. Los pinchos de su cabellera parecen cerdas. Sus ojos se vuelven de un negro intenso».

—Edie, nena, le tiras con todo lo que tengas. ¿Que tiene chaleco antibalas? No importa. Tres plomazos de éstos y acabará en el suelo, por lo menos temporalmente. Eso te dará tiempo a iniciar tu retirada.

—Me duelen los brazos.

«Me ninguna, es un marine; tiránico y estricto. Es un profesor nato, y yo, su alumna nata. Soy débil, pero él me hace fuerte».

—Respira hondo, Edie. Respira hondo y aguanta la respiración hasta justo antes de disparar. Tómate tu tiempo.

Cuando Edie se demoraba demasiado, Eric repetía:

—Tómate tu tiempo. —Y añadía ofuscado. A estas alturas ya estarías muerta y enterrada.

Edie apretó el gatillo. La detonación fue superior a lo esperado, siempre lo era.

—Cómo sacude —comentó—. Me hace temblar los brazos.

—No cierres los ojos, Edie, o nunca le darás a nada.

Con pasos pesados, Eric se alejó por la nieve para revisar el blanco. Regresó con el gesto que ella denominaba su cara de losa, su cara de piedra.

—Suerte de principiante. Le diste en el corazón.

—¿Lo mate?

—De puro milagro. Te hubiera volado los sesos hace una hora, eres demasiado lenta. Inténtalo otra vez y apunta al pecho. ¡Y por el amor de Dios, joder, mantén los ojos abiertos!

Ella tardó un poco en prepararse y él repitió su observación previa.

—Claro que, si quieres que mueran lentamente, les das en el vientre. ¿Has visto alguna vez una lombriz clavada en un anzuelo?

—Hace mucho. Cuando era pequeña.

—Pues es así como se retuercen. ¡Ahhh...!

Eric se cogió la barriga con las dos manos y cayó de rodillas, luego se tumbó de espaldas en el suelo y se retorció horriblemente dando arcadas.

—Eso es lo que les pasa —dijo desde el lecho de nieve—. Se retuercen en agonía durante horas. En pura agonía.

—Estoy segura de que lo has visto.

—Qué sabrás tú lo que yo he visto. —La voz de Eric se había vuelto fría y distante. Se puso de pie y sacudió la nieve de los vaqueros—. No es asunto tuyo lo que yo haya o no haya visto.

Edie apretó el gatillo pero no dio en el blanco, ni siquiera en el árbol. Aquello reanimó a Eric de inmediato. Había estado de excelente humor toda la mañana; siempre lo estaba cuando tenían a un huésped. Alojar a un invitado, por decirlo de algún modo, despertaba algo en él. Se había levantado a primera hora de la mañana y había propuesto esa excursión por el bosque y la lección de tiro, y ella supo que pasarían un día maravilloso. Él la abrazó desde atrás para ayudarla a estabilizar su puntería.

—No te preocupes, si fuera fácil dejaría de ser divertido.

—¿Por qué no me enseñas cómo se hace? Yo me fijaré en ti, eso me ayudará a captar la idea.

La docilidad funcionaba como un hechizo, casi siempre.

—¿Quieres ver al maestro en acción? Vale, nena. Presta atención.

Edie escuchaba como un cachorrito con la cabeza ladeada mientras Eric le explicaba una vez más la importancia de la postura adecuada, cómo se empuñaba el arma, la ligera flexión de las piernas, cómo alinear el ojo, la mira y el objetivo. Eric estaba en su mejor momento cuando le contaba cosas, anécdotas de Toronto o Kingston o Montreal. Excepto por un viaje que hiciera con el colegio, Edie nunca

había salido de Algonquin Bay. Tenía veintisiete años y nunca había vivido sola; nunca había conocido a alguien como Eric, alguien tan autosuficiente y tan maravilloso.

Diario de Edie. Entrada correspondiente al 7 de junio del año anterior: «No sé por qué él quería tener algo con un ser horroroso como yo. Mi horrible cara y yo, y mi busto plano como una tabla. Él no tiene ni idea de lo hermoso que es. Tan delgado, de músculos fibrosos y ese andar, y la ligera flexión de piernas. Se me aflojan las rodillas sólo de tenerlo delante». Edie se imaginó el rostro de su amado, sus delicados huesos y sus líneas puras, en una pantalla de doce metros de ancho. ¿Quién no compraría entradas para un espectáculo protagonizado por Eric?

«Como un artista perseguido por su genio, y esa lividez bajo los ojos. Puedo verlo en un acantilado al borde del mar, el viento lo despeina y una bufanda blanca le ondea detrás».

Apareció un día en el mostrador de Pharma-City con un *after shave* y un paquete de kleenex. Le había pedido pilas de las grandes y un frasco de PowerUp.

«Estoy condenada —había escrito ella en su diario el día en que Eric pisó la farmacia—. He conocido al hombre más poderoso del universo. Se llama Eric Fraser, trabaja en Troy Music Centre y su cara para mí es el semblante de Dios. ¡Qué ojos!». De cuando en cuando, ella releía su diario para no olvidarse de lo vacía que había estado su vida hasta entonces, y de lo plena que se había vuelto desde que apareciera Eric Fraser. «Hasta su nombre es hermoso».

—¿Has probado esto alguna vez? —le dijo él.

La caja registradora comenzó a dar guerra, y mientras su compañero intentaba repararla, ellos no se quitaban los ojos de encima.

—Será como No-Doz, imagino. Pastillas de cafeína.

—Eso dicen, que no es más que cafeína. Dirán lo que les plazca, pero, créeme, se pueden hacer cosas increíbles con PowerUp.

—Mantenerte despierto toda la noche, ¿verdad?

Pero él le respondió con una sonrisa traviesa y sacudió la cabeza como compadeciéndola.

—Se pueden hacer cosas increíbles.

Ella nunca hubiera llegado a imaginar cuán increíbles.

Iba vestido de negro de pies a cabeza. Era flaco como una navaja, y si se ponía las gafas de sol cualquiera hubiera jurado que tocaba en alguna banda de rock and roll. A Edie Soames todavía le llenaba de asombro que alguien tan bien parecido, elegante y con tanto mundo como Eric Fraser se hubiese fijado en un montón de nada, en una perdedora como ella. Precisamente, tres días antes de la primera entrada que mencionaba a Eric, ella había anotado:

«Nunca seré nadie, mi vida nunca significará nada, no soy más que un cero gordo

e inmenso».

Eric fue a comprobar el blanco, dejando tras de sí una estela de aliento cálido. Resultaba incongruente ir vestido de negro en medio de la nieve, con su cabello puntiagudo y sus gafas de sol. Regresó con la figura de cartón, sujetándola como un trofeo.

Excelente. Ya comienzas a mostrar regularidad. Ya no se trata únicamente de buena suerte.

Metieron el blanco en la parte trasera del Pinto oxidado de Edie y condujeron colina abajo hacia la carretera. En el asiento trasero, Eric se había repantigado como lo hubiera hecho cualquier otro miembro de la realeza. Tenía su propio vehículo, una furgoneta Windstar de unos diez años que mantenía en perfecto estado, pero nunca conducía si no era necesario.

Ella giró a la izquierda al llegar al autocine abandonado y continuó un trecho no demasiado largo hasta Trout Lake. Se detuvo en el puerto deportivo, debajo de un cartel que anunciaba «*Aparcamiento reservado para los clientes del puerto deportivo*». La superficie del lago se presentaba perfecta y lisa, cegadora de tan blanca, con la excepción de las chozas destinadas a los pescadores. Sobre las aguas de la playa pública patinaban niños, una zona del lago que había sido despejada y convertida en pista de hielo.

Esquivaron el tráfico de la carretera y subieron a trompicones colina arriba. A intervalos regulares, algún trineo cargado de niños pasaba a toda velocidad a su lado. A él le encantaban aquellas caminatas, adoraba la vida al aire libre. En ocasiones solía alejarse de la ciudad, caminaba tres o cuatro horas hasta Four Mile Bay y luego volvía; a veces emprendía una caminata en dirección al aeropuerto. Ella nunca hubiese adivinado aquel pasatiempo de Eric; su aspecto era muy, muy urbano. Pero Edie se figuraba que los largos paseos, las colinas y la nieve calmaban cierta agitación que poblaba su interior. Era un honor compartir aquellos momentos con él.

Pasaron por encima de una alambrada vencida que rozaba el suelo y continuaron colina arriba hasta dejar atrás la nueva estación de bombeo. Edie ya jadeaba y resoplaba mucho antes de alcanzar la cima y plantarse ante el depósito de agua circular, helado. Un pequeño avión provisto de esquís en lugar de ruedas zumbó por encima de sus cabezas y fue empujado por el viento hacia el lago. Los dos permanecieron aferrados a la verja protectora, de la que colgaban prohibiciones de nadar o patinar sobre el agua o sobre la superficie del depósito. Desde allí, a unos doscientos metros colina abajo, Edie divisó el lugar donde habían enterrado a Billy LaBelle. Pero fue precavida y se abstuvo de mencionarlo hasta que Eric lo hiciera.

—Sabes estar callada. Eso me gusta —le había dicho él una vez.

Había pasado todo el día enfurruñado. Edie temió que ya no querría estar más con ella, una mujer con cara de pescado, pero la había elogiado. Era la primera vez que

alguien alababa algo que ella hubiera hecho, y atesoró aquellas palabras como rubíes. Ahora Edie podía estar horas sin decir nada. Cuando irrumpía en su mente un pensamiento triste o el dolor amargo de odiar su propia cara, lo hacía a un lado y recordaba las palabras dulces que él le había dedicado. Manteniendo un silencio sepulcral, podía hacerle compañía frente a un depósito de agua helada. Y aquello para Eric era el no va más.

—Tengo hambre —dijo finalmente—. Quizá me compre algo antes de ir a trabajar.

—¿Quieres que te prepare la cena?

—No, me la haré yo.

No le gustaba que lo vieran comiendo, era una de sus peculiaridades.

—¿Y qué hago si el huésped se despierta?

Eric le había enseñado a no llamar al invitado por su nombre.

—Dudo que se despierte después de lo que le has dado.

Edie alejó la vista del depósito y la perdió en un punto más allá de las colinas, en los solares parcelados de los alrededores de Trout Lake. La fragancia del pino y la leña flotaba en el aire.

—Ojalá no tuviéramos que trabajar para vivir —reflexionó—. Ojalá pudiéramos estar todo el tiempo juntos, caminando por ahí..., aprendiendo cosas.

—Una pérdida de tiempo, eso es lo que son la mayor parte de los trabajos. Y la gente con la que hay que tratar..., por Dios, cómo la odio. Odio a todos esos cabrones.

—¿Te refieres a Alan?

Alan era el jefe de Eric. Siempre le daba la tabarra, diciéndole que hiciera lo que él ya había acabado o explicándole lo que él ya sabía.

—No es sólo Alan. Carl también es un maricón de mierda. Los odio a los dos. Se creen que son la puta perfección. Me pagan una miseria, obligándome a vivir en un chiquero.

Edie se estaba quedando helada pero no dijo ni pío. Cuando él comenzaba a despotricar contra la gente que odiaba, ella sabía que era mejor esperar. Darían una «fiesta», así las llamaba Eric. Ya tenían al huésped de honor a buen recaudo. De pronto, a Edie el corazón le palpitó con una fuerza desmesurada y necesitó con urgencia ir al servicio. Apretó los labios y contuvo el aliento.

—Creo que deberíamos adelantar la fecha —dijo Eric con indiferencia—. Ya sabes, dar la fiesta antes de lo previsto. No queremos que se nos aburra el invitado, ¿verdad?

Edie espiró sin el menor ruido. En los márgenes de su campo visual, ciertos puntitos líquidos nadaban enloquecidos. Desde el pie de la pista de trineos se elevaban los chillidos risueños de los niños, rebotando contra las blancas y frías

laderas de las colinas.

Tac, tac, tac. A Edie le entraron ganas de gritar. Hacía tan sólo media hora que le había llevado la cena a su abuela. ¿Qué podría necesitar ahora? Tac, tac, tac. Era como si estuviera dándole con el bastón en la cabeza. «No tengo ni un segundo de paz. Trabajo todo el día en un empleo sin futuro, en una tienda estúpida, en una ciudad insignificante, ¿y para qué? ¿Para llegar a casa y tener que aguantar esto?». Tac, tac, tac.

—Edith, Edith, ¿dónde estás? ¡Te necesito!

Edie, que estaba frente al fregadero, se dio la vuelta con un plato mojado en la mano y a voz en grito exclamó:

—¡Ya voy! —Y, acto seguido, agregó en voz baja—: Vieja bruja.

En el jardín de la parte trasera de la casa, un árbol se balanceó y, con un dedo huesudo y helado, la rama rascó la ventana. Qué imagen más verde y benévola le había mostrado pocos meses atrás aquel mismo árbol. Eric había entrado en su vida y aquél se había convertido en el verano más verde que Edie hubiera experimentado jamás.

Tac, tac, tac. Ella hizo caso omiso del golpeteo del bastón de su abuela contra el techo, y deseó con todas sus fuerzas que aquella rama reverdeciera una vez más. Todo el verano había transcurrido rico en colores, saturado con un millón de tonalidades de verde y de azul, empapado del arrobamiento que le producía haber conocido a Eric. Del aburrimiento y la nada, Eric había creado pasión. Del vacío, entusiasmo. De la miseria, emociones.

«Soy un país conquistado —escribió por entonces en su diario—. Una tierra dispuesta a que Eric la gobierne como lo juzgue adecuado. Me ha tomado por asalto». Aquellas palabras reavivaron en su memoria otra tormenta, un disparo de nieve y lluvia interminable que había azotado el gris acerado del lago Nipissing el anterior mes de septiembre.

Habían matado a la chiquilla india. Técnicamente, lo había hecho Eric. Pero ella había estado allí como cómplice. Había ayudado a levantarla, a esconderla en su propia casa, y había observado a Eric llevar a cabo el asesinato.

—Ves esa mirada en sus ojos —le dijo él—. No hay nada como los ojos del miedo. Es la única mirada en la que puedes confiar.

Habían atado a la chica al respaldo de una cama de bronce, amordazada con sus propias bragas y, encima de ellas, un pañuelo anudado. Sólo sobresalía la pequeña naricita, la piel canela, los ojos casi negros abiertos a más no poder. Un par de fosas de terror de las que se podía beber honda y largamente.

—Es muy sencillo le había confiado Eric unas noches antes.

Charlaban en el salón, a la luz de las velas, mientras Gram dormía profundamente

en la planta superior. A Eric le gustaba dejarse caer por las noches y sentarse con Edie a la luz de las velas —sin necesidad de comer ni de beber—, para charlar y nada más. Le había confiado sus ideas y prestado libros para que ella los leyera. Se inclinó sobre la mesa de centro, la luz de la vela endureció sus rasgos ya de por sí angulosos, y apretó la llama entre el índice y el pulgar.

Así fue como mató a la india: sencillamente, pinzándole las ventanas de la nariz. Apagando aquella pequeña llama de vida con la delicada presión de un par de dedos. No hubo violencia en absoluto, a excepción del forcejeo desesperado de la chica.

A Edie le temblaron las piernas y vomitó la comida, pero Eric la había sostenido en pie. Le había preparado una taza de té y explicado que llevaba un tiempo acostumbrarse a ello, pero que, una vez se pasaba el mal trago, se convertía en una sensación incomparable.

Ella acabó por darle la razón. La virtud no era más que una convención, igual que el límite de velocidad: una convención que uno podía obedecer o no, dependiendo de las circunstancias. Eric le había hecho entender que no había razón para ser buenos, no existía nada que le exigiera a uno serlo. Una revelación que era como una inyección de combustible de avión en plena vena.

Aquel día había sido extrañamente cálido para el mes de septiembre, y cuando la chica hubo muerto, el cuarto pareció llenarse de pájaros que cantaban con una dulzura exquisita. La luz del sol inundó la habitación como un hálito dorado.

Eric empaquetó el cuerpo en un macuto que podría cargar al hombro sin mayores problemas. Salieron en la Windstar hacia Shepard's Bay, donde él había alquilado previamente un bote pequeño y hasta cañas de pescar. La meticulosidad y la fuerza eran las dos cualidades que Edie admiraba en su compañero. Eric apenas se permitía cruzar la calle sin trazar un plan de ataque detallado.

El bote, una embarcación de aluminio de cuatro metros, era propulsado por un fueraborda Evinrude sujetado a popa. Cuando arrancó el motor, Eric dejó que Edie llevase el timón. Él se sentó a proa junto al macuto mientras el viento jugaba con los suaves pinchos de su pelo.

Edie sentía que el viento le calaba la fina chaqueta de nailon. Hizo más frío aún cuando puso proa bahía adentro, hacia el gran espejo grisáceo del lago Nipissing. Las nubes se fundían con aquella extensión gris creando un paisaje lúgubre, y muy pronto el cielo se oscureció como si fuera de noche. Edie se mantuvo pegada a la costa y al poco dejaron atrás Algonquin Bay y su catedral de piedra caliza, que se recortaba contra aquel cielo color carbón. La ciudad parecía diminuta desde el lago, poco más grande que un pueblo. Sin embargo, Edie temió de pronto que alguien en aquella costa desolada presintiera que algo extraño ocurría en el bote, que había algo raro en la pareja que navegaba directamente hacia las fauces de la tormenta. Seguro que aparecería una lancha y la policía les pediría que abriesen el macuto. Edie giró el

acelerador y las olas comenzaron a golpear contra el casco de aluminio como bofetadas metálicas cada vez más sonoras.

Eric señaló al norte y ella hizo virar el bote hasta que la ciudad quedó a sus espaldas. En medio de aquel paisaje neblinoso no divisaron ni una sola embarcación. Él sonrió y le levantó el pulgar, como si fuese el capitán y ella la copiloto del bombardero que parte a realizar una incursión sobre territorio enemigo.

Poco después, la isla asomó en el horizonte, el cobertizo de la bocamina se elevaba hacia el cielo como el cuello de un monstruo marino. Edie dirigió el bote hacia allí y aminoró la presión de su muñeca sobre el acelerador. Él le indicó con un gesto que diera un rodeo, y lentamente ella bordeó la costa hasta el otro lado de la pequeña isla. Aparte del cobertizo no había nada más, ni un solo espacio libre. Echaron un vistazo en derredor pero no vieron ninguna otra embarcación.

Edie bordeó un saliente de piedra, una suerte de cabo pequeño, y atracó el bote de proa. Las olas los sacudían salvajemente, y al ponerse de pie, ella tuvo que agarrarse para no irse por la borda. De un salto, él tomó posición sobre una roca plana y, cuerda en mano, mientras los guijarros del fondo arañaban el casco, tiró del bote y lo subió por la orilla pedregosa.

—No me gustan nada esas nubes —comentó él—. Acabemos con esto pronto.

El macuto pesaba una tonelada.

—Dios santo, esta Katie es un peso muerto, ¿a que sí?

—Muy gracioso —repuso Edie.

—Puedes soltarla, ya la tengo.

—¿No quieres que te ayude a remontar la cuesta?

—Quédate en el bote. No tardaré.

Edie lo observó subir a la cuesta dificultosamente cargando el macuto al hombro. Qué suerte que nadie pudiera verlos: a la distancia era obvio que el saco contenía un cuerpo. La columna vertebral de la chica dibujaba una curva inconfundible a través de la lona, las protuberancias de las vértebras se traslucían con toda claridad. Dos bultos gemelos mostraban sus talones presionando contra la tela. Una línea dura y recta señalaba la palanca con la que Eric tendría que forzar el candado del cobertizo.

Las primeras y pesadas gotas de lluvia que cayeron en el bote sonaron como chinas al caer en un cubo. Edie se escondió bajo su chaqueta de nailon. Las nubes los sobrevolaban a una velocidad increíble; las olas rabiosas soltaban espumarajos blancos por las crestas.

Hacía unos diez minutos que él se había marchado cuando se oyó el pistoneo de un fueraborda. Por el extremo del cabo apareció una pequeña lancha. Un muchacho se puso de pie y saludó a Edie efusivamente. Apretando los dientes, ella le devolvió el saludo. «Márchate, maldito seas. Márchate».

Pero la lancha se acercó con el motor ronroneando. Apoyándose en el cortaviento,

el muchacho gritó:

—¿Se encuentra usted bien?

—Sólo he tenido una pequeña avería —contestó Edie.

Fue lo peor que pudo haber dicho y lo lamentó de inmediato.

El muchacho se aproximó en su bote por entre las piedras.

—Deje que le eche un vistazo.

—No es nada serio, sólo se ha ahogado. Estoy esperando a que se despeje. No es nada serio, sólo se ha ahogado.

—Me quedaré con usted, por si acaso.

—No hace falta, te vas a empapar.

—Ya estoy calado hasta los huesos.

«¿Qué pasaría si ahora mismo Eric surgiese de entre los árboles con el macuto al hombro?».

—¿Cuánto hace que intentó arrancarlo?

—No lo sé —respondió abatida—. Unos diez minutos, tal vez. Quince. Descuida, en serio.

—Deje que le dé un buen tirón.

Pegó la lancha junto al bote y, agarrándose de la borda de aluminio, sonrió.

—No se puede abandonar a una dama en apuros.

—No lo hagas, por favor. Este motor se ahoga con nada.

Por encima del hombro del muchacho, Edie vio a Eric, quien al percatarse del desconocido se ocultó entre los árboles.

El chico sonreía a Edie. No era más que un adolescente desgarbado, puro granos y nuez.

—¿Eres de la ciudad?

Edie asintió.

—Lo intentaré otra vez —dijo él, zarandeándose sobre el bote.

Dio un tirón a la cuerda y el motor arrancó soltando una nube de humo azul.

Por el rabillo del ojo pudo ver a Eric abriéndose paso por entre la arboleda de camino al cabo. Un minuto más y estaría justo detrás del muchacho. Algo largo y negro relucía en su mano: la palanca cubierta de gotas de lluvia.

¿La presión está bien? Será mejor que le des a la bomba del depósito.

—¿Que haga qué? —preguntó Edie.

Tiró de la cuerda. Y volvió a tirar una vez más.

—Esa varilla, encima del depósito de combustible. Tendrás que darle presión. ¿Quieres que lo haga yo?

Edie cogió la perilla de la bomba y la accionó de arriba abajo. Sintió que ofrecía cada vez más resistencia, el pulgar comenzó a escocerle. El muchacho tiró de la cuerda nuevamente, pero en esta ocasión el motor arrancó con un rugido. Ella brindó

al muchacho su mejor sonrisa. Eric se encontraba a unos veinte metros, medio escondido entre los pinos levantando la palanca amenazadoramente.

—Si quieres puedo navegar a tu lado en mi lancha para asegurarme de que logras regresar sin problemas.

—No, gracias. Prefiero hacerlo sola.

El muchacho aceleró un par de veces su fueraborda.

—No te quedes por aquí mucho rato, la tormenta podría empeorar.

Se oyó un golpeteo y la lancha se deslizó hacia atrás al tiempo que las olas chocaban contra la popa estallando y salpicando la cubierta. El muchacho agitó solemnemente la mano y se alejó con el runrún de su motor.

Edie echó un vistazo a Eric, plantado entre los árboles con la palanca apoyada en el hombro.

Antes de subir al bote de un salto, esperó a que el joven se hubiese transformado en un punto en la lejanía.

—Dios santo —repitió Edie—. Creía que iba a mearme encima.

—Hubiera sido muy sencillo cargárnoslo de un palancazo. —Eric dejó caer la herramienta ruidosamente en el suelo del bote. Tiene suerte de seguir con vida.

Un trueno bramó, y relámpagos como lanzas cayeron sobre e horizonte.

Tac, tac, tac.

—¡Por el amor de Dios, ya voy! —exclamó Edie mientras subía las escaleras.

La anciana yacía entre las almohadas. El aire de la habitación era rancio y caliente. El televisor seguía encendido, pero en la pantalla sólo se veía nieve.

—¿Qué es lo que quieres?

—Se ha perdido el chisme ese.

—¿Para eso me has llamado? Ya sabes que siempre está en tu cama.

—No está. Lo he buscado por todas partes.

Indignada, Edie entró en la habitación y recogió el mando errante del suelo. Lo orientó hacia el televisor hasta dar con una cadena.

Gram le quitó el mando de la mano.

—¡Está en francés! ¡No quiero ver un programa en francés!

—Qué más da, si no tiene voz.

—¿Qué dices?

—¡Que tiene quitado el sonido!

—Quiero que me hagan compañía. Si me los encuentro quiero poder hablarles —respondió como si Alex Trebek se fuera a dejar caer por la casa de camino al estudio.

Edie abrió la ventana. Llenó el vaso de la anciana, ahuecó las almohadas, subió ejemplares de *Woman's Day* y *Chatelaine*, que había birlado de la farmacia. «Ay, Eric, líbrame de esto».

—¿Eddie, cariño?

El tono adulator de su abuela le produjo náuseas.

—Eric dijo que vendría. Ahora no tengo tiempo.

—¿Ni un poquito para tu abuelita, para tu Gram? Por favor, mi vida, tesoro, encanto.

—Te arreglé el pelo hace tres días. No puedo posponer todos mis planes para peinarte. No es lo que se dice un pasatiempo apasionante, ¿sabes?

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—¡Que no hace falta porque nunca vas a ninguna parte!

—Por favor, tesoro. Todo el mundo quiere estar guapo.

—¡Por el amor de Dios!

—Venga, encanto. Miremos juntas el concurso.

Presionó botón tras botón del mando hasta que el volumen del televisor se hizo ensordecedor. El presentador del telediario no paraba de hablar de Todd Curry, anunciando un informe detallado para las seis. El Lode del día anterior había publicado una foto suya del instituto en la que tenía un aspecto mucho más inocente del que nunca había tenido en realidad. ¿Se trataba de un asunto de drogas que salió mal o es que había un asesino múltiple suelto? «Sintonice “Noticias a las Seis”».

Eddie fue a buscar la palangana y lavó el cabello de Gram. Era tan fino y escaso que no le llevó más de unos pocos minutos. Mientras Gram aullaba las respuestas equivocadas al presentador del concurso, Eddie le iba poniendo los rulos.

Tiró el agua sucia y, cuando llegó al descansillo, sonó el timbre. Se asustó tanto que la palangana se le cayó al suelo creyendo que se trataba de la policía. Pero, al atisbar por la cortina, el corazón le dio un brinco. «Cuando Eric se presenta en mi puerta, el abismo en el que habito se vuelve súbitamente un valle, un lugar tolerable. Ya no es el pozo profundo y oscuro que imagino cuando él se aleja; toda esa penumbra se convierte en mero producto de mi imaginación. De nuevo vuelven el aire y la esperanza. De pronto, mi pozo insondable se transforma en un lugar donde vale la pena vivir. ¡Si viérais qué luz se escapa por sus bordes!».

—Debo confesarle que me parece un asunto fascinante —aclaró la bibliotecaria.

Era una mujer regordeta y de tez pálida, sus ojos celestes brillaban tras un par de gafas diseñadas para no favorecerla.

—No es que sea morbosa ni nada por el estilo, pero un buen asesinato azuza el intelecto y desempolva las neuronas, ¿no cree usted?

¿Quién ha dicho nada acerca de un homicidio? —preguntó Delorme con indiferencia—. ¿Acaso le he dicho que investigara un homicidio?

—Venga ya. Usted y el otro detective salieron por el canal cuatro el día que encontraron a la chica Pine. Qué cosa más horrible. Y cuando hallaron a ese otro chaval, en la casa... ¡Ay, no, detective!, algo así no se olvida. No estamos en Toronto, ¿sabe? Aquí todo el mundo se acuerda de todo. Dígame, ¿ya han relacionado ambos crímenes? ¡Ay, si me da escalofríos y todo!

—Señora, no puedo hablar. Hay secreto de sumario.

—Claro, claro. Me parece perfectamente lógico que no pueda decirme nada. Ustedes los policías tienen que guardarse ciertos detalles para sí, si no cualquier loco, y hay muchos, créame, podría confesarse culpable y nunca sabríamos quién lo hizo. Pero ¿cuál podría ser el móvil en un caso como éste, detective? Quiero decir, el chico tenía dieciséis años aproximadamente, al menos eso decía el Lode. Ahora bien, con dieciséis años aún se es un niño; explíqueme usted entonces, ¿qué tipo de monstruo mata a un niño? ¡Un niño no, dos niños! En el National Post lo llaman «el asesino de Windigo». Ay, si hace que se le hiele a uno la sangre. Seguramente tendrán alguna teoría, para, a partir de ella, poder investigar, ¿verdad?

La bibliotecaria —que vivía rodeada de toneladas de libros de Agatha Christie y Dick Francis y consumía sus días entre montañas de Erle Stanley Gardner y P. D. James— creía por lo visto que Delorme acababa de salir de una novela de misterio con el único fin de aportar un poco de emoción a su vida. Aquella fanática de la novela policíaca tenía el labio superior cubierto de delicadas gotitas de sudor.

—Señora, no puedo comentar el caso con usted. ¿Ha encontrado algo ya?

El ataque lanzado por la bibliotecaria sobre el teclado indefenso parecía inspirado por alguna de sus novelas preferidas: un apuñalamiento múltiple.

—Este sistema —refunfuñó frustrada— está muy lejos de ser el último grito. Es bastante lamentable, si le soy sincera. ¡Maldito aparato!

Delorme dejó a la bibliotecaria infligiendo heridas inútiles a su teclado y fue en busca de las baldas de CD. A su alrededor, los lectores iban y venían con sus discos. Ella había pasado allí gran parte de su adolescencia, a pesar de que la biblioteca estaba pésimamente provista de libros en francés. Prefería hacer sus deberes allí,

rodeada del olor de la tinta y el papel y del suave frufurú de las páginas, antes que en su propia casa, donde reinaba la estridencia del partido de hockey televisado y de los gritos de su padre dirigidos a sus bien amados Canadiens. Por supuesto que Delorme también había perdido mucho tiempo soñando despierta en aquel lugar. Esperó durante años, con impaciencia, a acabar el instituto y marcharse. Pero al verse cursando el último año en la Universidad de Ottawa, comprendió que en su interior había anidado la nostalgia. A veces le resultaba muy extraño trabajar de policía en su ciudad natal —había tenido que arrestar a más de un ex compañero de clase—, pero la gran ciudad no era su sitio. La gente de Ottawa era mucho más fría que la peor ventisca que Algonquin Bay pudiera arrojarle a la cara.

El fondo de CD de la biblioteca no reveló nada de Pearl Jam ni de los Rolling Stones, pero sí encontró el álbum de Anne Murray. La caja estaba manchada y cubierta de mil huellas dactilares borrosas. Delorme la guardó con cuidado en un sobre y regresó al mostrador.

—¡Ay, Dios santo...! ¡Se ha incautado de algo! No me diga que ha encontrado una prueba.

—Es el álbum de Anne Murray. No he encontrado los otros.

—Por lo visto no tenemos los otros dos. Nunca hemos tenido nada de Pearl Jam, cosa que a mí no me sorprende, pero el de los Rolling Stones sí lo tuvimos. Lo que pasó es que tenía tanto éxito que se estropeó o algo le pasó. Al final lo quitaron de circulación... —La bibliotecaria interrumpió su cháchara un segundo para percutir sin piedad el teclado—. De eso hace dos años. Bien, detective, dígame entonces si puede ser verdad que la policía no consiga averiguar cómo murió esa niña.

—Señora...

—Ya, ya; soy demasiado curiosa, lo sé. Pero no me negará que le he encontrado los nombres que me pidió.

La mujer se acomodó las gafas y miró con detenimiento el trozo de papel donde había apuntado la información.

—Ese compacto fue prestado a Leonard Neff, Edith Soames y Colin McGrath. Y para que lo sepa, será difícil olvidar al señor McGrath. Vaya revuelo que armó. Tuvimos que pedirle que abandonara el recinto —concluyó, aunque pronunció *resinto*.

—¿Qué tipo de revuelo? ¿Había bebido?

—No hay duda de que el señor McGrath estaba ebrio, pero eso no justifica las obscenidades que tuvimos que aguantar. Estuve a punto de telefonear a sus compañeros, detective. Tuve que reprimir las ganas de llamar.

—¿Qué puede decirme de los otros, de la señorita Soames y del señor Neff? ¿Recuerda algo que pudiera ayudarnos?

La bibliotecaria cerró los ojos como si se dispusiera a rezar, y luego dijo con

convicción:

—No, nada en absoluto.

Delorme sacó su libreta.

—Voy a necesitar las direcciones de los tres.

Delorme no tuvo en cuenta las tiendas de música de la ciudad. Ninguno de los álbumes era reciente, los tres habían sido muy populares y ni siquiera había razones para creer que hubiesen sido adquiridos en Algonquin Bay. Cardinal, por su parte, había descartado la cuestión de la música, a excepción de la posible emisión de radio. Si Delorme hubiese averiguado que los tres CD habían sido prestados por la biblioteca a la misma persona y alrededor del 12 de septiembre, eso sí significaría algo; pero seguir el rastro a una pieza musical hasta la biblioteca no sería de gran ayuda. Después de seis años en Investigaciones Especiales, Lise Delorme había aprendido a reconocer un callejón sin salida cuando tenía uno delante.

Con todo, haber encontrado el compacto en la biblioteca hizo que se le aceleraran los latidos del corazón. El CD de la biblioteca era algo tangible, le transmitía la sensación de que avanzaba en una dirección determinada y que llegaría a algún sitio, no dentro de una semana, sino ya mismo. Además, la pista de la biblioteca era la única que tenía.

El domicilio del señor Leonard Neff era un moderno chalé de ladrillos situado en el acomodado barrio de Cedarvale: un camino privado flanqueado por antiguas caballerizas convertidas en viviendas, patios y plazas distribuidas con precisión quirúrgica donde nacía Rayne Street. En la entrada había un arco de hockey y un par de chicos que remataban el uno contra el otro, vestidos con camisetas de los Canadiens de Montreal. El Ford Taurus aparcado delante de la casa llevaba equipos de esquí amarrados a la baca. Aparentemente, la familia Neff amaba el deporte. Las ventanas de la casa eran modernas, de triple hoja de cristal, no del tipo que vibra con el paso de camiones, estimó Delorme. En cualquier caso, en las calles de la zona, Cedar Crescent, Cedar Mews y Cedar Place (quedaba demostrado el evidente ahorro de imaginación en la denominación de las calles por parte del ayuntamiento), no había mucho tráfico, y si lo había, no era tráfico pesado.

La segunda parada la llevó al domicilio del revoltoso señor McGrath. Resultó ser un apartamento pequeño próximo a la salida de Airport Road. Delorme salió del coche y aguzó el oído: era el zumbido de un avión de Air Ontario descendiendo para aterrizar. La autovía 17 estaba a menos de cincuenta metros, el tráfico llegaba a los oídos de la detective en forma de un silbido constante. Una mujer cargada con bolsas de la compra se tambaleaba en los escalones del portal mientras batallaba con las llaves de su casa. Delorme se acercó a toda prisa para sujetar la puerta, y entró en el edificio colmada de la gratitud de la mujer. El apartamento del señor McGrath se

encontraba en la planta baja al fondo del edificio. Delorme se plantó en el pasillo y prestó atención. No percibió ruido del tráfico, sólo los sonidos de los otros apartamentos: una aspiradora, el chillido de un periquito, el cotorreo metálico de un concurso televisivo.

El último nombre de la lista sonaba al de una viejecita: Edith Soames. «Muy bien —se dijo Delorme—, ahora estoy segura de que he llegado al final del callejón. Es imposible que Todd Curry o Katie Pine fueran asesinados por una ancianita, pero hay que investigar las pistas que uno tiene y ver qué ocurre».

El domicilio de Soames quedaba a dos calles hacia el este de la casa donde Delorme había pasado toda su infancia, y durante unos minutos la nostalgia la distrajo de su misión. Sin detener el coche, pasó delante del afloramiento de piedra donde a los seis años Larry Laframboise le había partido el labio. En la esquina se levantaba el café North Star, donde por casualidad había oído a Thérèse Lortie, una ex amiga, acusar a Delorme de comportarse como una furcia. Media manzana más allá estaba el banco donde Geoff Girard le dijo que no quería casarse con ella, y Delorme recordó el repentino calor de las lágrimas que le resbalaron por la cara al escuchar aquellas palabras.

Pasó frente a su antiguo hogar intentando no volver la vista atrás, pero en el último momento aminoró la marcha del vehículo y lo contempló con detenimiento. La casa se hallaba en un estado lamentable.

Geoff y ella solían sentarse en aquel porche desvencijado durante horas, metiéndose mano por debajo de la manta. Cierta noche, su padre persiguió al muchacho hasta Algonquin Avenue, mientras su hija de dieciséis años le iba a la zaga, gritándole durante todo el trayecto. Fue en ese porche donde hizo el amor por primera vez, pero no había sido con Geoff sino con otro chico. Quizá Thérèse Lortie no estaba tan equivocada como creía.

Su padre se había largado —se había marchado al oeste, a Moose Jaw o algún otro lugar— y su madre había fallecido. Geoff Girard se casó y tuvo por lo menos catorce niños perfectos y rubios y ahora vive en Shepard's Bay. Hacía ya tiempo que la casa de su juventud había sido dividida en apartamentos, como todas las otras casas antiguas del barrio.

La de los Soames estaba tan desbaratada como las demás. La fachada de falso ladrillo rojo se había oscurecido con el paso del tiempo y se descascaraba alrededor de las ventanas, provistas de contraventanas. Delorme tuvo una visión de su padre tambaleándose en una escalera de mano levantando una de aquellas pesadas aberturas. Cuando pasaba algún camión, vibraban y temblaban como una hoja al viento.

La puerta se abrió y una viejecita se asomó al porche. La asistía una mujer joven que rondaba la veintena, una nieta quizás o una enfermera por horas. Los gruesos

abrigos que ambas llevaban y el terror de la viejecita a resbalar en los peldaños cubiertos de hielo obligaban a la anciana andar con dificultad. La joven le sujetaba el codo y reaccionaba impacientemente, con cara de pocos amigos, ante cada nuevo paso titubeante de la viejecita.

Delorme se apeó del coche y las esperó en la acera.

—Disculpen la molestia —dijo, enseñando su placa—. Investiga una serie de robos cometidos en esta zona.

Lo cual era cierto: Arthur Wood había forzado la puerta de varios apartamentos del barrio, pero Delorme no mencionó que los allanamientos habían tenido lugar hacía tres años.

—¿Que qué? ¿Qué ha dicho?

—¡Robos! —gritó la joven a modo de respuesta y ofreció a Delorme un gesto de impotencia que declaraba: «Vejestorios, ¿qué se supone que hace uno con ellos?». Pero se limitó a decir—: Nadie ha robado en nuestra casa.

—¿Ha visto usted algo fuera de lo normal? ¿Alguna furgoneta recorriendo repetidamente la calle o algún extraño vigilando las casas?

—No, no he visto nada fuera de lo normal.

—¡Qué! ¿Qué dice esta mujer? ¡Dime lo que dice!

—Nada, Gram. ¡No pasa nada!

Delorme se despidió con la advertencia habitual de que mantuviesen cerradas puertas y ventanas. La joven prometió que así lo harían. La detective sintió una punzada de pena por ella: un caso de eccema o de otra enfermedad similar le había destrozado la cara. Su piel era áspera como el cuero del elefante y estaba manchada con zonas en carne viva, que parecían haber sido restregadas con un estropajo de aluminio. No era fea, pero su mirada de cordero degollado y sus ojos esquivos expresaban que ella estaba segura de serlo. Probablemente, el mundo no podría ofrecerle más que aquella existencia de amargura, encadenada a su abuela anciana, y la joven lo sabía.

—¿Qué dice? ¡Dime lo que dice!

—¡Vamos, abuela, si no nos damos prisa la tienda va a cerrar!

—Dime lo que pasa. Me gusta saber qué ocurre a mi alrededor, Edie.

Así que Edie Soames era la más joven, vaya. Aunque siendo abuela y nieta probablemente se llamasen igual, lo mismo daba. Un día, una mujer joven y solitaria sacó prestado de la biblioteca pública uno de los álbumes más populares del país, un álbum que miles de personas habían comprado, pedido prestado o grabado. Aquello no significaba nada.

Delorme las dejó continuar solas su lenta lucha hacia MacPherson Street. Habría sido maravilloso comunicar a su compañero que sus sospechas habían dado algún resultado, pero Delorme desapareció por la esquina, derrapando un poco en la calzada

helada, con la certeza de que los resultados obtenidos aquella mañana sumaban exactamente cero.

Eric Fraser abrió el panel lateral de su flamante videocámara Sony, introdujo una cinta extraída del paquete termosellado de tres unidades —un «descuento de cinco dígitos» perpetrado en Future Shop— y cerró la puertecilla de la cámara con un rápido movimiento. Dijo a Edie que actuara con naturalidad, que simplemente actuara como si él no estuviera, pero tantas indicaciones acabaron por ponerla aún más nerviosa.

—¿Por qué quieres grabarme fregando platos? —se quejó—. ¿No puedes esperar a que esté haciendo algo más interesante? —Prosiguió rasqueteando vigorosamente el fondo de una cazuela—. Ni siquiera has dejado que me peine.

Como si cepillarse el cabello fuese a producir en ella un cambio espectacular. Él quería probar la cámara antes de utilizarla sobre el terreno; en plató, por así decirlo. La cinta anterior había demostrado ser de una calidad pésima, la mierda de cámara que utilizó la había arruinado.

Ajustó la lente en la apertura máxima del gran angular. Encuadró a Edie, los armarios e incluso la puerta trasera con su vidrio roto y, a través de ella, la vista del árbol escuálido y nevado. No hay quien compita con los japoneses fabricando cámaras, la Sony tenía una lente de primera y se suponía que el sonido también era excelente, o al menos eso había leído en las instrucciones.

Edie metía y sacaba el estropajo de un vaso, lo que producía unos ruidos de succión exagerados. A Eric le entraron ganas de apalearla. «Algunas veces, no sé por qué, no lo hago —se dijo—. No se por qué». Aquel pensamiento sonaba continuamente en la cabeza de Eric Fraser. Sin embargo, era difícil resistirse a la adoración absoluta que Edie le profesaba, puesto que él nunca había experimentado nada igual. Y si no se adecuaba a la imagen que él tenía de una mujer —se convencía—, quizá debiera verla como una mascota o un reptil cariñoso.

—Eric, ya hablamos de eso cuando grabamos aquello... Ya sabes, cuando...

—¿Cuándo le reventamos la cabeza a Todd Curry y desparramamos sus sesos por todas partes? Son sólo palabras, Edie, puedes decirlas.

La odiaba cuando se mostraba excesivamente comedida.

—No podemos filmar esas cosas.

—Así que ahora son «cosas». Pero ¿qué «cosas»? Di las palabras, Edie. Dilas.

—Me pareció que acordamos no filmarlas, que si lo hacíamos nos pillarían. Ya lo hablamos, creí que estábamos de acuerdo.

—¿A qué «cosas» te refieres, Edie? Si lo has hecho puedes hablar de ello. ¿Qué «cosas»? Dilo. Porque, si no hablamos francamente, voy a dejar de hablar y punto.

—¡Cosas como desparramar los sesos de Todd Curry por todas partes! ¡Cosas

como asfixiar a Katie Pine o Billy LaBelle! Ya lo he dicho, ¿estás satisfecho?

—Si no pudimos filmar a Billy LaBelle fue porque tú dejaste que se asfixiara con su propia mordaza, joder.

—No sé por qué fue culpa mía si fuiste tú quien lo amordazó.

Eric no insistió. El rostro de ella, aquel parche maltrecho, se había puesto rojo como un tomate. Qué subidón oírle pronunciar aquellas palabras. Reventar. Asfixiar. Eric se deleitó con aquellos sonidos antes de reanudar la conversación.

—La gente quiere ver violencia. Sienten la necesidad de verla, siempre la han sentido. Del mismo modo que siempre han sentido la necesidad de infligirla.

Infligir. Pesó y paladeó el sonido líquido repetidamente en su mente. Infligir.

—Tenemos que dejar de aparecer en las grabaciones, Eric. Porque, evidentemente, no se las puedes mostrar a nadie. Sería una locura.

«Infligir. Infligir. Qué sonido tan bello y líquido sobre la lengua», se decía Eric sin cesar.

—¿Cuánto tiempo más vamos a seguir filmando estas cosas..., estas fiestas? Es demasiado arriesgado, ¿no te das cuenta?

Mientras esas últimas palabras aún retumbaban en sus oídos, Eric sacó la cinta de vídeo. Se percató de que dentro del artilugio había una entrada para un micrófono estéreo, y sus pensamientos fluyeron hacia el mundo de la música. ¿Qué banda sonora le iría mejor? ¿Heavy metal? ¿Tecno?

La voz de Edie lo arrancó de su ensoñación.

—Hoy ha venido un poli, una mujer.

Eric levantó la vista. Se dijo que no había por qué alarmarse, que probablemente no tendría nada que ver con ellos.

—Aparcó en la acera de enfrente. Dijo que ha habido muchos robos en la zona.

Un cálculo de probabilidades parpadeó en la imaginación de Eric: ¿habrían cometido algún error fatal?, ¿podría la policía saber algo acerca de ellos? No, no había ninguna razón para que los polis sospecharan. Así que con su voz más serena y racional le transmitió a Edie lo que pensaba. Estaban en Algonquin Bay. ¿Son tan inteligentes los policías de un páramo nevado como Algonquin Bay?

—Tengo miedo, Eric. No quiero acabar en la cárcel.

—No lo harás.

Eric no estaba de humor para hablar, pero no deseaba que Edie lo dejase en la estacada; además, sabía que ella precisaba que la tranquilizaran. Pan comido. Edie funcionaba como un menú telefónico, sólo había que pulsar el número correcto. «Para disipar temores, pulse uno».

—Si fuese cierto que la poli nos vigila —dijo razonando los acontecimientos—, de ningún modo hubiese hablado contigo esa mujer. Si sospechase de ti, Edie, es obvio que lo último que haría sería hacértelo saber. La explicación más lógica es que

estuviera investigando algunos robos, tal y como te dijo'. No hay nada por lo que preocuparse.

Era la frase más larga que le dedicaba a Edie en tres semanas. Y ella reaccionó. Seguía plantada frente a la pila, de espaldas, pero Eric percibió que sus hombros se relajaban.

—¿De veras lo crees, Eric? ¿Realmente piensas que es así?

—No lo pienso, lo sé.

Acababa de ver cómo los músculos de su compañera se aflojaban al percibir la seguridad en su voz. Estaba seguro de sí mismo, ¿no estaba eso suficientemente claro? Que un poli hubiese aparecido por el barrio constituía —vale, de acuerdo— un hecho algo inquietante, pero a él le serviría para actuar con más cuidado, para mantenerse vigilante. Hasta descubrir el cadáver de Katie Pine, los policías no habían sido más que figuras abstractas, sombras negras de una pesadilla. Después aparecieron por televisión y cobraron forma humana. Pero con el hallazgo de Todd Curry se habían vuelto personajes reconocibles, al menos uno de ellos, el detective, el tipo alto de la cara tristoná.

La televisión había conseguido que todos se familiarizaran con el asesino de Windigo. Hasta Eric había llegado a creer en el mítico homicida, se había creado la vaga imagen de un don nadie, un portero o un burócrata mediocre y de mediana edad que merodeaba por los parques, que raptaba niños y después los sacrificaba. Ciertamente, Eric no se veía a sí mismo como el Windigo, todo aquello no era más que cháchara televisiva, mamones de telediarios que contaban una de fantasmas.

Pero la policía había cobrado forma humana, ahora eran de carne y hueso. Carne y hueso a la espera de un próximo movimiento de Eric bajo la nevada: personas de carne y hueso que lo acechaban. «Pues que esperen», pensó; solamente contribuirían a hacerlo más fuerte.

Antes que ir a la cárcel prefiero morir —dijo Edie—. No duraría ni un día allí dentro.

—Nadie va a ir a la cárcel respondió él.

Aquella poli no tenía ningún dato suyo. Eric apuntó la cámara hacia ella, forzando el zoom al máximo, hasta que la nariz y el pómulo de Edie llenaron por completo toda la pantalla. «Joder, qué reina de la belleza tengo delante. Pero en ello radica la fuerza oculta de mi Edie: lo que ve en el espejo le horroriza tanto que la obliga a ser leal». Ejercer el control completo sobre otro ser humano, aunque sólo se tratase de Edie, no era moco de pavo. «Para lograr el consentimiento por medio de la intimidación, pulse dos».

—No irás a convertirte en una debilucha precisamente ahora, ¿verdad? —dijo fingiendo desinterés—. No te volverás como todos esos idiotas que hay ahí fuera, ¿o sí? Creí que eras distinta, Edie, pero a lo mejor me he equivocado.

—Por favor, no digas eso. Sabes que no te abandonaré. No me importa lo que ocurra, siempre estaré a tu lado.

—Pensé que tenías agallas, pero empiezo a tener mis dudas.

—Te lo suplico, Eric, ten fe en mí. No soy tan fuerte como tú.

—No actúas como si pensaras que soy fuerte. ¿Crees que soy como los demás porque vivo en un Cuchitril? Pues no lo soy, Edie. Soy un puto fenómeno. Y, francamente, será mejor que tú también seas un puto fenómeno porque no tengo tiempo que perder con alguien del montón.

—Te prometo que seré fuerte. Lo que pasa es que a veces me olvido de que...

De repente, ambos dejaron de hablar y escucharon. Oían ruidos apagados. Era la vieja, que golpeaba el suelo con su bastón.

Edie se había puesto lívida.

Pensé que era Keith. Quizá no sea tan buena idea esconderlo aquí. Es peligroso, ¿no crees?

—No lo llates por su nombre, ¿cuántas veces tengo que decírtelo?

—Vale, el huésped. ¿No crees que es peligroso tenerlo aquí?

Se estaba cansando de tener que tranquilizarla. Cogió la cámara y bajó los escalones que llevaban a una puerta contigua a la caldera. Sacó una llave del bolsillo, abrió el candado con un clic y entró en una pequeña habitación fría y húmeda donde Keith London yacía dormido.

La habitación era cuadrada y había sido construida por el dueño anterior de la casa para alquilarla a estudiantes de la Facultad de Magisterio. Keith London dormía tumbado de espaldas, estirado y con la boca abierta. Tenía cogida una manta con una mano que descansaba sobre el pecho, la otra sobresalía de la cama. Parecía un cadáver en una bañera. Eric había cerrado con tablas la ventana pequeña que había en lo alto del muro, por la que pasaban rayos de luz planos y delgados. Las paredes estaban recubiertas de paneles de pino barato.

Eric encendió las luces.

El bulto de la cama no se movió. Eric comprobó los bordes de la ventana, el marco de la puerta y otras posibles opciones de fuga, aunque era hartamente evidente que el invitado no se había movido de la cama. Incluso antes de la fiesta ya les había proporcionado un buen botín. En su cartera llevaba más de trescientos pavos y la guitarra Ovation, que el propio invitado los ayudó a recuperar de la taquilla en la estación de ferrocarril.

Eric miró por el visor de la cámara, pero no grabó. Accionó el zoom y enfocó la cara del adolescente. Una barba tenue y rala despuntaba por los poros de su mentón. Un empaste relucía en el fondo de la boca, y bajo los párpados los ojos se revolvían de un lado a otro en medio de algún sueño.

Tarareando para sí, Eric alargó el brazo y tiró del borde de la manta que Keith

sujetaba. Cuando el huésped quedó desnudo hasta las rodillas, Eric contempló a través de la lente el pecho lampiño, el vientre pálido y suave, y ampliando el zoom se acercó al pene, pequeño y relajado. Al oír los pasos de Edie bajando los escalones, volvió a cubrir al chico hasta la barbilla.

—Sigue inconsciente —dijo Edie—. Esas pastillas son realmente potentes. — Luego, inclinándose hacia el invitado, añadió—: ¿Te pasa algo, genio? ¡Venga, lumbrera, despierta! ¡Espabila!

Eric le entregó la cámara. Edie jugó con la lente, enfocando y desenfocando.

—Qué pinta más rara tiene —comentó—, parece tan estúpido...

Más tarde, Edie escribiría en su diario: «Apuesto a que es así como nos observan los ángeles y los demonios. Ven todas nuestras debilidades y son testigos de todas las maldades que cometemos. Ajenos a lo que sucede, dormimos dulcemente, mientras estos seres sobrenaturales revolotean por encima de nuestras camas, riéndose de nosotros, esperando el momento indicado para pinchar el globo de nuestras ilusiones. Él todavía no lo sabe, pero voy a verlo sangrar de verdad».

Acaso por haber sido educado en la fe católica, a Cardinal siempre le había gustado tener su domicilio en Madonna Road: la palabra le sugería succulentas asociaciones con «piedad», «pureza» y «amor». La Madonna —la madre virgen— había sobrevivido al dolor de perder a su hijo asesinado, había sido recibida en cuerpo y alma en el paraíso; era la santa que intercedía en nombre de los pecadores, los devotos de un Dios que, para qué negarlo, era bastante cabrón.

Pero aquellas asociaciones habían ido distorsionándose. Hacía ya algún tiempo, una estrella de la música pop había arramblado con la «piedad», la «pureza» y el «amor» para reemplazarlos por comercio, afectación y lujuria. Pese a todo, Madonna Road sigue siendo un lugar apacible, curvo y angosto, paralelo a la orilla oeste de Trout Lake, donde los abedules crujen por las bajas temperaturas y la nieve se desprende de las ramas y cae silenciosa.

Hacía tiempo que Cardinal no iba a misa, pero la costumbre de reflexionar sobre sus actos y de culparse por todo lo que le ocurría no lo había abandonado. Era, además, lo suficientemente honesto para admitir que la mayor parte de aquel legado terminaría por convertirlo en un neurótico, y no en un hombre bueno. Pero había una razón que explicaba que sus pensamientos hubiesen tomado ese rumbo: su pequeña casa de Madonna Road, lejos de brindarle confort, lo estaba matando de frío. «Chalé acondicionado para el frío invernal. Frente al lago», eso decía el anuncio. Pero cuando el mercurio descendía tanto que se perdía de vista, la única manera de mantener la casa medianamente caldeada era encender la chimenea y hacer arder al máximo la estufa de leña. A pesar de que llevaba puestos sobre los calzoncillos largos unos pantalones de pana forrados y una camisa de franela, aún seguía temblando y tuvo que envolverse en un batín. Sorbió de una taza de café humeante, pero sus manos no querían descongelarse. Había tardado diez minutos en llenar el cazo con el agua congelada de las tuberías. En aquel tramo inclemente de Madonna Road, el viento del lago fustigaba la costa y se filtraba sin demasiado esfuerzo por las ventanas, unas costosas y completamente inútiles aberturas de triple cristal.

La superficie del lago estaba tan blanca que a Cardinal le lloraban los ojos con sólo mirarlo. En un intento por aumentar el aislamiento térmico de su hogar, corrió las cortinas. Allá afuera, al otro lado del lago cubierto por el hielo, probablemente en el centro de la ciudad, el asesino se disponía a pasar un día como cualquier otro de su vida. Quizás estuviese disfrutando de una taza de café mientras Katie Pine criaba malvas y su madre lloraba en un sillón la muerte de su hija, mientras Billy LaBelle se pudría enterrado quién sabe dónde y Todd Curry yacía extendido en una mesa de autopsias en Toronto. Quizás el asesino estuviese escuchando música —¿os apetece

que ponga algo de Anne Murray?— o haciendo una excursión por la nieve deslumbrante, cámara al hombro. Cardinal recordó que debía investigar el club de fotografía local, si es que había alguno. Si el asesino había tomado instantáneas de Katie Pine, no se arriesgaría a llevarlas a una tienda de fotografía, las revelaría él mismo. No sería extraño que una persona que supiera revelar perteneciera a un club de aficionados.

Al pensar en cámaras fotográficas, Cardinal se acordó de Catherine. Uno de los peores castigos de su enfermedad era que había robado a su mujer toda su energía creativa. Cuando se encontraba bien, la casa rebosaba de fotografías húmedas. Catherine entraba y salía constantemente con cámaras colgadas de ambos hombros, entusiasmada por un proyecto u otro. Pero tras la llegada de la enfermedad, las primeras en desaparecer fueron las cámaras, echadas por la borda como el lastre de un barco que hace agua. La había llamado por teléfono antes de desayunar y su voz había sonado relativamente bien; Cardinal incluso se había atrevido a pensar que pronto le darían el alta.

Pero ahora convivía con un teléfono mudo, implacable como un verdugo. Tras una larga noche de vigilia, Cardinal había resuelto llamar a su hija y comunicarle que había llegado el momento de buscar otra universidad donde hacer su posgrado el próximo trimestre, una universidad más barata. Los años de Yale habían llegado a su fin. Se había graduado en Arte en la Universidad de York, podía regresar allí. Desde el momento en que cogió aquel dinero, los remordimientos y la culpa lo acechaban. No se trataba de que' Delorme pudiera descubrirlo, era muy improbable que eso sucediera. Pero mes tras mes, año tras año, el ácido de la culpa había corroído las numerosas capas de negación con las que había tratado de protegerse, y ya no lo aguantaba más.

Lo peor de todo era saber que ni era el marido que Catherine amaba ni el padre al que quería Kelly. Ambas se equivocaban con respecto a él, creían que era un hombre decente. Aunque su crimen careciera de víctima ¿a quién le iba a importar si en un momento de debilidad él había «requisado» una considerable cantidad de dinero a un criminal?, durante aquellos años Cardinal se había ido convirtiendo en una entidad extraña para sus seres queridos y transformado en un absoluto desconocido. Kelly lo respetaba como padre y como policía, pero él había cambiado. La soledad de no poder mostrarse tal cual era en realidad le estaba envenenando la vida.

Decidió telefonarle y explicarle lo que había hecho. Le diría que ya no podría pagar sus estudios en Yale. Parecía mentira que, teniendo un coeficiente intelectual de ciento cuarenta, Kelly no se hubiera dado cuenta. ¿Cómo un policía de una ciudad de provincias canadiense puede costear los estudios de su hija en Yale? ¿Se habría tragado Kelly el cuento de la venta de la casa de los abuelos? ¿Se lo había creído Catherine? Por lo visto, toda la familia sufría de la misma dolencia hereditaria:

autoengaño descarado. De acuerdo, se lo diría. Dejaría que Kelly acabase el semestre y después, en cuanto atrapase al asesino de Katie Pine, Billy LaBelle y Todd Curry, confesaría a Dyson y al jefe Kendall. Perdería su empleo, pero probablemente se libraría de la cárcel.

Levantó el auricular y marcó el número de Kelly en Estados Unidos. Contestó una de sus compañeras —¿era Cleo o Barbara?, nunca conseguía diferenciarlas—, que dio un grito a Kelly para que se pusiera.

—Hola, papaíto.

«¿Cuándo comenzó a llamarme de nuevo así?», se preguntó Cardinal. Habían pasado por la breve etapa del «papi», palabra que Cardinal apenas toleraba, hasta llegar de nuevo al «papá» de toda la vida. Pero últimamente Kelly lo llamaba «papaíto». Debía de ser la influencia yanqui, concluyó Cardinal; como decir «terriblemente» en vez de «muy» o pronunciar «*bueníiiiisimo*» alargando interminablemente la i. Aunque aquel manierismo estadounidense sí le gustaba.

—Hola, Kelly. ¿Qué tal te va la facultad?

«Qué anodino y qué soso soy —pensó—. ¿Por qué no puedo decirle “princesa” o “cariño” como hacen los padres de la tele? ¿Por qué no puedo decirle que la casa está mucho más fría sin ella y sin Catherine? ¿Por qué no puedo confesarle que este hogar minúsculo se ha vuelto de pronto tan grande como un aeropuerto?».

—Estoy trabajando en un proyecto *inmensíiiiisimo* para mi clase de pintura, papaíto. Dale me ha enseñado a trabajar a escala monumental, dice que me conviene, que no debo estancarme en las telas pequeñas y apretujadas de antes. Es como que te libera, ¿sabes? No te puedo explicar lo que siento, pero ahora mi trabajo es cien veces mejor.

—Qué bien, Kelly. Parece que lo estás disfrutando.

Eso fue lo que dijo, pero lo que pensó fue: «Cuánto me alegra oírte tan feliz y notar que estás creciendo y que tu vida es plena y dichosa».

Kelly continuó relatando entusiasmada cómo había aprendido a dominar la pintura, apasionamiento que Cardinal, en una situación normal, habría disfrutado. Pero la noche anterior no había pegado ojo. Se había plantado en la puerta del cuarto de su hija observando la cama estrecha donde había dormido una semana, y cogió un libro de bolsillo que ella había terminado de leer. Lo hizo para posar la mano sobre algo que su hija también hubiera tocado.

Ahora se encontraba de nuevo allí, con el inalámbrico sujeto entre el hombro y la barbilla. Pero aquella hermosa habitación de color amarillo pálido nunca había sido el verdadero cuarto de Kelly.

Cardinal y Catherine se habían mudado a Madonna Road después de que su hija se marchara a la universidad, y aquella habitación, por cuya ventana se divisaba un amplio monte de abedules, no era más que una estancia que ella ocupaba cuando

venía a visitarlos. Un padre de la tele le habría contado que había acariciado su libro sólo por posar la mano sobre algo de ella, pero Cardinal nunca podría decir algo así.

—Se me olvidaba algo, papaíto. Varios de nosotros habíamos planeado viajar a Nueva York la semana que viene. Es la última semana de la exposición de Francis Bacon y me apetece mucho verla. Pero tú sabes que no incluí ningún viaje en mi lista de gastos, y esto nos va a costar unos doscientos dólares con comida y gasolina y todo lo demás.

—¿Doscientos dólares americanos?

—Pues... sí. Doscientos dólares americanos. Es mucho, ¿verdad?

—Vaya, no lo sé. ¿Es tan importante?

—Si te parece demasiado dinero, no iré. Perdona, no debí habértelo mencionado.

—No te preocupes, está bien. Si es importante para ti...

—Sé que esto te está costando una fortuna. Yo intento ahorrar dinero en todo lo que puedo, papaíto. No creerías todas las cosas que dejo de hacer para ahorrar.

—Lo sé. De acuerdo. Te mandaré un giro esta misma tarde.

—¿Seguro que no es demasiado dinero?

—No. Pero el año que viene las cosas van a tener que cambiar, Kelly.

—Por supuesto, el año que viene va a ser terriblemente diferente. Ya habré acabado con mis clases y sólo me quedará el proyecto final: unas dos o tres telas para la muestra colectiva. Aunque eso depende de cuántos trabajos Dale considere que debo hacer. Además, el año que viene me buscaré un trabajo a media jornada. De veras lamento que todo cueste tan caro, papaíto. A veces me pregunte cómo lo haces. Ojalá supieras lo agradecida que te estoy.

—Venga, no te preocupes más.

—Ojalá algún día me paguen miles de dólares por mis pinturas, así al menos te podré devolver parte del dinero.

—Olvídalo, Kelly, de verdad. No pienses en ello.

A Cardinal el teléfono se le resbalaba de la mano por el sudor, su corazón latía con fuerza contra las costillas. La gratitud de Kelly lo había amedrentado. En el fondo de su alma, una puerta se cerró con un estampido, un pasador aseguró la entrada y un cartel que hacía tiempo que nadie utilizaba apareció en el cristal: «Cerrado hasta nuevo aviso».

—Pareces un poco tenso, papaíto. ¿Estás preocupado por el trabajo?

—Pues... la prensa se nos está echando al cuello. Y no estarán tranquilos hasta que llamemos al Ejército del Aire para que intervenga. No estoy haciendo tantos progresos como debería.

—Los harás.

Dieron por finalizada la conversación con un intercambio informativo sobre el tiempo en sus respectivas zonas: la de ella estaba soleada y templada, medida en

grados Fahrenheit; la de él, luminosa y con frío, un frío medido en grados centígrados bajo cero. Cardinal dejó caer el teléfono sobre el sofá. Se quedó de pie en el centro del salón, inmóvil, como quien recibe una noticia devastadora. Desde el exterior llegó un ruido y tras unos segundos cayó en la cuenta de lo que era. Atravesó a toda prisa la cocina y abrió la puerta lateral gritando:

—¡Venga, sal de aquí, roedor asqueroso!

Lo único que Cardinal llegó a ver fueron las patitas traseras del mapache escurriéndose debajo de la casa. En condiciones normales, el animal habría estado hibernando, pero por el suelo de la casa de Cardinal se filtraba calor, el suficiente para desorientar al animal y convencerlo de que había pasado el invierno. La primera vez que había avistado aquella cara enmascarada, el mapache examinaba entre sus meticulosas garras delanteras la mitad de una manzana. Ahora ya salía a pasear dos o tres veces a la semana, para tumbar los botes de basura del garaje y hozar entre los desperdicios en busca de sobras comestibles.

Tiritando furiosamente, Cardinal recogió los trozos de plástico transparente, la caja de donuts vacía y el hueso de pollo mordisqueado desparramados por el suelo del garaje. Volvió a entrar justo a tiempo para oír el timbre del teléfono.

Le llevó un buen rato recordar dónde había dejado tirado el inalámbrico. Lo cogió con premura de entre los cojines justo cuando Delorme se disponía a colgar.

—Huy —dijo ella—. Pensé que estabas de camino hacia aquí.

—Estaba a punto de salir. ¿Qué pasa?

—Acabo de recibir la cinta del ingeniero de sonido de la CBC. También nos ha enviado la versión digital, la versión mejorada. —El acento francófono de Delorme nunca le había sonado tan bien.

—¿Las has escuchado?

—No, acaban de llegar hace unos minutos.

—Voy para allá.

Keith London se sentó en la cama todavía medio grogui. El cuarto en el que se encontraba no le resultaba familiar, y se preguntó si sería porque giraba lenta aunque incesantemente, como un tiovivo a punto de detenerse. Cuando la rotación se detuvo y sus ojos lograron enfocar, distinguió cuatro paredes recubiertas con paneles de madera barata, torcidos y con manchas de humedad. Reparó en un butacón escorado de sólo tres patas, cuyos apoyabrazos mostraban quemaduras de cigarrillos. Sobre el suelo un pequeño radiador de aceite zumbaba intermitentemente como si contuviese un insecto en su interior. En el techo titilaba una bombilla de pocos vatios encapsulada en un aplique barato, y clavado a la pared con dos chinchetas colgaba un póster turístico de Vancouver, cortesía de la compañía Via Rail. El ventanuco había sido cerrado con tablas desde el exterior; el aire apestaba a aceite de calefactor, moho y cemento mojado.

Entonces Keith recordó lo ocurrido: había recogido sus pertenencias de la estación de autobuses mientras Eric y Edie lo esperaban afuera. Recordó haber entrado en un vehículo con la pareja y bebido una cerveza en la cocina de la casa. Sin embargo, no recordaba haberse metido en la cama ni tampoco haberse quitado la ropa. No recordaba nada de lo ocurrido después de aquella cerveza. Sentía las extremidades pesadas y exhaustas, como si hubiese dormido demasiado. Se frotó la cara, sintió la piel elástica y acalorada, qué curioso. Su reloj —evidentemente, con la prisa por desvestirse, se había olvidado de quitárselo— marcaba las tres. Tenía unas ganas de orinar incontenibles.

Aunque la habitación seguramente no tendría más de tres metros cuadrados, había en ella dos puertas. Keith descolgó las piernas por el costado de la cama y apoyó los pies en el suelo frío. Así permaneció durante un rato y, de no ser por las ganas de ir al baño, se habría quedado dormido sentado. Apoyándose en la pared para mantener el equilibrio, se puso de pie, no sin dificultad. La primera puerta que tentó estaba cerrada con llave —o con el pestillo echado—, pero afortunadamente la segunda resultó ser un retrete, con accesorios casi miniaturizados para adecuarse al tamaño del ínfimo cubículo.

Con paso vacilante regresó a la cama y pudo ver el estuche de su guitarra de pie en un rincón. Antes de precipitarse en un largo y oscuro pozo de inconsciencia, su cerebro tuvo el tiempo justo para registrar que allí no estaban ni su mochila ni su ropa.

Al despertarse de nuevo —¿habían pasado horas o días?—, lo primero que Keith vio fue a Eric sentado en la cama a su lado, observándolo y sonriendo ampliamente.

—Lázaro se levanta —dijo, sereno.

Con un gran esfuerzo, Keith se incorporó apoyando la espalda contra el cabezal. Sentía que su cuerpo se ladeaba pero no lograba reunir las fuerzas para mantenerse erguido. Su boca y garganta pedían a gritos un vaso de agua y, cuando intentó hablar, su voz se proyectó como un débil graznido.

—¿Cuánto hace que estoy durmiendo?

Eric extendió dos dedos frente a la cara de Keith, estaba tan cerca que el joven no pudo enfocar la imagen, le parecieron tres.

—¿Dos días enteros?

¿Era eso posible? Keith no recordaba haber dormido tanto en toda su vida. Un par de veces durante los primeros años de su adolescencia durmió durante dieciséis horas, y en una ocasión, presa de una fiebre de mil demonios, había dormido como un tronco durante veinte. Pero ¿dos días? «Si realmente he dormido tanto debo de estar muy, muy enfermo. Una persona sana no duerme cuarenta y ocho horas seguidas, eso más bien quiere decir que está en coma». Cuando Keith estaba a punto de expresar sus dudas, Eric se le adelantó. Le apoyó la mano sobre la frente y, dejándola allí con una expresión pensativa en el semblante, dijo:

—Ayer tuviste treinta y nueve de fiebre. Edie te tomó la temperatura, te puso el termómetro en la axila.

—¿Dónde está mi ropa? Será mejor que vaya a ver a un médico.

—Edie te la está lavando; vomitaste.

—¿De veras? Qué asco. —Keith se frotó el cuello; la garganta le escocía—. ¿Puedo beber agua?

—Del servicio. —Eric señaló la puerta pequeña—. Pero antes deberías beber un poco de esto.

Le ofreció una taza humeante.

—Un remedio de Edie. Lo ha traído de la farmacia. No te preocupes, Edie es farmacéutica.

De la taza brotaban cálidos vapores de miel y limón. Keith dio un sorbo y se quemó la lengua. Era un remedio para la gripe, probablemente Tylenol y algún antiestamínico, pero sabía a gloria. Después de un par de tragos, Keith empezó a sentirse algo mejor.

La bruma que le nublabla la vista comenzó a disiparse. Keith se percató de la cámara Polaroid que Eric llevaba colgada al cuello.

—¿Y eso para qué es?

—Para tomar las fotografías del casting. A Edie y a mí nos apasiona la cinematografía. Por eso nos fijamos en ti, esperábamos que quisieras participar en nuestra película.

—¿Qué tipo de película es?

—Pues... de bajo presupuesto, experimental. Poética. Te lo hubiera querido

preguntar la otra noche pero temí que no fuese el momento más adecuado.

—No hay problema, me encantaría ayudaros.

Keith se deslizó bajo la manta y se hizo un ovillo, volver a dormir le pareció de pronto una gran idea.

Eric le mostró un periódico.

—The Algonquin Lode, pero por aquí lo llamamos La cháchara de siempre...

Las páginas hacían un ruido escandaloso al pasar. Eric carraspeó y luego comenzó a leer con tono pausado y con cierta ironía:

—«La policía de Algonquin Bay desplegó un gran número de efectivos en la intersección de Timothy Street con Main Street, donde la tarde pasada, en la carbonera de una casa deshabitada, se descubrió el cadáver de un varón aún no identificado. Los investigadores no descartan que el homicidio pudiese ser obra del asesino que el pasado septiembre acabó con la vida de Katie Pine.

»“Según el detective John Cardinal, la víctima fue golpeada salvajemente: sufrió heridas faciales múltiples y los genitales le fueron separados del resto del cuerpo a patadas”.

—¡Vaya! —suspiró Keith—. ¿Eso ocurrió aquí?

—Sucedió aquí mismo, en Algonquin Bay. No muy lejos de esta habitación.

—¡Vaya! —repitió Keith—. Imagina que te golpeen de ese modo. No suena a la típica pelea de bar.

—No saquemos conclusiones apresuradas. Aquí no dice cómo era la víctima, quizás él se lo buscó. A lo mejor, el mundo es un lugar mejor sin él. Yo no lo echo de menos, ¿tú sí?

—Nadie merece morir así, no me importa lo que haya hecho.

—Tienes un buen corazón. A Edie le encantan los chicos buenos, a tu novia le debe encantar que seas tan sensible. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Karen, sí... Pues no sé qué decirte, a Karen le gustaría que yo pensara un poco más en el futuro. Ahora mismo está cabreada conmigo.

—Háblame de las costumbres sexuales en Toronto, he oído que el sexo oral hace furor. ¿Karen es de las que la chupan?

—¡Joder, Eric!

Hasta ese momento, Keith se había dejado mecer por las templadas aguas del sueño.

«Dormiré un poco más —se prometió— y después me largaré de este cuartucho de mierda».

—No pude evitar verte el pene mientras te desvestíamos, Keith. Tienes los huevos grandes. Karen es una chica afortunada.

A Keith le apetecía que Eric cambiara de tema, pero no lograba que su cerebro transmitiese el mensaje a su lengua. Esa miel con limón realmente lo había dejado

fuera de combate.

Eric puso una mano sobre la rodilla de su huésped, apretándosela con fuerza.

—La gente no entiende las cosas terribles que he visto, las violaciones, el abuso sexual. Lo he pasado mal, Keith, y eso a veces me pone un poco tenso. ¿Te gustaría que te acarician los genitales?

Keith intentó concentrarse. «¡Por Dios, qué han metido en la bebida!».

Transcurrieron cinco o quizá veinte minutos. Eric volvió a cubrir a Keith con las mantas.

—Estoy muy entusiasmado con esta película, Keith. Y Edie también. Eres ideal para el papel. Además, dijiste que te encantaban las experiencias nuevas. Esta película va a ser una verdadera experiencia.

Finalmente, Keith logró controlar su lengua.

—¿Qué me pasa? No puedo moverme...

Sentía que se hundía, que se hundía hasta el fondo..., hasta desfallecer. Por eso no estaba seguro de lo que sucedía, acaso no fuera más que un delirio suyo la imagen de Eric Fraser acercándosele y dándole un beso en la frente, y añadiendo con un suspiro:

—Lo sé.

—Dime que he sido muy buena, Cardinal. Tenía la cinta para mi sola y ni siquiera la he tocado. Tú no habrías esperado, ya la habrías escuchado por lo menos cinco veces.

—Es un defecto de mi carácter —respondió Cardinal mientras daba pisotones para quitarse la nieve de las botas—. ¿Ha llamado Len Weisman?

—No. Me dio la impresión de que prefería que no le diera la lata.

—Pero ya han pasado dos días, ¿no? ¿Cuánto tiempo se puede tardar en examinar un odontograma?

Delorme se limitó a encogerse de hombros. Cardinal no pudo evitar fijarse en los pechos de su compañera, y sintió cómo se le subían los colores. «Por el amor de Dios —se regañó—. Catherine está enferma en el Hospital Ontario. Y no es sólo eso: aunque la detective Lise Delorme tenga un cuerpo agradable y una cara bonita, también tiene muchas ganas de trincarme, y no voy a sentirme atraído por ella. Si fuese más fuerte, esto ni siquiera me habría ocurrido».

Delorme entregó a Cardinal un paquete postal del tamaño de una caja de zapatos. Envuelta en el plástico de burbujas apareció una cinta de casete que parecía recién comprada. Alguien había escrito encima de la etiqueta de la CBC: «Mejorado digitalmente».

—Le pedí prestado el walkman a la sargento Flower —dijo Delorme—. Tiene entradas para dos pares de cascos.

Delorme le entregó un juego y ambos se conectaron.

Cardinal despejó parte del escritorio de Delorme y se sentó, sujetando el cable que los conectaba como siameses unidos por el oído. Le dio a la tecla de reproducción y fijó la vista en la ventana, por la que se podía ver una pala mecánica dando origen a un maremoto de nieve. De inmediato pulsó la tecla de pausa.

—Está mucho más clara, antes no se oía ese avión.

—¿Crees que tal vez esté cerca de Airport Drive?

Cuando se entusiasmaba, la cara de Delorme se animaba maravillosamente; Cardinal pudo ver en su gesto la niña que había sido alguna vez. Durante una fracción de segundo quiso creer que ella había abandonado Especiales y que ya no lo estaba investigando. Luego regresó al horror de la cinta.

Todo el siseo anterior había desaparecido. Cuando las ventanas vibraban daban ganas de salir al cuarto contiguo y cerrarlas, los pasos del asesino sonaban como disparos de fusil, y el terror de la niña..., pues ya lo recordaban de la primera vez. Cuando acabaron los últimos sollozos de Katie Pine, los pasos del asesino se fueron alejando del micrófono. Entonces los policías oyeron un sonido nuevo.

Delorme se arrancó los cascos.

—¿Has oído eso, Cardinal?

—Escuchémoslo de nuevo.

Delorme rebobinó. Escucharon los últimos sollozos, las pisadas y luego, una fracción de segundo antes de que la máquina dejara de grabar, algo que sin lugar a dudas eran las campanadas solemnes de un reloj. A mitad de la tercera campanada se acababa la grabación, y entonces no se oyó más que el silencio.

—¡Increíble! —exclamó Delorme—. En la cinta original no se oía esto.

—Es estupendo, Lise. Todo lo que tenemos que hacer es cotejarlo con el reloj de nuestro sospechoso. Pero tenemos un pequeño problema: no hay ningún sospechoso.

Hecha la salvedad, Cardinal telefoneó a la CBC con el móvil de Delorme.

—Supongo que han recibido la cinta.

La voz de locutor de Fortier salía del auricular como si también hubiese sido mejorada digitalmente.

—Ha hecho un trabajo estupendo, señor Fortier. Me preocupa que quizá sea demasiado bueno.

—No he añadido nada que no apareciese en la cinta original, si se refiere a eso. Con un ecualizador analógico sólo se pueden aumentar o suprimir ciertas frecuencias; con uno digital podemos jugar con las distintas fuentes de sonido. En la cinta que le mandé, cada fuente de la secuencia completa está grabada en su propia pista: una pista para la ventana, otra para el reloj, una para la voz de él y otra para la voz de ella. Lo que usted recibió es la mezcla final. En un juicio no puede utilizarla como prueba, pero le servirá para otros fines.

—¿No se puede mejorar más la voz del hombre? Todavía suena como si estuviese en el fondo de un pozo.

—Me temo que no. Está demasiado lejos del micrófono.

—No importa. Ha hecho usted un trabajo realmente increíble.

—Cualquier ingeniero de sonido podía haberlo hecho, asumiendo en primer lugar que hubiese oído el reloj. Mi ventaja, como usted sabe, es que soy ciego; aun así, no logré percibir la campana del reloj hasta la cuarta o quinta escucha.

—Se parece a un reloj de péndulo.

—En absoluto. Escuche bien, no llega a resonar tanto como un reloj de péndulo. Yo diría que es un reloj de repisa, y bastante antiguo. Lo que necesita es un experto; un relojero suizo, a ser posible viejo y encorvado. Hágale escuchar la cinta y él le informará de la marca, el modelo y el número de serie.

El comentario le arrancó a Cardinal una carcajada.

—Si alguna vez está en mis manos hacer algo por la CBC, no dude en llamarme.

—Un aumento del presupuesto no nos vendría nada mal. Ah, y salude de mi parte a la agente Delorme. Tiene una voz muy atractiva.

—¿Sabe que lo está escuchando por el altavoz?

—Ya sabe que no, detective. Buen intento, de todos modos.

—Te cae bien —observó Delorme cuando colgó—. Hay un montón de gente que te desagrada, pero él te cae bien.

—Dice que tienes una voz bonita.

—¿De veras? ¿Y qué opina acerca del reloj?

—Dice que es de repisa, probablemente bastante antiguo, y que llevemos la cinta a un relojero experto.

—¿En Algonquin Bay? ¿Qué relojero experto, el que cambia las pilas en el centro comercial?

—Debe de haber alguien que repare relojes. Si no lo hay aquí, habrá que ir a Toronto.

Sonó el teléfono, Delorme lo cogió y tras unos momentos estiró el brazo para pasárselo a Cardinal.

—Es Weisman.

—¿Len? ¿Qué diablos ha ocurrido? ¿Dónde está nuestro odontograma?

—No me puedo creer al cabrón del dentista. Nos da largas, dice a la secretaria que no está, no se presenta, erre que erre. Por fin logro contactar con el crápula y nos acercarnos a su consultorio. ¿Y sabe por qué nos daba largas? Porque le había pasado a la familia del chico facturas carísimas por arreglos que jamás había realizado.

—¿Qué indica exactamente su odontograma?

—Pues está lleno de empastes que el tipo nunca hizo. Según la ficha, el chico tenía suficientes empastes para pavimentar el lago Ontario. Pero el paciente que tenemos aquí en el mortuorio sólo tiene cinco empastes pequeños.

—Pero y esos cinco, Len, ¿coinciden o no?

—Por suerte, el muy hijo de puta había marcado los empastes que sí había hecho con otro color. Hay cinco empastes pequeños señalados con bolígrafo rojo y coinciden todos: el paciente es Todd William Curry.

Los padres de Todd Curry vivían en un apartamento de dos habitaciones en Mississauga, una vasta prolongación urbana situada al oeste de Toronto que abarca desde centros comerciales y bloques de apartamentos carentes de todo encanto, hasta extensiones de frondoso bosque atravesado por ríos y arroyos. La calle en la que residía la familia de Todd no estaba en la zona del frondoso bosque. El matrimonio había sido advertido de la visita de dos detectives de Algonquin Bay y, consecuentemente, se habían tomado en serio los preparativos; el líquido limpiacristales y el Don Limpio habían dejado su pesado aroma en el ambiente y no había en la casa un solo cojín fuera de sitio.

—Nos avisaron de que vendrían —dijo la señora Curry al recibirlos—. Mi marido prefirió no ir a trabajar.

—Espero que eso no le ocasione problemas con su jefe —recitó Cardinal.

El hombre se incorporó enérgicamente de una butaca mullida.

—No me quita el sueño. Me deben las vacaciones de un año entero en horas extra —respondió mientras estrechaba la mano de Cardinal con fuerza, fingiendo que el pesar no había doblegado su vigor masculino.

El señor Curry logró incluso esbozar una amplia sonrisa, pero no duró más de lo que dura el destello de un flash. Luego volvió a sentarse.

Cardinal empezó con la madre.

—Señora Curry, ¿tenía Todd algún pariente en la zona o en los alrededores de Algonquin Bay?

—Pues sí, su tío Clark, que vive en Thunder Bay. Pero eso queda a cientos de kilómetros de allí.

—¿Y amigos? ¿Alguien que hubiese conocido en el instituto?

—No podría decírselo, pero amigos de Algonquin Bay no le conocimos ninguno. A duras penas, el padre volvió a la realidad.

—¿Qué me dices del jovencito aquel que se quedó con nosotros el verano pasado? El de las zapatillas de colores diferentes.

—¿Te refieres a Steve? Steve era de Stratford, cariño.

—No, hablo de otro chico distinto. Otro chico, no ése.

—Mira, el de las zapatillas que no hacían juego era Steve, y era de Stratford. Sabes que tengo mejor memoria que tú, siempre la he tenido.

—Es cierto. Supongo que desde siempre has tenido mejor memoria que yo.

Cierta vez, en Algonquin Bay, Cardinal había acudido al lugar donde había estallado una tubería de gas. La explosión había arrebatado la fachada entera a un edificio de apartamentos y derruido tres de sus plantas. Como almas en el purgatorio,

maridos y esposas iban y venían sin saber bien adónde, aturdidos entre el humo y las cenizas. Y ahora que su familia había sido arrasada por el dolor, el señor y la señora Curry se movían a tientas, entre el humo y las cenizas, intentando reconocerse.

—¿Tenía Todd algún motivo para hacer una parada en Algonquin Bay?

—No, ninguno. Curiosidad de adolescente, imagino, o acaso alguien que conoció en el tren. Todd es un chico muy impulsivo, era muy impulsivo...

La señora Curry se llevó la mano a la boca como para volver a tragarse el nefasto tiempo verbal que se le había escapado. Su expresión era la viva imagen del desconcierto.

Instintivamente, el señor Curry la rodeó con el brazo.

—Vamos, vamos, querida —dijo con cariño—. Ven y siéntate en el sofá.

—No puedo, ni siquiera les he ofrecido una taza de té. ¿Les apetecería tomar una taza de té?

—No, gracias —contestó Delorme amablemente—. Señora Curry, sabemos que Todd tuvo problemas con las drogas al menos una vez. ¿Recuerda usted algo concerniente a las drogas, quizás un nombre que saliera a la luz durante la vista relacionado con Algonquin Bay?

—Todd ya había superado sus problemas con las drogas, ya no las tomaba. Ahí está, ahora lo he dicho bien: tomaba. No son más que palabras, ¿no es cierto? —La mujer se esforzó por desplegar una sonrisa horrenda—. ¿Están seguros de que no quieren una taza de té? Puedo prepararla en un segundo.

Recoger fragmentos de información de los corazones resquebrajados de las víctimas del desconsuelo representaba un arte para Delorme, una nueva forma de arte que tendría que aprender a dominar. Con la mirada imploró ayuda a Cardinal, pero él ni siquiera abrió la boca. «Vete acostumbrando», pensó.

—Yo no conocía a Todd, señora Curry, pero déjeme que se lo plantee de otro modo: el asunto es que... —Delorme se mordió el labio—. ¿Sabe una cosa, señora Curry? Una taza de té me vendría de maravilla. ¿Quiere que la ayude a prepararla?

Cardinal se dirigió al padre.

—¿Le importa si mientras tanto echo un vistazo al cuarto de Todd?

—¿Cómo dice? ¿Al cuarto de Todd?

El señor Curry se rascó la cabeza. En otro contexto, aquel gesto de dibujo animado hubiera resultado gracioso. Se rió nerviosamente.

—Lo siento, no sé muy bien cómo comportarme. Así que el cuarto de Todd, ¿eh? Supongo que tiene sentido. Usted tendrá que saber más sobre él, claro. Comprendo que sea así. Muy bien, adelante, detective, haga su trabajo y no se preocupe por mí.

—¿Es por aquí?

—Sí, perdone. Lo siento. La segunda puerta a la derecha. Mejor lo acompaño.

El padre guió a Cardinal por el corto pasillo. Había dos dormitorios a la izquierda,

roperos a la derecha y un cuarto de baño al final del corredor; allí se acababa el apartamento. Abrió la puerta e hizo un gesto para que Cardinal entrara, pero se plantó apoyándose en el quicio, como si la habitación de su hijo se hallase en un plano superior al que a él, por indigno, no le estaba permitido acceder.

Sus ojos recorrieron el cuarto nerviosamente. La muerte había conferido a los objetos más mundanos, la pelota de baloncesto a medio inflar o el monopatín roto en el estante, el poder de hacerle perder la compostura delante de un intruso.

—Señor Curry, no hace falta que mire si no lo desea.

—Estoy bien, detective. Usted haga lo que tenga que hacer.

Cardinal se plantó en medio de la estancia sin pronunciar palabra, observando a su alrededor y tratando de asimilar la relación entre varios objetos. Vio un radiocasete inmenso y una pila no demasiado alta de cintas. Clavados con chinchetas en las paredes, los pósteres de estrellas del rap decoraban las paredes: Tupac, Ice T., Puff Daddy. Sobre un escritorio de dimensiones reducidas, cuya superficie representaba un planisferio, descansaba, encima de África, un pequeño ordenador Macintosh. A cada extremo del escritorio encajaban a la perfección varias baldas para libros. Cardinal hubiera apostado a que las había construido el señor Curry. Deslizó la mano por el canto de la Antártida.

—Bonito escritorio —dijo, y se arrodilló para revisar los libros de Todd.

—Lo hice yo, sí. Fue muy sencillo, la verdad. De todos modos, una labor de bricolaje como ésta lleva poco más de un par de horas. Todd lo odiaba, cómo no iba a odiarlo.

—Ya. Los adolescentes son difíciles de complacer.

—No nos llevábamos demasiado bien, ésta es la verdad. Supongo que no sabía cómo tratarlo. Lo intenté mostrándome indulgente, lo intenté poniéndome severo..., pero nada daba resultado. Ahora me conformaría con que estuviese aquí.

—Estoy seguro de que con el tiempo habrían resuelto sus diferencias —observó Cardinal—. La mayor parte de las familias lo logran.

Varios libros acumulaban polvo en las estanterías: *La isla del tesoro*, *El guardián entre el centeno*, varias entregas de las aventuras de los Hardy Boys. El resto de la biblioteca de Todd consistía en ediciones de bolsillo de ciencia ficción con portadas chabacanas. Cardinal casi cayó en la tentación de confiarle su experiencia con Kelly, de contarle cómo durante la adolescencia ella solía espetarle con regularidad que lo odiaba, pero que ahora se llevaban estupendamente. Pero mejor no decir nada, no era recomendable remover los escombros.

—Todd y yo ya no tendremos oportunidad de hacer las paces. Eso es lo que más me duele.

El señor Curry dio un paso hacia el interior de la habitación, como empujado por la urgencia de su pensamiento. La mano del hombre apretó el antebrazo de Cardinal

con la fuerza de una garra.

—Detective, no importa la razón, pero no posponga nada en esta vida. ¿No hay algo importante que esté aplazando? ¿Algo que siempre deja para más tarde, para el momento propicio? Quiero decir, algo importante que siempre ha querido decir a un ser querido o a cualquiera. No lo postergue más, ¿me oye? Diga esas palabras, las que sean. Haga eso que quería, lo que sea. Todo eso que uno ve en las noticias, sean tornados o sea ese asesino de Windigo del que tanto hablan, cualquier desastre, nunca creemos que lo vamos a vivir en carne propia. Pero lo cierto, el hecho ineludible, es que nunca se sabe. Nunca se sabe cuándo alguien va a ponerse de pie, salir por esa puerta y no volver nunca más. No tiene ni idea de lo que se siente. Perdóneme, ya no sé ni lo que digo...

—Lo entiendo, señor Curry, créame que sí.

—Le digo que no. No tengo mucha experiencia en este tipo de cosas. —Y como disculpándose de una minusvalía añadió—: Me dedico a los seguros.

—Dígame, señor Curry, ¿Todd usaba mucho este aparato?

Cardinal señaló el Macintosh. Había reparado en manuales de programas y cajas de videojuegos apilados debajo del escritorio. Se percató, además, del cable que iba del ordenador a una ficha de conexión telefónica empotrada en la pared.

—No era un hacker, si es eso lo que insinúa. Lo usaba para hacer los deberes...; cuando los hacía. Por lo que a mí respecta, el chisme es un misterio. En el trabajo usamos PC.

Cardinal abrió el ropero y revisó las prendas: un traje, un blazer, dos pares de pantalones de vestir; no era el tipo de ropa que un chico como Todd se pondría a menudo. En el estante de arriba vio pilas de juegos de mesa: Monopoly, Scrabble, Trivial Pursuit.

En la cajonera —además de los habituales vaqueros y camisetas rotos—, Cardinal encontró un embrollo de pulseras de cobre y latón, trozos de cadenas, collares de cuero con púas y un juego de esposas. No significaba nada, muchos jóvenes los usaban hoy en día.

—Mi mujer está destrozada —le confió el señor Curry tras retirarse nuevamente a la seguridad del pasillo—. Eso es lo que peor llevo. Ver a alguien que uno quiere sufriendo tanto y no poder hacer nada...

El padre había mencionado el dolor, y ahora, como un demonio invocado, éste rompió sus ataduras y lo asaltó, poseyéndolo por completo. Un hombre robusto, el señor Curry, pasó a convertirse en una figura pálida y menguada que lloraba cada vez más, encogido en el quicio de una puerta.

Cardinal no lo ninguneó, pero tampoco pudo decirle nada. Posó sus ojos sobre él brevemente y después desvió la mirada hacia la ventana, hacia el bloque de apartamentos que se alzaba al lado. Del aparcamiento llegó el pitido histérico de una

alarma de coche y, en la distancia, el sol de la mañana destellaba en la cónica Torre CN, en el centro de Toronto.

Transcurridos unos minutos, los sollozos que oía a sus espaldas remitieron, y entonces Cardinal alcanzó al señor Curry un paquete de kleenex que había comprado por veinte centavos en el Pharma-City de Queensway Street. Después abrió los cajones uno por uno, tanteándolos por debajo.

—Disculpe el llanto, le parecerá estar presenciando un culebrón.

—No, señor Curry, ésa no es en absoluto la sensación que tengo.

Cardinal tanteó la revista oculta en el hueco detrás del último cajón. La sacó, pidiéndole perdón al muchacho mientras lo hacía, sabiendo que el descubrimiento sería algo todavía más íntimo que aspirar pegamento o fumar marihuana. Le vino a la memoria el montón de revistas Playboy que él había atesorado en su juventud, pero la que tenía en la mano mostraba el desnudo de un hombre.

Durante unos segundos, al señor Curry se le cortó la respiración; Cardinal lo oyó claramente. Alargó el brazo y sacó tres revistas más.

—Eso le dirá cuánto conocía yo a mi hijo. Nunca lo hubiera adivinado, ni en un millón de años.

—Yo no me preocuparía por unas fotos. A mí me parece simple curiosidad. También hay ejemplares de *Playboy* y de *Penthouse*.

—Nunca, nunca lo hubiera adivinado.

—Nadie es un libro abierto, señor Curry. Ni usted ni yo.

—Preferiría que su madre no se enterase.

—No hace falta que se entere, al menos por ahora. ¿Por qué no se toma un descanso, señor Curry? No es necesario que se quede.

—Edna es una mujer muy fuerte, pero esto...

—A lo mejor debería ir a ver cómo se encuentra.

—Gracias. Creo que sí, eso es exactamente lo que voy a hacer. Iré a ver cómo se encuentra.

A Cardinal se le ocurrió que a un adolescente el señor Curry le habría parecido una gallina clueca sobreprotectora.

Desde el escritorio, el Macintosh lo observaba con su ojo frío. Cardinal sabía lo suficiente de Macs para iniciar la sesión y ojear el menú de programas. Sólo le llevó dos minutos, pero no reconoció ningún icono. Se acercó al salón e hizo señas a Delorme, que, sentada en el sofá junto a la señora Curry, ojeaba el álbum de fotos familiar.

Su compañera tampoco era ninguna especialista en informática, pero aquella misma mañana él la había visto poner a prueba el Mac de la sargento Flowers y aquello lo había hecho sentirse viejo. Era evidente que cualquiera de menos de treinta y cinco se sentía cómodo usando un ordenador, lo cual frustraba a Cardinal

constantemente. Delorme deslizaba el ratón con la seguridad con que un niño zarandea un cochecito de juguete.

—¿Podríamos ver por dónde ha estado navegando?

—Es precisamente lo que estoy haciendo. El Threader, éste sí que es un programa útil. Lo configuras para que visite todas tus direcciones favoritas, y el Threader lo hace a toda velocidad. Luego se desconecta solo, y así ahorras en coste de llamada. Únicamente alguien que navegara mucho usaría este programa.

La pantalla cambió dando paso a varias pantallas de chats. Cardinal iba leyendo los nombres en voz alta:

—Email, HouseofRock, HouseofRap. ¿Le gustaba el rap? Esto no debe de ser nada habitual para un chico blanco, ¿verdad?

—Vaya, sí que estás fuera de onda.

—Vale. ¿Qué es ese chisme para conectarse? —preguntó, dando golpecitos con el índice sobre uno de los iconos de la pantalla donde una pareja se besaba—. ¿Será uno de esos sitios para contarse guarradas?

—No necesariamente. Vamos a entrar en él y ver qué pasa.

Delorme deslizó el ratón e hizo un doble clic. Llegó el chirrido del módem. La pantalla titiló, avanzó por los portales a una velocidad cegadora y se desconectó.

—Es como echar las redes en tus bahías preferidas —explicó Delorme—. A ver qué hemos pescado.

Clicó en los mensajes. Había mucha cháchara publicitaria sobre juegos nuevos para usuarios de Mac, pero ninguno dirigido a Todd específicamente. Y una respuesta de un foro sobre la compra de unas entradas para el concierto de Aerosmith en la sala SkyDome.

—¡Ajá! —exclamó Delorme—. Aquí está su buzón de correo. Vaya, vaya, sí que le gustaba la correspondencia caliente.

—¡Dios santo! —suspiró Cardinal, dando gracias de encontrarse detrás de Delorme, porque de lo contrario no hubiera podido mirarla a la cara.

—¿Lo ves?, son todos correos anónimos —explicó, señalando la pantalla—. En este chat, Todd se hacía llamar Galahad.

—Pues esto concuerda con las revistas Blueboy que encontré. Parece que chateaba con diez personas diferentes.

—Huy, mira esto. Este tipo usa su verdadero nombre.

—«Todd —leyó Cardinal—. Lamento que lo nuestro no haya funcionado. Pareces un buen chaval y te deseo lo mejor, pero no creo que debiéramos volver a vernos. Quizá ni siquiera volver a hablarnos, pero en cuanto a esto último estoy abierto. Jacob».

—John, fíjate en la fecha.

—Veinte de diciembre. La noche que Todd Curry se dejó caer por el Centro de

Crisis. Eh, quizá nos estemos acercando a algo.

Delorme pasó varias pantallas, echando vistazos a «cartas» anteriores del tal Jacob. En ellas hablaba de sexo explícitamente, y además hacía un buen número de proposiciones para que Todd pasara alguna noche con él.

—Es un montaje perfecto —dijo Cardinal—. Tanteas a tus víctimas por ordenador y las pescas a larga distancia.

Continuaron leyendo, pero no todas las cartas eran fantasías sexuales explícitas. Algunas consistían en discusiones sesudas acerca de aceptar la propia homosexualidad. «Vaya, qué listo —pensé Cardinal—. Así se acercaba a los chavales». Junto con el alcohol, la demostración de comprensión era el arma más potente en el arsenal del seductor.

—¿Habrá alguna manera de conseguir sacarle a este aparato el nombre y el domicilio de este tipo?

—El domicilio, lo dudo; el nombre, tal vez. Me falta un poco de práctica, ¿sabes? Me llevará un rato.

Delorme volvió a rotar el ratón una vez más. Cardinal se arrodilló en el suelo, repasando la colección de videojuegos del chico. Transcurridos diez minutos, ella le dio un golpecito en el hombro.

—Fíjate en esto.

Cardinal se puso de pie y miró por encima del hombro de su compañera.

—Éste es el listado de los que participan en ese chat sexual, y aquí está el tal Jacob. Ahí tienes la dirección de su correo electrónico.

Delorme leyó en VOZ alta:

—«Chulo, cachas, oral, e-mails calientes...». Hasta ahora, eso es lo que hay. En una de sus conversaciones mencionan varias Veces a Louis Riel. ¿Recuerdas quién es o ya te has olvidado de tus clases de historia?

—Fue un agitador protestante que se oponía a los francófonos, ¿no? Encabezó una rebelión sin importancia en la costa oeste.

—Efectivamente, pero sí que fue un hombre importante. De cualquier manera, pensé que quizá le interesara la historia y me metí en el foro de historia, ¿ves?

Hizo clic y la pantalla cambió.

—Siguiente parada: el foro de historia y el listado de miembros. Hice una búsqueda de la dirección del correo electrónico de Jacob.

Delorme tecleaba sin dejar de hablarle.

—Y mira, aparece la misma dirección de correo electrónico.

—¿Ése es nuestro Jacob?

—Es él. Sólo que en este foro utiliza su nombre de verdad.

Golpeó la pantalla con el dedo índice y Cardinal leyó:

—«Jack Fehrenbach, cuarenta y siete. Correo electrónico (escribir en francés o en

inglés). Algonquin Bay».

«Fehrenbach es profesor del instituto de Algonquin. ¿Hay alguna certeza de que ése sea su nombre verdadero?» —inquirió Cardinal.

—No en un ciento por ciento. Pero, casi con toda probabilidad, ése es el nombre con el que registró la cuenta.

—Kelly lo tuvo de profesor. Quizá se trate de alguien que usa el nombre del profesor. Podría ser, ¿no? Algún alumno cabreado quizá.

—Es posible, pero el servidor de Internet pasa factura a la tarjeta de crédito del usuario. De ser así, tendría que ser un timo a una escala considerable.

—Has hecho un trabajo de primera, Lise. De primera.

Delorme sonrió.

—Tengo que admitir que no ha estado nada mal.

Por fin, las náuseas habían remitido. Durante días, Keith se había sentido levitar por encima de la cama como una nube de contaminación. Ante el menor movimiento, la cabeza le daba vueltas y la bilis le trepaba por la garganta. Sólo un par de bocados y la cama se despeñaba como un bote lanzado en picado de la cresta al seno de la ola.

En otros momentos —por lo general antes de que Eric o Edie aparecieran con la bandeja de comida—, las náuseas amainaban un poco, haciéndole creer que pronto estaría al aire libre, bajo los rayos del sol. Entonces se apoderaban de él visiones extrañas: los pilares de la cama se transformaban en minaretes; debajo de las mantas, sus pies formaban dunas lejanas, y el goteo de un grifo se convertía en el batir de una pandereta. Se veía a sí mismo en algún sitio insólito, en Bahrein o en Tánger, donde había contraído fiebres exóticas. Sentía los ojos sellados y los músculos muertos, como trozos de carne.

La figura sentada al borde de la cama se movía sin cesar, difuminándose. Keith intentaba enfocarla con la vista. El aroma a tostadas y mermelada era embriagador. ¿Cuándo había sido la última vez que había podido tragar un bocado sin vomitarlo al instante?

—Dios, qué hambre tengo —dijo hacia donde había estado su interlocutor.

Pero ahora Eric había vuelto a moverse.

—Cógela —ordenó, sosteniendo el plato debajo de la nariz de muchacho.

El olor bastaba para que el chico casi desfalleciera.

Keith se comió cuatro tostadas y recobró la sensación de poseer un cuerpo, de poder quizá ponerse de pie y realizar alguna actividad.

—Eric, necesito llamar por teléfono. Necesito un teléfono.

—Lo siento, Edie no tiene teléfono. Yo sí, pero vivo al otro lado de la ciudad.

—¿No tiene teléfono?

—Te acabo de decir que no.

—Karen se va a preocupar. Le aseguré que la llamaría cada dos días o así. ¿Cuánto hace que estoy enfermo, tres días?

—Cuatro.

Keith intentó incorporarse, sus músculos estaban entumecidos por haber pasado tanto tiempo postrado.

—Estás demasiado enfermo para salir, Keith. ¿Por qué no le escribes una carta?

—Vive en Guelph. Una carta tardaría días en llegar. Para entonces estaría tan cabreada conmigo que ni siquiera la leería. ¿Tenéis correo electrónico?

—No —respondió Eric—. ¿Por qué no me das su número? Yo la llamaré por ti.

—Gracias, Eric, pero creo que de todos modos debería ver a un doctor. No es

normal dormir tanto. Llamaré a Karen desde el hospital.

—De acuerdo, ponte de pie y lo intentas.

Eric se levantó de la cama y se sentó en la silla rota. Hizo falta un gran esfuerzo para que Keith pudiese apoyar los pies en el suelo. Fijando con lentitud su mirada perdida en el radiador y en Eric alternativamente, consiguió enderezar la espalda. Tragó saliva y ordenó a su pie derecho que marchase hacia la puerta. Pero pronto abandonó el intento y cayó de nuevo en la cama con un gruñido.

—¿Por qué me encuentro tan exhausto?

—No cabe duda de que con tanto viaje has pillado algún microbio exótico.

—Por favor, Eric, llévame al hospital.

—No puedo, lo siento. No conduzco.

—¡Oh, venga ya! —exclamó, intentando sonar firme, pero no era fácil cuando apenas podía mantener los ojos abiertos—. Me dijiste que tenías una furgoneta. La otra noche dijiste que traerías las cosas para grabar, que las traerías en tu furgoneta.

—Tengo el carné caducado. Lo acabo de descubrir esta mañana, venció hace seis meses.

—Que lo haga Edie, que me lleve ella. Por Dios, qué sueño tengo.

La oscuridad se cernió sobre él. Otra vez, como si llevara patines, se vio transitando un pasillo poblado de telarañas, arrastrado blandamente hacia una fuente de luz que se alejaba cada vez más. ¿Era la Torre CN? De aquel techo bajo pendían insectos grandes como gatos. Sus mandíbulas supuraban una espuma blanca y fétida que goteaba sobre él, abrasándole la carne.

Dormía y despertaba, dormía y despertaba.

Por fin recobró el conocimiento y una nueva claridad mental. Cualquiera que fuera el súcubo que le consumía la energía, parecía sujetarlo ahora con menos fuerza y, con la excepción de sus músculos dolidos, se sintió casi en forma. Junto a la cama descubrió papel y lápiz, y hasta un sobre con su sello. Se puso a escribirle a Karen una carta llena de amor y de añoranza. Recordó con ternura su rostro, su cuerpo. Detalles de los placeres físicos que habían compartido juntos lo invadieron y los describió vívidamente. Pero tuvo que parar un momento. Intentaba buscar una palabra que reemplazara a «embeleso». «Arrobamiento» no era lo bastante adecuada, y ya había utilizado «placer», dos veces de hecho. Estaba considerando «dicha» pero, cuando se disponía a escribirla, un ruido que llegó desde lo alto de las escaleras hizo que detuviera en seco el movimiento del lápiz sobre el papel: era el sonido aplacado pero inconfundible del timbre de un teléfono.

Edie se reía tanto que le dolía el estómago.

—«He estado muy enfermo durante una semana —leyó Eric—. No sé exactamente cuánto, pero te costaría creer lo aburrido que resulta vomitar por décima vez consecutiva».

—¿Has visto, Eric? A Keith le han gustado mis cócteles de ipecacuana, mis pociones mágicas para potar. La mezcla de Valium es lo que le da ese no sé qué tan especial.

Ay, cómo le gustaba ver reír a Eric. ¿Por qué no podía ser siempre igual de agradable? Tan gracioso, tan natural. Era en momentos como aquéllos cuando Edie casi llegaba, a creer que eran una pareja normal, la típica pareja que disfrutaba echándose unas buenas risas. Qué importaba ya el invierno deprimente y el frío incesante. En momentos así, Edie casi lograba olvidar su aspecto. Claro que había visto los ojos de Keith London realizar sobre ella la habitual inspección masculina de cara y cuerpo, se había hecho una composición de lugar y la había catalogado para luego —pese a su actitud amistosa— escupir con asco el resultado. A ese chico le hubiera dado igual atropellarla con su coche, pero cuando ella estaba con Eric todo aquello no importaba, nada importaba cuando Eric estaba contento.

—Será mejor moderar la cantidad de ipecacuana y seguir con el Valium —sugirió Eric—. No podemos dejar que vomite tan pronto como se lo damos. Escucha lo que pone aquí.

De arriba llegó un tac, tac, tac. «Por el amor de Dios, qué pesada eres —pensó Edie—. Por una vez en mi vida estoy con el hombre al que amo, y además me divierto, ¿por qué no puedes dejarnos en paz?».

La respuesta de Eric a la llamada consistió en leer en voz todavía más alta.

—«Estoy viviendo con una pareja joven. Son muy raros, Karen, pero la verdad es que si no fuera por ellos probablemente ya me habría muerto». Mira tú por dónde. Si no fuera por nosotros probablemente ya habría muerto. «La mujer, Edie, trabaja en una farmacia y consigue todo tipo de medicamentos gratis. Eso es lo que ella dice, pero yo intuyo que los roba».

—Además de ser un capullo va de listillo, deseará no haber escrito esta carta. Espera y verás, Eric. Lo haré chillar como un cerdo.

Otro tac, tac, tac llegó desde arriba.

—Escucha esto —dijo Eric, y leyó—: «Pienso en ti, sueño contigo y te echo de menos. Echo de menos hacer el amor contigo..., ¡me hace sentir tan bien!».

Seguían pasajes muy explícitos que Eric leyó con una voz burlona y aguda que los hizo desternillarse y hasta llorar de risa.

—«Eric me dijo que no tenían teléfono, pero acabo de oírlo. Estoy preocupado».

»¿Así que estás preocupado, Keith? ¿Te parece que el timbre de un teléfono es preocupante?

»Pronto vas a saber lo que es preocuparse de verdad. Se te van a caer los huevos de tanta preocupación.

—Y de la preocupación se te desparramarán los sesos de esa cabezota que tienes, niño de mierda... —se interrumpió Edie—. ¿Qué, Eric? ¿Qué pasa?

De repente, él se había quedado mudo.

—¡Dime qué pasa!

Eric le mostró la carta y con el dedo señaló un garabato al final del texto. Era la dirección de Edie.

—¿Cómo pudo recordar la dirección, por el amor de Dios? ¡Si estaba borracho como una cuba!

Eric dobló la carta y la metió de nuevo en el sobre, que habían abierto con vapor.

—Me desharé de ella. La tiraré por...

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué no vienes cuando te llamo?

La abuela de Edie se tambaleaba por el pasillo hacia ellos apoyada en el andador. Sus ojos enrojecidos y acusadores taladraban a su nieta.

—Perdona, Gram. Es que estábamos escuchando música.

—Yo no oigo ninguna música. He estado golpeando el suelo, dale que dale, y no has subido. Dale que dale. ¿Por qué está Eric aquí todavía?

—Hola, Gram —saludó Eric sonriendo dulcemente—. ¿Te apetece que te hunda el cráneo?

—¿Qué ha dicho?

—Nada, Gram. Vamos, te acompañaré a tu habitación.

Pero Gram no había acabado. Cuando comenzaba a refunfuñar era imposible pararla.

—No veo por qué no puedes venir cuando te llamo, Edie. No te pido que hagas demasiado por mí. Un montón de gente le pediría mucho más a una chica a la que han criado como a una hija.

—Es por que te odia, Gram. Pero no tienes por qué preocuparte, sólo te odia a rabiar, odia hasta tu puto olor.

—Déjalo ya, Eric. Me la llevo.

Ayudó a su abuela a dar la vuelta, lanzando una mirada iracunda a Eric por encima del hombro de la anciana.

Cuando se marcharon, Eric entró en el pequeño baño que había en el hueco de la escalera. Allí contempló la carta durante largo rato. La habría roto en pedacitos pero las partes eróticas habían captado su interés. Bajó la tapa del tazón y se sentó para releerla. «Mmm, esa Karen debe de estar como un queso. Sería una pena no enviarle

un regalito».

Con sus dos metros de altura, Jack Fehrenbach no habría desentonado en un anuncio de revista para botas de montaña. Era la viva imagen del aficionado a la vida al aire libre, no le faltaba ni el detalle de la barba crecida. Se le habría podido fotografiar montando una tienda de campaña o friendo una trucha recién pescada en una de aquellas estufas Coleman. Sus hombros recordaban una estantería ancha y maciza, y el resto de su cuerpo parecía tallado en roble. El aspecto de leñador lo suavizaban ligeramente una corbata de estampado conservador y unas gafas bifocales, que Fehrenbach se quitó enseguida para poder fijarse bien en Cardinal y Delorme, que habían tenido el atrevimiento de presentarse en su casa y llamar a su puerta sin previo aviso.

—Espero que no se trate de multas de tráfico —respondió en cuanto Cardinal le mostró su identificación—. He informado de ello cinco veces, se lo he dicho hasta quedar afónico: ya he pagado las malditas multas. Tengo el comprobante, por el amor de Dios. Les envié una fotocopia. ¿Cómo es que no siguen la pista de los pagos? No será por falta de tecnología, ¿verdad? ¿O es que no tienen ordenadores en el ayuntamiento? Dígame, ¿cuál es exactamente el problema?

—No venimos por las multas, señor Fehrenbach.

Fehrenbach dio un repaso al semblante de Cardinal en busca de defectos congénitos y los encontró a espuestas.

—Entonces ¿qué es lo que desean?

—¿Nos invita a pasar, por favor?

El hombre les permitió avanzar un metro en el interior de su hogar. Los tres se apretujaron en un pequeño recibidor repleto de abrigos.

—¿Se trata de alguno de mis alumnos? ¿Alguno se ha metido en un lío?

Cardinal sacó una foto de Todd Curry. Una buena instantánea que, con labia y simpatía, Delorme había logrado obtener de la madre del chico. La sonrisa del chaval era amplia, pero su mirada oscura denotaba preocupación, como si los ojos traicionasen a la boca.

—¿Conoce usted a este joven? —preguntó Delorme.

Fehrenbach observó la fotografía con detenimiento.

—Se parece a alguien a quien vi una vez. ¿A qué viene la pregunta?

—Señor Fehrenbach, ¿de verdad tenemos que permanecer aquí, en el vestíbulo? Está un tanto concurrido, ¿no cree?

—De acuerdo, pasen. Pero quítense los zapatos, acabo de encerar el piso y no quiero que me llenen la casa de nieve.

Cardinal se quitó las botas y se reunió con Fehrenbach en el salón. Delorme los

siguió en calcetines. La estancia era diáfana y luminosa, con plantas por todas partes. Los suelos de madera, madera auténtica, relucían; en el ambiente flotaba un agradable aroma a cera. A lo largo de toda la pared, cuatro baldas imponentes cedían bajo el peso de la historia: los tomos gruesos se apiñaban en hileras o se alzaban en pilas torcidas. Entre aquel compendio de conocimiento asomaba un ordenador apenas visible.

—No voy a andarme con rodeos, señor Fehrenbach.

Cardinal sacó un papel del bolsillo y leyó las palabras que había apuntado en él.

—«¿Un metro cincuenta y sesenta kilos? Lo bueno viene en un paquete pequeño, Galahad, y tú eres un regalito que me encantaría recibir».

La respuesta de Fehrenbach desconcertó a Cardinal. En lugar de sorpresa, lo que se reflejó en la cara del hombre fue desilusión, se diría que hasta tristeza.

Cardinal leyó un poco más.

—«De hecho, hasta pagaría el franqueo si estuvieras dispuesto a enviarte por correo a domicilio...». ¿De dónde sacó usted eso?

Fehrenbach le quitó el papel de la mano a Cardinal y lo escrutó a través de las gafas bifocales. Las comisuras de los labios se le habían puesto blancas. Se quitó las gafas una vez más; el entrecejo se nubló sobre la nariz aguileña. A buen seguro, nadie en clase tomaba a broma al profesor Fehrenbach.

—Agente, esto es correspondencia privada, y usted no tiene derecho a husmear en ella. ¿Ha oído usted hablar de registro e incautación improcedentes? Por si no lo sabe, en este país a los ciudadanos nos ampara una constitución.

—Galahad está muerto, señor Fehrenbach.

—¿Muerto? —repuso él como tanteando a un estudiante que hubiera dado una respuesta errónea—. ¿Cómo que está muerto?

Sobre su labio superior comenzaban a aparecer gotas de sudor.

—Limítese a contarnos su encuentro con él.

Fehrenbach cruzó los brazos encima del pecho, un movimiento que definió los músculos hasta entonces relajados. «Mejor no cabrearlo —pensó Cardinal—. Este tipo puede producir daños considerables».

—Mire, yo no sabía que era un chaval. Él me dijo que tenía veintiuno. Acérquese, se lo mostraré; aún lo tengo en el disco duro. No puedo creer que haya muerto. ¡Dios mío! —exclamó llevándose la mano a la boca con horror, un gesto mayúsculamente femenino para aquel hombretón de proporciones heroicas.

—No será el chico que encontraron en aquella casa, ¿o sí? ¿Ese al que le...?

—¿Qué le hace pensar eso, señor Fehrenbach?

—Pues que el periódico decía que no era de aquí, y que hacía varios meses que había muerto..., no lo sé. Habrá sido la manera en que usted ha abordado el tema.

Nada en su reacción apuntaba a que sentía culpa, pero Cardinal sabía que el

asesino de Katie Pine y de Todd Curry era capaz de cualquier cosa, y podía ser cualquiera. Cualquiera. Alguien que había planeado los asesinatos al dedillo y que había grabado al menos uno de ellos. Eso implicaba cierto control. El perfil psicológico sugería que el homicida podía conservar un empleo, ¿por qué entonces no optar por uno que lo relacionara con jóvenes?

—Mire, agente Cardinal, soy profesor de instituto, y Algonquin Bay es un sitio pequeño. Si esto sale a la luz, estoy acabado.

—¿Si sale a la luz qué? —intervino Delorme—. ¿Si sale a la luz qué, señor Fehrenbach?

—Que soy homosexual. Veamos, ésta ya no es una investigación local, hasta The Toronto Star está dando la vara con el maldito Windigo. ¿Y ese correo electrónico? ¿Qué cree que va a ocurrir cuando aparezca en el canal cuatro? Sería conveniente que comprendiera que, desde la perspectiva homosexual, el correo electrónico equivale a sexo seguro. Es infinitamente más recomendable que salir a ligar a bares de ambiente o a...

—Pero usted no lo iba a dejar en un correo electrónico —lo interrumpió Delorme—. Usted lo dispuso todo para que Todd Viajara al norte para visitarlo.

—¿Sabe cuáles fueron las primeras palabras que dije a ese chico cuando apareció en mi porche? «De ninguna manera». Se lo juro por Dios. Al verlo plantado allí, un alfeñique, le dije: «De ninguna manera. Esto no va a funcionar, jamás. Eres demasiado joven. No puedes quedarte a pasar la noche aquí».

La noche anterior, Cardinal había telefoneado a Kelly. No estaba, y él había tenido que enviar a sus compañeras de cuarto en misión de búsqueda y captura. Por fin dieron con ella en un estudio donde se había quedado pintando hasta tarde. Su opinión de Fehrenbach: «Jack Fehrenbach es un profesor de primera, papaíto. Hace que te involucres en la asignatura, consigue que te interese la historia. Vale, tienes que recitarle las fechas y las cifras, pero además te obliga a pensar en las causas y los efectos. Tiene un entusiasmo contagioso, pero no va de colega, ¿me entiendes? Ahora que lo pienso, diría que nos trataba hasta con desdén». En respuesta a la observación de Cardinal acerca de la orientación sexual del profesor: «Todos los estudiantes del instituto saben que el señor Fehrenbach es homosexual, pero a nadie le importa. Sabes perfectamente que los alumnos no tendrían piedad de él si les hubiera dado un motivo. Pero él nunca se lo dio. No es el tipo de tío al que los estudiantes ponen a caldo». En resumen, Fehrenbach era uno de los mejores profesores que había tenido nunca, y eso considerando que a Kelly ni siquiera le gustaba la historia.

Pero Cardinal no permitiría al sospechoso enterarse de lo que él sabía.

—Comprenderá, señor Fehrenbach, que, habiendo leído lo que hemos leído, es algo difícil creer que haya rechazado al chaval. ¿O es que de pronto le preocupó comportarse correctamente?

—¡Me trae sin cuidado lo que usted crea! ¡Quién se cree que es!

La mano salió disparada hacia la boca una vez más y la cubrió durante un segundo. Inmediatamente rectificó:

—No quise decir eso, es que estoy alterado. Por supuesto que me importa lo que usted crea, y mucho. Yo había invitado a Todd a Visitarme. Todo el malentendido me hizo sentir mal, le preparé la cena y déjeme decirle que conversar con él se me hizo cuesta arriba. No sé usted, pero mis conocimientos acerca de la obra completa de Puff Daddy son, como mucho, elementales. Créame, la mayor ambición de este chico era llegar a ser pinchadiscos, a ganarse la vida haciendo scratching..., ya sabe, esos ruidos como de rayones. En cualquier caso, no se mostró muy amable después de enterarse de que no podía quedarse a pasar la noche. Lo siento, pero yo no me arriesgo. Imagínese: un desconocido de dieciséis años en el apartamento de un homosexual que, además, es profesor de instituto. ¿Cree usted que estoy loco? Así que lo que hice fue llevarlo en coche hasta el Hotel Bayshore, le di dinero para pasar allí la noche, desayunar y comprarse el billete de vuelta. ¿Por qué me mira de ese modo? Le mostraré su correo electrónico.

Arrancar el ordenador y revisar el correo en su servidor le llevó a Fehrenbach unos minutos.

—Aquí lo tiene. Fíjese. Esto fue al principio, fue nuestra segunda comunicación privada después de salir del chat. Soy yo quien dice: «Cuéntame algo sobre ti. ¿A qué te dedicas? ¿Cuántos años tienes?».

Hizo avanzar el texto.

—Compruebe usted misma su respuesta.

Delorme se sentó a su lado y leyó:

—«He cumplido veintiún años y la tengo como la de un toro. ¿Necesitas saber algo más, Jacob?».

—Nunca se me ocurrió que me mintiese sobre su edad. Verá, la mayor parte de la gente miente pero en otro sentido. Le confieso que alguna vez hasta yo me he quitado un par de añitos. De todos modos, al principio todo era explícitamente sexual, pero después cuando comenzó a mostrar dudas acerca de un encuentro, me di cuenta de que no estaba tan seguro como creía de su orientación sexual. Entonces nuestra relación se convirtió más bien en una amistad. Yo no deseaba forzar nada, y supongo que me convertí en una especie de mentor.

—Disculpe que se lo diga, pero su correspondencia no parecía llegar a esas cotas de intelectualidad —señaló Delorme.

—Intelectual no era, pero eso no significa que no fuera inteligente. En mi opinión, las cosas se han liberado desde que yo era joven, pero aceptarse a uno mismo, me refiero a aceptar una sexualidad que será vista por la mayor parte de la sociedad como anómala, es una de las tareas de autoanálisis más difíciles que una

persona puede acometer. Si es usted objetiva, verá que nuestras charlas se tornan menos explícitas después de los primeros cinco o seis correos.

La detective avanzó con el ratón. Era cierto, los correos posteriores cambiaban gradualmente de fantasías interminables, casi renacentistas, a debates sobre la sexualidad en general. Tal y como el profesor aseguraba, los correos eran los de un mentor que se dirigía a su protegido, las palabras de quien había luchado y superado su conflicto dirigidas a otra persona que se estaba enfrentando con el mismo problema.

Hacia el final, los correos derivaban en un intercambio logístico muy específico de indicaciones a Galahad sobre cómo llegar desde Toronto hasta Algonquin Bay en autobús o en tren, y cómo enviarle el dinero necesario para el viaje.

«Salgo en el autobús de las once cuarenta y cinco, mañana por la mañana. Debería llegar a Algonquin Bay a las cuatro a más tardar. ¡Hasta pronto!». La fecha correspondía al 20 de diciembre. Después de aquel correo, no llegó ningún otro.

—¿No lo fue a recoger a la estación?

—No, le había enviado el dinero para el billete y el taxi. A esas alturas ya había comenzado a dudar de que tuviese la edad que aseguraba tener. Comprenderá que no tenía ningún interés por ser visto en compañía de un menor.

—Es usted muy precavido, señor Fehrenbach —observó Delorme—. Muchos pensarían que es sospechosamente precavido.

—Tengo un amigo en Toronto, mejor dicho, que vivía en Toronto, a quien le encantaba charlar largo y tendido con sus alumnos en su despacho, y no estoy siendo irónico. Charlas privadas, a puerta cerrada. Basándose en esos datos y en el testimonio de un chaval a quien él había suspendido, mi amigo fue encarcelado cuatro años. Cuatro años, agente. No, no soy precavido. Soy prudente, nada más. Siempre dejo la puerta de mi despacho abierta, de par en par, y nunca me encuentro con estudiantes en ningún sitio que no sean las instalaciones del instituto.

—Según ese mensaje —estimó Cardinal—, y según sus propias palabras, Todd se habría registrado en el Hotel Bayshore el 20 de diciembre.

—Así es. Yo mismo lo llevé en mi coche y lo vi entrar en el hotel. Me quedé en el coche, pero lo vi entrar.

—Debió de ser difícil resignarse. Después de tanta charla caliente, imagino que se habría preparado para un fin de semana también caliente. Y sin embargo usted concluye la relación en el portal de su casa. Debió de ser difícil.

—Se equivoca. Usted dice que tenía dieciséis, pero aparentaba catorce. A mi modo de ver, agente Cardinal, un adolescente de catorce sigue siendo un niño. Me acuesto con hombres, no con niños.

—Necesitamos saber dónde pasó el resto del fin de semana.

—Muy fácil. Me había quedado sin plan, había esperado compañía para el fin de

semana y de pronto me encontraba solo. Así que acepté una oferta anterior de un amigo que vive en Powassan y pasé el fin de semana con él. Y el lunes me fui directamente a Toronto a pasar las navidades con mis padres. Mi amigo lo recordará, le conté lo que le acabo de contar a usted. Por cierto, se divirtió mucho a mi costa.

—Necesitamos el nombre de su amigo. Y no olvide que si llama a esa persona para hacer coincidir las versiones de sus respectivas declaraciones, lo sabremos por los listados de la compañía telefónica.

—No tengo por qué hacer coincidir lo que digo con la verdad, y él tampoco.

Fehrenbach cogió su libreta de direcciones y dictó las señas a Delorme, sin dejar de mirar por encima del hombro de ella para asegurarse de que las había escrito bien, como si comprobara los deberes de uno de sus alumnos.

Cardinal recordó el respeto manifiesto en la voz de su hija: «¿Cuántos profesores conoces que sean capaces de lograr que sus alumnos riñeran, ¡riñeran!, acaloradamente sobre Henry Hudson y Samuel de Champlain? Ese tipo se podría llamar Don Procedimiento Correcto, Don Memoricen las Fechas, Don Pongan en Orden los Conceptos y Revisen los Apuntes Porque Pondré a Prueba esos Conocimientos en el Examen».

Cardinal le ofreció la mano.

—Señor Fehrenbach, nos ha ayudado mucho.

El profesor dudó, pero finalmente se la estrechó.

De nuevo en el coche, Delorme se mostró huraña. Cardinal conocía su temperamento impulsivo, y pudo percibir los intentos de ella por controlarlo. Al girar para coger Main Street, el coche derrapó sobre una superficie helada. Cardinal aprovechó la ocasión para aparcar junto al bordillo.

—Mira, Lise, el tipo tiene una reputación intachable. ¿De acuerdo? Es un profesor de primera. Su actitud fue abierta, honesta y directa; mucho más honesta de la que yo habría tenido de haber estado en su lugar.

—Hemos cometido un error. Ahora mismo, Fehrenbach debe de estar sentado frente al ordenador borrando hasta la última letra de su correspondencia con Todd.

—No la necesitamos. La tenemos en el ordenador de Todd. Comprobaremos su coartada y mandaremos a un par de tipos a Vigilarlo. Y te adelanto que nada de eso dará fruto alguno.

El recepcionista del Hotel Bayshore no recordó al Todd Curry de la fotografía. Por lo visto, el muchacho nunca llegó a firmar en el registro.

—¿Lo ves? Fehrenbach nos mintió.

—No esperaba encontrar su firma en la lista. Fellowes, el ex cura del Centro de Crisis, ya me había dicho que Todd Curry llegó allí para pasar la noche del 20 de diciembre. Probablemente anduvo pululando por ahí, se enteró del Centro de Crisis y

decidió ahorrarse el dinero que Fehrenbach le había dado para pagar el hotel. Osea, que en algún lugar entre el Centro de Crisis y la casa de Main West Street Todd se topó con el asesino.

Delorme no tenía demasiados amigos en la policía. Su trabajo en Investigaciones Especiales no alentaba la camaradería, y ella nunca había sido el tipo de persona que se esforzaba por gustar o por que se le permitiera la entrada en un grupo. Para la amistad se apoyaba en viejos conocidos del instituto, con los que relacionarse se convertía en un trabajo duro. Por un lado, estaban aquellos que se habían marchado a la universidad y habían regresado cambiados o casados, con frecuencia ocurría lo uno y lo otro. También estaban aquellos que no se habían marchado a la universidad, aquellos cuyos horizontes se extendían como mucho hasta su novio o novia del instituto y a un bebé concebido de penalti a los dieciocho.

La mayoría tenía hijos, por lo que Delorme no compartía la principal preocupación de sus vidas. Incluso cuando veía a sus viejos conocidos, podía leer en sus ojos que advertían en ella cierto cambio. Trabajar entre hombres constantemente, y entre hombres que además eran policías, había hecho de ella una mujer dura, más comedia. Asimismo, y por alguna razón que la detective no llegaba a comprender del todo, ya no tenía tanta paciencia con las mujeres.

El resultado de todo aquello era que Delorme pasaba mucho tiempo sola y, a diferencia de prácticamente todos sus compañeros, sufría por tanto un terror reprimido al final de la jornada laboral. Así que cuando Cardinal, en medio de un maratón de redacción de suplementos, le sugirió hacer una «tormenta de ideas» por la noche y en su casa, una bandada de sentimientos encontrados despegaron del corazón de Delorme como golondrinas que sobrevuelan un granero.

—No te preocupes —le instó Cardinal antes de que ella pudiese responder—. No voy a obligarte a sufrir mis dotes culinarias. Podemos pedir una pizza.

Para ganar tiempo, Delorme dijo que no sabía si podría. Al finalizar la jornada se sentía tan cansada que pocas ideas iban a poder contribuir a la tormenta.

—Lo de Fehrenbach ha caído en saco roto, ¿no es así? —preguntó Cardinal—. Hay que buscar otra vía, por ese lado no llegaremos a ninguna parte.

—Lo sé, pero es que...

Frunciendo el entrecejo, la miró con determinación.

—Si pretendiese seducirte, Lise, no lo haría en mi casa.

Condujeron sus respectivos automóviles hasta llegar al pequeño y gélido chalé de Madonna Road. Lo primero que hizo Cardinal fue encender un fuego en la estufa de leña. Su amabilidad enterneció a Delorme. Le enseñó un trabajo de carpintería que había realizado en la cocina y después un inmenso paisaje pintado por su hija a los doce años: una vista de Trout Lake con la base de NORAD (el Mando de la Defensa Aérea de América del Norte) de fondo.

—Los genes artísticos los heredó de su madre. Catherine es fotógrafa —explicó Cardinal señalando una fotografía Virada al sepia de una barca solitaria, abandonada en una playa anónima.

—Debes de echarlas de menos —repuso Delorme, lamentando de inmediato haberlo mencionado.

Sin embargo, Cardinal se limitó a encogerse de hombros y cogió el teléfono para pedir la pizza.

Cuando ésta llegó, ya habían comenzado a intercambiar puntos de vista. Una tormenta de ideas se basaba en una regla fundamental: no reírse de nada que pueda plantearse. No estaba permitido inhibir de ningún modo a los participantes, razón por la cual era preferible practicarla lejos de la jefatura: así se podían exponer ideas realmente extravagantes sin temor a sentirse demasiado ridículo.

La sesión empezaba a animarse cuando sonó el teléfono. Las únicas palabras de Cardinal al auricular fueron:

—Qué mierda. Estaré ahí dentro de diez minutos.

Dejó caer el inalámbrico sobre el sofá y, mientras se ponía el abrigo, se tanteó los bolsillos en busca de las llaves.

—¿Qué pasa?

—Olvidé que tenía una reunión con los periodistas a las seis. La organizó el jefe Kendall para que Grace Legault no se nos suba a los hombros. Lo siento, es uno de esos tratos por los que les informamos de detalles que en realidad preferiríamos que ellos desconociesen para que a su vez ellos no desvelen detalles que nosotros consideramos sumamente importantes. Ésa es la idea, más o menos.

—¿La idea de quién?

—De Dyson, pero yo le seguí la corriente.

—Entonces será mejor que me vaya.

—No, no, por favor. No dejes que se enfríe la pizza. No me llevará más de una hora.

Delorme protestó, pero él insistió. Mordisqueando su porción de pizza sin entusiasmo, en medio del silencio causado por la repentina partida de su compañero, Delorme se quedó allí sola. Sin embargo, todo parecía tan..., ¿cuál era la palabra? Tan orquestado: la invitación a su casa, el olvido de la reunión con la prensa, la llegada de la pizza justo a tiempo. A ella se le antojó que, durante una hora al menos, Cardinal le dejaba la casa a su disposición, como diciéndole: «Busca a tus anchas, no tengo nada que ocultar».

¿Era aquélla una manera de evitarle (o a Dyson o al departamento) la vergüenza de presentarse con una orden de registro? ¿O se trataba de un golpe de efecto preparado para bajarle los humos? ¿Qué hombre culpable le permitiría acceder a su casa? Pero también era probable que repitiera la estrategia que había utilizado con el

escritorio: una persona culpable podría darse el lujo de dejarlo desprotegido, precisamente para que quien lo investigase lo considerara libre de toda sospecha.

Delorme se limpió los restos de pizza de los dedos y telefoneó a Dyson. ¿Era cierto lo de la reunión a la que asistía Cardinal? Por supuesto que sí, le aseguró Dyson. El jefe Kendall había sido muy vehemente al respecto y sería mejor que Cardinal pusiese el culo en marcha y acudiese *rapi demon* (la pronunciación de Dyson provocó escalofríos en Delorme) o de lo contrario él, Dyson, lo mandaría a poner multas de tráfico antes de que acabara la semana.

—Está de camino.

—¿Y cómo lo sabe usted? ¿Está en su casa? ¿Qué está haciendo en casa de Cardinal?

—Voy a darle un hijo. Pero no se preocupe, aún puedo investigar con objetividad.

—Ja, ja. Lo cierto es que debe aprovechar la oportunidad. Ya lo discutimos en su momento.

—Lo que no logro comprender es por qué nos lo permite, a menos que sea inocente, claro.

—Qué bonito sería, ¿verdad?

Quitándose las migas del regazo, Delorme se puso en pie. Reparó en una foto en blanco y negro de Cardinal que había encima de la chimenea. Vestía una vieja camisa de trabajo y vaqueros, y pulía una madera, inclinado sobre ella como un jugador de billar. Llevaba la barba crecida, de tres días, y el cabello cubierto de serrín, un aspecto bastante sexy para ser un poli. El hecho era que, atractivo o no, su compañero primero le dejaba el cajón de su escritorio abierto y ahora le dejaba el campo libre. Por lo que a Delorme respectaba, Cardinal estaba pidiendo a gritos que le registraran la casa.

El Departamento de Policía de Algonquin Bay no tiene normas establecidas para registros subrepticios, y eso es así por la sencilla razón de que sus agentes no están autorizados a realizarlos. Delorme nunca había hecho uso de métodos clandestinos para obtener pruebas y tampoco lo iba a hacer ahora. Desde el punto de vista del reconocimiento previo del terreno, cualquier registro ilegal era indispensable para asegurar que los que lo llevaran a cabo, previa obtención de la orden correspondiente, se encontrasen informados de lo que pudieran hallar. Lo único que enseñan en Aylmer, en la Academia de Policía de Ontario, acerca de ese tipo de registros es que son ilegales y que sus frutos son asimismo inadmisibles ante un tribunal. Lo que Delorme sabía de aquellas artes desleales lo había aprendido por sí sola.

Tenía una hora, cuarenta minutos si no quería correr riesgos. Lo esencial era actuar de manera sumamente selectiva. Descartó todos los lugares en los que buscan los policías de las películas: los sitios de difícil acceso tales como la cima de los armarios, los desvanes y cualquier lugar cuyo acceso requiriese una escalera o

escalar. También tachó de la lista los sitios que requerían mover muebles. No había manera de que pudiese enrollar alfombras o revisar debajo del sofá sin que Cardinal notase el revuelo. En cualquier caso, no creía que si él quisiera esconder algo fuera a hacerlo en semejantes lugares. Tampoco levantaría la tapa de la cisterna.

A los pocos minutos de la partida de Cardinal, Lise Delorme había decidido que sólo inspeccionaría en el lugar más obvio: las carpetas personales de Cardinal. Éstas estaban pulcramente etiquetadas (y a la vista) en un archivador metálico de dos cajones cubierto de golpes y arañazos. En un santiamén, Delorme se enteró de cuánto ganaba su compañero (cantidad que, sumada a las horas extraordinarias, ascendía a mucho más de lo que ella hubiera imaginado); asimismo supo que aquel chalé encantador y de temperaturas árticas aún no había sido pagado en su totalidad. Las letras mensuales eran considerablemente altas pero no impagables, a no ser que Cardinal tuviese otros gastos, como por ejemplo que su hija cursara sus estudios en una de las ocho universidades más prestigiosas de Estados Unidos.

Pero eran los ingresos de Catherine Cardinal los que más interesaban a Delorme. Si la mujer de su compañero contaba con algún ingreso personal, a lo mejor Cardinal quedaría libre de sospecha.

De una carpeta, Delorme sacó las declaraciones de la renta.

La del año anterior, una declaración conjunta, había sido rellena con la letra de Cardinal, y revelaba que había informado al Ministerio de Hacienda canadiense de sus ingresos exactos. Aquel documento también probaba que Catherine Cardinal ganaba poco más de lo que necesitaba para sus gastos como profesora de fotografía en la Facultad de Algonquin Bay. Sin embargo, Delorme descubrió una segunda carpeta que le suscitó mayor interés: una declaración del Ministerio de Hacienda estadounidense. Correspondía a Catherine Cardinal, pero ésa también había sido rellena por el marido con su desastrosa aunque impetuosa caligrafía. ¿Para qué contratar a un contable? «¿Así de vanidoso eres respecto a tus capacidades intelectuales, compañero?». El impreso reflejaba que Catherine Cardinal había ingresado once mil dólares de un apartamento en una urbanización de Miami. Aparentemente, la propiedad estaba vacía la mayor parte del año.

—Fecha de compra —susurró audiblemente Delorme, revisando el impreso extranjero—. Vamos, dime la fecha de compra. Si desgravas tienes que especificar cuándo has comprado el puñetero...

Pero lo que leía la forzó a sentarse de nuevo, mientras tensaba el impreso blanquiazul entre las manos. Catherine Cardinal había adquirido el piso en Florida hacía tres años, y había dado una entrada de cuarenta y seis mil dólares americanos. La fecha: sólo seis semanas después del fiasco de Corbett.

«Ándate con cuidado —recomendó la voz interior de Delorme—. No sabes absolutamente nada, así que sigue buscando y mantente imparcial. Estás recabando

datos, no juzgando».

Cardinal había solicitado que se desgravase una parte del seguro sobre la casa, de la que era propietario. Delorme rebuscó en la carpeta que llevaba la etiqueta de «Seguros». La cifra de la prima le pareció baja en principio, pero luego recordó que lo más oneroso era el solar, no la casa. Dentro de la carpeta se amontonaban recibos de compras importantes: el Camry de Cardinal, una nevera nueva, una sierra de mesa. Y entonces Delorme se topó con un recibo que le hizo contener el aliento. Provenía del puerto deportivo de Calloway en Hollywood Beach (Florida) y correspondía a la compra de un yate de crucero Chris-Craft, que había costado cincuenta mil dólares. Había sido adquirido dos años antes, en octubre, unos dos meses después de que la segunda redada contra Corbett fracasara.

Nuevamente, Delorme intentó contener su corazón desbocado y se conminó a no precipitarse. Cuando uno se precipitaba se convertía en un peligro para todos los que lo rodeaban. Pero esa cifra, y en esa fecha..., no cabía duda de que a Cardinal lo perjudicaba.

Del fondo del cajón inferior salió una carpeta etiquetada «YALE». Delorme hojeó el contenido apresuradamente; la correspondencia de la universidad, mecanografiada en papel con membrete, le confirmó lo que ella ya sabía: John Cardinal estaba desembolsando una fortuna para enviar a su hija a una universidad de renombre. Más de veinticinco mil dólares canadienses, sin incluir comida y alojamiento, y además había que contar los viajes y los materiales de pintura. Cardinal había mencionado que Kelly cursaba el segundo año de posgrado, así que hasta la fecha había gastado por lo menos setenta y cinco mil dólares, y Kelly aún no había acabado los estudios.

Delorme devolvió los papeles a la carpeta y cerró el cajón. «Detente cuando lleves ventaja —se dijo—. El yate y el piso son pistas más que suficientes para continuar la investigación. Más adelante, ya veremos».

Delorme guardó en la nevera la media pizza que correspondía a Cardinal, fregó su plato y se puso el abrigo. Apagó la luz, preguntándose por qué diablos su compañero le permitiría registrar su casa cuando había pruebas que lo incriminaban por todas partes. No tenía sentido.

De camino al centro de la ciudad, Delorme telefoneó a Malcolm Musgrave con su móvil.

—He podido conseguir unos recibos muy interesantes; compras dispendiosas que tuvieron lugar justo después de las redadas a Corbett. Pero aún no puedo decirle dónde los he encontrado.

—Es su compañero, lo entiendo, pero no está llevando esta investigación usted sola. Dígame de cuánto dinero hablamos.

—Noventa y seis mil dólares americanos, además de una hija que estudia en Yale.

—Quizás el comisionado, un hombre ilustre sin duda, se lleve a casa una cantidad

como ésa todos los meses. Pero eso no lo ganamos ni yo ni usted ni su compañero.

—Huele mal, lo sé. Pero vive sobriamente y no suele gustar.

—Usted comprenderá que en casos como éste, además de la zanahoria, hay que tener en cuenta un palo considerable. Cuando Kyle Corbett le echa el guante a alguien, esa persona ya no decide si le apetece o no seguir jugando a su juego. O hace lo que él quiere o va a por usted. Tal vez quiera interrogar a Nicky Bell al respecto. Huy, se me olvidó que se nos fue...; qué memoria más mala tengo.

Musgrave le pidió que aguardara en línea un minuto.

Mientras esperaba, Delorme vio acercarse el coche de John Cardinal. Levantó la mano del volante para saludarlo, pero él no llegó a verla. De repente, Delorme se arrepintió de haber hecho la llamada. Musgrave cogió el auricular.

—Oiga, necesito saber más acerca de esos recibos. No tenemos tiempo para divas, ¿me sigue, hermanita?

—Lo siento. No creo que pueda proporcionarle esos datos. Todavía no.

En su registro de bajo, Musgrave presionó entonando un aria que sugería algo como ahora-estás-jugando-con-los-chicos-grandes-nena.

—Estoy trabajando en ello, ¿me entiende? Estoy investigando a Cardinal y por ahora le he dicho todo lo que debe saber.

Musgrave comenzó a presionarla de nuevo pero Delorme cortó la comunicación.

Cuando detuvo el coche frente a su casa apoyó la cabeza en el volante, no apagó el motor ni salió del vehículo. No quiso identificar los sentimientos que la roían por dentro. Había conocido a numerosos ladrones a lo largo de sus años en Especiales. Y en todo aquel tiempo se había cruzado con motivaciones que rivalizaban con los bosques del norte de Canadá tanto en frondosidad como en variedad. Algunos hombres roban por codicia, pero éstos son fáciles de pillar; también están los que roban por compulsión, y hay quienes roban por miedo. Para Delorme, éstos eran con mucho los más comunes: los ejecutivos de mediana edad que se enfrentaban a una jubilación de calderilla. Pero para Delorme, Cardinal no encajaba en esas categorías. Por eso no se detuvo a pensar en el yate ni en el piso en Miami: lo que más chirriaba en la mente de Delorme eran las cartas de Yale. Si hasta podía sentir el peso de aquel papel carta, el sello en relieve, el coste enorme de una educación superior en una de las mejores universidades de Estados Unidos. Algunos hombres, concluyó con cierto esfuerzo, pueden robar por amor.

—John Cardinal —exclamó en voz alta—, eres un maldito imbécil.

Eric le había traído la sopa al prisionero —la única comida que había probado durante los últimos dos días de cautiverio, a pesar de sus protestas—, y no se iría de su lado hasta que la hubiese acabado. No dijo ni una palabra, simplemente permaneció sentado al borde de la cama como un cuervo. Después esbozó su típica sonrisa de hurón, un gesto de complicidad, como si compartiera algún secreto, y se marchó de la habitación.

Keith fue al retrete y se metió los dedos en la garganta para vomitar. A aquellas alturas, las náuseas le traían sin cuidado, pero tenía la certeza de que lo estaban drogando con algo que le producía somnolencia durante todo el día. Ahora debía andarse con mucho ojo y averiguar de qué se trataba todo aquello.

Tras vomitar, exhausto y vacío, se sentó en el borde de la cama, atento a las voces que proseguían con su cantinela interminable. Se encontraban encima de él, pero Keith no lograba distinguir lo que decían.

Devolver la sopa lo hizo llorar. Después de secarse los ojos con una punta de la sábana reparó en que la habitación tenía una nueva pieza de mobiliario. En el rincón donde antes se encontraban la cámara Polaroid y el trípode había ahora un televisor pequeño y un reproductor de vídeo. Dios, ¿cuánto tiempo creían que podría aguantar en aquel agujero? Lo que necesitaba eran sus ropas, no un maldito televisor.

Pero no las encontró colgadas en el respaldo de la silla, ni debajo de la cama, ni en una percha dentro del retrete. Tampoco pudo encontrar su mochila.

Intentó abrir la puerta pero estaba atrancada por fuera. Por primera vez sintió que el miedo le corría por las venas. Se envolvió en una manta y así permaneció sentado, especulando. En algún momento, aunque no habría podido decir cuándo exactamente, había oído cómo Eric y Edie abandonaban la casa y partían en un automóvil.

A pesar de que la mente no se le había despejado por completo, trató de imaginar en qué clase de lío se había metido. La puerta de su cuarto había sido cerrada con llave y su ropa había desaparecido; eran sin duda malas señales, pero aún no podía calibrar su magnitud. Lo cierto era que Eric y Edie no daban tanto miedo. «En el peor de los casos —se dijo—, ¿cuál sería el peor de los casos? ¿Que crean que soy rico y pidan un rescate a mi familia?».

Keith tomó una decisión: la próxima vez que abriesen la puerta saldría como alma que se lleva el diablo, sin dudarlo ni un momento. «Quizá me equivoque —pensó—. Quizá sean inofensivos, pero ya no me importa. Debo largarme de aquí».

Del techo llegaba un zumbido. Miró hacia arriba en el instante preciso en que la única bombilla de la habitación parpadeaba hasta que se fundió definitivamente. La estancia se sumió en la penumbra. La luz del día filtraba sus rayos, delgados y tenues,

por los resquicios de una ventana ciega.

A Keith la oscuridad nunca lo había atemorizado, hasta entonces. Encendió el televisor. Inmerso en una penumbra tan impenetrable, incluso aquel resplandor frío y áspero era bienvenido. El aparato carecía de canales por cable, y la señal de la antena era un asco. En una de las cadenas, el fantasma de un presentador de telediario lo miró fijamente, pero la voz del personaje no pasó del chirrido de la interferencia.

Keith presionó la tecla de expulsión del reproductor y el aparato escupió una cinta cuya etiqueta decía: «Una vida de fiestas». La película de Eric, recordó Keith; eso o películas familiares. Introdujo de nuevo la cinta y presionó la tecla de reproducción.

La escena estaba mal iluminada, atrocamente iluminada, para ser sinceros. En medio de la pantalla se veía un círculo de luz muy dura; en derredor, por la sobreexposición, reinaba una oscuridad absoluta. En la zona iluminada, un chico joven, un adolescente delgado de pelo largo, aparecía sentado y en silencio. No parecía muy lúcido, daba sorbos a su cerveza mientras sonreía como un imbécil, y hasta eructó un par de veces, haciendo el ganso ante la cámara.

Entonces una mujer —Edie— entró en escena y se sentó a su lado. «Prepárate — se dijo Keith—. Llegó la hora del porno casero. Joder, qué tipos más cachondos son estos nortños».

La luz no favorecía al cutis de Edie. Su piel despedía un reflejo mate mientras se acercaba al chico y le echaba mano a la entrepierna, acariciándosela. Keith soltó una carcajada, entre nervioso y avergonzado.

—Estáis como cabras —exclamó sin poder reprimirse.

De pronto sonaba música de fondo, era Pearl Jam distorsionada por los altavoces de un radiocasete potente pero barato. Edie continuaba frotando la entrepierna del chico con movimientos mecánicos, hasta que él se bajó la cremallera y ella metió la mano.

Entonces entró en escena otro personaje: Eric. En su papel de marido furioso vociferaba las frases más ridículas que nadie pudiera imaginarse.

—¿Por qué me haces esto? ¿Así es como me pagas después de lo bien que te he tratado?

Era mucho peor de lo que Keith había imaginado.

Sin dejar de gritar como un poseso, Eric apartó a la mujer.

También el chico actuaba pésimamente y agitaba los brazos con un histrionismo desmesurado. Los pantalones, por los tobillos, le daban un aspecto ridículo.

En aquel instante, Eric, que estaba en primer plano, adoptó una pose teatral y levantó un brazo, su mano sujetaba un martillo.

—¿Así que quieres follarte a mi mujer a mis espaldas? ¡Te voy a matar!

—Por favor, no lo hagas —le rogó el chico, riéndose—. ¡No me mates, por favor! ¡No era mi intención, haré lo que quieras para reparar mi error! —Y, dejando de

actuar de repente, añadió—: Lo siento. No puedo, me siento muy estúpido.

—¿Así que te sientes estúpido? —preguntó Eric dando un paso hacia el chico con el martillo en alto—. Ahora vas a ver lo que es sentirse estúpido de verdad.

El martillo cayó sobre la cabeza del chico y a partir de ahí todo cambió. A pesar del pésimo sonido de la cinta, a Keith el crujido a hueso roto le sonó absolutamente real. Igual de real fue la repentina vacuidad que expresaba la cara del chico, la boca abierta, los ojos perdidos, azorados.

Eric descargó otro martillazo.

—¡Hijo de puta! ¡Basura! ¿Quién cojones te crees que eres?

Mientras la cinta avanzaba, Keith no se movió, permaneció en la quietud más absoluta, iluminado por el titilar de la pantalla. El vídeo duró otro minuto y medio. Cuando acabó, Keith alzó la cabeza y aulló como un perro.

Alguien no lograba desempantantar su automóvil. El silbido de los neumáticos resbalando inútilmente sobre la nieve se oía desde la sala de entrevistas, donde Cardinal escuchaba a una jovencita de aspecto triste que decía llamarse Karen Steen. Había sido una mañana desafortunada desde el principio. Había hecho una primera parada en el Hospital Ontario para visitar a Catherine, la había encontrado hosca y poco comunicativa, y cuando comenzó a sentirse resentido decidió marcharse. A primera hora había recibido una llamada de la madre de Billy LaBelle; la mujer lloraba y balbuceaba bajo la influencia de una cantidad abusiva de fármacos. ¿Qué importaba el medicamento?, el médico se lo había recetado para mitigar aquel calvario. El siguiente en llamar fue el señor Curry, preocupado por su esposa; ¿por qué si no? Cardinal le informó que aún estaba muy lejos de encontrar a la persona que con un martillo había reventado la cabeza a su único hijo. Después llamó Roger Gwynn, del Lode, preguntando sin mucho entusiasmo si había habido algún progreso en la investigación. Cuando Cardinal respondió negativamente, Gwynn arremetió con una oda acerca de aquella juventud compartida en el instituto de Algonquin, como si la nostalgia fuese a ablandarlo y acabara deslizándole algún pormenor jugoso. Luego siguieron llamadas de The Globe and Mail, The Toronto Star y de Grace Legault, del canal cuatro. Fue fácil deshacerse de los periódicos, pero Legault había dado con el caso de Margaret Fogle. ¿Era cierto que él, Cardinal, había incluido a la joven en la lista de las víctimas del asesino de Windigo? ¿Qué opinaba acerca de que la chica hubiera aparecido viva y coleando en la Columbia Británica?

Cardinal resumió su opinión: Margaret Fogle había desaparecido. En cierto modo coincidía con el perfil de víctima preferido por el asesino. No obstante, ahora que había sido localizada, la señorita Fogle ya no constituía un interés para la policía de Algonquin Bay.

La llamada lo perturbó, significaba que alguien estaba informando a Legault sin notificárselo. La sola idea de tener que discutir el asunto con Dyson lo enervó.

Esperaba poder dedicar su tiempo a patear las calles. Él y Delorme se habían repartido las pistas de la cámara y del reloj. Tras haber grabado trozos de la cinta ecualizada, hicieron varias copias que enviarían a expertos en reparaciones de cámaras fotográficas y a relojeros de Toronto y Montreal. Delorme ya había visitado al menos veinte tiendas, y él no había salido todavía de su despacho. Primero lo habían entretenido las llamadas telefónicas, y ahora lo retenía una persona de carne y hueso, una joven de apariencia sincera y preocupada cuyo novio había desaparecido.

Cardinal se enfadó con la sargento Flower por haber dicho a Steen que la atendería, especialmente cuando se enteró de que ella vivía en Guelph, una

comunidad mayoritariamente agrícola situada a unos noventa kilómetros de Toronto.

Si su novio es de Toronto —le explicó Cardinal—, usted debería dirigirse a la policía de Toronto.

Karen Steen era una joven tímida —prácticamente una niña, diecinueve años— cuya costumbre era bajar la vista al suelo entre frase y frase.

—Decidí no perder el tiempo llamando por teléfono, agente Cardinal. Pensé que usted me prestaría más atención si venía personalmente. Creo que mi novio Keith está aquí, en Algonquin Bay.

A Cardinal todas las jovencitas le recordaban a su hija, pero, salvo por su edad, Steen no tenía nada en común con Kelly. Para su padre, Kelly era una chica moderna, la frescura personificada; mientras que la joven que él tenía enfrente podría pasar por la vecina sosa a la que nadie mira. Llevaba un traje chaqueta demasiado serio para su edad y gafas de montura de alambre que le daban un aspecto de erudita. Era la chica que todos ninguneaban, sin duda, pero parecía una joven sensata y muy madura.

Steen clavó la mirada en el suelo una vez más, fijándola en el pequeño charco de nieve que se había formado a sus pies. Por un instante, Cardinal creyó que se echaría a llorar, pero cuando la muchacha alzó la vista vio que sus ojos estaban secos.

—Los padres de Keith están haciendo un trabajo de campo, en Turquía. Son arqueólogos, y va a ser imposible dar con ellos. No quise esperar a que me dijeran lo que debía hacer. He leído acerca de los asesinatos que ha habido por aquí. No han sido homicidios corrientes, esa gente estuvo desaparecida durante algún tiempo antes de ser asesinados, si no me equivoco.

—Eso no implica que todo el que desaparece por aquí esté en manos de un lunático. Además, su novio ha estado viajando por Canadá, un territorio bastante extenso, ¿no cree? Según usted, esperaba que llegara a la región del Soo el martes.

—Así es, pero no es normal que no dé señales de vida cuando ha prometido hacerlo. Una de las cosas que más me gustan de Keith es que es muy considerado con los demás. Es una persona de fiar. No le gusta causar problemas.

—Nada típico en él, según usted.

—Totalmente atípico. No soy una histérica, señor Cardinal. No he viajado hasta aquí a la ligera, tengo mis razones.

—Continúe, señorita Steen. No era mi intención faltarle al respeto, sólo pretendía... Continúe, por favor.

La joven inspiró profundamente y aguantó la respiración un minuto. Cardinal sospechó que era un hábito suyo, de hecho era un hábito atractivo. La señorita Steen irradiaba una seriedad agradable, a Cardinal no le resultó difícil imaginarse a un joven enamorándose de ella.

—Keith y yo tenemos personalidades opuestas, pero estamos muy unidos —dijo finalmente—. Nos íbamos a casar al acabar el instituto, pero después decidimos

posponerlo por un año. Yo quería ir a la universidad, pero antes de empezar a estudiar de nuevo Keith quería ver mundo, por decirlo de alguna manera. Un año de espera no puede hacernos ningún daño, eso fue lo que pensamos. Le digo esto para que comprenda que cuando Keith me dijo que me escribiría lo decía en serio, no habló por hablar. Hasta habíamos acordado cuándo enviar las cartas para que no se cruzaran.

—¿Y le ha escrito como se lo prometió?

—Sus cartas no han llegado cuando debían. Pero sí me ha escrito. Me enviaba una carta a la semana, o me llamaba. A veces me mandaba un correo electrónico. Así lo hizo cada semana. Al menos hasta ahora.

Cardinal asintió. La señorita Steen no sólo era una joven sensata y madura, sino que además —y éste era un juicio que Cardinal no se permitía muy a menudo— era una buena persona. Había sido bien educada, probablemente con disciplina; para respetar a los demás y decir la verdad. Parecía de ascendencia holandesa: el cabello dorado, cortado como el de un varón, y los ojos azules, del mismo azul que un vaquero recién comprado.

—La última vez que Keith me llamó fue el domingo día 15, de eso hace una semana y media. Se mostró normal. Se encontraba en Gravenhurst, hospedado en un hotelito y pasándoselo no demasiado bien. Pero Keith es, fundamentalmente, una buena persona, el tipo de chico que hace amigos con facilidad. Es un músico bastante bueno y lleva consigo su guitarra dondequiera que va. La gente suele adoptarlo, por así decirlo. Y eso es lo que me preocupa.

«Keith tiene suerte de que una chica así se preocupe por él», pensó Cardinal.

De su bolso, Karen Steen sacó una fotografía y se la entregó al detective. En ella se veía a un muchacho de cabello largo y rizado sentado en el banco de una plaza. Tocaba una guitarra acústica y fruncía el ceño, concentrado.

—No es desconfiado —prosiguió la joven—. Y a menudo acaba acorralado por panfletistas y gente así, porque siempre suele responder al discursito con el que pescan a la gente. ¿Entiende a lo que me refiero? —Sus ojos azul vaquero, almendrados y con el rabillo ligeramente arqueado hacia arriba, imploraban la comprensión del agente—. Lo que no quiere decir que sea estúpido. Nada de eso. Pero los otros desaparecidos tampoco eran estúpidos, ¿verdad?

—Dos de ellos eran muy jóvenes, la verdad, pero ninguno de ellos era estúpido.

—Keith tenía planeado poner rumbo a la región del Soo el lunes, pero no le hacía mucha ilusión. Lo de ir a visitar parientes no le vuelve loco, pero...

Entonces desvió la mirada, inspiró y aguantó la respiración.

«Keith, chaval —pensó Cardinal—, si dejas que se te escape esta chica, eres un idiota consumado».

—¿Qué pasa, señorita? ¿Qué es lo que no quiere decirme?

Ella soltó el aire en un suspiro largo, luego dirigió a Cardinal sus ojos color azul oscuro.

—Para serle sincera, debo decirle que Keith y yo tuvimos, pues, una pequeña discusión hace un par de semanas, cuando me llamó. Me sentía sola y vulnerable. El hecho es que insistió en volver a hablar de cómo habíamos decidido pasar este año, cada uno a su manera. Él anda por ahí con su guitarra, créame, si tengo alguna rival en cuanto a su afecto, es esa Ovation a la que adora, y yo no soy tan espontánea como él, yo sólo quiero continuar con mis estudios. No fue una discusión seria, por favor, créame. No nos colgamos el teléfono ni nada de eso, pero fue una discusión y me parecería mal no decírselo.

—Pero usted no cree que la discusión sea la causa del... repentino silencio de su novio.

—Estoy segura de que no lo es.

—Le agradezco que me lo haya contado. ¿Cómo quedaron las osas entonces?

—Keith me dijo que quizá se detendría en Algonquin Bay y que me llamaría al llegar.

—Señorita Steen, Keith no tenía ganas de ir a la región del Soo ni de ver a sus parientes. Ahora me dice que no estaba enfadado con usted, y acepto su versión. Pero ¿por qué debemos suponer que está metido en un lío cuando no aparece en el lugar al que desde un principio no le apetecía ir?

—Lo que le he dicho, por sí solo, no resultaría alarmante, pero ¿qué opina de que no haya enviado ni una carta, ni haya llamado, ni siquiera enviado un correo electrónico después de haberlo hecho con regularidad? Además, ustedes se enfrentan a estos secuestros sin resolver, ¿o no?

Cardinal asintió. Steen aguantaba el aliento una vez más, despejando el camino para el siguiente pensamiento. Él esperó a que lo tuviera. Lise Delorme apareció apoyada en el quicio de la puerta, pero Cardinal sacudió la cabeza indicándole que se fuera.

Steen resolvió la duda que la angustiaba. Cuando habló, su voz resonó con fuerza.

—Le he dicho que no recibí ninguna carta la semana pasada, detective.

—Sí, lo dejó bastante claro.

—Pues no es del todo cierto, y ésa es la verdadera razón que me ha traído hasta aquí. —Steen hundió la mano en su bolso y sacó un sobre de papel de estraza—. La carta está aquí dentro o, mejor dicho, el sobre, porque no es exactamente una carta. Mi dirección la escribió Keith con su letra, pero dentro no hay ninguna carta.

—¿Llegó vacío?

Cardinal cogió el sobre de las manos de la joven.

—No, vacío no.

Pero tras aquellas palabras no desvió su mirada al suelo, sus serios ojos azules se

clavaron en los de Cardinal.

El detective arrancó la primera hoja del dietario de sobremesa y vació el contenido del sobre en la hoja nueva. Lo que cayó fue otro sobre más pequeño que había sido matasellado tres días antes en Algonquin Bay. Con unas pinzas, Cardinal abrió la solapa, vio el contenido seco y amarillento y lo volvió a cerrar. Lo envolvió en la hoja del dietario de sobremesa y lo guardó en el sobre de papel de estraza.

En el breve silencio que siguió al descubrimiento, tuvo la certeza de dos cosas: que cada palabra que le había dicho la muchacha era cierta, y que si Keith London no había muerto ya, le quedaba muy poco tiempo de vida.

Cardinal marcó el número de Jerry Commanda y mientras esperaba la contestación tapó el auricular con la mano.

—¿Cuándo lo recibió?

—Esta mañana.

—¿Y vino directamente?

—Así es. Estoy segura de que Keith no haría algo así. Lo que sí hizo fue escribir la dirección del sobre, conozco su letra. Tengo razón para estar asustada, ¿verdad?

Jerry Commanda contestó finalmente.

—Jerry, esto es muy importante. Necesito enviar algo por helicóptero, es un sobre para el Centro de Medicina Forense. ¿Qué probabilidades hay?

—Ninguna. Pero si es imprescindible puedo requisar uno en la academia de vuelo. ¿Se trata de algo muy urgente?

—Bastante. Creo que nuestro amigo nos ha enviado una muestra de su semen.

En las tardes de invierno en Algonquin Bay, el Puerto del Gobierno rebosa sosiego. Los únicos sonidos que rompen el silencio son el zumbido de las tracciones serradas de alguna motonieve que pasa o el repentino temblor de las inmensas placas de hielo, que a veces rozan unas con otras emitiendo un sonido desconocido, un gruñido lento y grave, una especie de grito ahogado que pone los pelos de punta.

Eric Fraser y Edie Soames se acurrucaban en un rincón del embarcadero protegiéndose del viento. El lago Nipissing se extendía en el paisaje grisáceo como una visión deprimente, escandinava.

Eric permanecía callado, pero Edie se deleitaba con la ilusión de que, cuando uno conoce bien la mente del otro, las palabras sobran. De hecho, sabía lo que Eric iba a decir, y que lo haría de un momento a otro. Aunque ni él mismo lo supiese aún, Edie estaba segura del rumbo que tomarían los acontecimientos. Había estado inquieto e irritable toda la mañana y parte de la tarde, a pesar de que el rato que habían pasado haciendo fotos lo había calmado. Él se lo diría de un momento a otro.

Pero entonces Eric se alejó de ella y se plantó debajo de la Princesa Chippewa, una embarcación de recreo que recientemente había sido convertida en restaurante. Funcionaba sólo durante el verano, en invierno quedaba suspendida sobre el hielo como una ballena sobre un montacargas. Maldiciendo el frío, Eric ajustó la lente. Mientras tanto, Edie jugueteaba con su pelo intentando que cayera como le caía a Drew Barrymore en una de sus películas.

«Qué ridícula soy», pensó con amargura, pero lo cierto es que el peinado al menos le cubría parte de la cara.

Observó a Eric envuelto en aquel largo abrigo negro y deseó poder acostarse con él. Desgraciadamente, Eric no se sentía atraído por ella. El cuerpo se le tensaba como un muelle en cuanto lo tocaba, no de deseo, sino de asco. En un primer momento, Edie creyó que aquella repulsión iba dirigida a ella, lo que no le extrañó demasiado. Pero pronto descubrió que a Eric le asqueaba el sexo en general. «El sexo es para los debiluchos», solía decir. Muy bien, ella podría vivir sin sexo, sobre todo ahora que compartían este nuevo y más profundo placer. Edie apostó consigo misma a que no pasaría ni una hora antes de que pronunciase la palabra.

—Ponte ahí —le dijo él indicándole que se moviese a la izquierda—. Quiero que salgan las islas.

Edie se volvió a mirar. A lo lejos, donde el cielo y el lago se unían en tonalidades de gris apenas diferenciadas, se dibujaban nítidamente las islas. Esa isla, Windigo. ¿Quién hubiera dicho que un trozo de tierra tan diminuto tuviera un nombre? Edie recordó a la niña muerta, la curva de su columna sobresaliendo a través del macuto de

Eric. Qué memorable le había parecido entonces su asesinato, reflexionó, y qué peso tan lúgubre arrastraba aquella palabra. Le pareció asombroso, sin embargo, lo poco que le importaba el hecho en sí cuando se paraba a pensarlo. Se había extinguido una vida humana, pero no había caído ninguna lengua de fuego desde el cielo ni se habían abierto las fauces del infierno. La policía y los periódicos se habían entusiasmado un poco, pero lo cierto era que el mundo seguía su curso. Eso sí, sin Katie Pine. Ni siquiera se acordaría ya del nombre si el telediario no lo hubiese repetido día tras día hasta el hartazgo.

Edie se desplazó hacia un lado. El hielo se movió con un crujido metálico. Edie soltó un grito.

—¿Has oído eso, Eric?

—Ha sido el hielo. Sonríe para la foto.

—No me apetece sonreír.

Las cámaras y Edie nunca habían hecho buenas migas, y además el hielo le había hecho perder la calma, como si la isla hubiese pronunciado su nombre.

—Entonces pon cara de gruñona, Edie. A mí me da igual.

Ella sonrió de oreja a oreja sólo para fastidiar, y él apretó el disparador. Otra foto para el álbum.

Habían comenzado el maratón fotográfico en Trout Lake, en la ladera que dominaba el lago, cerca del depósito de agua. Eric le había hecho una foto dibujando un ángel en la nieve, justo encima del lugar donde habían enterrado a Billy LaBelle. Con tanta nieve no había huellas que pudieran perjudicarlos. Desde la colina, con la vista del lago y el cielo azul profundo de fondo, podría haber salido una buena postal.

Después habían ido con el coche hasta Main Street, y allí se habían hecho un par de fotografías frente a la casa donde mataron a Todd Curry. Una de Edie, otra de Eric y una más de los dos, tomada con el disparador automático. Un hombre que paseaba a su perro lanudo fue testigo de la sesión; por un instante, Edie pensó que sospechaba algo, pero Eric la tranquilizó asegurándole que el viejo no había visto más que a una pareja jugando con una cámara de fotos. ¿Qué puede importarle eso a un viejo de mierda?

Ahora se ponían al abrigo del tenderete de carnada para que Eric pudiese encender un cigarrillo. Ahuecó las manos en torno a la cerilla y se apoyó contra la pared de madera mirándola con los ojos entrecerrados. Edie escuchó las palabras antes de que él las pronunciara. Fue como si ya hubiese soñado toda la escena: como si hubiera sido ella quien hubiera creado el personaje de Eric, construido el muelle y añadido el frío y el humo. Fue como si su mente lo hubiese creado todo de antemano. Edie volvió a sentir el tenebroso afán que corría por las venas de su novio, aquel afán que ahora también corría por las suyas. Lo olió, como olía el aroma punzante del hielo vibrando en el viento gélido. Haber visto la casa de nuevo le había puesto los

nervios de punta, y la isla... Edie tiritaba de frío, pero no dijo nada. No quiso malograr el instante.

Subieron a la furgoneta y pusieron la calefacción al máximo. «Qué gusto, este calor». Edie rió. Eric abrió la guantera y le entregó un libro, una edición de bolsillo grande, manoseada, con una pegatina de las que llevan los libros de segunda mano.

Edie leyó el título.

—Mazmorra. ¿De dónde has sacado esto?

Eric le contestó que lo había comprado en su último viaje a Toronto. Se trataba de un documento histórico que había estado buscando desde hacía tiempo; un catálogo de instrumentos de tortura medievales.

—Léemelo —ordenó—. Lee la página treinta y siete.

Edie pasó una a una las fotos y los dibujos satinados. Las fotografías mostraban la silla, el látigo, el potro; los dibujos ilustraban el modo de empleo del aparato. Había ganchos para extraer intestinos, garfios de metal con los que desgarrar la carne, serruchos utilizados para partir a la víctima en dos. Un dibujo mostraba a un hombre colgado de los pies mientras otros dos lo serraban en dos desde la entrepierna hasta el ombligo.

—Lee la página treinta y siete —insistió Eric—. Léemela, me encanta cuando lees para mí. Lees tan bien...

Ah, él sabía lo bien que le sentaba a Edie que la admiraran. Era como llegar a casa y disfrutar del fuego de la chimenea después de haber pasado un frío de muerte. Edie encontró la página. En ella se veía algo parecido a un casco sujeto a un travesaño de madera. De la parte superior del casco sobresalía un tornillo inmenso.

—«El cascacráneos —leyó, y continuó con la explicación—: La barbilla del acusado se ajusta firmemente en un apoyo inferior. Al girar el tornillo del casquete metálico, éste es impulsado hacia abajo, aplicando una presión al cráneo que hará añicos los dientes y los hundirá gradualmente en los maxilares superior e inferior. A medida que se aumente la presión, estallarán los ojos y saltarán de sus cuencas. Finalmente, el cerebro se escurrirá del cráneo destrozado».

—Así es, el cerebro acaba saliendo a chorros —dijo—. Lee otro, lee el de la rueda...

Eric tenía las manos metidas en los bolsillos. Edie sabía que se estaba tocando, pero era lo suficientemente lista para no mencionárselo. Pasó las páginas. Había fotos de viejos instrumentos de hierro y curiosas xilografías con expresiones de horror más apropiadas para un cómic que para un manual de tortura.

—Venga, Edie, léeme lo de la rueda. Está casi al final.

—Por lo visto lo conoces bien, debe de ser uno de tus libros preferidos.

—Tal vez lo sea, por eso lo quiero compartir contigo.

«¡Ay, Eric! Sé lo que se avecina. Sé lo que me vas a decir».

Al encontrar la página sintió un latido en el vientre parecido al que produciría un segundo corazón.

—«La rueda. Se coloca a la víctima desnuda, tendida de espaldas y con las extremidades extendidas. Los brazos y las piernas se aseguran al borde exterior de la rueda. Debajo de cada una de las articulaciones principales se coloca un bloque de madera. Entonces, haciendo uso de un barrote de hierro, el torturador deberá machacar brazos y piernas hasta transformarlos en una masa de carne irreconocible. El profesional utilizará toda su habilidad para evitar la muerte prematura de la víctima».

—Los hacían papilla —subrayó Eric—. Pero durante todo aquel tiempo los mantenían vivos. Qué emocionante debía de ser. ¿Te lo imaginas? Lee, léelo hasta el final.

—«El testimonio de un testigo describe que la víctima quedaba transformada en “una suerte de marioneta convulsa que no paraba de dar alaridos y de chorrear sangre; una marioneta dotada de cuatro tentáculos, parecida a un monstruo marino, de carnes vivas, informes y viscosas que se mezclaban con restos de huesos desmenuzados”. Cuando ya no quedaba nada por romper, se procedía a enroscar los miembros a los ejes de la rueda. Posteriormente se clavaba la rueda en posición horizontal en la punta de un poste vertical. Las aves de rapiña picoteaban entonces los ojos y arrancaban del cuerpo pequeñas tiras de carne. La muerte en la rueda está considerada como una de las más lentas y agónicas jamás concebidas por la mente humana».

—Lee lo que sigue, al final de la página.

—«La rueda se utilizaba con asiduidad y era considerada un gran pasatiempo. Tanto las xilografías como las pinturas de un período que abarca cuatro siglos muestran a las gentes riendo y charlando, disfrutando sin duda del espantoso dolor del prójimo».

—Les encantaba, Edie. A la gente todavía le gusta, sólo que nunca lo admitirían.

Edie compartía aquella teoría. Hasta a Gram le encantaba ver un combate de lucha libre o de boxeo. Sin duda era mucho mejor que sentarse a contemplar aquel mar de hielo dejado de la mano de Dios. Cómo no iba a gustarle a Gram ver a un pobre diablo molido a palos.

Era algo perfectamente normal, según Eric. El único inconveniente era que en esta época no era del todo legal, eso era todo. Había pasado de moda, pero podría volver a estarlo. Bastaba echar una ojeada a Estados Unidos: la cámara de gas, la silla eléctrica...

—No me digas que a la gente no le da placer, Edie. Si la gente no se lo pasara bomba matando al prójimo, todos esos instrumentos habrían desaparecido hace siglos. Ésa es la máxima expresión de la emoción humana.

«Ahí viene —pensó Edie—, ya llega. Puedo ver las palabras cobrar forma en el aire incluso antes de que salgan de su boca».

—Estoy de acuerdo —respondió con calma.

—Ya...

—No, no. Lo que quiero decir es que estoy de acuerdo con lo que vas a decir a continuación, no con lo que acabas de decir.

—¿Ah, sí? No me digas. —Una sonrisa maliciosa asomó a los labios de Eric—. ¿Qué es lo que iba a decir? Venga, dime lo que pienso. Ya que eres adivina, lee mi mente.

—Puedo hacerlo, Eric. Sé exactamente lo que vas a decir.

—Pues hazlo. Dime lo que pienso.

—Ibas a decir que nos lo cargáramos esta noche.

Eric volvió la cabeza mostrándole el perfil, luego lanzó una fina columna de humo en la oscuridad creciente.

—No está mal —dijo meditabundo—. No ha estado nada mal.

—No sé qué pensarás tú, Eric, pero yo creo que es hora de preparar la fiesta.

Eric bajó la ventanilla y disparó la colilla a la nieve.

—Fiesta.

La casa era mucho más pequeña de lo que aparentaba desde el exterior. La planta de arriba sólo tenía dos dormitorios —Woody habría jurado que había tres— y un cuarto de baño.

Tal y como había explicado con pelos y señales a la atractiva agente Delorme, él, Arthur «Woody» Wood, no se había dedicado al robo con allanamiento para ampliar su círculo de amistades. Como todo ladrón profesional, tomaba cuantas precauciones creyera necesarias para evitar toparse con desconocidos durante las horas de trabajo. En otras circunstancias, y eso era cierto, Woody era un tipo tan sociable como cualquiera.

Había visto al tipo que trabajaba en la tienda de instrumentos y equipos de música, el de la cara de comadreja, entrar en aquella casa diariamente. De hecho, un día lo siguió hasta allí desde el centro comercial después de verle cargar en su vieja furgoneta Windstar una caja con la apetecible leyenda «Sony». Woody sabía que la pareja había salido, porque había estado montando guardia en su propia furgoneta desde hacía una hora y media. La vigilancia de una casa no entrañaba ningún peligro si se hacía con cuidado. Nadie repara en una Chevy vieja y abollada cuyo rótulo anuncia «Reparaciones Eléctricas Comstock»; nadie le presta la mínima atención. Aun así, Woody cambiaba el rótulo cada tres meses, por si las moscas.

Así que allí esperó, leyendo la sección de deportes del Lode y escuchando a los Pretenders en el estéreo de la furgoneta, un Blaupunkt que se había cruzado en su camino el invierno anterior cuando aumentaba su inventario por la zona de Cedarvale. ¡Tronco, esos alemanes sí que controlan la ingeniería! Mientras una parte de él se preocupaba por los resultados de los Maple Leafs, la otra repasaba la lista de la compra. Porque Woody era un ladrón dedicado, pero además se aplicaba como padre y como marido, y había llegado el momento de hacerle un regalito a su hijo y único heredero, que respondía al cariñoso apelativo de «Volquete».

Al crío le hacía falta un juguete chulo. Un juego de cubos no estaría mal, pero había que ver qué encontraba. Estaba seguro de que el comadreja y su chica no tenían niños. Los había observado lo bastante para poder estar seguro de ello, pero nunca se sabe lo que una pareja amontona en los armarios. Un par de semanas antes se había agenciado un pequeño oso Yogui de plástico. La mascota acompañaba a su dueño, un camionero, por todo el país.

La puerta lateral de la casa no le supuso ningún inconveniente: veintisiete segundos. No establecería un récord, pero tampoco estaba mal. Como de costumbre, Woody se dirigió directamente a la planta superior. Era fiel a una superstición: si uno trabaja dentro del ámbito de la naturaleza, es mejor permitir a la gravedad que te

ayude a bajar si es necesario. Una vez arriba, calzado con el par de Reebok más sigilosas que tenía, fue directo al dormitorio de atrás. La razón y la experiencia le decían que era allí donde dormía la feliz pareja.

Lo que encontró lo sorprendió. Esperaba hallar el dormitorio de una pareja, no el de una chica soltera. Las paredes y la cama de madera de pino eran de color rosa, el tocador se encontraba oculto bajo montañas de cremas faciales, en su mayoría de farmacia. El empapelado, una verdadera antigualla que ya se había despegado en más de una esquina, había representado alguna vez un fondo de color amarillo pálido y un estampado de sombrillas delicadas. Le llamó la atención un tigre de peluche que vio encima del tocador —a Volquete podría gustarle—, pero al acercarse más comprobó que se trataba de un muñeco sobado y sarnoso, que, saltaba a la vista, había sido manoseado y cubierto de babas durante múltiples y prolongadas convalecencias. No podía regalárselo a su hijo. «¿Cómo se te ocurre? —le reprocharía Martha—. ¿No te das cuenta de que es totalmente antihigiénico?».

Woody se detuvo un momento, atento a cualquier sonido. No, la viejecita no se había movido, probablemente fuera sorda. Pobrecita, hacía por lo menos tres días que no la sacaban a dar una vuelta.

Reparó en un detalle interesante de la cabecera de la cama: estanterías embutidas con paneles corredizos pequeños, el típico cuchitril donde la gente suele esconder sus joyas. Woody, un optimista empedernido, como es obligado para todo aquel que quiera dedicarse a esa profesión, corrió el panel lleno de ilusión.

Allí se tropezó con la segunda sorpresa. Había esperado encontrar un par de novelas de Danielle Steel (esas que Martha lee sin parar) o acaso una de Barbara Taylor Comosellame, pero esta colección era verdaderamente tétrica: *Historia de la tortura, Atrocidades de la Segunda Guerra Mundial, Justine y Juliette*. Sí, alguna vez había oído hablar de ese tipo, el marqués de Sade.

Cada vez que iba a trabajar, Woody se permitía un momento de esparcimiento, un instante en el que deleitarse sosteniendo en sus manos algún objeto atesorado o peculiar, en el que dejar volar su imaginación y figurarse cómo era la vida que estaba invadiendo. Aquél era uno de esos momentos, por eso cogió *Juliette*. ¿No era el marqués el tipo ese al que le iban los látigos, las cadenas y cosas por el estilo? Woody hojeó las páginas hasta encontrar una con la esquina plegada en la que leyó un pasaje marcado en el margen: «Tomó esos pechos, tiró de ellos y los cortó por la base, pegando bien el cuchillo a las costillas. Después, con un cordel, ató los trozos de carne en ristras...».

Woody pasó unas cuantas páginas más y vio que aquello no hacía más que empeorar. La solapa llevaba inscrita una dedicatoria en bolígrafo barato: «Para Edie, de Eric».

—Joder, Eric —musitó—. No le puedes regalar esto a una mujer, es un libro

malsano. Debes de ser un perturbado y un perverso de cuidado, colega.

A partir de ese instante, Woody prometió conducirse con total profesionalidad y luego marcharse.

Si Martha hubiese visto el estado del baño se hubiera estremecido por el asco: el óxido cubría el lavabo, el alicatado estaba mugriento y las toallas podían olerse desde el pasillo. El botiquín rebosaba de pastillas para dormir y tranquilizantes comprados en Pharma-City, un hallazgo que seguramente les habría alegrado el día a muchos. Pero Woody ya no les daba a las drogas. Gracias a Martha ya no las tomaba ni las vendía. «Pero, ah —pensó con añoranza—, en otros tiempos...».

De pronto oyó un ruido, y voces, pero no tardó en descubrir de dónde provenían. Aguzando el oído, con la cabeza inclinada, se quedó rígido frente al espejo roto. Falsa alarma: se trataba del televisor de la anciana. «Qué vida más solitaria, maldita sea, tener que mirar culebrones durante todo el día». La mujer estaba en el dormitorio que daba a la calle, eso lo sabía porque había vigilado la casa, pero poco habría allí que valiera la pena llevarse, un televisor en blanco y negro tal vez, un aparato cascado con una imagen pésima.

Bajó a la planta baja y echó un vistazo al inventario de la cocina: quedó decepcionado. Esos electrodomésticos prehistóricos no producirían dividendos. Incluso el salón, asfixiante y oscuro, no era más que un trastero lleno de muebles demasiado mullidos sobre los que probablemente había muerto más de un perro. Woody no hizo caso del curioso reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea, las antigüedades no le interesaban. Le produjo tristeza no encontrar siquiera un reproductor de vídeo, toda una excentricidad en estos tiempos que corren.

Ya había recorrido casi toda la casa y aún no había anotado ni un solo gol para el equipo de los ladrones. ¿Se habría equivocado por completo? ¿Habría evaluado mal la situación? Estaba claro que el tipo de la tienda ni siquiera vivía allí. Joder, era increíble. El comadreja trabajaba en una tienda que vendía de todo, era imposible que no tuviera equipos de sonido magníficos escondidos en alguna parte.

Él lo había visto con sus propios ojos, unos días atrás, descargando la caja con el logotipo de Sony de ese cacharro que conducía, una Ford Windstar del año de la pera.

—Esta gente está majara —murmuró Woody—. Tienen la mesilla y no el televisor.

La marca en el polvo revelaba que el aparato había estado allí hasta hacía un par de días antes. Además, la pila de cintas de vídeo junto a la mesa demostraba la existencia de un reproductor. O habían llevado ambos aparatos a reparar —demasiada coincidencia— o los habían trasladado a otra estancia de la casa. A lo mejor estaban en el dormitorio de la abuelita Brujabuena.

No podía irrumpir en la habitación de la abuela, así que la única opción que le quedaba era el sótano. A Woody el optimismo todavía no lo había abandonado,

todavía no; los sótanos producían a veces enormes dividendos —una caja de herramientas, un motor fueraborda, un juego de palos de golf—, nunca había que descartarlos. Pero, como contrapartida, siempre estaban mal iluminados, fríos y húmedos, y el tembleque que le producían a Woody se asemejaba bastante al miedo. Los sótanos dificultaban la audición, por ello muchos de los colegas de Woody habían sido sorprendidos en ellos; allí uno se volvía vulnerable. Los sótanos representaban el sexo anal del arte del robo: no carecían de interés, pero tampoco iban los primeros en la lista. Al menos no cuando había otras posibilidades.

Al pie de la escalera, Woody hizo una pausa aguardando a que su vista se acostumbrara a la oscuridad. Se vio rodeado de botas de goma, patines maltrechos y palas para la nieve medio oxidadas. Allí abajo olía a colada y a pis de gato rancio. En el exterior había oscurecido, con lo que una luz en el interior sería advertida desde la calle. Las ventanas —notó con cierto estremecimiento nervioso— se encontraban muy altas y eran pequeñas, quizá demasiado pequeñas para permitirle escabullirse si fuese menester huir repentinamente.

De forma gradual, varios objetos empezaron a tomar forma a pesar de la penumbra: una lavadora muy vieja con los rodillos suplementarios para escurrir la ropa, una caldera inmunda, un par de esquís rotos, un trineo de aluminio estropeado, una bicicleta de mujer a la que le faltaba la rueda delantera. Durante un minuto, Woody consideró llevarse la bicicleta. Aquel mismo otoño le habían robado a Martha la suya, de diez velocidades. Se había puesto como una fiera que hubiera salido del mismo infierno, sobre todo después de que Woody le diera su opinión desde el frío punto de vista de un profesional. Pero no se llevaría ese trasto de bicicleta coja, ni hablar; repararla costaría más que comprar una nueva.

Se dio la vuelta y vio en medio de la oscuridad una puerta, una placa de roble sólida que daba —y aquí Woody dio rienda suelta a su optimismo— al estudio de grabación o lo que fuera. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? El comadreja, el dueño de las cámaras de vídeo y grabadoras de casetes, tenía su estudio en el sótano de la casa de su novia. Aquella habitación protegida con un candado Medeco y tres cerrojos robustos, contendría cámaras, trípodes, equipos de grabación, aparatos de televisión y grabadores/reproductores de vídeo. «Woody, macho, estás a un paso del paraíso».

Claro que si allí guardaban ese tipo de equipos, los cerrojos se encontraban del lado equivocado de la puerta. Había que mantener a gente como Woody fuera de la cueva del tesoro, no invitarla a entrar. Pero la reflexión sobre aquel detalle no lo detuvo. Los cerrojos los abrió sin problemas, mas el candado... Uno podía envejecer tratando de forzar un Medeco, así que lo arrancó de cuajo con una herramienta de cerrajero. Empujó la puerta, pero lo que halló no fue un tesoro de equipos electrónicos sino un muchacho desnudo sentado en una silla.

El primer pensamiento que cruzó la mente de Woody fue: «Mierda, ahora sí que la he jodido». Sin embargo, con el resplandor del televisor contiguo, comprobó que el chico estaba atado a la silla, amordazado y con las muñecas sujetas con cinta adhesiva, y completamente desnudo. Forcejeaba como un loco para librarse de sus ataduras y gruñía, tenía los ojos desorbitados, desquiciados.

Este tipo de encuentros suele desconcertar a un ladrón, incluso al profesional más experimentado. Sin saber muy bien qué pensar, Woody se encaminó hacia el televisor y desconectó el reproductor de vídeo. «Vale, chaval, si te he interrumpido en medio de tu aventura sadomaso o lo que sea, lo siento. No es asunto mío». Pero mientras enrollaba el cable en torno al reproductor (un Mitsubishi, estéreo, de cuatro cabezales y un año de antigüedad), varios detalles le llamaron la atención. El chico estaba desnudo, en el cuarto no había ropas, olía a meado y, a juzgar por el olor, la palangana que asomaba por debajo de la silla estaba llena de mierda. «No, aquí no hay alegría de vivir —se dijo—. Esto es más que un chiste de mal gusto».

Antes de partir con el reproductor bajo el brazo, Woody se detuvo.

—Ya lo pillo —le dijo con sorna—. El trapicheo te salió mal, ¿verdad, chaval?

El chico intentaba quitarse las mordazas con todas sus fuerzas. Woody le arrancó la cinta adhesiva que le cubría la boca y de inmediato el chico empezó a chillar como un loco. Eran incoherencias en su mayoría, pero ciertas frases se repetían: «Maníacos... Pervertidos... Me van a matar...».

—Aguarda. Cálmate. Será mejor que dejes de gritar. Y será mejor que lo hagas pronto —dijo Woody—. ¡Que dejes de chillar! —le gritó en plena cara.

—¡Sácame de aquí, hijo de puta, cabrón!

Mientras intentaba explicar algo acerca de un asesinato grabado en vídeo, las lágrimas le corrían por la cara. Los detalles eran delirantes, pero el terror del chico era verdadero. Woody había visto cosas que harían que un presidiario curtido de Kingston se cagase encima, pero jamás había visto, ni siquiera en el más débil de los internos, semejante terror.

La reacción de Woody fue instintiva. Cualquiera que vea a un hombre atado, lo desata. Se asomó al retrete minúsculo esperando ver ropa tirada, pero no encontró prenda alguna.

—¿Dónde coño está tu ropa, chaval? Ahí fuera estamos a veinte grados bajo cero, más la sensación térmica.

Mientras abría el cortaplumas suizo, Woody oyó un frenazo en el camino de entrada. El chico aullaba como una estrella de rock:

—¡Desátame, desátame, desátame!

—Cierra el pico, chaval, que están ahí fuera.

—¡Me importa una mierda, sácame de aquí!

Woody volvió a taparle al chico la boca con la cinta y se aseguró de que pegase

bien. Oyó abrirse la puerta lateral de la casa y luego el parloteo de la pareja. Cerró la puerta de roble con fuerza y, con la voz más malvada que logró sacar, masculló:

—Escúchame muy bien, si haces el más mínimo ruido seré yo el que te raje. ¿Lo has entendido?

El chico asintió, estaba a punto de perder el control.

«Por fin lo ha pillado —se dijo Woody—. Ya no causará problemas».

—Si haces ruido, muy pronto estaremos los dos con la mierda hasta el cuello. Hay una sola puerta de salida. Así que si perdernos el elemento sorpresa, ya te puedes ir despidiendo de la fuga. Hablo en serio. Haz un solo ruido y te perforo el hígado.

El muchacho asentía como un poseso.

«Joder, Woody, podrías subir las escaleras como un relámpago y salir zumbando de la casa. Dios mío, éstos son sus pasos, los tenemos encima».

—Esto es lo que haremos —dijo Woody mientras cortaba la cinta que inmovilizaba los tobillos del joven—. Yo te desato, tú te pones mi abrigo y nos largamos por la puerta lateral. Tengo mi furgoneta al otro lado de la calle.

No hizo falta que le dijera que tendría que correr.

Al liberarle Woody el otro pie, el chico intentó incorporarse con la silla a cuestas.

—¡Espera, espera, por el amor de Dios!

¿Se acercaban las voces? Ya le había soltado una de las muñecas, pero antes de que pudiera soltarle la otra el muchacho se arrancó la cinta que le cubría la boca y se puso a berrear como un enajenado. Woody le cerró la boca de una bofetada y le apoyó la navaja. Pero ya era demasiado tarde, las voces de arriba sonaron encolerizadas de pronto y los pasos, presurosos y decididos.

Woody se dispuso a cortar el último trozo de cinta —al diablo con el ruido—, pero el chico no quería esperar. Se puso de pie con la silla amarrada a la muñeca y dejó atrás a Woody llevándose la silla a rastras. Abrió la puerta de par en par, pero en el hueco apareció el comadreja. Empuñaba un arma.

El chico lo pasó de largo con la silla botándole detrás contra los escalones.

—No podrás salir —le aclaró el comadreja por encima del hombro al prisionero, pero sin quitarle la vista de encima a Woody.

En el borde de las escaleras, el muchacho embestía la puerta con el hombro, pero Woody sabía que no existe una sola puerta sobre la faz de la tierra que se deshaga de un golpe, como sucede en las películas.

—Tranqui —dijo Woody al comadreja—. No hay necesidad de ponerse violentos.

Eric lo miró de arriba abajo sin ninguna prisa.

—¿Y qué pasa si a mí me gusta la Violencia?

—Hagamos un trato: te devuelvo tu reproductor y todo lo demás, y tú dejas que el chaval se vaya. No sé qué habrá hecho, quizá tengas todo el derecho del mundo a darle un escarmiento, pero no puedes tenerlo atado en el sótano. Eso no está bien.

El chico aún intentaba derribar la puerta mientras gimoteaba como un alma en pena.

—Que te calles, he dicho —dijo el comadreja hacia lo alto de las escaleras—. Coño, qué histérico está este crío.

—Está molesto, qué se le va a hacer. Mira, tío, tengo que largarme.

El comadreja retrocedió hasta el pie de las escaleras.

—Keith —dijo secamente—, baja de una puta vez.

—¡Ni de coña, yo me piro!

Se dio la vuelta, aproximó el revólver a unos treinta centímetros de la pierna del chaval, que estaba unos escalones más arriba, y apretó el gatillo.

El chico gritó y, sujetándose el muslo, cayó rodando. Aún se retorció sobre el suelo de hormigón cuando el tipo le propinó una patada en la barbilla que habría marcado un gol de campo. El muchacho dejó de moverse.

—Por el amor de Dios, tío —fue todo lo que Woody logró articular, y lo repitió varias veces—. No hacía falta dispararle.

—Siéntate en esa silla.

—No, señor. Negativo. Sé que estás cabreado y lo siento, pero no lo haré.

De ningún modo se iba a dejar maniatar. A esa comadreja le faltaba un tornillo.

—Siéntate en esa silla o te pego un tiro a ti también.

—Ha despertado a la abuela.

El comentario surrealista llegó de lo alto de las escaleras, donde la mujer se había plantado apoyándose en el pasamanos.

—Joder con tanto grito, coño.

Bajó los escalones que faltaban y con las piernas separadas se colocó encima del cuerpo inerte del muchacho.

—Debería mearme en toda tu cara.

—Este de aquí entró a la fuerza en tu casa, Edie. Quería robar tu reproductor de vídeo.

La mujer dirigió la vista a Woody.

—Quiero que sepas que ese aparato significa mucho para mí. Tiene un gran valor sentimental.

—Vale. Lo entiendo. Yo sólo me dedico a esto por dinero, ¿sabes lo que quiero decir?

—Qué coño. Eric, carguémonoslo.

—A mí también me encantan los vídeos, ¿sabéis? De vez en cuando mi mujer y yo alquilamos una de Clint Eastwood. Me gusta más a mí que a mi mujer; a ella le van esas de hermanas y amigas. Una buena peli y palomitas, ¿a quién no le gusta eso, eh?

«Enróllate, sácales el lado bueno —se motivó Woody—. Con los polis a veces te

ha dado estupendos resultados».

—Dispárale, Eric —masculló la mujer—. Métele un tiro en la barriga.

—Señor, señora. Eric, Edie..., escúchenme. Está claro que no soy bienvenido en su hogar, así que me despido. Me largo, y ya. Lamento haberles causado tantos problemas y todo eso. Les pido mil disculpas.

—La furgoneta que hay en la calle, la Chevy azul, ¿es tuya?

—¿La Chevy? Sí, claro. Y, ahora que me acuerdo, la he aparcado mal. Bloquea la máquina quitanieves. Se la llevará la grúa si no la retiro.

El hombre no reaccionó a aquellas palabras. Se limitó a ajustar el abdomen de Woody en la mira.

La mujer bajó otro par de escalones y los observó fijamente. Woody la miró.

«Qué rara es esa cara», pensó.

—Eric, ¿por qué no le partes la nariz?

Woody calculó la distancia que lo separaba del revólver. Aquel tipo aún lo empuñaba y todavía le apuntaba al estómago.

—Me gustaría ver cómo es —prosiguió la mujer—. Oír cómo se quiebra el hueso y todo eso.

El chico se removió en el suelo, el tipo se dio la vuelta y le pateó la cabeza. Era ahora o nunca. Woody tumbó a Eric con fuerza, le propinó a ella un empujón con el brazo extendido y subió por las escaleras a toda velocidad. Acababa de abrir la puerta cuando una bala le atravesó la espalda por algún lugar cerca de los michelines. Cayó hacia atrás, boca arriba, y aterrizó encima del muchacho. Al hacerlo se dio un golpe de mil demonios en la cabeza contra el suelo de hormigón.

Un compañero de celda le contó una vez lo que se sentía al recibir un balazo. «Es como si te atravesara un hierro al rojo vivo, colega. No sabes lo calientes que están las cabronas». Woody comprendió lo acertado de aquella descripción.

El tipo lo miraba desde arriba, desde lo alto, como King Kong. «Así debe de verme a mí Volquete», pensó, y se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que Martha comenzara a preocuparse.

Las manos del tipo lo cogieron del cuello, sus fuertes pulgares se dispusieron a aplastarle la tráquea.

—Pártele la nariz —repitió la mujer ¿Por qué estrangularlo cuando puedes partirle la nariz?

Así, con sumo cuidado, utilizando la culata del revólver, Eric hizo precisamente lo que Edie le había pedido.

Sentada en la cocina en penumbra, a punto de acabar su tercera taza de Nescafé, Delorme tenía ante sus ojos el montón de fichas de archivo que Dyson le había enviado. Le encantaba trabajar en la cocina, hacer lo que fuera, excepto cocinar. A un lado de la mesa, olvidados en el plato, yacían los restos de una cena congelada.

Las fichas también habían caído en el olvido, pues desde hacía un rato Delorme no dejaba de dar Vueltas a las tres efes. Si iba a tomar alguna decisión respecto al recibo del yate de crucero que había descubierto en el archivador de Cardinal, debía tomarlas en cuenta. Las tres efes significaban febrero, francófonos y Florida. Como sabrá cualquiera que haya visitado dicho estado en el mes de febrero, en esa época el golfo de Florida se transforma en el golfo de Quebec. O más bien, Miami se convierte en una *Montreal sur la mer*. De pronto, el acento cubano vuelve a ser minoritario, y una de cada dos matrículas de coche proclama: «*je me souviens*». Al llegar febrero, los camareros y botones de Florida ponen al día su arsenal de chistes de canadienses. ¿Cuál es la diferencia entre un poli de la Montada y un canadiense de a pie? Respuesta: el poli de la Montada propina palizas; el otro es un palizas y no deja propina.

Cuarenta y cinco minutos y media docena de llamadas más tarde, Delorme había logrado contactar con dos policías francófonos que pronto se marcharían a Florida de vacaciones. Desgraciadamente, ninguno de los dos iba a hospedarse en las inmediaciones de Calloway Marina, el puerto deportivo. Así que Delorme hizo un par de llamadas más y consiguió el número de Dollard Langois un ex compañero de la Academia de Policía en Aylmer. Habían salido juntos un par de veces y la Delorme de hoy en día le estaba profundamente agradecida a la Delorme de antaño por no haberse acostado con él. Según recordaba, Dollard era un tipo peculiar, larguirucho, de manos grandes y suaves y mirada de sabueso; un aspirante a policía que una noche, después de la película que les ponían todas las semanas en la academia, le declaró que estaba locamente enamorado de ella. Delorme había estado dispuesta a pasar la noche con él, pero sólo hasta que oyó aquellas palabras. Según recordaba, Dollard Langois era un muchacho atractivo, pero ella había decidido no postergar su carrera en ciernes con un romance que interferiría en sus estudios. Sin embargo, durante las noches solitarias, a veces se preguntaba qué habría sido de él y qué habría ocurrido si hubiesen... En otras palabras, Dollard Langois había sido uno de esos caminos que uno decide no transitar.

Durante unos minutos hablaron de los viejos tiempos. Lo hicieron en inglés, quizá porque aquélla era la lengua que usaban en Aylmer. Sí, le dijo ella, estaba bastante satisfecha con su oficio de policía. Y no, no se había casado.

—Qué pena, Lise. Es tan bonito estar casado. Pero en el fondo no me sorprende. Te parecerá raro, pero lo que digo no es en absoluto negativo.

—Venga, Dollard, date el gusto, restriégame por la cara mi fracaso como ser humano.

—No me malinterpretes, me refería a que tu meta siempre fue tu carrera. Tenías las cosas claras, y eso es una virtud.

—Vale. Ahora déjate de elogios y Cuéntame algo de ti.

Le contó que ahora era «el sargento Langois» y que lo habían asignado a un destacamento de la policía provincial de Quebec, a unos veinte kilómetros de Montreal. Tenía dos hijos, una mujer encantadora —enfermera, no policía—, y siempre pasaban el mes de febrero en el sur, en Florida, donde compartían una multipropiedad.

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber el sargento—. Ya es demasiado tarde para alquilar una.

—Es por razones de trabajo. Hay algo que necesito averiguar.

Desde Montreal llegó un suspiro profundo.

—¿Por qué no me sorprende?

—No te lo pediría si no fuera algo importante, Dollard.

—Son mis vacaciones, Lise. Iré con mi familia.

—Espero que me recuerdes lo suficientemente bien para comprender que si no fuera importante no te pediría este favor. Nos enfrentamos a un asesino de niños, Dollard. No puedo dejar el caso ni un solo día.

Tras vencer su resistencia, y como para distraerlo, Delorme le preguntó dónde se hospedaría exactamente. Dio la casualidad de que el sargento Langois pasaría sus vacaciones en Hollywood Beach, en un bloque de apartamentos dentro de la misma urbanización que albergaba el puerto deportivo Calloway. Delorme colgó sumamente pagada de sí misma, la suerte del ex compañero estaba echada.

Pasó otra hora revisando las fichas —casos antiguos del archivo de Cardinal—, pero no halló nada que le interesara. Según las fichas, John Cardinal era lo que aparentaba: un poli esforzado que hacía su trabajo con eficiencia, minuciosidad y respetando la ley. Casi todas sus detenciones acababan en condenas, excepto en el caso que ahora la ocupaba: el de un tarambana llamado Raymond Colacott, que terminó suicidándose. El sospechoso había sido detenido en posesión de cuatro kilos de cocaína, y Cardinal tenía razones de sobra para creer que era un camello. Pero cuando el caso llegó a los tribunales, la coca había desaparecido. La habían robado de las taquillas donde guardaban las pruebas. La acusación fue desestimada.

La Corona había enviado a su propio hombre para resolver el caso (se adjuntaba una ficha al respecto, cortesía de Dyson), pero el investigador se marchó con un

fracaso bajo el brazo. Demasiadas personas tenían acceso a la taquilla, por lo que no se pudo incluir a Cardinal entre los principales sospechosos. Se redactó un informe sobre el particular y se rectificaron los procedimientos.

Es obvio que podía haber sido Cardinal, pero ponerse a traficar con coca en Algonquin Bay habría representado un gran riesgo para cualquier poli. Además, Raymond Colacott no era Kyle Corbett, quien sí manejaba el dinero suficiente como para tener a un madero en nómina. Aquella investigación había acabado en un callejón sin salida. Nueve años después, Delorme sabía que no lograría ir mucho más lejos, sobre todo teniendo en cuenta que la mitad de los implicados habían sido transferidos a Winnipeg o a Moose Jaw o a dios sabe qué otro lugar.

Delorme rebañó el plato y lo dejó en el fregadero. Desde joven había tratado de desarrollar un interés por lo culinario, incluso había pensado en apuntarse a un curso algún día, pero la falta de tiempo y entusiasmo siempre jugaba en su contra. Si su madre viviera se horrorizaría.

Entró en el salón y descorrió la cortina. Los montículos de nieve relucían bajo las luces de la calle. Permaneció junto a la ventana algún tiempo, sujetando la taza de café, atravesando con la mirada el reflejo fantasmal de sí misma que el cristal le ofrecía. Diez minutos más tarde viajaba en su coche hacia Algonquin Bay, en dirección a la circunvalación, pero sin rumbo fijo. Giró a la derecha y tomó la autovía, procurando mantener la aguja del velocímetro convenientemente por debajo del límite de velocidad. Se trataba de una peculiaridad suya eso de salir a conducir porque sí, y le hubiera avergonzado que alguno de sus colegas descubriese su hábito nocturno. No sabía con certeza si se trataba del desasosiego o si solamente era un modo de convertir sus ensoñaciones en un proceso físico a la vez que mental.

La carretera de circunvalación tenía un trazado agradable, una curva elegante que rodeaba con un cálido abrazo el sector norte de la ciudad. Producía un gran placer sentir la ligera pero constante fuerza centrífuga al conducir en torno a la ciudad. Siempre tomaba aquella carretera. En ocasiones llegaba hasta el cruce con Lakeshore y después regresaba bordeando la bahía por el centro de la ciudad. Otras veces, cuando se sentía inquieta, se dejaba llevar por una costumbre un tanto más idiosincrásica: conducía su coche hasta los barrios donde vivían sus amistades y compañeros de trabajo. Nunca se detenía ni los visitaba, se limitaba a pasar frente a sus casas y a contemplar las luces encendidas de sus salones o sus coches aparcados en el jardín. Delorme era plenamente consciente de su comportamiento neurótico, y aun así sus escapadas le provocaban una sensación de alivio y paz.

Al llegar a Trout Lake Road giró a la izquierda y siguió por ella hasta que la calle se convertía en la autovía 63. En invierno se podían ver desde allí las casas de Madonna Road, que habitualmente quedaban ocultas por la arboleda que separaba el barrio del tráfico. Delorme aguzó la mirada y vio las luces encendidas en la casa de

Cardinal, incluso logró distinguir su figura recortada en la ventana que daba al patio trasero. Estaría fregando platos o quizá preparando una cena tardía.

Al llegar a la taberna Chinook dio la vuelta y enfiló una vez más hacia el centro de la ciudad por el barrio de la universidad. El tráfico raleaba ya, y la ciudad, que desde allí ella divisaba casi toda, estaba iluminada como un pastel de cumpleaños. Entretanto, los cabos sueltos del caso Pine-Curry daban vueltas y más vueltas por su cabeza, pero no se esforzó en resumirlos bajo ninguna conclusión en particular. Se limitaría a dar su vueltecita en coche y a dejar que cada cosa se acomodara en su sitio. Minutos más tarde, Delorme pasaba frente a un elegante chalé de estuco de dos plantas, situado en un barrio no muy distinguido y eclipsado por el inmenso Hospital St. Francis. En la entrada de la vivienda distinguió el coche de Dyson.

Delorme se detuvo en el bordillo, debatiéndose sobre si debía o no llamar.

Una niña muy guapa, de unos doce años, subía hacia la casa acompañada de un chico de su edad o quizás un poco mayor. Llevaba un montón de libros apretados contra el pecho, como suelen hacerlo las niñas, y la cabeza gacha, como si estudiara con atención algún detalle de la acera. El chico debió de decirle algo gracioso porque súbitamente la niña alzó la cara y rió, esbozando una dentadura cercada por aparatos. Entonces, de la puerta lateral, surgió la figura huesuda y fantasmal de la madre, que con una voz desprovista de afecto la conminó a entrar.

La imagen no abandonó a Delorme hasta que llegó a Edgewater Road. Pero en alguna parte entre Rayne Street y la circunvalación, se le había ocurrido un plan de acción. Detuvo el coche frente a una casa de estilo alpino con techos a dos aguas y tocó el timbre. Aunque había tenido tiempo de preparar su pequeño discurso, cuando el jefe de policía R.J. Kendall en persona le abrió la puerta, la mente se le puso en blanco. Kendall fue escueto:

—Por su propio bien, espero que lo que haya venido a decirme sea importante.

Delorme lo siguió hasta el sótano, hasta la misma habitación con aspecto de club de caballeros donde todo aquel turbio asunto había comenzado. La tapa que cubría la mesa de billar había sido retirada. En su superficie se desplegaban ahora dos bandos de soldados diminutos —unos de rojo y otros de azul— que luchaban en las empinadas orillas de un río de cartón piedra. Delorme había interrumpido al jefe en medio de su pasatiempo favorito, la minuciosa recreación a escala de batallas famosas, pasatiempo que el jefe no estaba dispuesto a abandonar por una visita imprevista y descortés.

—¿Las llanuras de Abraham? —arriesgó Delorme, intentando romper el hielo.

—Vaya al grano, detective. El general Montcalm no se salvará por más que usted intente distraerme.

—He estado revisando las fichas en busca de algo que pudiera llevarme a Cardinal. He repasado las investigaciones en las que ha intervenido hasta la fecha, sus

apuntes y el resto de documentos.

—Supongo que habrá encontrado usted algún dato extraordinario. De lo contrario no entiendo por qué rompería usted todas las normas de protocolo y, de paso, de urbanidad, para aparecer en mi casa sin avisar.

—No, jefe. Las fichas de archivo no nos van a revelar nada. No dejo de dar vueltas en círculo y eso interfiere en la investigación del caso Pine-Curry.

—Obsérvelo bien —dijo el jefe alargando su mano suave con la palma abierta, sobre la que se alzaba un cañón diminuto—. Exactamente igual al original, pero a escala. Tengo doce, se engastan en orificios que apenas se notan a simple vista.

—Increíble —replicó Delorme con todo el entusiasmo que logró reunir, pero hasta a ella le pareció insuficiente.

—Las fichas son importantes, detective. Un jurado esperará que haya un *modus operandi*.

—Es una pérdida de tiempo, todo lo que encontremos serán datos obsoletos y pistas imposibles de seguir.

—¿Y qué me dice del apartamento en Florida y del recibo del yate?

—¿Dyson ya le ha informado?

—Así es. Pedí que me tuviera al tanto.

—En el recibo no consta el nombre de Cardinal, jefe.

Estuvo a punto de comentarle algo que Langois había averiguado, pero se contuvo. Mejor sería esperar hasta ver que averiguaba el sargento en Florida.

—Me he puesto en contacto con el banco de Cardinal en Estados Unidos, pero no muestran mucho entusiasmo por cooperar. Lo que nos hace falta es algo absolutamente convincente, una prueba concluyente, algo sencillo e indiscutible.

—Naturalmente. Si quiere pedir a su compañero una confesión firmada, por mí encantado. Aunque yo no le auguro mucho éxito. —Se volvió hacia ella con un tubo de pegamento diminuto en la mano—. ¿O tiene usted la intención de entrevistar a Kyle Corbett al respecto? Perdóneme, ¿no será el señor Corbett uno de los nuestros y le suministra a usted información confidencial? Qué quiere que le diga, lo siento, detective. Siento mucho respeto por la ley.

El jefe no era un hombre sarcástico. Delorme se preparó para lo peor y se lanzó al ataque.

—Jefe, tengo una idea.

—Tenga la bondad de iluminarme.

—Lo que haremos será hacer llegar a Cardinal cierta información que él se verá obligado a pasar a su otro jefe, si es que realmente trabaja para Corbett, naturalmente. Será una información tan importante que no podrá sustraerse a mantenerlo al corriente. Los hombres de Musgrave le pincharán el teléfono y lo mantendrán bajo vigilancia.

Kendall la miró con frialdad y, sujetando un soldadito imperceptible entre pulgar e índice, volvió la atención a su modelo a escala.

—Le diré algo, detective: tiene usted una cara durísima.

—Señor, creo que de seguir mi consejo aclararíamos esto de una vez por todas...

El jefe la interrumpió con un ademán.

—Me sorprende que este hablando en serio. Porque me esta hablando en serio, ¿verdad? O sea, que usted propone pincharle el teléfono a su propio compañero.

—No quiero faltarle al respeto, señor, pero fue usted quien me ordenó investigarlo, usted y el sargento Dyson. Personalmente estoy dispuesta a abandonar la investigación cuando usted me lo ordene.

—¿Ve esto? —indicó Kendall señalando una fragata que flotaba en medio del azul profundo del río San Lorenzo—. Construir esta pieza del proyecto, sólo ésta, con su palo mayor y sus cabos, me llevó una semana de trabajo.

—Increíble.

—A veces, sargento Delorme, hacer que una nimiedad parezca real lleva tiempo y paciencia. Espero que usted posea un poco de esa virtud.

—Al menos, mi plan es mejor que revolver eternamente entre miles de fichas. Si lo mira con objetividad, creo que estará de acuerdo conmigo.

—Lo estoy. Alcánceme el tubo plateado, por favor. Gracias.

Con la punta de un alfiler, el jefe untó de pegamento una bala de cañón no mayor que el ojo de un insecto y la colocó en una pila piramidal.

—Sigue con la idea de dejar Especiales, supongo. Me molestaría mucho perder a alguien con una trayectoria como la suya.

—No me perderá, sólo me trasladaré a la Brigada de Investigaciones Criminales.

—Por supuesto, por supuesto. Ahora bien, hay quien piensa que Investigaciones Especiales es la brigada más importante del departamento. Aunque no existiera Especiales seguiríamos siendo un cerebro, ¿me sigue usted?; un cerebro con todas las funciones motrices intactas. Pero no hay duda de que nos convertiríamos en una mente sin conciencia. Y eso, mi joven amiga, es algo muy peligroso.

Delorme archivó en su corazoncito la palabra «joven» para examinarla más tarde con mayor detenimiento.

—Señor, si le soplamos un dato que nadie conozca excepto él, lo pillaremos. Incluso sin necesidad de pincharle el teléfono.

—Sólo me resta hacerle una pregunta.

El jefe torció los brazos y las piernas de un soldadito para que diera la impresión de estar trepando. Untó pegamento sobre cada una de las manos y rodillas miniaturizadas y después puso la figura en la ladera de un acantilado. Acto seguido, volvió la cara hacia Delorme, en su mirada se traslucía una intensidad casi sexual.

—¿Por qué ha venido a plantearme esto a mí? ¿Por qué no ha acudido a Dyson?

—Trabajo hombro con hombro con Dyson, señor. Y si este caso se tiene que sostener ante un tribunal, no hay que correr el riesgo de que otra persona tenga acceso a esa información marcada. Los únicos que lo sabremos seremos usted y yo.

—Basta de dudas, hágalo. Y cuanto antes mejor. ¿Contamos con el visto bueno del cabo Musgrave?

—Y con todo su apoyo. Se muere por empezar.

—Muy bien. Hable con un juez y consiga la aprobación necesaria.

—Ya lo hemos hecho. Musgrave la consiguió.

Kendall soltó una de sus risas estruendosas: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Además de un cierto alivio, Delorme percibió la creciente presión en sus tímpanos. Una vez más, el jefe la puso en la mira de una de sus miradas magnéticas.

—Óigame bien, joven Delorme. Soy más viejo y más sabio que usted. Ésas son, probablemente, las dos únicas razones por las que soy su jefe. Pero son razones de peso, así que présteme toda su atención. He hecho mis deberes en cuanto al cabo Musgrave: el cabo Musgrave es impulsivo, va a por todas y, ante todo, nuestro inescrutable señor Cardinal no le cae nada bien. Si Musgrave estuviera bajo mi mando, y afortunadamente no lo está, no le permitiría participar en esta investigación; así que ándese con cuidado. No digo que sea capaz de falsificar pruebas, pero le aseguro que es ese tipo de hombre que puede llegar a joder una redada por exceso de celo profesional. Así que mantenga la cabeza fría. Por cierto, ¿por dónde anda su cabecita últimamente?

—¿Perdón?

—¿Dónde están sus lealtades en este caso, Delorme? A estas alturas, ¿qué opinión le merece Cardinal?

—¿Tengo que responder a esa pregunta, jefe?

—Por supuesto.

Delorme paseó la mirada por las vigas del techo.

—Estoy esperando su respuesta, sargento.

—Con toda honestidad, jefe: no lo sé. Lo que sí sé es que no hay pruebas concluyentes en su contra. Nada que un buen abogado defensor no pudiese echar por tierra. Con lo cual me limito a considerarlo inocente hasta que se demuestre lo contrario.

—No me venga con tecnicismos legales. ¿Es eso una demostración de su lealtad hacia él? ¿Está tan cerca de él que ha perdido objetividad? Responda honestamente.

—No sé qué decirle, jefe. No soy una persona muy introspectiva.

Kendall no pudo reprimir la carcajada, una carcajada fuerte, sonora, como si acabase de oír de labios de su interlocutora un chiste fabuloso. Pero de pronto se detuvo tan repentinamente como había empezado. El silencio que sobrevino fue profundo, como el silencio que sigue al escándalo que causa una alarma de coche al

dispararse.

—Atrape a ese tipo, ¿entiende lo que le digo? Si se ha vendido a un matón sin escrúpulos, lo quiero fuera del cuerpo, y pronto. Si no lo ha hecho, cuanto antes acabe usted mejor. Yo tampoco soy una persona muy introspectiva, detective Delorme. Lo que significa que sin pruebas suelo aburrirme y alterarme. Y no conviene que me altere.

—Por supuesto que no, jefe.

—Lleve a cabo ese experimento suyo. Y que Dios la acompañe.

Howard Bass, técnico de mantenimiento del tendido de la Compañía Hidroeléctrica de Ontario, reparaba un transformador. La tarea requería un soporte nuevo. Estaban en la lejana autovía 63, a unos quinientos metros (cinco postes) del puerto deportivo de Trout Lake. Howard llevaba toda la mañana pasando un frío atroz en la cesta del camión grúa, a seis metros de altura y soportando el reflejo del sol sobre la nieve; a pesar de sus gafas oscuras, aquel resplandor lo tenía casi enceguecido. Un par de horas más tarde, sin embargo, el sol ya le había desplazado y ahora arrojaba una sombra bien perfilada de Howard, la cesta y el brazo de la grúa sobre la nieve.

Stanley Betts, el conductor que acompañaba a Howard, se fue paseando hasta el puerto deportivo para comprar unos donuts y un par de coca-colas para él y su compañero. Regresó silbando una canción subida de tono llamada Good Morning, Little Schoolgirl. La encargada de la tienda, una Lolita de ojos felinos, había despertado en él aquel vital estado de ánimo.

Por aquel tramo de la autovía 63, el tráfico era incesante. Los vehículos llegaban de la base del Mando de la Defensa Aérea de América del Norte, y de Temagami, y también era un lugar de paso para los residentes de Four Mile Bay y Peninsula Road. Stan se detuvo al otro lado de la autovía, a la espera de que la circulación amainase.

—¡Me estoy volviendo un viejo verde! —gritó a Howie—. ¡Deberías haber visto a la chavala de la tienda!

Pero Howie ni se inmutó. No podía oírlo por encima del rugido de un camión de dieciocho ruedas.

—Te lo juro, Howie —repitió Stan cuando ya había logrado atravesar la autovía—. ¡Me estoy convirtiendo en un viejo verde!

Pese a hacer un frío polar, el cielo estaba límpido. El brazo amarillo de la grúa contrastaba vibrante contra el azul del cielo. Howie tenía un aspecto raro en lo alto, su aliento formaba nubecillas blancas que rápidamente se desvanecían. Se aferraba al borde de la cesta de un modo extraño, parecía tener la vista fija en algo.

—¿Qué coño estás mirando?

Stan intentó averiguar lo que Howie observaba con tanto empeño, pero no logró descubrir qué ocultaba la nieve mugrienta al borde del camino. Trepó por el montículo de unos tres metros de altura y puso la mano a modo de visera para ver mejor. Cuando Stan vio por fin lo que había impresionado tanto a Howie, una de las latas de coca-cola cayó y estalló sobre la puntera de acero de su bota, liberando un minúsculo géiser de color marrón sobre la nieve.

—De ninguna manera se puede asegurar que se trate del mismo asesino. —Dyson abrió en abanico sus dedos aplanados y pasó a enumerar las razones—. Uno: la víctima tiene unos treinta años, mientras que las demás eran adolescentes o incluso más jóvenes. Dos: el modus operandi es totalmente diferente. Las otras víctimas fueron golpeadas hasta morir o estranguladas. Tres: este cadáver fue abandonado en un lugar fácil de hallar.

—Eso no es exactamente así —replicó Cardinal—. Si los obreros de la compañía hidroeléctrica no hubiesen estado reparando ese transformador, nos hubiera llevado meses descubrirlo. El cadáver hubiera quedado cubierto por completo la siguiente vez que hubieran retirado la nieve de la autovía 63.

—Arthur Wood era un conocido criminal. Debía de tener montones de enemigos.

—Woody no tenía enemigos en ningún sitio. Era difícil conocer a alguien más encantador que él; siempre y cuando, claro, no le quitara uno los ojos de encima a la cubertería de plata.

—Quizá se trate de algún rencoroso que conoció en prisión. Hablen con sus compañeros de celda, entrevisten a los carceleros del ala donde cumplió condena. No podemos saberlo todo acerca de nuestra clientela.

—Woody era un ladrón concienzudo. Pero esta vez cometió el error de entrar a robar en la casa equivocada. Si averiguamos cuál es la casa, encontraremos al asesino.

«Va a asignar la investigación a McLeod», pensó Cardinal. Casi podía ver la idea formándose en la cúpula encerada y nada transparente de Dyson.

El abrecartas fue cavando un surco a lo largo del recipiente de clips.

—Mire —dijo finalmente Dyson—, usted ya tiene bastante que hacer.

—Ya, pero si se trata del mismo asesino, nos vamos a quedar...

Déjeme terminar, por favor. —La voz continuó suavemente, reflexionando—. Como acabo de decir, usted ya tiene bastante trabajo. Pero haremos lo siguiente: investigará la muerte de Woody por el momento. Se hará cargo del caso mientras no surja ninguna pista que lo desligue definitivamente de nuestro maníaco local. Si eso llegase a ocurrir, McLeod lo relevará en el caso de inmediato. He dicho. ¿Queda claro?

—Por supuesto. Gracias, Don —susurró Cardinal al tiempo que se ponía colorado.

Nunca llamaba al sargento detective por su nombre de pila, se le debió de escapar por la emoción del momento. Antes de abrir la puerta para marcharse, giró sobre sus talones y dijo:

—La cadena de Sudbury se enteró de lo de Margaret Fogle.

—Lo sé. Fue culpa mía, lo siento.

Una disculpa en labios de Dyson era un récord para el Libro Guinness.

—No ayudó demasiado. Ni siquiera entiendo por qué lo hizo público.

—Grace Legault no es Roger Gwynn, Cardinal. Ella no tiene intenciones de criar telarañas en el canal cuatro de Sudbury. Esa tipeja se ha puesto como meta Toronto y no se va a detener hasta conseguirlo, créame. Sabe muy bien lo que hace. No sé cómo consiguió un listado de desaparecidos y... Pero eso ya no importa, el hecho es que me pilló desprevenido. Debí haberlo mantenido al corriente. Mea culpa. Y ahora, ¿podemos dar por concluida esta reunión?

Al salir del despacho de Dyson, Cardinal se topó de bruces con Lise Delorme.

—Te he estado buscando por todas partes —le regañó ella—. La esposa de Woody acaba de llegar. Quiere denunciar la desaparición de su marido. Habrá que llevarla al Hospital Ontario para que identifique el cadáver.

—No te precipites, Lise. No quiero que se entere enseguida.

El asco se dibujó en la cara de la sargento.

—Tienes que decírselo. Su marido ha muerto, por el amor de Dios. ¿Cómo vas a ocultárselo?

—Si se lo decimos, desde ese momento podemos dar por perdida cualquier información al respecto. Se va a poner histérica. Lo único que digo es que no se lo digamos aún.

Martha Wood colgó su abrigo y el diminuto anorak de su hijo en el perchero del pasillo. Llevaba una camiseta blanca y vaqueros, un conjunto que, por su estatura y delgadez, la asemejaba más bien a una modelo de la revista Vogue. Se sentó en la sala de entrevistas, donde en numerosas ocasiones durante los últimos años ambos policías habían tomado declaración a su marido. Su pequeño, de cabellos y ojos oscuros como su madre, permaneció inmóvil y en silencio en la silla contigua. Estrujaba un oso Yogui de plástico que de cuando en cuando emitía un gemido silbante.

Mientras hablaba, Martha Wood daba vueltas al anillo de casada que llevaba puesto.

—Cuando Woody se fue de casa llevaba puesto un jersey azul de cuello en pico, unos Levis 505 y botas tejanas. Botas negras, de piel de lagarto.

—Vale. El sábado hacía frío, ¿qué tipo de abrigo vestía?

El cuerpo, con nueve orificios de bala, había sido hallado desnudo. Las prendas de Woody podrían aparecer en cualquier sitio.

—Una parka azul. ¿No debería rellenarle un impreso o algo? ¿Un impreso de desaparición de personas?

—Lo estamos apuntando todo —le aseguró Cardinal.

—Necesitarán saber su altura y peso, ¿o no?

—Ya tenemos esos datos —respondió Delorme.

—Me había olvidado de las fichas de sus detenciones. Es extraño, durante todos estos años siempre los consideré a ustedes, a los maderos, el enemigo. Pero ahora que Woody ha desaparecido me siento diferente.

—Nosotros también —añadió Cardinal—. ¿Todavía tenía Woody aquella vieja furgoneta Chevy?

Ya habían enviado por radio una orden de búsqueda, que incluía el número de matrícula.

—Sí. ¿Quiere que le dé el número? —preguntó Martha llevando la mano al bolso para extraer las llaves.

—Lo tenemos de antes —la interrumpió Delorme—. ¿La furgoneta sigue siendo de color azul?

—Sí, de color azul, sí. —Sin sacar la mano del interior del bolso, la señora Wood añadió—: Pero a veces, cuando iba a hacer un trabajo, le cambiaba las matrículas. No sé si esta vez lo había hecho o no. Pero el rótulo era nuevo, ahora pone «Reparaciones Eléctricas Comstock» en los laterales.

—¿Usted sabía que él saldría a hacer un trabajo?

—Mire, Woody repara aparatos electrónicos. Eso es lo que me dice a mí, ¿vale? Hace mucho que aprendí a no preguntar demasiado. Es un padre bueno y cariñoso y un marido de fiar, pero nunca va a cambiar de oficio, ni por usted ni por mí ni por nadie.

—Entiendo. ¿Sabe usted en qué zona de la ciudad fue a... trabajar?

—Nunca me habla de ese tipo de cosas. Oiga, las palabras clave aquí son «de fiar». Woody dijo que regresaría a las seis de la tarde. De eso hace un día y medio y estoy cagada de miedo.

—Ese dato puede ayudarnos a encontrarlo. Si usted tuviese alguna información, por insignificante que fuera, sobre la zona a la que se dirigía nos facilitaría poder encontrarlo.

Cardinal hizo caso omiso de los puñales que le lanzaba Delorme con la mirada.

—No sé qué decirle. Ahora que lo recuerdo, el otro día mencionó la vieja estación de los Ferrocarriles Nacionales de Canadá. Le habían entablado las ventanas. Quizá fue a ese barrio, pero no se lo puedo asegurar. —La mujer se puso de pie de repente, dejando caer el contenido de la bolsa—. Está metido en algún lío, créame. Que ande por ahí robando cosas no quiere decir que sea malvado, ¿sabe? Ésta es la primera vez que se ausenta de casa sin llamar. La primera. Sólo ocurre cuando lo detienen... Así que si lo han detenido ustedes será mejor que me lo digan, porque si no les voy a soltar a Bob Brackett hasta lograr que los echen del puto cuerpo.

Bob Brackett era el mejor abogado defensor de Algonquin Bay, no había un solo agente al que no hubiese humillado.

—Señora Wood, haga el favor de sentarse.

—No. ¡Si ustedes no han arrestado a mi esposo, quiero saber por qué no hacen nada por encontrarlo!

Todavía abrazado a su oso Yogui, el niño alzó la mirada hacia su madre con preocupación.

—John, ¿me dejas un minuto sola con la señora Wood?

—¿Por qué? —quiso saber la mujer—. ¿Por qué quiere hablarme a solas?

—Por favor, John.

Cardinal bajó por el pasillo hasta la sala de monitores del circuito cerrado. Echó unas monedas en la máquina de refrescos hasta que cayó en la cuenta de que no quedaba coca-cola diet. Compró una lata de classic y se sentó frente al mudo monitor.

Desde su posición en lo alto del rincón, la cámara de vídeo registraba a Martha Wood sin piedad. Ni ella ni Delorme se movían. La señora Wood aún se encontraba de pie, con los brazos ligeramente separados del cuerpo. Estaba recibiendo el impacto pero todavía no sentía el dolor; su rostro sólo reflejaba azoramiento. Sus labios gruesos se cerraron como para decir algo, pero de ellos no salió ni una palabra.

Delorme extendió la mano y la cogió del brazo. Martha Wood permanecía de pie pero su cuerpo se balanceaba ligeramente. Se apoyó sobre la mesa para recobrar el equilibrio. Después se dejó caer en la silla con lentitud, se cubrió la cara con las manos y se derrumbó sobre la mesa. El niño le golpeaba en el hombro con su oso Yogui.

—¿Por qué no hemos dado todavía con la puñetera furgoneta? —se preguntaba McLeod mientras descargaba las nueve balas de su Beretta y las colocaba de pie sobre la mesa de reuniones.

A Cardinal un arma de nueve tiros le parecía una exageración, estaba demasiado acostumbrado a los seis de toda la vida.

—He inspeccionado esa Chevy en más de una ocasión, todos lo hemos hecho en un momento u otro. La conocemos de sobra. Lo que me desconcierta es que nadie la haya visto.

—Si, como suponemos, Woody entró a robar en la casa del asesino, probablemente éste haya ocultado la Chevy en alguna parte. Con aparcarla lejos de la vista de la gente se asegura de que no la encontremos.

—Eso reduce el número de sospechosos, podemos conjeturar que el tipo tiene garaje —añadió Dyson.

—No creo que por ahora podamos conjeturar nada; Woody lleva muerto sólo veinticuatro horas. Ya hemos dado la orden de requisitoria a la PPO, tarde o temprano encontraremos la furgoneta.

Sonó el teléfono y, tal como se había acordado anteriormente, Cardinal contestó la llamada.

—Vale, Len. Voy a conectar el altavoz para que todos te oigan. Te escuchamos Delorme, el sargento detective Dyson, Ian McLeod y yo.

Se encontraban en la sala de reuniones; todo un acontecimiento histórico, si Cardinal no recordaba mal. La sala solía reservarse para las convocatorias de la comisión o las visitas del gobernador. En pocas palabras, se usaba únicamente para ocasiones muy especiales. Pero ésta era la investigación de mayor envergadura que el Departamento de Policía de Algonquin Bay había emprendido nunca, y ahora debían asignar a los ocho detectives de la brigada nuevas pistas para que las investigasen.

—Muy bien, esto es lo que sabemos —dijo Len Weisman para comenzar—; el cuerpo tiene nueve heridas de bala. Es evidente que los disparos no fueron hechos a lo loco; todos ellos están localizados. El asesino le disparó en ambos tobillos, ambos muslos, ambos antebrazos y ambos brazos. Es decir, los huesos principales del cuerpo humano, lo que hace pensar que quien lo mató tenía la intención de romperlos todos. Logró su cometido con las tibias. Es importante señalar que todos los disparos fueron hechos a bocajarro, con el cañón pegado a la carne, descerrajados con una parsimonia total mientras la víctima se encontraba indefensa.

—Eso hace ocho balazos, Len, no nueve.

—Qué listillo eres, Cardinal. El primer tiro lo recibió en la espalda, el único de

todos que fue hecho a distancia, desde unos tres metros tal vez y con trayectoria ascendente. Según la doctora Gant, pudo ocurrir en una escalera, con el asesino disparando desde el pie de la misma. Ah, por cierto, Wood tenía residuos de cinta adhesiva industrial alrededor de la boca.

—Dios santo.

—También encontramos rastros de sangre que no era la suya, pero no puedo hacerla coincidir con la muestra de semen que hallamos en el sobre. Quienquiera que te lo haya mandado es un «no secretor». No sabremos si se trata del mismo individuo hasta obtener los resultados de la prueba de ADN, dentro de una semana.

—¡Una semana! Hay alguien por ahí que está matando críos, Len.

—Tarda diez días, es lo que hay. Bien, en cuanto a la herida facial, en un primer momento creímos que había sido ocasionada por una caída. Ya sabes, el tipo recibe un impacto, cae y se rompe la nariz. Pero en la herida encontramos rastros de lubricante para armas.

—¿Lo golpearon con una pistola?

—Exacto. Lo más increíble es que la víctima, a pesar de las nueve heridas de bala, murió por una rotura de tabique nasal. Con la cinta cubriéndole la boca no podía respirar, y al intentarlo aspiró una tonelada de sangre.

—¿Qué te han contestado del laboratorio de balística? ¿Era una Beretta, una Glock? Tiene que ser una que pueda disparar nueve proyectiles, ¿no?

—Te he incluido la microfotografía en mi fax. El arma utilizada fue un Colt del 38, un revólver común y corriente.

—No puede ser, Len. El cargador de un Colt sólo aloja seis balas.

—Ya te lo he dicho, no estamos tratando con un asesino apresurado. El cabrón se tomó su tiempo para recargar el arma y así poder divertirse un poco más.

—Ese tipo es un animal —masculló McLeod.

—La mutilación de los genitales fue realizada post mórtem. La doctora Gant cree que el asesino intentó arrancarle los huevos a patadas.

—Eso lo relacionaría con Todd Curry, jefe.

Dyson asintió sabiamente, como si lo hubiese intuido desde el principio.

Weisman continuó:

—He dado la orden a los de balística para que se pongan en contacto contigo en cuanto averigüen algo más acerca de los proyectiles.

—De acuerdo. Gracias, Len.

—Aún no he terminado.

—Perdona. Continúa.

—Los peritos levantaron huellas dactilares parciales. Dos pulgares.

—Imposible. El cuerpo fue hallado desnudo, no había ni un cinturón de donde pudieran sacarlas.

—Las levantaron del propio cadáver.

—¿Me estás tomando el pelo? Nuestros peritos no encontraron nada.

—Es una técnica que aprendimos en Tokio el año pasado, en la conferencia de médicos forenses: «rayos X de tejidos blandos», así se llama. Sacamos radiografías de los tejidos subcutáneos del cuello. Si se hace durante las primeras doce horas, se puede obtener una huella nítida. Parece que el asesino intentó estrangular a la víctima; tal vez antes de partirle los conductos de ventilación. Eso también lo incluí en el fax.

—Todo esto nos va a ser muy útil, Len. Diles a los muchachos que agradecemos su esfuerzo.

—Será mejor que no diga nada. Los «muchachos» son todas muchachas.

Delorme bajó la vista y sonrió disimuladamente.

—¿Sabéis lo que me toca las pelotas? —preguntó McLeod a la concurrencia—. El hecho de que estemos hasta las cejas de pistas, las pruebas nos van a terminar ahogando. El tipo nos entrega una grabación de su voz, ¡su voz, maldita sea!, y no podemos hacer nada con ella. Se corre dentro de un sobre y nos lo envía, y tampoco nos sirve de nada. Y ahora nos deja las huellas de sus pulgares: es como si nos entregara su tarjeta de visita. Este tipo nos está tomando el pelo y nosotros todavía no hemos averiguado absolutamente nada.

—Te equivocas —contestó Cardinal intentando convencerse a si mismo—. Hemos hecho progresos. Estamos consiguiendo datos, sólo que no hemos dado con el factor común, el eje por el que pasan todas estas certezas fragmentadas.

—Será mejor que eso ocurra pronto —apostilló Dyson—. Me están presionando para que pida la ayuda de la PPO o de la Policía Montada...

—¿Ayuda de la Policía Montada? —gruñó McLeod como si le fuera la vida en ello—. Esto está fuera de la jurisdicción de los capullos de la Montada.

—Yo lo sé y usted también lo sabe. ¿Por qué no me hace entonces el favor de explicar eso mismo a la opinión pública?

—De todos modos, lo primero que harían los de la Policía Montada sería hacer volar algo por los aires o robar las pruebas o vender drogas al juez equivocado. Y además, nunca sabríamos si realmente están haciendo lo que dicen estar haciendo. Les voy a explicar cuál es el problema con los de la Montada... —Se veía que McLeod estaba entrando en calor. Y aunque Cardinal disfrutaba con aquellos sermones, aquél no era el día más indicado. «Ahórranoslo, McLeod, por favor.»—. El problema es que la Montada está en bancarrota. La puta congelación de fondos de cinco años los dejó en las últimas. Están todos sin un puto pavo, y ahora se han propuesto recuperar lo perdido haciendo uso de su creatividad. Me caían mejor cuando ganaban más pasta. ¿Quién no confía en un poli rico? Pero ahora que están prácticamente viviendo bajo un puto puente, para lo único que sirven es para...

El interfono chisporroteó y se oyó la voz de Mary Flower.

—Cardinal, llamada de la PPO para usted. Una unidad de la Patrulla de Caminos ha localizado la furgoneta de Wood en la autovía 11. Preguntan qué quiere usted que hagan.

—¿Dónde están exactamente?

—Cerca de Chippewa Falls. El vehículo sospechoso se dirige al centro de la ciudad.

—Pasa la llamada a la sala de reuniones. La contestaré aquí.

Todos los policías de la habitación se habían removido en sus asientos; el ambiente se había cargado de tensión.

—Don, ábranos la sala de guerra. Van a hacernos falta escopetas, chalecos antibalas, el arsenal completo.

—Es todo suyo. Que les jodan a los de la Montada.

Sonó el teléfono y Cardinal lo cogió enseguida.

—Soy el detective Cardinal de la Brigada de Investigaciones Criminales. ¿Con quién hablo?

—Unidad 14 de la PPO. Soy el agente George Boissenault, y mi compañera es la agente Carol Wilde.

—¿Está seguro de que es el vehículo que buscamos?

—Es una furgoneta azul Chevy de 1989. Matrícula de Ontario 7698128, robada. En el lateral pone «Reparaciones Eléctricas Comstock», o algo así.

—Agentes, les informo que a partir de ahora yo estoy al mando. El conductor del vehículo es el principal sospechoso del caso Pine-Curry. Repito, yo estoy al mando, ¿entendido?

—Entendido. Recibimos los datos de la furgoneta durante la reunión matinal.

—Vale. Sígalo pero no lo detengan.

—Quizá debamos hacerlo. Va a toda pastilla.

—No lo detengan. Repito: no lo detengan. Va con un rehén, y no queremos que lastimen al chico. Avisen a central y que cierren la carretera. Pero no se acerquen, ¿me oyen? Ordenen que cierren las vías de acceso.

—Afirmativo.

—Voy en un coche patrulla, supongo.

—Así es, una patrulla. Ese tipo no va a tardar en vernos.

—Intenten pasar inadvertidos, pero no lo pierdan de vista. ¿Tiene hijos, Boissenault?

—Sí, señor. Dos. Uno de ocho y otro de tres.

—El rehén acaba de salir del instituto. Considérello otro hijo suyo, ¿entiende lo que le digo? Si actuamos bien, quizá le salvemos la vida.

—Parece que va a tomar la salida de Algonquin Bay. No, me he equivocado.

Sigue por la carretera de circunvalación.

—Que no se aleje. A mi lado tengo al sargento detective Dyson, y en cinco minutos van a recibir más refuerzos de los que jamás hayan visto. Si el sospechoso se da a la fuga, síganlo. No hace falta que les diga que va armado y que es peligroso.

Lo seguiremos de cerca. Si se va a coordinar la acción desde algún puesto de mando, ¿quiere que nos pasemos a su misma frecuencia?

—Me ha leído el pensamiento, agente, arréglole con Flower. Ahora mismo salimos hacia allí.

La «sala de guerra» era un armario que, a pesar de su nombre altisonante, no podía alojar a más de cuatro policías. Delorme y McLeod fueron los primeros en salir, con los nuevos chalecos de Kevlar y escopetas de repetición. Cuando salió Cardinal, Szelagy le gritó desde el otro extremo de la sala de la jefatura:

—Tengo en línea a ese profesor, Fehrenbach. Dice que el chaval, Curry, pudo haberle robado la tarjeta de crédito.

—Dile que lo llamaremos —contestó Cardinal ajustándose el chaleco. Apúntalo y deja la nota en la ficha.

Sonó el teléfono del pasillo. Era la sargento Flower, tenía a Jerry Commanda en línea. Ya había despegado en el helicóptero.

—Jerry, ¿dónde puedes aterrizar ese trasto para venir a recogerme?

La voz de Commanda llegó mezclada entre el barullo de vibraciones y golpes del rotor.

—El sitio más cercano es el muelle del Puerto del Gobierno, pero tendrás que despejarlo de paseantes.

—¿Dónde está nuestro amigo?

—Acaba de dejar atrás Shepard's Bay.

—Se lo está tomando con calma, mejor así. Nos vemos entonces en el Puerto del Gobierno en cinco minutos.

Al tiempo que la partida salía a toda prisa hacia el aparcamiento, Cardinal alargó la mano para coger el micrófono.

—Debimos pedir una ambulancia al Hospital St. Francis.

—Ya lo he hecho. Se dirigen en dirección sur por la autovía 11 —repuso Delorme ahorrándole la llamada.

—Recuérdame que te dé un beso bien grande.

—No durante las horas de servicio. Y después, tampoco.

—Un besazo, Delorme, en cuanto hayamos atrapado a este tipo.

Delorme encendió la sirena y dio un susto de muerte al conductor de un Toyota que les obstruía la salida. Cardinal giró bruscamente y salió por Sumner Street. Cuatro minutos y tres semáforos más tarde, los dos compañeros habían abandonado el coche y corrían hacia el extremo del muelle. Posado como una libélula, los esperaba el helicóptero, cuyos rotores disparaban pequeñas tormentas de nieve en todas direcciones. Detrás de la nave, el lago y el cielo daban la impresión de ser una única lona de color gris pálido.

Cardinal no solía volar. Su estómago aún no había despegado cuando él y su grupo se acercaban ya a Shepard's Bay y a las cabañas de pescadores que punteaban

la costa. El paisaje todavía mantenía su aspecto de postal navideña, a excepción del perro que retozaba sobre el hielo y de su dueño, que, con grandes zancadas de sus raquetas, enfilaba hacia su cabaña con un paquete de seis latas de cerveza bajo el brazo.

—Mira los atascos en Water Road. Se ve que ya han cerrado las vías de acceso —comentó Jerry, y por el micrófono avisó—: Boissenault, los oficiales que actuarán como puesto de mando ya han despegado. ¿Cuál es su posición?

—Estamos a casi un kilómetro de la salida de Powassan. Le diré una cosa: el tipo que lleva el volante lo hace de pena.

—Ahí están —señaló Delorme.

La furgoneta Chevy, una pastilla para la tos de color azul, tomaba la curva que bordeaba un bosque bajo de pinos. A unos doscientos metros la seguía el coche de la PPO. Jerry gritó al piloto:

—¡Mantente en su punto ciego! ¡No queremos que se asuste!

—Boissenault, ¿alguien ha visto qué aspecto tiene? —preguntó Cardinal por el micrófono.

—Lleva ropa vieja. El equipo del carril contrario informa que se trata de un hombre blanco de unos treinta años, de cabello castaño y chupa negra. No han visto acompañantes.

—Pero no sabemos si lleva a alguien en la parte de atrás.

—¿Cree que transportaría al chico en un vehículo robado?

—No sabe que ya tenemos las señas de la furgoneta. Y aunque estuviera al tanto, no hay manera de estimar cuánta confianza tiene en sí mismo. Deje que se interponga un par de coches, Unidad 14, o se va a asustar.

—Recibido.

—Solamente es una patrulla —señaló Jerry Commanda a Cardinal—, no un equipo de vigilancia.

—No hay razón para que vayan pisándole los talones, lo vigilaré desde aquí arriba. Dejen que se aleje, Unidad 14, y colóquese detrás del Camaro.

Un deportivo Camaro rojo fuego con la suspensión trasera levantada al estilo dragster cruzó al carril contiguo y adelantó a la patrulla a la velocidad de la luz.

—Vaya —suspiró Cardinal—, qué bien se comporta la ciudadanía en presencia de la Patrulla de Caminos.

—Te sorprenderías —replicó Jerry.

El piloto señaló un punto luminoso al sudoeste.

—Amanece.

El gris edredón del cielo se rasgó dejando paso al brillo del sol. La sombra del helicóptero fue proyectándose intermitentemente sobre las laderas de las colinas y los salientes rocosos, a unos veinte metros por delante de la furgoneta. El piloto redujo la

velocidad y la sombra de la nave desapareció del campo visual de la presa. A trescientos metros detrás de la Unidad 14 rodaba una hilera de coches policiales, unos sin distintivos y otros de la PPO. Los seguían un camión de bomberos y dos ambulancias que serpenteaban por curvas y colinas como el desfile de un circo ambulante.

—Maldita sea —gruñó Jerry—. Espero que este cabrón no tenga la intención de ir a pasar el fin de semana a Toronto.

—Si lo hace, nosotros no podremos acompañarlo —advirtió el piloto dando unos golpecitos en el cristal del indicador del nivel de combustible—. Como mucho lo pasaremos en Orillia.

—¿Qué hacen esos tipos ahí delante?

Cardinal había avistado una patrulla de la PPO aparcada en el arcén, con las luces de torreta destellando.

—Estarían fuera de frecuencia por alguna razón. Radiaré un mensaje para que los quiten de ahí. —Jerry le arrancó el micrófono de la mano a Cardinal—. Central, tenemos una unidad en la autovía 11, dirección sur. Que los saquen de ahí. De inmediato y como sea. Que lo hagan ya.

—Central. Recibido.

—Demasiado tarde, Jerry. Lo han asustado.

El conductor de la Chevy pegó un volantazo y aminoró la marcha. De pronto volvió a acelerar.

—Puesto de mando: se nos escapa. ¿Quiere que lo detengamos?

—Péguense a él, pero no lo detengan. Hay que averiguar hacia dónde va.

—Cardinal, no puedes dirigir la persecución desde el aire. Son sus vidas, los que deciden son ellos.

—Unidad 14, se les acercan dos coches circulando en dirección norte. Después les quedará la vía libre. —Y dirigiéndose a Jerry—: ¿Cómo han accedido a la carretera?

—En esta zona hay muchas salidas, no hubo tiempo de cerrarlas todas. Mira eso.

La furgoneta azul tomaba una curva demasiado abierta invadiendo el carril contrario y ahora se dirigía a toda velocidad hacia un choque frontal con un turismo blanco, un Toyota.

—Apártate de su camino —rogó Delorme al conductor del turismo—. Apártate.

En el último momento, el Toyota se echó al arcén, coleó con brusquedad y volvió a encarrilarse. Debajo de su chaleco antibalas, Cardinal sudaba profusamente. Había estado a punto de matar a los ocupantes de aquel turismo. Tenía las manos tan húmedas que apenas si podía sujetar el micrófono.

—Esto se acabó, Unidad 14. Deténganlo. Sáquenlo de la carretera.

—Recibido. Lo detendremos.

—A todas las unidades: conecten luces y sirenas. Vamos a por él. —Y a Jerry—: ¿Está alertada la K-9, por si se le ocurre internarse en el bosque?

—Greg Villeneuve ya está avisado, va en la camioneta gris delante del camión de bomberos —contestó Commanda.

La patrulla en cabeza aceleró con las luces de la torreta destellando. Por encima del traqueteo de los rotores se oía el ulular de las sirenas. La furgoneta Chevy se fue hacia la derecha una vez más, circulando a caballo entre la carretera y el arcén, pero al instante retomó el carril. Cuando la Unidad 14 acortaba distancias por la izquierda, la Chevy le cerró el paso.

—¡Dios santo! —gritó Jerry—: No le ha dado por los pelos.

La patrulla se puso a la par de la furgoneta.

—Unidad 14, Unidad 14, rezáguese. En la siguiente curva hay una pala quitanieves en el carril contrario. Repito: una pala quitanieves en el carril que va al norte. La pala está detenida.

La patrulla no respondió. Los dos vehículos tomaron la curva como si estuviesen soldados por el parachoques. En un par de segundos, la furgoneta se incrustaría contra la pala.

—Por el amor de Dios, el chico podría estar en esa furgoneta. ¿Por qué no se retira la patrulla?

—Quieren adelantarse y formar una fila.

Delorme se alejó de la ventana para no ver.

En el último segundo, la Unidad 14 tomó la delantera dejando libre el carril izquierdo. La Chevy se desvió bruscamente para evitar la pala, pisó un tramo de hielo, atravesó ambos carriles y fue a dar contra la mediana.

Los siguientes cien metros los recorrió deslizándose a horcajadas entre la carretera y la pared divisoria. La patrulla fue frenando para seguir a la furgoneta de cerca. La Chevy superó finalmente la mediana y continuó la marcha sobre la gruesa capa de nieve. Chocó contra un ventisquero y dio una vuelta de campana, seguida de una segunda y una tercera. Aterrizó de lado, inclinada en un ángulo no desprovisto de cierta elegancia, y surcó los carriles siguientes sobre una alfombra de chispas.

—Gracias a Dios que cerramos la carretera —suspiró Delorme.

La furgoneta pegó con las ruedas contra los pilotes de contención, dio un salto mortal y medio y se estampó contra un saliente rocoso, donde estalló en llamas.

—Aterricemos, Jerry —ordenó Cardinal—. A todas las unidades: quiero esta sección de la autovía cerrada a cal y canto. Que los bomberos apaguen el fuego y se encarguen de sacar de allí al rehén.

Repito: puede haber un rehén en la parte posterior. Saquen al rehén primero.

Tras haber espantado a los obreros con los fuertes golpes de las aspas, el piloto tocó tierra en medio de un almacén de maderas. Mientras los policías se apresuraban

agachados hacia la patrulla que los esperaba, oían los insultos de los trabajadores que después del susto recibido se desquitaban chillándoles, refugiados detrás de pilas de contrachapado y listones de cinco por diez.

Cuando Cardinal llegó al lugar del siniestro, el fuego ya estaba sofocado y el vehículo chamuscado se encontraba cubierto de espuma. Un bombero saltó desde la puerta corredera lateral, meneando la cabeza.

—¿No hay pasajeros?

—Ni siquiera hay conductor. No hay nadie dentro.

—Ahí está, ya lo tienen —anunció Jerry Comanda, señalando la valla divisoria.

Cuatrocientos metros más atrás advirtieron un cuatro por cuatro aparcado en la mediana con las luces encendidas. Dos agentes habían inmovilizado sobre la nieve a una silueta oscura, a la que apuntaban. Veinte segundos más tarde, la figura se había convertido en el centro de un semicírculo de escopetas, amartilladas y prestas a disparar.

El sospechoso, que yacía echado boca abajo con los brazos extendidos como un ahogado arrastrado hasta la playa, emitió de pronto un gruñido y levantó mínimamente la cabeza. Larry Burke se deslizó terraplén abajo y le colocó las esposas, le dio la vuelta y lo cacheó.

—No va armado, sargento.

—¿Lleva algún documento?

Burke fue desdoblado la cartera hasta encontrar el carné de conducir.

—Frederick Paul Lefebvre, Wassi Road, 234. El de la foto es él.

—¡Es Freddie el Frenético! —exclamó Delorme—. ¿Cuánto hace que lo han soltado por conducción temeraria, dos semanas?

Dos médicos de la ambulancia bajaron por el terraplén. Palparon y bombardearon a preguntas a la confusa masa de humanidad que yacía indefenso en la cuneta.

—Vaya castaña —repitió varias veces Freddie el *Frenético*—. Vaya castaña. — Un enfermero le limpió la sangre de la frente con un puñado de nieve. Entonces, por primera vez, alzó la vista hacia la multitud de escopetas que le apuntaban y entre hipos soltó—: Joder, tíos... —exclamó reprimiendo un eructo—, ¿es que nunca os habéis tomado una copa de más?

Para Cardinal, el resultado de la persecución del vehículo de Woody se tradujo en papeleo y más papeleo. El suplemento por sí solo alcanzaba la extensión de *Moby Dick* y, como con toda otra operación que involucrara a otro cuerpo policial, como ocurría en este caso con la PPO, el papeleo sólo tendía a multiplicarse. La sola utilización de la sala de guerra ya requería de informes detallados del armamento y equipo utilizado, la munición disparada, etcétera.

Habría preferido interrogar a Lefebvre, pero Freddie *el Frenético* había perdido el conocimiento poco después de confesar su ebriedad, y ahora se recuperaba en una cama de hospital bien vigilada.

La luz indicadora de mensajes del teléfono de Cardinal no dejaba de titilar. Era Karen Steen, quería averiguar si habían surgido novedades en la investigación y hacerle saber que esperaba una respuesta a su llamada. Cardinal recordó sus ojos azul profundo, el candor sorprendente de sus rasgos. Ojalá tuviese algo que decirle a aquella joven, algunas palabras de aliento, pero no había nada de lo que informar. Los peritos, Arsenault y Collingwood, se habían encerrado en el garaje para trabajar en la furgoneta, y sería inútil pedirles huellas dactilares hasta dentro de unas cuantas horas.

Cardinal extrajo un fajo de papeles de su bandeja de entrada. Entre ellos había varios sobres gruesos enviados por la Corona, los informes, impresos y pedidos de información habituales. También había un sobre interno que contenía un memorándum de Dyson en el que señalaba a todos la necesidad de no quedar como imbéciles ante los tribunales. La palabra «contemporáneo» aparecía subrayada bastantes veces.

Junto al memorándum se había incluido un recorte de papel, al parecer adherido accidentalmente con rastros de alguna sustancia que se asemejaba bastante al azúcar glaseado de un donut. Se trataba de una nota con el remite «Del despacho del sargento detective A. Dyson» e iba dirigida a Paul Arsenault. En la nota se ponía al perito a disposición de los expertos en documentación de la Policía Montada el fin de semana siguiente. La combinación RPMC y expertos en documentación sólo podía referirse al caso de Kyle Corbett. Y que la reunión tuviera lugar en un fin de semana implicaba un volumen de trabajo considerable. Se tramaba algo importante.

—Por el amor de Dios, ¿por qué tengo que volver a testificar? ¡Me estoy empezando a sentir como un muñeco de vudú, todo el mundo quiere clavarme sus agujas! —todo esto gritaba McLeod a su teléfono móvil mientras rebuscaba con la esperanza de desenterrar algo del vertedero que era su escritorio. Colgó profiriendo blasfemias—. Me da la impresión de que a la maldita Corona le encantaría provocarme un ataque al corazón.

—Quizá le apetezca —respondió sosegado Cardinal.

—Mi chico da un recital de piano el jueves. Su último cumpleaños me lo perdí gracias a los hermanos Corriveau. Si falto esta vez, mi mujer, perdón, mi ex mujer, o sea, lady Macbeth con una orden del juez, me dejará fuera de la foto familiar para siempre. Ya tiene a todo el Juzgado de Familia en la palma de la mano, te lo juro. A sus ojos soy un monstruo a medio camino entre Atila y Charles Manson. Y ahora otra vez con los Corriveau: ¿qué sentido tiene desestimarme como testigo para después hacerme ir cada cinco minutos?

Sin previo aviso, la mente de Cardinal se alejó pensando en Catherine. Los aullidos paranoicos de McLeod se fueron desvaneciendo hasta quedar en un segundo plano. Cardinal recordó los pómulos marcados de Catherine y la manera en que levantaba la vista del libro atisbándolo por encima de sus gafas para leer. En esas ocasiones, su mirada era muy intensa, como si temiera que un ser extraterrestre se le hubiese colado en la cama asumiendo la forma de su marido. «¿Te encuentras bien?», solía preguntarle, y la reverberación de aquellas palabras en su memoria era de una dulzura insoportable.

—Eh, ¿adónde vas? —gritó McLeod corriendo detrás de su Compañero—. Todavía no he acabado con mi recital de quejas. Ni siquiera había empezado...

Catherine Cardinal, con los brazos extendidos, recorrió por el pasillo la distancia que la separaba de su marido. Todavía tenía el pelo mojado de la ducha. Se aferró a él con fuerza y el detective aspiró el olor al champú de su mujer.

—¿Cómo está mi chica? —susurró Cardinal—. ¿Cómo está mi chica?

Se sentaron en el sofá del salón acristalado. Catherine se encontraba tan bien que Cardinal sintió un estremecimiento de esperanza. Ella lo miraba a los ojos y sus manos sólo dejaban traslucir temblores esporádicos, no los círculos obsesivos que dibujaban siempre. Abrió los labios para decir algo, pero no salió sonido alguno de su boca. Se dio la vuelta; él esperó a que dejara de llorar, con la mano apoyada en la rodilla de su mujer. Finalmente, Catherine recuperó el aliento y dijo:

—Creí que a estas alturas estarías preparando el divorcio.

Cardinal negó con la cabeza.

—No va a ser tan sencillo librarte de mí.

—Pero lo conseguiré. Si no es esta vez, será la siguiente, o la siguiente. Lo peor es que no hay una sola persona que vaya a culparte por dejarme.

—No me iré a ninguna parte, Catherine. Que eso no te quite el sueño.

—Kelly ya puede cuidar de sí misma, nunca te culparía. Y tú lo sabes. Ni siquiera yo te culparía.

—Déjalo ya. No voy a abandonarte.

—Entonces deberías tener una aventura con alguien. Seguramente conocerás a

muchas mujeres jóvenes en el trabajo. Ten una aventura pero no me lo digas, ¿de acuerdo? No quiero saberlo. Con una de tus compañeras quizá, pero no vayas a enamorarte de ella.

Cardinal pensó en Lisa Delorme. Una mujer con las ideas claras, práctica. La misma que podía o no estar investigándolo. La misma del cuerpo bonito, en palabras de Jerry Commanda.

—No me apetece una aventura —aseguró a su esposa—. Te quiero a ti.

—Dios santo, ¿eres tan incorruptible como parece? Nunca pierdes los estribos, siempre tan paciente. ¿Cómo esperas comprender a alguien que está tan jodida como yo? No sé por qué lo intentas, eres prácticamente un santo.

—Vaya, cariño. Es la primera vez que me acusas de santidad.

Catherine, por supuesto, no sabía nada acerca del dinero. Cardinal lo había aceptado durante la primera depresión de ella, años atrás. La habían internado, estaba a la deriva en un mar de sargazos donde navegan las almas perdidas. Aquello duró dieciocho meses.

Entonces sus padres empezaron a telefonarle cada dos días desde Estados Unidos para interesarse, haciéndolo sentir como un marido insensible e inútil, y Cardinal estalló. Durante algún tiempo se convenció de que la demencia de su mujer le había hecho perder los estribos. Pero el católico que llevaba dentro, por no mencionar al policía, nunca aceptaría semejante excusa. Y nunca se lo perdonó.

—Los maridos dejan a sus mujeres constantemente —lo tranquilizaba Catherine—. Nadie aguantaría lo que tú soportas a diario.

—La gente carga con cosas mucho peores.

«Debería confesarle lo del dinero —pensó Cardinal—. Probarle que es mejor que yo: ella enloquece de vez en cuando pero nunca comete errores a propósito». Pero imaginar la mirada de su mujer al enterarse lo detuvo en seco.

—Mira, te he traído un regalo. Lo podrás estrenar el día que salgas de aquí.

Catherine desplegó el papel de seda con una ternura suprema, la misma que aplicaría a una herida para limpiarla. La boina era de color burdeos claro, un color que a Catherine le encantaba llevar. Se la probó ladeándosela con desenfado.

—¿Qué tal me queda? ¿A que me parezco a una exploradora?

—Te parece a alguien con quien querría casarme.

El comentario la hizo llorar de nuevo.

—Iré a traer unas coca-colas —anunció Cardinal, y se encaminó hacia la máquina.

Era un modelo antiguo, de las que expendían aparte el sirope y el agua gasificada en un vaso de papel; allí no se permitía el manejo de ningún tipo de metal por parte de los pacientes. Durante unos breves instantes se quedó en el pasillo contemplando las blancas ondulaciones del terreno, los pinos circundantes y sus ramas vencidas

bajo el peso de la nieve. Fuera del despacho del forense, protegidos bajo un pórtico, dos camilleros fumaban el pitillo de descanso mientras flexionaban las piernas para combatir el frío.

Al regresar al solarium, vio a Catherine hecha un ovillo en un extremo del sofá con el ceño fruncido. No había bebido, el vaso de cartón con coca-cola aún seguía intacto sobre la mesa. Cardinal esperó quince minutos pero ella permanecía indiferente, como una estatua de madera. Nada que él dijera obtenía respuesta. Cuando por fin decidió irse, ella seguía acurrucada en la misma posición, con sus ojos feroces clavados en las baldosas del suelo.

Dyson hizo pasar a Delorme a su despacho e inmediatamente se dispuso a ningunearla: contestaba llamadas, buscaba fichas o le daba la lata a Mary Flower por el interfono. Finalmente volvió el cuerpo hacia ella y cogió el abrecartas, sosteniéndolo entre las palmas de sus manos. Por un instante, Delorme creyó que se lo pondría en la boca y lo mordería como supuestamente hacen los guerreros.

—Póngame al día, Lise. ¿Qué tal va la investigación a Cardinal?

Ella odiaba que la llamaran por su nombre de pila; además, le daba a su superior un aire de productor cinematográfico de serie B.

—El repaso de las fichas no ha revelado mucho. Al menos nada que pueda interesar a la Corona.

Dyson inclinó el abrecartas. En el exterior, la misma luz crepuscular que lo hacía brillar como una Excalibur en miniatura iluminaba un carámbano mientras lo derretía.

—Quizás haya llegado el momento de someterlo a escuchas.

—Ese es exactamente el plan de Musgrave, pero no lo conseguirá en un futuro próximo.

—¿Ah, no? —Dyson depuso el abrecartas visiblemente molesto—. ¿Y por qué no?

—Porque planean una operación contra Corbett para el 24.

—¿Para el 24? Pero ¿qué les pasa a esos tipos? ¿No pueden hacer las cosas de una en una? ¿No se contentan con hacerlas mal, encima tienen que hacerlas todas a la vez? ¿Por qué quieren ir a por Corbett antes de que usted termine su investigación, por el amor de Dios? ¿A qué viene tanta prisa?

—Corbett tiene planeado cargarse al jefe de los Black Diamond, una pandilla de motoristas que controlan parte de la zona sur.

—¿Así que pondrán en peligro una investigación en curso para salvar la vida de un motero que probablemente también es un asesino? Los caminos de la Policía Montada son inescrutables. ¿Quién es la fuente?

—No me lo han dicho. Y no me sorprende, dadas las circunstancias.

—No, a mí tampoco —suspiró Dyson.

Delorme no estaba segura de compartir lo que realmente le preocupaba, pero al notar a Dyson inusualmente receptivo se arriesgó.

—Tal vez no sería tan mala idea darle un respiro a Cardinal por el momento. ¿Se imagina lo perjudicial que sería para la investigación del caso Pine-Curry, sargento?

—Le he estado dando vueltas al asunto. Será mucho peor si sale a la luz luego.

Poco después, Delorme estaba en su escritorio rellorando suplementos cuando apareció Cardinal seguido de una ráfaga de aire frío. Daba la impresión de haber llegado del mismo Averno. Las arrugas de su cara se habían profundizado. Todo ello hacía que Delorme sospechara que su compañero había ido a visitar a su esposa.

Malcolm Musgrave y su equipo habían montado su cuartel general en el Motel Pinegrove. La estancia era el típico cuartucho frío e impersonal de rigor, con muebles coloniales de imitación y cortinas de un naranja que desquiciaría a cualquiera. Entre grabadoras de bobina, monitores de vídeo y aparatos de radio se erigían, cual pirámides precarias, montañas de cajas de pizza y pilas de bandejas de comida china. Al parecer, se había suspendido el servicio de habitaciones.

El sitio apestaba a sudor y a hamburguesas apelmazadas.

Ver que Musgrave se había involucrado personalmente en las tareas de vigilancia sorprendió a Delorme, y se lo hizo saber.

—¿Cree que me perdería todo esto? —Realizó un gesto amplio con el brazo extendido y la sobaquera de cuero emitió un crujido leve—. Claro que podía haberme dedicado a otra cosa. De hecho, mi implicación directa ya ha molestado a números más sensibles. Pero ¿sabe una cosa? Me la suda. Puede pensar que soy un vengativo, pero Corbett me ha jodido olímpicamente y quiero ser yo quien lo coja. —Y añadió con cortesía fingida—: Contando con su inestimable ayuda, por supuesto.

Musgrave levantó una silla horrorosa por encima de la cama y se la ofreció. Él se sentó en la cama, hundiéndola hasta el suelo, y acto seguido gritó a un hombre con cascos y de rostro grisáceo que hasta entonces había hecho caso omiso de toda la conversación:

—¡Eh, Larry, hazle escuchar el bit a nuestra invitada, la hermana Delorme! El espectáculo va a comenzar.

Larry cambió la bobina de la grabadora que tenía delante y la avanzó a tanta velocidad que a Delorme le sorprendió no ver elevarse un hilillo de humo. El operador presionó una tecla, giró un par de diales y extrajo la conexión de los cascos para que todos pudieran escuchar.

—Llegó hace un par de horas —explicó Musgrave—. ¿No responde usted a las llamadas?

—Estaba trabajando con Cardinal y no podía ausentarme. Por si no lo sabe, intentamos atrapar a un asesino en serie.

—No intente ponerme en mi sitio, señorita Delorme. Mi sitio está por encima del suyo.

Musgrave hizo una seña a su compañero y comenzó a sonar el final de una conversación.

—«... porque así es como hacemos negocios nosotros, por eso. Di a Snider que se ponga las pilas. No es más que un capullo cabrón».

—Ése es Corbett —dijo Musgrave—. Todo cortesía y buena educación.

—«¿Cuántas veces más tenemos que aguantar esas gilipolleces? Díselo. La próxima vez lo mandaremos a criar malv...».

—«Ya, Kyle. Entendido».

—El otro es Peter Fyfe. Lleva mucho tiempo de marinero en la Corbetta. Fue poli en Windsor, duró dos semanas aunque de eso hace siglos. Lo ficharon por lesiones en 1989. Desde entonces es mas bueno que un monaguillo. Igual que Corbett.

—«Dile que lamentará haberse aprendido mi nombre. Díselo».

—«Lo haré».

—«Y dile que esta vez va en serio. La única razón por la que esto no paso antes es Sheila. Pero esta vez ni ella evitará la que se le vendrá encima».

—«Se lo haré saber».

—«Hazlo».

Se oyó un clic cuando Corbett y Fyfe colgaron. Puesto que la grabadora se activaba con el sonido de la voz, la siguiente conversación empezó exactamente diez segundos después.

—«Dime».

—«Kyle, ¿hay alguna manera de sacarnos de encima al Gordo?».

—«El Gordo no es un pringao cualquiera, Pete. No me lo puedo ventilar así como así».

—Ya sabemos quién es el Gordo —explicó Musgrave—: Gary Grundy, jefe de los Lobos, una pandilla de Aylmer. Pesa unos ciento setenta en ayunas.

—«Ah, también tengo noticias de nuestro poli preferido. Tiene un dato que no puede comentar por teléfono».

—«Vale. Dile que se pase por la disco Crystal».

—«Ha propuesto la Biblioteca».

—«Genial, ¿quién coño va a reconocerme en la biblioteca?».

—«No se refería a la biblioteca pública, Kyle. La Biblioteca es una taberna, está encima del Motel Birches. Es el lugar más aburrido del universo. Oye, ni siquiera quiere que te lo comente por teléfono. Dice que probablemente la Policía Montada nos ha pinchado los teléfonos».

—«No han pinchado nada. ¿Por qué crees que pago una fortuna a mi maestro en piratería informática? Estamos limpios».

—«Pues él dice que sí y que por teléfono no digamos ni mu. Pero estás majara, Kyle, si crees que conduciré hasta Sudbury para hacer de mensajero de los cojones».

—«Dile que me reuniré con él en el New York, a las dos de la mañana. Estaré en la barra».

—«A las dos, vale. Le avisaré».

—«Pero no hoy, joder. Te dije que tengo que hablar con el Gordo».

—«Vale, vale, me hago cargo».

—«Que sea mañana por la noche, a las dos. Y dile que quiero que me lo cuente todo. Hace un puto siglo que no se deja ver».

—No hace falta que le diga que el maestro en piratería informática mentado es uno de los nuestros, ¿verdad, hermanita? El tipo es un as del ratón.

—Muy bien —respondió Delorme.

Y era cierto, lo habían hecho muy bien. Ella sabía que, salvo excepciones, la Policía Montada hacía bien su trabajo. Lamentablemente, la profesionalidad nunca salía en los periódicos.

«Mañana a las dos de la madrugada», reflexionó la detective Delorme.

—¿Podremos ocultar un equipo de grabación dentro del restaurante en tan poco tiempo?

Musgrave se puso de pie. Verlo incorporarse era como ver crecer un abeto gigante a cámara rápida.

—¿Ha perdido la fe, hermana Delorme? No se inquiete, nuestros monjecillos se están encargando de eso en este preciso instante.

Edie Soames mantuvo los ojos fijos en el reloj hasta que poco a poco las agujas fueron acercándose a las doce. Avisó a Quereshi de que se tomaba un descanso y se marchó al otro extremo del centro comercial, a Pizza Patio. Siempre comía sola porque Eric nunca libraba a la misma hora que ella. Sin embargo, en aquellos momentos la necesidad de estar con él era particularmente imperiosa. Hacía tanto tiempo que tenían secuestrado al chico que su expectación había ido transformándose en miedo. Eric no dejaba de posponer la fiesta, y en apariencia disfrutaba prolongando los preámbulos durante el mayor tiempo posible. Adoraba tener un prisionero, le daba un nuevo sentido a su vida. Y, sin embargo, ella se sentía inquieta y nerviosa, como si la piel del cuerpo la apretara demasiado.

En la mesa de al lado, su ex amiga Margo se había situado de espaldas a la entrada y compartía risitas con dos compañeras de Pharma-City. Ya nunca se sentaban juntas: Margo no era lo bastante formal. Un año antes, cuando Eric aún no había entrado en su vida, Edie escribió en su diario íntimo: «Margo sabe divertirse, algo que yo jamás he aprendido. Creo que me he enamorado de ella. Ayer se pasó por casa y me lavó y marcó el pelo. Nos lo pasamos de maravilla». Pero de pronto Eric entró en su vida, y desde el primer momento él y Margo no congeniaron. Cierta día, antes de saber cuánto significaba el muchacho para su amiga, Margo había comentado como de pasada que Eric no podría parecerse más a un hurón. Desde entonces, exceptuando las inevitables conversaciones en horas de trabajo, la joven enamorada no había vuelto a dirigirle la palabra.

Edie pidió una coca-cola diet y dos porciones de pizza. Iba por la mitad de la segunda cuando por casualidad oyó su nombre. Lo había pronunciado Margo, no con la intención de llamar la atención de Edie, sino porque era ella el tema de conversación.

—Es increíble —comentaba Margo—. Una cara de acelgas. Su cara podría parar un camión. Además, debe de echarse un cuarto de litro de Obsession cada día. Te lo digo yo, esa chica necesita un cambio de imagen total.

—Total —confirmó Sally Royce—. Y un cambio de personalidad tampoco le vendría mal.

Las voces cuchichearon durante unos instantes y después se oyeron unas carcajadas.

Edie dejó la pizza sin acabar y se marchó. Esas zorras deberían leer los periódicos y enterarse de quién es el Windigo. No se reirían tanto, se dijo, si supieran de lo que ella era capaz. Si se lo proponía, podría hacerlas cagarse de miedo o incluso obligarlas a que suplicasen por sus vidas como esa estúpida mocosa india. Quizás

hasta se hubiera dado el gusto de cargarse a Billy LaBelle si el alfeñique no se hubiera muerto anticipadamente. Sólo en una ocasión su coraje la había traicionado: antes de ayudar a Eric a mover el cuerpo de Todd Curry, tuvo que envolverle la cabeza.

Pero cada vez se sentía más fuerte. Menos de veinticuatro horas antes había transportado un cadáver en su coche hasta Trout Lake. «Eric estuvo increíble. Tan calculador, tan impasible. Mató a aquel tipo con ligereza, como si aquella vida valiera menos que la de un pájaro. Y después nos deshicimos de él como de la basura. No era más que eso, escoria, así que lo tiramos a la cuneta de la carretera. Pero el toque verdaderamente genial fue dejarlo junto a la taberna Chinook. Lo van a desplumar antes de que puedas decir “hielo”, había pronosticado. Y así sucedió. Había tenido toda la razón, como siempre».

El Centro Comercial Algonquin contiene dos inmensos supermercados. El Food Town en un extremo y un Kmart en el otro. Entre ambos se extiende el resto de tiendas, formando una gigantesca ele fluorescente. El centro fue concebido para dotar a esta ciudad norteña de una calle principal donde mirar escaparates sin sufrir los rigores del invierno. ¿Ventiscas, tormentas de nieve y viento helado?

Ya no. En la actualidad, a los habitantes de la bahía esas incomodidades les traen sin cuidado. Los consumidores ya pueden pasear entre tienda y tienda, mirando escaparates durante toda la tarde si les apetece, y todo sin necesidad de congelarse hasta la médula.

Para Edie, los maceteros cuadrados con sus árboles de interior, las plantas frondosas y los bancos que las rodeaban demostraban un gusto exquisito. Desde esos bancos se podía contemplar un escaparate repleto de zapatillas de deporte en la tienda Foot Locker o sentarse al otro lado y ver las novedades musicales en Records on Wheels. O, como prefería ella, sentarse en el banco próximo a Troy Music Centre, la tienda de instrumentos y equipos de música, a la espera de que Eric acabara la jornada.

Edie pasó de largo frente al Tot Shoppe, una tienda de ropa para niños cuyo escaparate a rebosar de diminutos anoraks hacía pensar en un ejército de esquimales enanos a punto de invadir el centro comercial. En Northern Lighting vio un candelabro de diseño hecho con tuberías de cobre cuyas pantallas eran de aluminio; el chisme le recordó a la cornamenta de los alces.

Finalmente entró en Troy Music, pero Eric estaba en la trastienda, haciendo el inventario. Mejor así, pensó ella, porque él le había prohibido que lo visitara en el trabajo. El dueño y jefe, el señor Troy, se encontraba detrás del mostrador afinando la guitarra a un chaval con cara de empollón. Entretanto, Edie hojeaba las partituras de moda y recitaba las letras de las canciones de Whitney Houston y Celine Dion. ¿Cómo no iban a ser famosas?, tenían dientes perfectos y tetas perfectas. «Me

gustaría ver qué sería de ellas si tuvieran una cara eccematosa como la mía». La fama era el resultado de una lotería genética, igual que el amor, y Edie no había heredado ninguno de los dos de su padre, un desconocido; ni de su madre, que había desaparecido de la bahía seis años después de parirla.

Y así Edie acabó siendo criada por Gram, su abuela, una vieja insoportable que constantemente la hacía sentirse aún más fea y estúpida. Sólo por un breve y fantástico instante había creído ser atractiva: el día en que Eric se fijó en ella. Durante un tiempo incluso tuvo fantasías sexuales con él. Pero en aquel campo, como en tantos otros, ella imitó como por ósmosis el comportamiento de él.

—Edie —le había explicado—, fuiste creada para algo más importante que el sexo. Ambos lo hemos sido. Nuestro destino es traspasar las fronteras de aquello que el ser humano es capaz de hacer.

Edie cruzó el aparcamiento helado a toda velocidad y se cobijó en Tim Hortons, donde pidió dos donuts rellenos de chocolate y un café doble. Algonquin Bay presumía de sus diecisiete tiendas de donuts. Edie estaba al tanto porque, un día en el que se sentía más aburrida que de costumbre, recorrió la ciudad y las contó. No cabía duda de que los donuts tenían un efecto balsámico, así que cuando por fin enfiló de nuevo hacia Pharma-City se sentía mucho más serena.

Unos minutos después, corriendo y sin aliento, llegó Margo y tiró el bolso despreocupadamente entre las dos cajas registradoras. Edie no se dignó mirarla.

En ocasiones, Edie entraba en una especie de trance que aceleraba el paso del tiempo, de repente comprobaba que ya eran las siete y se preguntaba cómo la tarde había pasado tan rápido. Pero hoy las horas se estiraban. No podía quitarse de la cabeza las palabras de Margo, ni aquellas risas que le habían provocado náuseas. Edie se olvidó del chico que tenían amordazado en el sótano y de la herida de su pierna. Cuando Quereshi le pidió que se encargara de la farmacia mientras él iba al baño, ella se metió cincuenta comprimidos de Diazepan en un frasco de plástico que llevaba oculto en el bolsillo.

Cuando Quereshi regresó, le preguntó:

—Oiga, Quereshi, ¿qué le daría usted a alguien para paralizarlo, para que se quedara quieto pero sin dormirse?

El ceño del señor Quereshi se frunció hasta cobrar la textura de una nuez.

—¿Se refiere a algo que facilitara un procedimiento quirúrgico, por ejemplo?

—Sí, para que una persona no se moviera pasara lo que pasara.

—Como usted sabrá, tales fármacos existen, pero nosotros no los vendemos. ¿Para qué lo quiere, señorita Soames? ¿Piensa operar a algún pobre diablo?

—Es por aprender, nada más. Me gustaría ir a la Facultad de Farmacia, hace tiempo que ahorro para ello.

—Yo me licencié en Medicina, en Calcuta. Pero mi título no era reconocido por

las autoridades de este país, así que me vi obligado a estudiar Farmacia. Me convalidaron tres asignaturas. Siete años de estudios reducidos a tres asignaturas, es un despropósito y una vergüenza. Habría sido un cirujano excelente, pero el mundo es un lugar injusto.

—Tengo el presentimiento de que haré algo especial en el futuro, señor Quereshi.

Ciertamente sería algo muy especial, y no exageraba. La noche anterior, Edie había escrito en su diario: «Pronto seré capaz de matar por mi cuenta. El alfeñique del sótano no me daría problemas, pero dejaré que lo mate Eric. Prefiero estrenarme con una mujer y hasta se me ocurre quién podría ser».

—Le aconsejaría que se decidiese por una carrera, señorita Soames. No se le presentarán tantas oportunidades. El mundo no sólo discrimina a los que tenemos la piel oscura, sino también a mujeres como usted.

«Así que mujeres como yo». No, no hacía falta que aquel asqueroso paquistaní se lo aclarara. «Mujeres sin encanto como usted». Mujeres con caras asquerosas como la suya. No tenía que pronunciar las palabras, lo daba a entender su tono engreído. Si fuera por ella, aquel negro amarronado no operaría ni a un perro, pensó Edie, y mucho menos a un ser humano. Quereshi le entregó un frasco de píldoras, que ella embolsó y entregó a su vez a una frágil anciana al otro lado del mostrador.

—Son veintinueve dólares con cincuenta.

—¡Veintinueve con cincuenta...! Pero si me costó veinticinco el mes pasado —exclamó la mujer tras tambalearse, como si el precio le hubiera causado una infección del oído interno—. Estoy jubilada, no puedo pagar semejante cantidad. No me alcanzará para comprar la comida de mi gato.

—Entonces no las compre, señora.

«O estrangule a ese gato de los cojones, a mí me da igual».

—Las necesito. Son para el corazón, tengo que comprarlas. ¿Qué puedo hacer?

—No lo sé. Usted verá.

—No hay nada que ver, señorita. No puedo negarme. ¿Cuanto dijo que costaban?

—Veintinueve con cincuenta.

—Han subido un veinte por ciento o más. Me gustaría que alguien me explicara cómo pueden aumentar tanto unas píldoras en un mes.

—No lo sé, señora. Han subido y punto.

La mujer desembolsó tres billetes de diez que apestaban a talco. Edie le devolvió el cambio.

—Gracias por ahorrar en Pharma-City. Tenga cuidado no vaya a atropellarla un coche.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—He dicho que tenga cuidado en el aparcamiento. Hay muchos coches ahí fuera.

Quereshi estaba a punto de decirle algo, Edie lo presentía. Se aproximaba

lentamente, calentando los músculos para el sermón. No era asunto suyo, a él lo habían contratado para contar píldoras. El trato para con los clientes no era asunto suyo.

—Señorita Soames, dígame una cosa...

«Ya empezamos», pensó Edie, y se puso a acomodar todos los billetes boca arriba en el cajón del dinero.

—Dígame una cosa, señorita Soames, cuénteme. ¿Tiene usted algún interés especial, alguna afición? ¿Le gusta la música o, digamos, la filatelia?

—Sí, tengo una afición...

«Asesino gente», estuvo tentada de responderle, aunque sólo fuera para ver la reacción de aquella estúpida cara marrón.

Me gusta hacer cosas especiales.

—Me alegro, señorita Soames, Porque trabajando de cara al público usted nunca hará carrera. No trata de crear una afinidad con los clientes, no les muestra ninguna simpatía.

—A quién le importa. La simpatía es un recurso de débiles.

—¿De débiles? Quiero creer que está leyendo a algún metafísico terriblemente malvado. Esa pobre señora no tiene dinero. Si los precios suben, eso la perjudica. ¿Qué le costaría decirle unas palabras amables?

—No quiero hablar de eso.

—¿Es mucho esfuerzo decirle «Qué barbaridad...» o algo similar? A usted no le costaría nada.

Una señora de cabello oscuro interrumpió la conversación para pedir seis cajas de Henna. Había comenzado la hora punta de la tarde. Otra se llevó una provisión de antiácido Mylanta que le duraría al menos un año. «Un día se abastecen de Kaopectate, el astringente, y al día siguiente les vendemos todas las existencias de Ex-Lax, el laxante. La mierda va y viene, igual que los que compran Kaopectate y Ex-Lax», filosofó Edie. Una joven adquirió tres remedios distintos para el resfriado, champú, esmalte de uñas y un acondicionador para el cabello. Una mujer con el pelo rizado compró un potingue para alisárselo, y otra, más joven y de cabello liso, se llevó un mejunje para rizárselo.

En cuanto a Edie, ella ya había probado todo remedio existente bajo el sol —ser empleada de Pharma-City le suponía un 10 por ciento de descuento en sus compras—, pero ningún ungüento, crema o esteroide había mejorado el brillo ceroso de su piel. «¡Eh, Edie! —le solía gritar uno de sus compañeros de instituto—. ¿Has estado asándote la cara en el horno? ¡La próxima vez usa el microondas!». Edie llevaba aquel recuerdo como quien lleva la bala de una vieja herida incrustada entre las costillas.

Después, un chico que compró una docena de preservativos Sheik. Los condones

se guardaban debajo del mostrador, al alcance de todos los empleados, pero los chicos nunca se los pedían a Margo. Se sentían más cómodos con una mujer fea. Sentada frente a su caja registradora, su compañera cobraba a los clientes, feliz como una lombriz. Quizá por tener el cerebro de un gusano podía disfrutar de aquel empleo para subnormales. Desde la desafortunada mención de la palabra «hurón», Margo pasaba mucho tiempo sola en las horas de tranquilidad. Sacaba su revista *People* y la hojeaba una y otra vez, mes tras mes, leyendo los mismos reportajes mientras explotaba los globos que hacía con el chicle.

Eddie se estaba poniendo la parka cuando un hombre con un blazer azul se dirigió a ella.

—Señorita Soames, ¿puede acompañarme, por favor?

Era un guardia de seguridad. Solía descubrir a los rateros y les gritaba delante de los demás clientes para humillarlos. Struk, se llamaba. Eddie lo siguió hasta el pequeño despacho en la primera planta, donde una mujer gorda vigilaba a través de los monitores de circuito cerrado. Struk señaló el bolso.

—Señorita Soames, ábralo, por favor.

—¿Por qué? No he robado nada.

—La empresa se reserva el derecho a revisar las pertenencias de sus empleados. Usted firmó una circular al respecto cuando la contrataron.

Eddie hizo lo que le ordenaron. Y Struk rebuscó entre kleenex, agendas y chicles, incluso revisó los compartimientos del billetero. ¿Qué esperaba encontrar, condones ocultos?

—Vacíe los bolsillos, por favor.

—¿Por qué?

—Hágalo, o haré que Franny la cachee. Acabemos con esto de una vez.

Dos minutos más tarde, Eddie ya había salido y se acomodaba la correa del bolso cuando vio entrar a Margo. Bromeaba con Struk mientras éste la conducía al despacho. La puerta estaba abierta y Eddie pudo oír la repetición de todo el trámite.

—Adelante —invitó Margo—. Aquí no hay nada salvo cosméticos y goma de mascar.

—¡Ajá...! —Struk hizo una pausa—. Seguramente ahora me dirá que tiene una receta para esto.

—¿Qué son, píldoras? Yo no las puse ahí, no son mías. Le juro que no tengo ni idea de cómo han llegado a mi bolso.

—No me mienta. La pueden despedir por robar fármacos. Aquí hay por lo menos cincuenta comprimidos de Diazepam. ¿Cómo se explica que llegaran a su bolso?

—¡No lo sé, se lo juro! ¡Yo no los cogí! ¡Alguien los habrá metido ahí! ¡Créame, por favor!

—¿Y por qué iban a hacerlo?

Margo rompió a llorar desconsolada; Edie no se quedó a escuchar el desenlace. Apresuradamente bajó las escaleras que llevaban al centro comercial. De pronto se sintió de tan buen humor que entró en el Kmart y se compró un par de zapatos nuevos.

Al regresar a su casa después del trabajo, Edie se quitó las botas empapadas de aguanieve y subió a la planta de arriba para ver cómo estaba su abuela. La vieja roncaba a pierna suelta, la boca abierta de par en par como el portón de un garaje. Ni siquiera había preguntado por los disparos que habían resonado por la casa unos días antes, le preocupaban más los gritos que oía de vez en cuando. Era hora de poner en su sitio al prisionero.

Los tres pasadores seguían en su sitio. Edie pegó el oído a la puerta y escuchó antes de abrirla. Eric le había dado la orden de no hablar con el prisionero a no ser que él estuviera presente, Edie se resistía para no entrar. ¿Qué gracia había en tener un prisionero si no se le podía demostrar quién era el jefe?

El chico estaba sentado en la silla con la espalda recta y las muñecas y los tobillos bien sujetos. La manta había caído al suelo y ahora estaba completamente desnudo. Tenía la piel de gallina.

Al entrar Edie, el muchacho alzó la cabeza. La cinta adhesiva le tapaba la boca, pero sobre la mordaza sus ojos enrojecidos imploraban que lo dejaran marchar.

Edie frunció la nariz.

—No has podido aguantarte, ¿verdad? Qué guarro eres...

Durante veinticuatro horas, el prisionero no había recibido ni comida ni bebida, por lo que la palangana que habían dejado debajo de la silla no era más que una provocación deliberada.

Le revisó la herida: un pequeño agujero con marcas de quemaduras alrededor. No, no era nada serio. Entre gemidos y gruñidos, el prisionero intentaba decir algo, pero la cinta adhesiva no se lo permitía. Edie se sentó a su lado para verlo de cerca.

—Lo siento, no te entiendo.

Los ojos enrojecidos del chico se abrieron con demencia, y los gruñidos se hicieron más audibles.

—¿Qué te ocurre, prisionero? Tienes que vo-ca-li-zar.

Lo que fuera que quisiera hacerle entender, el chico debía de estar gritándolo. La desesperación se filtraba por la mordaza con la intensidad contenida de un rumor subterráneo.

—Deja de armar jaleo o te meteré un destornillador por el agujero que te hizo la bala. ¿Te apetece?

El chico negó con la cabeza, en medio de un temblor exagerado y cómico a la vez.

Edie se acuclilló delante de él.

—¿Sabes por qué estás vivo? —preguntó, vocalizando—. Te lo diré. Estás vivo

porque aún no hemos encontrado un sitio donde no puedan oírse tus gritos.

Una lágrima caliente cayó sobre la muñeca de Edie. Sorprendida, saltó hacia atrás mirando la gota con asco.

—¡Hijo de puta! —exclamó, y lanzó un escupitajo que alcanzó al chico en medio de la cara.

El prisionero agachó la cabeza para evitar nuevas represalias, pero Edie se agachó aún más y volvió a escupirle una y otra vez, sin ninguna pasión, tomándose todo el tiempo del mundo, hasta que el prisionero se dio finalmente por vencido. Entonces Edie siguió escupiendo hasta cubrirle toda la cara de saliva. Y no se detuvo hasta que la boca se le quedó completamente seca.

Cardinal arrastró del brazo a Freddie *el Frenético* hasta el calabozo y lo encerró.

—¡Yo no tengo nada que ver con esas muertes, y lo sabes! ¡No tienes ni una sola prueba!

Cardinal le explicó por décima vez que nadie iba a acusarlo de asesinato. Freddie *el Frenético* era un alcohólico y drogadicto que vivía en Corbeil cuando estaba en prisión, y una acusación de homicidio era lo más importante que le había ocurrido en su vida.

—Tengo una coartada, hijo de puta. Puedo probar dónde estaba y lo sabes. Contrataré a Bob Brackett, pringao. Te va a dejar el culo como un colador.

Y era cierto: podía probar dónde había estado. Veintisiete internos de la prisión del distrito —sin contar a los carceleros— testificarían que Freddie *el Frenético* había estado encerrado en aquella institución penitenciaria cumpliendo su condena de dos años menos un día. Dato que Cardinal había confirmado a los diez minutos de echarle el guante en la autovía 11. El policía cerró la puerta.

—Puedes acusarme de asesinato, de homicidio involuntario o de homicidio en primer grado o de lo que te salga de los huevos, Cardinal. Pero no me van a condenar: yo no he matado a nadie.

—Comprendo que sea difícil de entender, Freddie. Pero el hecho es que únicamente se te acusa de robo de vehículo, de conducción temeraria y de subir a un coche con un cuarenta y dos por ciento de alcohol en la sangre.

Freddie *el Frenético* defendía su inocencia con elocuencia, una elocuencia inútil, pues en lo que respectaba al único tema que interesaba a Cardinal su mente se mostraba extremadamente nebulosa. ¿Vio o no vio Freddie a la persona que había abandonado la furgoneta en el aparcamiento de la taberna Chinook? En ese mismo momento, los demás detectives se afanaban por localizar a los parroquianos y empleados de la taberna o a cualquier otro que hubiese visto el vehículo entrar en el aparcamiento. La memoria de Freddie *el Frenético* se desvanecía después de aquella segunda y fatal jarra de cerveza Labatt Ice.

Cinco minutos después, mientras bajaban por el pasillo hacia el garaje, Cardinal comunicaba el fruto de sus averiguaciones a Delorme.

—¿Eso es todo? —preguntó secamente—. ¿Ésa es toda la información que has obtenido de él?

—Se emborrachó y de pronto le entraron ganas de irse a Toronto. Eso es lo que hay.

Su compañera había estado algo crispada durante los últimos días y Cardinal tenía intenciones de averiguar por qué. Quizá Delorme ya tuviera pruebas del delito que él

había cometido, quizás estuviera a punto de hacerlo caer en una trampa de un momento a otro.

—¿Estás preparado?

Delorme se detuvo un instante antes de entrar, con la mano apoyada en el pomo de la puerta.

—¿Preparado para qué?

El hedor impactó en la nariz de Cardinal como una bola de derribos.

—¿Qué os pasa? ¿Tenéis algo en contra del oxígeno?

Arsenault y Collingwood estudiaban minuciosamente cada centímetro de la Chevy de Woody. «Nadie disfruta tanto con su trabajo como los peritos», reflexionó Cardinal. Ambos llevaban casi diez horas metidos en aquel garaje apestoso, rociando el amasijo de hierros chamuscados con cianoacrilato, un adhesivo volátil conocido vulgarmente como superglue.

Arsenault saludó con la mano enfundada en un guante de látex.

—Estamos a punto de terminar. ¿Alguna vez habéis visto tantas huellas? Deben de haber unos cuatro mil millones por lo menos —dijo soltando una risita.

—¿Y todas son de Woody?

—Sí. Tenemos huellas hasta de sus nalgas.

Arsenault lanzó una mirada cómplice al joven Collingwood y los dos rompieron a reír desafortadamente.

—Estáis colocados —comentó Cardinal sin perder la calma—. Será mejor que os toméis un descanso.

Durante el rociado del adhesivo se cubría completamente el vehículo con una funda de plexiglás, y ahora que la habían quitado, los vapores del cianoacrilato eran abrumadores.

—Venga —insistió Cardinal—. Salgamos a tornar el aire.

Bajo un sol deslumbrador, los cuatro inspiraron profundamente. La temperatura era la más cálida en lo que iba de invierno. A veces sobrevenían períodos de calor como aquél en pleno febrero, rachas lo suficientemente largas para hacer creer que ya faltaba poco para la primavera. La nieve que bordeaba el parque tenía el color de la ceniza, el vapor se extendía como la niebla allí donde la nieve se había derretido.

—Lo siento —balbuceó Arsenault—. Siento mucho el exabrupto.

—¿No habéis oído hablar de la ventilación? Tenéis suerte de estar con vida.

—Creo que estamos inmunizados, ¿no opinas lo mismo, Bob?

Con los brazos cruzados sobre el pecho, frotándose para quitarse el frío, Collingwood asintió con solemnidad.

—La mayor parte de las huellas, las nítidas, son de Woody, y las del volante, de Freddie. Las que encontramos sobre el salpicadero y la puerta del lado del conductor no son más que borrones. Alguien limpió el interior de la furgoneta.

—Venga ya, Arsenault, no me digas que no habéis encontrada nada.

Arsenault se mostró ofendido.

—Encontramos de todo. Levantamos dos juegos completos de huellas del espejo retrovisor. Eso fue antes de rociar el pegamento. Siempre se olvidan de limpiar el retrovisor, los muy gilipollas.

—¿Y?

Cardinal miró a Arsenault y después a Collingwood, y de nuevo a Arsenault.

—Las estamos haciendo comprobar por todas las fuerzas policiales del país. Si está fichado lo sabremos pronto. En un par de horas a más tardar.

—No me creo que no hayáis cotejado las de la furgoneta con las que los forenses encontraron en el cuello de Woody. Tenéis el fax pinchado en la pared de vuestro despacho, ¿en qué estáis pensando?

—Ah, ésas. Sí. Las de los pulgares coinciden, pero eso lo averiguamos nada más empezar.

—¿Y no ibais a decírmelo?

—Sí. Cuando llegase la corroboración del archivo central. Queríamos darte una sorpresa.

Delorme sacudió la cabeza, incrédula.

—Estáis totalmente colgados.

Collingwood y Arsenault estiraron las piernas un poco, parecían avergonzados. Desde el portón del garaje, Cardinal contempló la furgoneta desguazada. Dondequiera que una mano hubiese tocado el metal, el vapor del cianoacrilato cobraba un tono blancuzco. Era como si todo el vehículo estuviese cubierto de lunares.

—Una vez rociamos una avioneta Cessna —comentó Arsenault—. No era mucho más grande que esta furgu, la verdad.

—Pero ¿qué estás diciendo, Paul? Por supuesto que la Cessna era más grande. Sobre todo si tienes en cuenta que tenía alas.

Cardinal, Delorme y Arsenault se dieron la vuelta y miraron a Collingwood de hito en hito. Según recordaban, era la primera vez que el joven perito hablaba sin que antes le dirigieran la palabra. Estaba plantado frente a la Chevy esbozando una sonrisa ladeada. El sol le brillaba en las orejas, de tono anaranjado.

Después de comer, Cardinal y Delorme fueron a visitar la casa del difunto Woody, un pequeño bungalow en un barrio de las afueras llamado Ferris. Se acomodaron en la cocina y vieron cómo Martha Wood concentraba todos sus esfuerzos en alimentar al niño. Mientras hablaba de su marido muerto procuraba no desviar la mirada de su retoño, quizá para evitar que los ánimos se le viniesen abajo estrepitosamente.

—A Woody le gustaban los equipos de alta fidelidad, los radiocasetes potentes,

las grabadoras, todo lo que fuera fácil de transportar y de vender, y también los ordenadores portátiles, si es que se topaba con alguno. Esperaba a tener aparatos suficientes para llenar la Chevy hasta los topes, y entonces se iba a venderlos a Toronto. Casi siempre regresaba el mismo día. Venga, Truckie, come un poco más. — Le hundió a su hijo una cucharada más de huevo pasado por agua. Truckie se la tragó y luego alargó el brazo para comer otro poco—. Te gusta, ¿verdad? Sí, lo sé.

La tristeza golpea a los seres humanos de maneras muy distintas. Desde su asiento al otro lado de la cocina, Cardinal observaba con qué cautela Martha se daba la vuelta, con qué delicadeza tomaba el huevo con la cuchara. Estaba haciendo un esfuerzo titánico para concluir con la rutina de alimentar a su hijo y lidiar con ellos, los polis. Cada uno de sus movimientos evidenciaba un cuidado y una lentitud calculados, como si estuviese recuperándose de unas quemaduras. Cardinal intuyó que debajo del dolor anidaban la tensión y la furia; pero era difícil asegurarlo, todas sus respuestas iban dirigidas a Delorme.

—Es una monada —observó la detective. Se acercó y acarició el cabello negro y suave del pequeño—. ¿Se llama Chuckie?

—Truckie. Aunque su verdadero nombre es Dennis, como el padre de Woody. Woody siempre lo llamaba Volquete —explicó mientras limpiaba un trozo de huevo de la cara del niño.

Después volvió a coger otra porción microscópica con la punta de la cuchara. Los deditos cortos y regordetes de Truckie se aferraron a la cuchara y la guiaron, con ansiedad pero sin demasiada precisión, hacia su boca.

—Durante el embarazo, Woody solía decir: «No necesitamos un bebé, ¡necesitamos una radio, una lámpara de pie, un Volquete! ¿Por qué no le ponemos uno de esos nombres?». Así que cuando hablábamos del niño lo llamábamos Lámpara o Volquete, y lamentablemente el nombre se le quedó.

En la cocina flotaban olores infantiles fáciles de identificar: talco, sábanas con pis, lejía. Cardinal sintió que nunca había visto algo tan triste como aquella mujer y su niño; era una mujer muy guapa con unos rasgos perfectos.

—Hola, Truckie —repetía Delorme, y acariciaba la suave cabecita—. ¿Cómo te va, eh?

Por primera vez, Martha miró directamente a Cardinal.

—¿Le importaría irse, por favor?

—¿Qué? ¿Quiere que me vaya?

Aquello lo cogió por sorpresa. Que su presencia pudiera incomodar a la mujer en aquel momento era lo último que se le habría ocurrido.

—Ayer usted sabía que mi marido había muerto, lo sabía desde el principio, y siguió haciéndome preguntas como si no importara. Como si se tratara de cualquier tontería. ¿Cómo cree que me sentí?

Martha Wood era una mujer de carácter, pero le temblaba la voz.

—Lo siento, señora Wood. Necesitaba esa información cuanto antes.

—Fue una sensación terrible, me sentí como una mierda. Por eso quiero que salga de mi casa.

Cardinal se puso de pie.

—Cometí un error, lo lamento —fue lo único que atinó a responder—. La tensión no me permitió pensar como debía. Lo siento mucho.

Se marchó por la puerta lateral hacia el coche, donde se quedó tomando notas. «Dios santo, como poli soy un asco —pensó—. Nadie se lo imagina». Una decisión equivocada le había costado no poder registrar la casa de Woody. Nunca sabría cuánto podría demorar aquello la investigación. «Si los periodistas del canal cuatro se enteran de esto, van a hacer su agosto».

Él y Delorme se encontraron en la calle media hora más tarde.

—Pobre mujer —suspiró, dejándose caer en el asiento del acompañante.

—¿Te dejó revisar las pertenencias de Woody?

—No había mucho que ver, pero encontré esto.

Le entregó un sobre de papel de estraza.

Cardinal sacó un fajo de instantáneas Polaroid, algunas pegadas entre sí. Mostraban tres centros comerciales, el de Algonquin Bay, el de Airport Hill y el Gateway. Todas las fotos eran de los accesos para los proveedores.

—Sólo les he echado un vistazo —comentó Delorme—. Pero me da la impresión de que estaba reconociendo el terreno.

—Él no robaba tiendas.

—No, solamente casas. Al menos hasta donde yo sé, nunca lo cogimos por ninguna otra cosa.

—Del Gateway hay una, pero de los otros hay varias.

—Yo no veo más que aparcamientos. Tal vez estuviera siguiendo a un vehículo determinado.

—Para eso no hacen falta fotografías. Pero si hubiese intentado entrar en alguna de estas tiendas quizás alguien lo hubiera visto. Quizá lo vieron acompañado de alguien...

Eric Fraser terminó de sacar brillo a la D-35 y volvió a colgarla en el soporte de la pared, detrás del mostrador. Una de sus obligaciones era sacar lustre a las guitarras una vez por semana, prefería aquello a encargarse de la caja registradora o a desempaquetar amplificadores. Lustrar le gustaba, era una actividad agradable y mecánica que le permitía dejar volar sus pensamientos por donde quisiera: a la isla, a la casa abandonada o al chico que tenía prisionero en el sótano de Edie.

—¿Cuánto cuesta la Martin? —preguntó un adolescente gordinflón con bigote ralo y cubierto de sudor.

—Tres mil seiscientos.

—¿Y esa Gibson que tienes ahí?

—Mil doscientos.

Eric sabía que el gordinflón deseaba probarlas pero no se lo sugirió. Alan no era amigo de que los clientes probasen las guitarras caras a menos que estuviesen verdaderamente interesados.

Arrastrando los pies, el chaval se dio la vuelta y caminó hacia los libros de partituras, y Eric se enfrascó nuevamente en el lustre de la Gibson. Él nunca tocaba. Carl y Alan eran músicos profesionales y a Eric le avergonzaba demostrar su escaso talento en presencia de sus compañeros. Aun así, todavía atesoraba bajo la cama el instrumento de Keith London, una Ovation en perfecto estado. Intentó rasgar un par de acordes, pero los dedos le escocían por falta de práctica.

Una chica entró en la tienda. Se puso a ojear las partituras intentando memorizar los acordes de una canción de Whitney Houston. No pasaba de los doce años y tenía el cabello largo y liso. Era maravilloso poder contemplarla sin sentir deseo alguno; gozar de un prisionero hacía que disminuyeran los truenos que Eric sentía en su interior. Katie Pine, sin embargo, no había tenido tanta suerte. En aquella ocasión, Eric estaba cavilando sobre Billy LaBelle cuando Katie Pine se presentó en la tienda, interesada en los instrumentos de viento pero sin intención de comprar ninguno de ellos. En el mismo instante en que la vio, Eric se sintió presa del destino: esa chica sería suya y nada ni nadie se lo iba a impedir.

Lo de Billy LaBelle había sido muy distinto. Billy solía pasar habitualmente por allí a tomar clases, y Eric había tenido varias semanas para observarlo. Siempre llegaba solo, y después de su clase de música siempre partía solo cargado con su guitarra. ¡Qué grandes planes había concebido para Billy!, pero va y se muere. Al menos, Edie y él habían aprendido la lección: no volvería a suceder. No señor, tenía grandes planes para el nuevo.

Imaginó las barbaridades a las que lo sometería, no conseguía quitarse al

prisionero de la cabeza. Habían empapelado la ciudad con su fotografía, el centro comercial —hasta en la puerta de Troy Music—, y las calles y las paradas de autobús. Pero Keith no había estado en la ciudad más de un par de horas, nadie lo iba a poder encontrar y mucho menos los polis que salieron por la tele.

Si pudiese hallar un lugar adecuado, un sitio apartado pero de fácil acceso donde pudiera actuar con toda libertad, donde poder montar la cámara y las luces. Pero no sería sencillo, las casas abandonadas no caen del cielo.

—Puedes acabar de lustrarlas mañana, Eric. Encárgate de la caja registradora, ¿vale?

—De acuerdo, Alan. Pero ¿no habías dicho que había que inventariar unos equipos?

—Hazlo mañana. Ahora encárgate de la caja.

«¿Sabes por qué tengo que encargarme de la caja? —pensó Eric—. Porque tú te las vas a dar de experto. Porque tienes que presumir delante de estos bobos y mostrarles cómo tocan los que saben tocar de verdad, ¿no es así?».

Alan afinaba un Dobro Fender para un tío que llevaba el pelo largo hasta las rodillas. Algunos rasgos de Alan, como actuar con firmeza sin dejar de ser amable, recordaban a Eric a su último padre adoptivo.

La chica que intentaba memorizar todos los acordes de la canción de Whitney Houston se dio por vencida y decidió comprar la partitura.

—¿Tocas el piano?

El esfuerzo que hacía Eric por mostrarse amable iba dirigido a Alan, por supuesto.

—Sí, un poco.

—Eso está bien. Estos acordes sonarán mejor tocados en un piano. Para guitarra no sirven, tienen muchos bemoles.

Era fácil hablar cuando se sentía libre. Tener un prisionero en casa le permitía hablar con la gente con la facilidad con que lo hacían Alan y Carl. Rasgó el comprobante y lo pegó a la bolsa.

—Que la disfrutes. Y si necesitas alguna otra partitura nos la pides.

—Gracias. Lo haré —respondió ella, la cara salpicada de acné y los dientes ocultos tras los aparatos.

«Es increíble —se dijo—. Una semana antes no habría podido ni hablar con ella por la tensión. Los truenos que hay en mi corazón me habrían suscitado imágenes terribles, habrían sido más fuertes que mis obligaciones».

Sin embargo, ahora podía observar cómo sacudía su largo cabello liso sin que le ocasionara deseos de ningún tipo. No ponerse nervioso en esas circunstancias era una auténtica exhibición de autocontrol.

Jane, su hermana adoptiva, también tenía el cabello liso, pero era rubio. A Eric le

fascinaba. Siempre se lo estaba acicalando, a veces se retorció un mechón distraídamente mientras miraba la televisión, otras se estudiaba las puntas abiertas bizqueando por el esfuerzo. Eric se lo tocó más de una vez, pero ella nunca llegó a enterarse. En el coche, por ejemplo, si ella ocupaba el asiento delantero y él el de atrás, Eric no perdía la oportunidad de tocar aquella melena dorada de dulce perfume. Ella no lo notaba.

Durante unos segundos soñó despierto con Jane. Cuántas cosas le habría hecho de habérselo permitido las circunstancias. De pronto oyó a Alan Troy invitándolo a marcharse a casa, no había mucho que hacer.

—¿Estás seguro, Alan? Puedo quedarme un rato más si hace falta.

—Créeme, no hace falta. Carl se encargará de cerrar.

Se había puesto el abrigo y estaba a punto de irse cuando se dejó llevar por un impulso.

—¿Cuánto puede valer una Ovation de segunda mano?

Alan contestó sin levantar la vista mientras contaba el dinero de la caja.

—¿Por qué, quieres vender una?

—El otro día, un tipo me quiso vender la suya, pedía trescientos por ella.

—Depende del modelo, ya sabes. Una Ovation nueva cuesta poco menos de ochocientos, así que no está mal de precio. Habría que ver el clavijero, el diapason y demás.

—Tenía buena pinta, pero yo no soy ningún experto.

—Si el tipo te la deja, tráela y le echamos un vistazo. Digamos que te daré mi opinión profesional. ¿Qué te parece?

—Quizá lo haga. No sé si el tipo sigue en la ciudad... Bueno, hasta mañana, Alan.

—Buenas noches, Eric. Conduce con cuidado, la ciudad es un charco de aguanieve.

Alan lo miró desconcertado y esbozó una sonrisa.

—Te veo de muy buen humor estos últimos días.

—¿De Veras? —Eric se detuvo a pesar—. Quizá tengas razón. Me han llegado buenas noticias: mi hermana se ha licenciado en Farmacia.

—Que buena noticia, me alegro por ella.

—Yo también. Jane es una buena chica.

Sin embargo, lo cierto es que Eric no había tenido noticias de su hermana adoptiva desde hacía más de catorce años.

Pensó que lo echarían de su nuevo hogar por el incendio que había originado en la casa contigua, pero nunca lo acusaron por ello, ni tampoco lo pillaron por las espantosas «fiestas» a las que invitó al perro y al gato, que todo el mundo había dado

por desaparecidos. Al final, acabaron descubriéndolo por una tontería sin importancia.

La causa fue Jane. Si a sus trece años Jane no hubiese sido una niña tan estirada todo habría ido sobre ruedas, él se habría adaptado mejor y habría logrado relajarse. Pero ella siempre lo incitaba, meneaba la cabellera para que él la admirase y después lo ninguneaba. Cuando hizo desaparecer al perro, Eric se sintió, de pronto, liberado de su anhelo. A partir de entonces pudo hablarle, llegó a consolarla incluso por la pérdida de su mascota.

Pero una semana después de la muerte del perro, el feroz dolor del pecho volvió a atormentarlo. Esos truenos. Jane lo ninguneó como había hecho siempre, lo trataba como un guijarro molesto que se le hubiera clavado en el tacón de su zapato. Él soportó el dolor estoicamente, pero cuando ya no pudo aguantarlo por más tiempo decidió que —al menos por una noche— ella le haría caso. De eso estaba seguro. En cuanto a lo demás, no tenía ni idea de qué iba a hacer o cómo lo llevaría a cabo.

Una noche se quedó despierto, la casa temblaba ya con los ronquidos de oso de su padre adoptivo. Se puso los vaqueros, la camisa y unos calcetines y recorrió el pasillo hasta la habitación de Jane. Sabía que la puerta no tenía cerrojo, ninguna tenía cerrojo.

Algunas noches, Jane se quedaba leyendo o escuchando su radio de plástico rosa, pero aquella vez no se apreciaba claridad por debajo de la puerta. Eric no dudó ni un segundo.

Giró el pomo de la puerta, entró en la habitación y cerró la puerta. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y podía distinguir perfectamente los contornos de las caderas bajo las mantas. Estaba acurrucada de cara a la pared, la melena rubia le ocultaba el rostro.

La estancia olía a zapatillas de deporte y aceite para niños. Eric permaneció inmóvil durante un buen rato, viendo subir y bajar el torso de Jane al respirar. «Puedo hacer lo que me plazca», razonó.

Puso las manos encima de la figura sin tocarla, como si el cuerpo fuera un radiador sobre el que quisiera calentarse las manos. Entonces le acarició el cabello y con el dedo índice enganchó un mechón, olía a champú Halo.

La respiración de Jane se entrecortó y Eric se detuvo en seco. «No es más que un sueño —estuvo a punto de susurrarle—. No hay por qué despertarse». Pero ella se despertó. Se incorporó con los ojos abiertos y, antes de que él pudiese hacer nada, gritó. Eric intentó taponarle la boca pero ella le mordió la mano y chilló fuera de sí:

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Eric está en mi habitación! ¡Eric está en mi habitación!

Fue una noche larga, una noche de lágrimas y voces airadas. Eric repetía una y otra vez que era sonámbulo, pero no logró que le creyeran.

Para su sorpresa, Eric Fraser fue desterrado de su habitación y último hogar

adoptivo, pero no por raptar y torturar al perro y al gato de la familia o por prender fuego al terreno del vecino; lo echaron de aquel hogar por el imperdonable crimen de haber puesto un pie en el dormitorio de su hija.

A partir de entonces se acabaron las familias adoptivas. Eric fue dando rumbos de una asociación benéfica a otra y su comportamiento empeoró vertiginosamente. Desaparecieron más animales, se desataron más incendios. Un niño menor osó burlarse de él por hacerse pis en la cama: Eric lo amordazó y lo azotó con un cable eléctrico.

Su última falta lo puso a disposición del Juzgado de Menores, en el 311 de Jarvis Street. Aquélla fue la tercera y última comparecencia. De acuerdo con la ley, se le acusó de delincuencia juvenil y fue destinado al Reformatorio Saint Bartholomew, en Deep River, donde permanecería bajo la tutela y guía de los Hermanos Cristianos hasta cumplir dieciocho años.

Lo único bueno que le sucedió allí fue que otro interno llamado Tony le enseñó a tocar la guitarra. Cuando salieron de Saint Bartholomew, pusieron rumbo a Toronto y formaron una banda de música grunge. Pero los otros miembros tenían más talento que Eric y en pocas semanas se deshicieron de él. Se sucedieron empleos cada vez más anodinos y habitaciones progresivamente más pequeñas. Eric sentía que Toronto lo ahogaba, le provocaba una sensación asfixiante, como si los pulmones ya no le respondieran. No tenía amigos. Pasaba las noches solo hojeando revistas pornográficas que le llegaban por correo en sobres de estraza. Entretanto, sus fantasías se tornaban más y más turbias.

Decidió que Toronto acabaría por matarlo, que tenía que mudarse a algún lugar abierto, con aire fresco, donde no tuviera aquella sensación de opresión constante. Con su minuciosidad habitual confeccionó una lista de las ciudades pequeñas y de los servicios de los que disponían, y redujo las posibilidades a Peterborough o Algonquin Bay. Visitaría ambas, comenzando por la segunda. Apenas llegó a Algonquin Bay vio un anuncio de «Se necesita empleado». La tienda era Troy Music, y así fue como Eric se estableció en la bahía. Una semana más tarde conocería a Edie y algo en su interior lo hizo sentir más fuerte. La devoción que percibió en sus ojos le confirmaron que juntos podrían compartir un destino. Fuera el que fuese.

Pero a Eric Fraser no le gustaba evocar el pasado: los años sofocantes, terribles que había pasado en Toronto; la hostilidad de Saint Bartholomew... Eric tenía la impresión de que todo lo ocurrido no había sido más que un fallo burocrático, que por error le había tocado en suerte una existencia estrecha y mezquina, una vida equivocada. La suya, la que de verdad le correspondía, se la habían robado.

Lo peor de todo es que todo lo que había sufrido habría podido evitarse, pensaba mientras pasaba en su furgoneta por delante de la vieja estación de los Ferrocarriles Nacionales, de camino a casa de Edie. Nunca se habría armado semejante lío si

hubiese sido lo bastante listo para teparle la boca a Jane con un buen trozo de cinta adhesiva.

Lise Delorme no tenía demasiada experiencia en tareas de vigilancia. Aquel miércoles descubrió que no se le daba nada bien esperar, especialmente en mitad de la noche y en un local vacío y sin calefacción contiguo al restaurante New York. Por fortuna, la bebida caliente y el calefactor habían hecho que la espera fuera un poco más tolerable.

Desde tiempo atrás, incluso desde antes de nacer la detective Delorme, el New York siempre había sido el restaurante favorito del hampa de Algonquin Bay. Nadie sabía exactamente por qué, pero todos coincidían en que no podía deberse a la carta, un menú que pondría a prueba al ex convicto más curtido. McLeod aseguraba que los filetes eran más elásticos que los zapatos que debió usar cuando era cadete en Aylmer. Quizá fuera el nombre de la gran ciudad lo que le otorgaba, al menos para los maleantes de la zona con sus cánones palurdos un cierto glamour. Sin embargo, era extremadamente improbable que cualquiera de los muchos y variados delincuentes de Algonquin Bay se hubiese arriesgado a probar suerte en la gran manzana, ya que, como cualquier hijo de vecino, prefieren evitar las ciudades con un alto índice de criminalidad.

Musgrave achacaba el éxito del local a sus dos entradas. El New York es el único establecimiento hostelero de Algonquin Bay al que se puede acceder por la luminosa Main Street y abandonar por la tenebrosa Oak Street. Ahora bien, según Delorme, su popularidad se debía a los gigantescos y estrafalarios espejos de la pared, que hacían que el local pareciese el doble de grande, o acaso a los taburetes de vinilo rojo con ribetes dorados supervivientes de la década de los cincuenta. Delorme tenía la teoría de que el cerebro de los facinerosos funcionaba como el de un niño, que se siente atraído por los colores chillones y los objetos brillantes. Y por tanto el New York, con sus menús orlados con cordoncillos dorados y sus candelabros polvorientos, era el lugar de esparcimiento natural para un hampón.

Como era de esperar, el restaurante permanecía abierto las veinticuatro horas del día. Es la única casa de comidas de la ciudad que ostenta tan dudoso honor, y lo proclama a los cuatro vientos por medio de un hospitalario anuncio de neón carmesí que es también una advertencia: «El New York nunca duerme».

Con independencia de la causa de su popularidad, el antro resultaba de gran interés para las distintas fuerzas de seguridad. Tanto era así que se animaba a los policías a comer y cenar allí y a menudo lo hacían, rodeados de aquellos a quienes tarde o temprano tendrían que encarcelar. Algunas veces, los antagonistas entablaban conversaciones, otras se saludaban con un gesto silencioso y, en muchos casos, intercambiaban miradas glaciales. Sin lugar a dudas, en el New York un poli avisado

podía llegar a recabar información trascendental.

—Pues ha escogido el mejor lugar —gruñó Musgrave—. Si lo descubren no le será difícil explicar por qué estaba en compañía de un mal bicho como Corbett. Aunque no creo que se vayan a cruzar con mucha gente un miércoles a las dos de la madrugada.

Hacía seis meses que la antigua lencería adyacente al New York estaba desocupada, Musgrave había recibido las llaves del propietario, un banco, que se las ofreció con suma alegría. Para cubrir sus actividades, la RPMC había tapiado las ventanas y colgado un cartel que anunciaba la inminente apertura del comercio. En el interior, las únicas luces provenían de los diminutos flexos de pinzas que iluminaban los tableros de los equipos de escucha. En la sombra, acompañada de Musgrave y de dos tipos vestidos con monos de mujer —agentes que seguramente tenían órdenes de no dirigirle la palabra—, Delorme aguardaba. Los supuestos contratistas estaban en sus posiciones desde el mediodía; Delorme había llegado a las nueve de la noche, por un pasadizo trasero que la lencería compartía con la cerería. En el aire flotaba un agradable aroma a tejidos y a serrín.

Un monitor de vídeo en blanco y negro mostraba imágenes de casi toda la barra captadas con un gran angular. Delorme señaló la imagen.

—¿Podemos seguirlos con la cámara?

—No hará falta. Corbett dijo que estaría en la barra. Cardinal no podría justificar qué hacía en una mesa acompañado del falsificador número uno de Canadá, aunque nadie decide quién se sienta a su lado en la barra.

—Pero y si...

—La cámara está montada sobre una base giratoria y podemos dirigirla desde aquí con un joystick. Créame, no es la primera vez que hacemos esto.

Delorme hizo un gran esfuerzo para que las palabras «capullo susceptible» no se le escaparan. Se acercó hasta el escaparate tapiado y atisbó el exterior a través de una mirilla cuidadosamente taladrada sobre la i de «Próxima apertura». Sabía que si su compañero llegaba a presentarse, entraría por la puerta trasera, la de Oak Street, pero ya no soportaba contemplar la barra vacía en el monitor o las espaldas de sus poco amables colegas de la Policía Montada. Delorme tenía un ángulo de visión bastante restringido. El aguanieve que cubría Main Street llegaba a los tobillos, pero gracias a los calefactores incorporados a las aceras para favorecer el tránsito del público, éstas se mantenían secas. Al otro lado de la calle, el centro cultural, otrora un cine, anunciaba una exposición de pintura titulada «El norte verdadero», con acuarelas de jóvenes artistas canadienses, y un concierto de Mozart, cortesía de la Orquesta Sinfónica de Algonquin Bay. La nieve que se había pronosticado caía en forma de llovizna.

Los peatones escaseaban. Eran las dos menos cuarto de la madrugada, ¿por qué

iba a haberlos? «No vengas —pensó Delorme—. Cambia de idea, quédate en casa». El sargento Langois le había telefonado desde Florida tres horas antes para confirmar sus peores sospechas. A partir de aquel momento, ella no había sabido muy bien qué pensar. Es muy sencillo hablar de poner las esposas a un tipo que ha traicionado al departamento y a los contribuyentes para satisfacer a un criminal, pero otra muy distinta es destruir la vida de la persona con la que uno trabaja día tras día: destruir al ser humano real, no la presa abstracta. Incluso cuando envió a la cárcel al alcalde —un hombre que se había aprovechado de la confianza de la ciudad y merecía que lo encerraran—, incluso entonces, Delorme había pasado por aquel proceso de arrepentimiento por adelantado. Cuando hubo que encerrarlo, la detective no lograba dejar de pensar en las víctimas inocentes de su eficiencia, la esposa y la hija del reo. Daño colateral, se justificó, como lo haría el piloto de guerra que vuela rumbo a su misión, cumpliendo sus órdenes fueran cuales fueren las consecuencias. «Debí alistarme en la Fuerza Aérea, debí nacer en Estados Unidos».

Un Cadillac Eldorado rojo y blanco apareció al final de la calle, derrapó un poco debido al aguanieve y aparcó frente al restaurante. Focos potentes y muchos cromados, la clase de coche en miniatura que se cuelga sobre la cuna de un niño, pensó Delorme ratificando su teoría. «Ya no puedo echarme atrás. No hagas caso de lo que sientes —se dijo—. No es más que la ansiedad que le entra a uno en estas situaciones». El Cadillac había aparcado lejos, lo que hacía más difícil distinguir quién se apeaba del vehículo.

La radio chisporroteó y dio paso a una voz masculina:

—Ha llegado Elvis. Cambio.

Musgrave acusó recibo. La detective comprendió que Musgrave había colocado efectivos en numerosas posiciones y confió en que no estuvieran apostados a la intemperie.

Ambos se plantaron frente al monitor. En la pantalla, Kyle Corbett entregó el abrigo a alguien que permanecía fuera de cuadro, después se sentó en un taburete de la barra, dentro del ángulo de la cámara. Corbett tenía aspecto de cuarentón pero cultivaba un estilo más juvenil, como el de una estrella del rock. Llevaba una perilla de artista y el cabello largo, cortado a lo príncipe valiente pero peinado hacia atrás, lo que dejaba a la vista el entrecejo tenso. Su americana era de pana y solapas anchas, debajo sólo lucía un jersey de cuello de cisne. Se inclinó hacia el espejo para atusarse el bigote, giró el taburete y saludó al camarero con una sonrisa panorámica.

—¿Cómo te va todo, Rollie?

—Bien. ¿Y a usted, señor Corbett?

—¿A mí? —Alzó la mirada como tomándose un tiempo para meditar—. Prosperando. Sí, podría decirse que voy prosperando.

—¿Una Pilsner?

—No, hace mucha rasca. Ponme un café irlandés. Descafeinado. Me gustaría echar un sueñecito antes de que acabe el siglo.

—¡Un irlandés descafeinado! Marchando.

—Ése es mi chico.

Delorme intentó discernir exactamente por qué el modo de comportarse de Corbett le resultaba tan familiar. Y de pronto lo vio claro: Kyle Corbett, ex camello y falsificador, había adoptado la cariñosa condescendencia de los ricos y famosos. La detective recordó un encuentro con Eric Clapton en el aeropuerto de Toronto. Acosado por sus admiradores, el guitarrista firmaba autógrafos y charlaba con ellos en un tono relajado y, sin embargo, distante el mismo tono del que Corbett hacía gala.

Giró en el taburete. De espaldas a la barra y a la cámara, extendió los brazos y se reclinó sobre el mostrador. Se comportaba como si el local fuese de su propiedad.

—No parece tan peligroso —observó Delorme.

—Díselo a Nicky Bell... —replicó Musgrave—, que en paz descanse. —Hizo una señal de aprobación a sus hombres con los pulgares—. Claridad meridiana, tanto en la imagen como en el sonido. Buen trabajo.

La radio chisporroteó nuevamente.

—Se acerca un taxi por Oak.

Musgrave contestó.

—Dime que es la estrella de la noche, cambio.

—Acaba de bajar. —Hubo una pausa—. No le veo la cara, lleva capucha. Pero se dirige hacia vosotros, cambio.

Por los altavoces se oyó un fuerte ruido de vajilla. Los dos operadores se alejaron del monitor sobresaltados.

—¿Por qué coño se ha quedado en blanco la pantalla? —rugió Musgrave.

—La han tapado con algo, parece una pila de vasos.

Los operadores presionaban botones y giraban diales como unos locos.

—Es una de esas bandejas que llevan los lavavajillas industriales.

—Joder, dale al joystick. ¿No puedes esquivarla?

—Lo intento. Lo estoy intentando.

—¡Shhh! —siseó Delorme—. Dejádme oír lo que dicen.

Corbett saludó al recién llegado estruendosa y expansivamente. Utilizaba su mejor tono de «igual a igual», con el que pretendía dejar sentado que el encuentro entre poli y malhechor era puramente accidental, y además librar de toda responsabilidad a los empleados del local.

—Tómese algo conmigo. Siempre es bueno conocer a otro pobre diablo que sufre de insomnio..., aunque juegue en el equipo contrario.

La respuesta no llegó a oírse. El recién llegado probablemente estaba colgando el abrigo y se encontraba fuera del alcance de los micros.

—¿Siempre se visten como esquimales cuando no están de servicio?

—Larry —gruñó Musgrave—. Arregla la puta cámara o nos perdemos la función. «Por el amor de Dios —se dijo Delorme—, que esto acabe de una vez por todas».

—¿Qué bebes, un Shirley Temple? —preguntó Dyson—. No me digas que has pedido esa mariconada sin alcohol.

Musgrave no se lo podía creer.

—¿Quién es, Adonis Dyson? Creí que habías pillado a Cardinal.

Delorme se encogió de hombros. Una mezcla de alivio y de pena le fluyó de golpe por las venas.

—A Cardinal le di una fecha y a Dyson otra.

—¿Qué tienes para mí? —se oyó espetar a Dyson.

La pantalla seguía en blanco. Se oyó un crujir de papel.

—Haz algo con él. Personalmente, lo metería en un fondo de inversiones.

—El taxi me está esperando, así que iré al grano.

—¿De qué tienes miedo? ¿No te has enterado de que desde hace meses soy inmune a los polis? Es increíble lo que logra una orden del juez. Hay que admitirlo: cuando la ley funciona, es la leche.

—Se me hace tarde. Me espera el taxi.

—Siéntate. No me vengas con prisas ahora, que no te pago con monedas de chocolate. Quiero que me lo cuentes todo.

—La Policía Montada irá a por ti el 24. Como verás, yo tampoco te traigo chucherías. Será el día 24, eso es todo lo que necesitas saber.

—Ésa es la frase clave —explicó Delorme tranquilamente—. El 24, ése es el dato que recibió Dyson.

—Y esta vez no dejes que se vayan con las manos vacías —continuó Dyson—. Tienen que encontrar algo, y pillar a un par de tus colegas por lo menos. Aunque tengas siete vidas, estás pisando la número ocho y yo también. Si me cogen a mí nos cogen a todos.

Musgrave habló por radio.

—Cuando dé la orden entramos. Cierren todas las salidas. Cambio. —Y dijo a Delorme—: Vamos a atraparlo, hermana.

Musgrave entró por la puerta delantera y Delorme, por la de atrás, ambos acompañados por sendos pares de agentes de la RPMC. Musgrave se encargó de Corbett, y Delorme, de Dyson.

—La verdad —contaría después a sus compañeros—, todo fue como la seda, como una transacción de negocios. Corbett no opuso resistencia, solamente insultó un par de veces.

Tal vez hacía tiempo que Dyson esperaba un desenlace como aquél. Puso las

manos sobre la barra y dejó caer sobre ellas la cabeza, en la típica posición del borracho melancólico que quiere taparse la cara.

—Coloque las manos detrás de la espalda, por favor —ordenó Delorme. No tuvo que desenfundar el arma, los agentes de la Policía Montada que le cubrían las espaldas ya se encargaban de eso—. Sargento Dyson —repitió ahora más imperativamente—, haga el favor de poner las manos detrás. Tengo que esposarlo.

Dyson se incorporó e hizo lo que se le pedía. Tenía el rostro pálido como el papel.

—Aunque no sirva de nada, Lise, quiero que sepa que lo siento.

—Lo detengo por incumplimiento del deber, conducta impropia de un policía, obstrucción de la justicia y por aceptar un soborno. Yo también lo siento. La Corona me informó que quizás haya otras imputaciones.

Sonaba como una agente bien adiestrada, la mujer policía moderna cuya actitud parece advertir al incauto: «Oye, tú, no te metas conmigo». Pero la mente de la detective estaba lejos de la Corona y sus acusaciones, lejos incluso de Adonis Dyson. Durante todo el arresto —un perfecto ejercicio en el que había cumplido al pie de la letra las instrucciones del manual—, Delorme recordó la imagen de la jovencita desgarrada en aquel jardín de la casa de su jefe y la figura espectral que la conminaba a entrar.

Eran las tres y media de la madrugada, Cardinal había clavado las fotos en la estantería con chinchetas y en el equipo de música del estante inferior sonaba una suite de Bach. Él no era un entendido en música clásica, pero Catherine sí, y el compositor alemán era su ídolo. Escuchar el disco preferido de su mujer hacía que la casa estuviera menos vacía, como si al entrar al salón fuera a encontrar a Catherine acurrucada en el sofá, leyendo una de sus novelas de detectives.

Katie Pine, Billy LaBelle y Todd Curry miraban a Cardinal desde sus respectivas fotografías, desde el otro lado de la habitación. El jurado juvenil lo juzgó culpable. Keith London, que quizás aún estuviera vivo, se abstenía de votar, pero Cardinal podía oírlo pidiendo auxilio, acusando al policía de incompetencia.

Tenía que haber alguna conexión entre los cuatro, Cardinal no creía que el asesino escogiese a sus víctimas al azar. Por delgado y frágil que éste fuese, tenía que haber un hilo conductor que uniese a las víctimas, algo que acaso después resultaría obvio y que haría que se maldijese por no haberlo encontrado antes. Estaba allí, en alguna parte: en las fichas de archivo, en las fotografías de los peritos o en los informes de los forenses. Tal vez fuese una palabra o frase que se le había pasado por alto, o algún dato cuya importancia no había advertido hasta entonces.

Un coche merodeaba por Madonna Road. Los montículos de nieve amortiguaban el runrún del motor. Momentos más tarde se oyeron pasos en los escalones de la casa.

—¿Qué haces tú aquí?

Era Lise Delorme. Estaba en el umbral de su puerta, con el cabello salpicado de lluvia y las mejillas coloradas. Su voz sonaba llena de entusiasmo.

—Es una hora ridícula, lo sé. Me iba para casa, pero al pasar por aquí vi que las luces estaban encendidas. Te tengo que contar lo que acaba de ocurrir.

—¿Así que pasabas por aquí?

Madonna Road se apartaba unos cinco kilómetros del camino que Delorme solía tomar. De todos modos le franqueó el paso.

—No te vas a creer lo que voy a contarte, Cardinal. ¿Recuerdas el caso Corbett?

Sentada en el borde del sofá, Delorme gesticulaba como una loca al tiempo que contaba todos los pormenores a su compañero. Desde la primera aparición de Musgrave hasta el momento en que Dyson dejaba caer la cabeza sobre la barra como un condenado a la guillotina.

Cardinal se había acomodado en la butaca junto a la estufa, corrientes y contracorrientes de terror y de alivio le recorrían las entrañas. Escuchaba a Delorme

dar cuenta de las sospechas de Musgrave, de la ambivalencia de Dyson y hasta de sus propias dudas cuando averiguó lo del apartamento de Florida tras encontrar el recibo del barco.

—¿Registraste mi casa sin una orden del juez? —preguntó él intentando no quebrar la voz.

Ella hizo caso omiso y siguió sacudiendo los brazos para enfatizar, pronunciando sus palabras con el acento más exagerado que Cardinal jamás le había oído.

—Para mí, el peor momento... —dijo apoyándose la mano en el pecho, resaltando por un instante su seno pequeño y redondo—, el peor de todos, fue cuando encontré el recibo del yate.

—¿El recibo de qué yate?

Cardinal planteó la pregunta con una frialdad simulada a la perfección. Entonces Delorme, descarada como un ladrón profesional, se puso de pie y enfiló directamente hacia el archivador. Se acuclilló para abrir el cajón y con sus dedos pálidos hurgó entre los papeles.

El ciudadano que Cardinal llevaba dentro se escandalizó por la invasión; el policía admiró la labor de su compañera; y su hombría, muy a su pesar, consideraba todo aquello muy erótico.

Delorme sacó el recibo de un yate Chris-Craft por valor de cincuenta mil dólares.

—Cuando vi la fecha, me vine abajo. Me hundí en la miseria. Glup, glup, glup, hasta el fondo, como el Titanic.

—Fue emitido un par de días después de la redada a Corbett, es verdad.

Cardinal alejó el documento, lo estudió a trasluz buscando algo. No habría sabido decir qué era lo que buscaba exactamente.

—Pero no es mío.

—¿Sabes qué te salvó? Las tres efes.

Delorme le explicó la relación entre Florida y los francófonos que viajaban allí en febrero, y cómo esa combinación tan peculiar le había permitido ponerse al corriente de la compra de la embarcación sin desplazarse mil quinientos kilómetros.

—Le doy el número de recibo al sargento Langois y él se presenta allí. El caso es que ese hombre es muy guapo, ¿entiendes? Y la pobre chica de Florida cae rendida a sus pies; haría cualquier cosa por él. Imagínatelo: su acento afrancesado, su aspecto..., todo en Langois es encantador.

Por lo visto, la muy dispuesta empleada había desenterrado la factura de la venta. Y como el yate iba a ser entregado fuera del estado de Florida (para no pagar el IVA o por alguna otra razón) se le había pedido al comprador un documento con fotografía.

—El sargento Langois me envió el fax esta tarde, pero no a la jefatura, como podrás imaginar. Era un fax con la foto del sargento detective Adonis Dyson.

—Así que hasta esta misma tarde creías que yo trabajaba para Kyle Corbett.

—No, John. Yo, yo no sabía qué pensar. Todo este montaje se debía a que quería descartarte como sospechoso pero no sabía que iba a acabar descubriendo el pastel a Dyson. No tenía el fax cuando lo organice.

—Dyson tuvo que saber que podrías rastrear el recibo. ¿En qué habría estado pensando?

—En el recibo no constaba ningún nombre, y él no sabía que habían fotocopiado sus documentos ni que en el despacho habían guardado una fotografía suya junto con la ficha de la venta. De todos modos no creo que haya podido pensar mucho. Estaba entre la espada y la pared, entre Corbett y Musgrave, asustado. Tal vez le entró el pánico.

—Pero, según tú, fue Dyson quien puso el recibo entre mis fichas personales para comprometerme. No puedo creer que quisiera usarme de chivo expiatorio. Nunca fuimos amigos, de acuerdo... Dime, ¿qué pensaste del apartamento de la urbanización? Eso debió de ponerte en guardia.

—Procuré no precipitarme. Sé que tu esposa es estadounidense y que sus padres deben de estar a punto de jubilarse. Que tengan un apartamento en Florida es algo bastante probable. Hice que mi amigo, el poli encantador que estaba de vacaciones, lo comprobara. A esas alturas ya tenía el nombre de soltera de tu mujer. Sus padres le regalaron el apartamento, ¿qué hay de malo en ello? Eso no te convierte en un criminal, ¿no es cierto?

Le llevó unos segundos a Cardinal desenredar la maraña de sentimientos en su interior.

—O sea, que ya no me investigarás más.

—No. El caso está cerrado. Yo me despido de Especiales, y tú estás libre de culpa y cargo.

A Cardinal le costaba creer ambas afirmaciones. Además, había algunas cosas que quería saber.

—¿Por qué se habrá vendido Dyson? La investigación de Corbett fue un desastre de principio a fin, un desastre total. Era evidente que alguien informaba a Corbett, pero siempre creí que el soplo provenía del equipo de Musgrave. Se lo advertí a Dyson, y todo lo que me dijo fue: «Si quiere investigarlo, Cardinal, hágalo en su tiempo libre». Entonces desapareció Katie Pine y quité a Corbett de mi radar. No entiendo por qué Dyson me haría algo así. No le tengo afecto, pero nunca le hubiera creído capaz de semejante bajeza.

—Hace algunos años, Dyson creyó que su fondo de pensiones no era lo suficientemente rentable. Retira el dinero y lo invierte en la bolsa, en la industria minera. Uno de mis profesores de economía financiera solía decir: «Una mina es un agujero en el suelo con un mentiroso por dueño». En este caso no se equivocó.

—¿Dyson perdió el dinero en lo de Bre-X, el timo de la mina de oro en

Indonesia?

—El y muchos otros, pero los otros no perdieron tanto como él.

—Diablos —suspiró Cardinal, y tras una pausa añadió. Registraste mi casa, Lise..., nunca pensé que llegarías a eso.

—Lo siento, John. Estaba en una posición difícil: o registraba tu casa o pedía una orden al juez. Cuando tuviste que regresar al despacho aquella noche y dejaste que me quedara, lo tomé como tu visto bueno. Si te malinterpreté, lo siento. —Esos ojos castaños, sus destellos de pasión, lo escrutaban—. ¿Me equivoqué?

Cardinal se tomó su tiempo antes de contestar. Eran más de las cuatro y de repente el cansancio le pesó sobre los hombros como un abrigo de plomo. A Delorme aún le duraba el subidón del triunfo; durante muchas horas, su cuerpo seguiría quemando el combustible de alto octanaje de la victoria. Por fin, Cardinal contestó:

—Quizá fuera mi manera de darte permiso, no lo sé. Pero eso no significa que tuvieras que aprovecharte.

—De acuerdo, no estuvo bien. Pero escucha lo que voy a decirte. Muchas veces me convenzo de que los buenos policías, como los buenos abogados o los buenos doctores, no se comportan siempre como buenas personas, no es agradable estar con ellos. Así que si no te apetece no tenemos que trabajar juntos. Si me retiras del caso Pine-Curry, lo entenderé. Pero creo que deberíamos resolverlo nosotros dos.

Había pronunciado *nosot gos*, y Cardinal, pese a estar agotado, no pudo evitar sonreír.

—¿Qué he dicho? —preguntó—. ¿De qué te ríes?

Cardinal se puso en pie, algo entumecido, y le alcanzó el anorak a su compañera. Ella recogió las instantáneas sin quitarle los ojos de encima.

—No me darás ninguna respuesta, ¿verdad?

—Conduce con cuidado —susurró Cardinal—. Este aguanieve puede volver a congelarse de un momento a otro.

Eric estaba consiguiendo crispas los nervios de Edie. Se había comportado con una serenidad absoluta durante varios días, se diría que hasta entusiasta. Pero ahora no hacía más que fastidiarla. ¿Qué mosca le habría picado? Normalmente no toleraba que lo vieran comer, y ahora, de un día para otro, pedía salchichas y puré y ella tenía que salir corriendo al supermercado, atravesar un mar de aguanieve y volver con los pies helados para preparárselo. ¿Y qué hace él entonces? Pues decide comer solo en el salón y mandar a Gram y a ella a comer a la cocina. Dos días antes, Edie había apuntado en su diario: «Amo a Eric con una pasión infinita, pero no me gusta su manera de ser. Es malo y egoísta, es cruel y le da placer intimidar. No puedo evitar amarlo».

Edie bajó al sótano. Keith seguía atado a la silla del asiento agujereado con la palangana debajo. Lo primero que ella tenía que hacer era vaciar aquel recipiente. Y no le apetecía bajar más, aquello era como cambiarle la arena a un gato. Eric nunca lo hacía, sólo se quejaba de la peste hasta que ella se encargaba de limpiarlo. Y encima se sentía horrible, vacía por dentro, igual de mal que cuando le atacaba el eccema, cuando le trepaba por la cara, el cuello y la mandíbula, cuando le cuarteaba la piel volviéndola roja y haciéndola supurar. Al salir del supermercado, unos gamberros que pasaban en coche habían bajado las ventanillas y la habían saludado con unos ladridos.

Justo cuando Eric le exponía sus últimas ideas a Keith, Edie regresaba del retrete. Él se deleitaba soltándole discursos al prisionero, pero a Edie aquella situación la sacaba de quicio.

—Oye, prisionero, no queremos preocuparnos más de tus manchas de sangre. Me parece que te has abandonado, como si ya no te interesase cuidar de ti mismo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

El prisionero, amordazado y maniatado, no respondió. Hasta sus ojos habían perdido la mirada suplicante.

—He encontrado el sitio ideal para liquidarte, prisionero. Es una antigua estación de bombeo. Está cerrada, abandonada y tapiada a cal y canto. ¿Crees que alguien pasa a menudo por allí? Una o dos veces cada cinco años tal vez. —Eric pegó la cara a la del chico, tan cerca que hubiera podido besarlo—. Te estoy hablando a ti, monada.

Los ojos enrojecidos de Keith se desviaron. Eric lo cogió de la barbilla y lo obligó a mirarlo a la cara.

Edie temía que Eric lo matara allí mismo si no se lo llevaban enseguida. Sacó un bloc de notas.

—¿No habías dicho que querías hacer la lista, Eric?

—¿Por qué no lo llevamos a la bocamina, Edie? Nunca se les ocurriría que pudiéramos regresar al cobertizo.

—No conduciré sobre el hielo —se plantó Edie—. En casi tres días apenas ha helado. —Y apuntó al bloc—. ¿Por qué no usar una bañera para que la sangre no salpique?

—No voy a cargar con una bañera de aquí para allá. Si elegimos la estación de bombeo fue para no tener que preocuparnos de que chorreara sangre por todas partes. Pero una mesa, una mesa no nos vendría mal y sería más práctico. ¿Qué te parece, eh, prisionero? Parece que el prisionero número cero nos da su aprobación, ¿a que sí?

Eric desdobló *The Algonquin Lode* y lo abrió sobre la cama, de forma que el chico no pudo evitar ver su foto de graduación y debajo el titular **NO HAY PISTAS DEL JOVEN DE TORONTO**.

—Después de matarlo, para desfigurarlo, le podríamos meter la cabeza en una bolsa de cal viva —apuntó Edie—. O incluso antes de matarlo.

—Se te ocurre cada cosa, Edie... ¿No te parece genial, prisionero? ¿A que sí? Sí, el joven de Toronto está completamente de acuerdo. El joven de Toronto opina: Edie, eres muy pero que muy, creativa.

Cirios, cera para muebles y aquel incienso; los aromas que poblaban la catedral no habían cambiado en nada. Cardinal se sentó en un banco del fondo y dejó que lo invadieran los recuerdos. Allí estaban el altar donde había hecho de monaguillo, disfrazado con la sobrepelliz y la sotana, y los confesionarios donde había revelado algunos de sus primeros devaneos sexuales, pero no todos. Allá se encontraba el comulgatorio donde velaron el ataúd de su madre, y más allá la fuente donde bautizaron a Kelly, un duendecillo con cara de muñeca cuyos berridos habían turbado a los invitados, especialmente al joven sacerdote que debía ungirlos.

Pero a los veintitantos Cardinal había perdido la fe y nunca la había recuperado. Durante toda la infancia de su hija siguió yendo a misa porque su esposa se lo había pedido. Al contrario que McLeod, que sentía una profunda aversión por Roma y sus maquinaciones, él no albergaba desprecio alguno por la Iglesia, aunque tampoco veneración. Así que en realidad no estaba muy seguro de por qué había acudido a la catedral aquella tarde. Había ido a D'Anunzio's a comer un sándwich de jamón cocido y queso suizo, y un segundo más tarde estaba allí, ocupando un banco al fondo de la iglesia.

«¿Lo habré hecho por gratitud?», se preguntó. En efecto, estaba feliz de que Delorme hubiese puesto fin a la investigación. En cuanto a Dyson, Cardinal sentía una gran tristeza, aquello casi le había partido el corazón. McLeod había hecho leña del jefe caído. «Mejor así —gritaba a quien quisiera escucharlo en la sala de la jefatura. ¿No le bastaba con ser un capullo arrogante? ¿Tenía que ser un capullo corrupto, además? Hay gente que no tiene límites». Pero Cardinal no sentía ninguna superioridad moral; podía haber sido él quien hubiera acabado esposado y encerrado en la cárcel del distrito.

Un gigantesco medallón enmarcado en oro de la Virgen María ascendiendo a los cielos colgaba en lo alto, sobre el altar. Siendo un niño, Cardinal le había rezado para que lo ayudara a ser un buen estudiante, un buen jugador de hockey y una buena persona; pero hacía tiempo que no rezaba. Sentarse en la amplia y fragante catedral era razón suficiente para recordar aquella sensación de pertenencia que había experimentado durante su infancia. Cardinal sabía el momento preciso y hasta la hora exacta en que había perdido la fe. Que Delorme hubiese dado por concluida la investigación no significaba que a Cardinal su conciencia fuera a concederle una tregua.

—Disculpe —dijo un hombre voluminoso.

Había avanzado por entre los bancos, pasó por delante del policía y se sentó junto a él. Aquello molestó a Cardinal, pues la iglesia estaba vacía. Pero los practicantes

tenían sus bancos preferidos, y después de todo el intruso era él.

—Bonita iglesia —añadió.

El hombre tenía un físico cuadrangular. Se alzaba como un cubo de carne perfecto, una masa compacta de músculo carente de cuello, cintura o caderas. El cubo señaló el medallón de la Asunción de la Virgen.

—Qué medalla más chula. Me chiflan las iglesias, ¿a usted no?

El hombre se volvió hacia Cardinal y le sonrió, si es que se podía llamar sonrisa a aquel acre despliegue. Durante un instante relucieron dos incisivos de oro y un segundo más tarde desaparecieron. Su cara, redonda y plana como la de un inuit, estaba marcada por cuatro cicatrices simétricas, unas rajadas blancas e intensas que le surcaban la frente, el mentón y ambas mejillas. La nariz contrahecha tenía el aspecto invaginado de un pimiento. El recién llegado llevaba un ojo cubierto, y para mirar a Cardinal tuvo que girarse noventa grados completos. Sobre el parche negro de cuero, algún intelecto superior había bordado: «Cerrado por reformas».

¿Se trataba de un maleante al que había metido preso?, dudó el policía. Seguramente recordaría a semejante criatura, moldeada con el barro con que se hacen los peores criminales.

—Para ser febrero hace calor.

El cubo se quitó una capucha negra y dejó a la vista su cráneo afeitado. Y después, con una delicadeza sorprendente, se quitó primero un guante y luego el otro, y apoyó ambas manos sobre las rodillas; en los nudillos de una llevaba tatuadas las palabras «Que te» y en los de la otra «Den».

—¿Kiki? —arriesgó Cardinal, incrédulo.

Los incisivos dorados relucieron una vez más.

—Creí que no me recordaría. Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez...

—Siento no haber ido a visitarte a Kingston. Ya sabes, el trabajo, las obligaciones.

—¿Diez años de obligaciones? Pues yo también he estado trabajando.

—Decorando, ya veo. Muy bonito, lo del parche.

—No, he estado trabajando los músculos. Ya levanto más de ciento cincuenta, ¿y usted?

—No sé, la última vez que probé serían unos noventa.

Más bien habían sido setenta kilos. Pero estaba de charla con un visigodo; la sinceridad absoluta no era indispensable.

—¿No lo pongo un poco nervioso?

—Supongo que me sentiría nervioso si me estuvieras amenazando. Espero que no lo estés haciendo, porque eres un ex presidiario y estás en libertad condicional.

Los dientes de oro húmedos brillaron. Kiki Baldassaro, conocido entre sus íntimos como Kiki B. o Kiki Babe, era hijo de un mafioso de serie B que durante

décadas protegió tenazmente los intereses de la industria de la construcción frente a las demandas de los sindicalistas de Toronto. Una de sus técnicas consistía en meter a su hijo romboidal en nómina como soldador. Teniendo en cuenta que Kiki B. ni siquiera tenía que aparecer por la obra, el oficio de soldador se pagaba de maravilla. Dios no quisiera que tuviese que trabajar.

A pesar del ingreso garantizado, a Kiki B. no le gustaba perder el tiempo. Las labores manuales le encantaban, y cuando los deudores necesitaban un aliciente para completar un pago, él acudía diligente a darle al susodicho un empujoncito en la dirección correcta.

De hecho, Cardinal comenzó a recordar cómo Kiki B. había conocido a su consejero espiritual y actual patrón, Rick Bouchard. Durante una diligencia de rutina en nombre de Baldassaro padre, Kiki B. había ido a dar una vuelta en coche con un guardaespaldas de Bouchard atado al parachoques. Bouchard se personó en la casa de Kiki B. para exponerle su visión del asunto, armado de una palanca. A partir de aquel día, los dos hombres fueron uña y carne.

—Habrà hecho falta una grúa para subir ese chisme —dijo Kiki, volviendo su atención a Nuestra Señora de la Asunción, que observaba desde lo alto.

—¿No conoces la historia? Te la contaré. —Cardinal se desabrochó el abrigo. Quizá fuera el miedo o tal vez la calefacción de la iglesia, pero el sudor frío le corría a raudales por las costillas—. La noche antes de colocar el medallón de Nuestra Señora allí arriba, el operador de la grúa derrapa en la autopista, cerca de Burk's Falls, y se rompe un brazo. Esto sucede en la víspera de pascuas, hará unos treinta años o así. Cunde la desesperación porque las pascuas se celebrarán al día siguiente y el obispo acudirá desde la región del Soo a celebrar una misa. Es una gran ocasión, pero parece que a Nuestra Señora no la van a poder sacar de su embalaje. Así comienza la búsqueda de un operador de grúa. Esto no es Toronto, por aquí no abundan los especialistas. Pero al final dan con uno y el tipo promete que al día siguiente, a las cinco de la mañana, vendrá a colgar el medallón.

—¿Y quién no? Antes de las ocho, el sindicato paga triple.

—Volviendo a la historia, Kiki, sucede que el operador no llega a colgarlo.

—Ya. Otro accidente, ¿no?

—Nada de accidentes. A las cinco, cuando el operador aparece, el resto de obreros ya ha llegado. Pero están todos de rodillas en la primera fila de bancos. No son católicos, al menos no todos ellos, ¿me entiendes? Pero ahí están, arrodillados en primera fila y con la boca abierta de par en par. Entonces, el operador de la grúa levanta la vista y comprende por qué todos se comportan como memos.

—La Virgen ya estaba colgada.

Cardinal asintió.

—Ya estaba colgada. ¿Cómo y cuándo ocurrió? Nadie lo sabe. Queda claro que se

transgredieron varias leyes. Para empezar, la de la gravedad.

—O sea, que por la noche vino alguien y la colgó.

—Eso es lo que todo el mundo quiso creer, pero nunca supieron a ciencia cierta quién lo había hecho. La iglesia había estado cerrada toda la noche y la grúa seguía aparcada fuera. Nadie tenía llaves: se las había llevado el capataz. Fue escalofriante. Acordaron no mencionarlo, ya sabes. Mejor será que no siga...

—¿Qué pasa, Cardinal? Venga, cuénteme lo que pasó. No se puede empezar una historia y dejarla a medias.

—De esto hace mucho tiempo ya, así que imagino que no hago mal en contártelo. El Vaticano envió a uno de sus investigadores, un sacerdote que además era científico. La única razón por la que nos avisaron fue por una cuestión de cortesía entre profesionales.

—¿Así que el Vaticano? ¿Y qué encontraron?

—Nada. Es un misterio, dijeron. Por eso a la Virgen la llaman Nuestra Señora de los Misterios.

—Es cierto, se me había olvidado. Es una historia cojonuda, Cardinal. Aunque me parece que se la ha inventado.

—¿Por qué iba a hacer eso?, estoy en la casa de Dios, no voy a ponerme a blasfemar. Quién sabe lo que podría pasar.

—Es una historia cojonuda. Debería contársela a Peter Gzowski. Él sabe escuchar. Por eso le dieron ese programa de radio. Hace años que se lo quitaron, Kiki. Imagino que cuando uno está preso no se entera de ese tipo de cosas. ¿Estás al corriente de las consecuencias legales del acoso, verdad?

—Me duele que pueda pensar que yo sea capaz de algo así. Yo nunca lo amenazaría. Siempre me cayó bien, me cayó bien hasta aquel día en que me llevé esposado. Entiendo que usted se ponga nervioso, sentado junto a alguien que puede arrancarle los brazos y las piernas y ponerlos en una fuente para ver lo bonitos que son.

—Se te olvida que eres mucho más estúpido que yo, Kiki.

Cardinal pudo oír el aire silbar por los orificios nasales aplanados del cubo. El párpado de su único ojo estaba a media asta.

—A Rick Bouchard le cayeron quince por su culpa. Ya cumplió diez y cualquier día de éstos va a salir.

—¿Tú crees? No veo que esté sumando puntos por buen comportamiento.

—Un día de éstos va a salir y cuando lo haga va a querer su pasta. Véalo desde el punto de vista de Rick: le cayeron quince por un par de kilos y quinientos de los grandes sin declarar. Pero eso a Rick le trae sin cuidado.

—Es cierto, todo el mundo dice que es un tío muy ecuánime.

—No le guarda rencor, usted hacía su trabajo. Pero ahí está el meollo del asunto,

Rick no tenía quinientos, tenía setecientos mil. No cinco, siete. Así que Rick quiere que le devuelva los doscientos mil que usted se quedó. Si lo piensa bien, Rick tiene razón, coger esos doscientos mil no era parte de su trabajo.

—Rick dice... Rick piensa... Eso es lo que admiro de ti, Kiki, que eres un espíritu libre. Siempre sigues tu propio camino, como un inconformista a ultranza.

Kiki B. le clavó el ojo sano. Tenía el párpado enrojecido. ¿Lo estaba mirando con tristeza? Era difícil saberlo: interpretar la mirada de un solo ojo es mucho más difícil que juzgar la de dos. El cubo se limpió la nariz con el nudillo de la Q y se sorbió los mocos.

—Me ha contado una historia cojonuda, ahora yo le voy a contar otra.

—¿Va de cómo te sacaron el ojo?

—No, se trata de un tío. Un tío de mi módulo, no del módulo de Rick. Este tío estaba en el mío, ¿me entiende? Lo sacaron del de Rick porque, como dice usted, era un espíritu libre, un inconformista a ultranza.

»El tipo había metido la pata, así que lo pasan al módulo donde estoy yo. Imagino que el tío cree que se ha librado, porque empieza a codearse con los peces gordos. Pero eso no se hace, hay que hacer pinitos, ir subiendo poco a poco. Él podría haber acudido a mí, pedirme consejo sobre cómo arreglar sus problemas con Rick, y yo podría haberlo ayudado. No era mucho dinero el que debía, no como usted. Pero se le parecía, porque también era un espíritu libre y un inconformista a ultranza, así que no vino a hablar conmigo. Y en vez de recomponer su amistad con Rick, en vez de cumplir condena sano y salvo, ¿sabe dónde acabó?

—No lo sé, ¿en la Reserva Natural de Banff?

—¿Cómo coño sabe lo de Banff?

—No importa. Dime, ¿dónde acabó?

—Será que después de un tiempo le remordió la conciencia, porque una noche se fue a la cama y murió por combustión espontánea. Es un fenómeno científico muy estudiado. —El ojo con su párpado enrojecido midió la reacción de Cardinal. Era como ser observado por una ostra—. Nunca había oído a nadie gritar de esa manera, créame. En chirona hay metal por todas partes, no sé si lo sabe. Uno se acostumbra a ecos que a otras personas le causarían insomnio. Pero esos gritos, los gritos de este tío, me asustaron. Y el olor a carne humana quemándose, digamos que es bastante desagradable. Y todo un misterio, como lo de la Virgen que me contó usted. O tal vez fue un milagro. Podría ser, el tío que ardió por combustión espontánea y nadie ha logrado averiguar cómo ocurrió.

Cardinal alzó la vista a la Virgen y dijo una plegaria escueta, casi automática: «Ayúdame a hacer lo más adecuado».

—¿Se va a quedar ahí sentado sin decir nada? ¿Qué le pasa, no le ha gustado mi historia?

—No, no es eso. —Cardinal se aproximó a aquella cara aplanada y redonda con su órbita vacía—. Es que nunca antes había hablado con un cíclope.

—Ja, ja.

Kiki se acomodó y las tablas del banco crujieron.

Cardinal se levantó sin despegar la vista de los puños, primero el de «Que te» y después el de «Den». Ya había llegado a la pila bautismal cuando oyó que Kiki lo llamaba.

—Muy gracioso, Cardinal. Me va a hacer reír durante mucho tiempo. Quizá me ría más dentro de un par de años. Yo me estaré tronchando y usted estará fiambre. ¡Qué espíritu más libre tiene usted!

Cardinal empujó la pesada puerta de roble y la blanda luz invernal le hizo entrecerrar los ojos.

Delorme dejó una bolsita de plástico sobre el escritorio de Cardinal. A través del material transparente, algo metálico brillaba levemente.

—¿Y eso qué es? —curioseó su compañero.

—Es la pulsera de dijes de Katie Pine. Llegó con la ropa del Centro de Medicina Forense. No han hallado más huellas dactilares que las de ella. ¿Vienes al museo o te quedas?

El Museo del Crimen Irresoluto era el nombre que Delorme daba a la sala de reuniones; últimamente, aquel recinto que casi nadie utilizaba estaba rebosante de pruebas provenientes de la investigación. Ahora la pulsera pasaría a formar parte del catálogo interminable de pistas que no llevaban a ningún sitio, junto a la casete, la huella dactilar, el cabello, la fibra y los informes forenses y de balística.

—Voy en un par de minutos —respondió Cardinal—. Déjame terminar esto.

—Creí que de los suplementos te encargabas por la noche.

—No es un suplemento.

Cardinal estaba casi seguro de que, desde su posición, Delorme no llegaba a leer lo que él había escrito en la pantalla. Pero se equivocaba. Creyó ver una chispa de duda en los ojos de su compañera, pero a él le daba igual. «Que sospeche», pensó. Delorme se marchó a regañadientes y él releyó lo que había escrito. «He llegado a la conclusión de que debería replantearse mi participación futura en el caso Pine-Curry, pues mi conducta pasada podría poner en peligro el resultado de cualquier proceso. Por lo tanto debo...».

«Por lo tanto debo alejarme cuanto antes de éste y todos mis otros casos, porque las pruebas presentadas por un ladrón confeso carecerían de peso ante un tribunal. Me he convertido en el eslabón más débil de la cadena, y cuanto antes me marche, mejor». Por centésima vez en lo que iba de día pensó en cuál sería la mejor forma de comunicárselo a Catherine, y por centésima vez intuyó que la cara de su mujer se ensombrecería. No por el dolor que le pudiera haber causado a ella, sino por el que se había hecho a sí mismo.

En la carta, Cardinal enumeró brevemente los hechos del crimen que había cometido. Había tenido lugar durante su último año de servicio en el cuerpo de Toronto. Habían hecho una redada en la casa de Rick Bouchard, desde donde el camello distribuía la mercancía al norte de Ontario. Mientras los demás leían sus derechos a Kiki B. y al propio Bouchard, él había encontrado el dinero en efectivo en un compartimiento oculto en el ropero del dormitorio. Para su eterna vergüenza, Cardinal salió de allí con casi doscientos de los grandes; los otros quinientos mil fueron usados como prueba de las actividades delictivas de Bouchard. Los

sospechosos, añadió el policía, habían sido condenados por todos los cargos que se les imputaban.

«En mi defensa sólo puedo alegar que...». Pero el delito no tenía justificación. Al menos no desde su punto de vista. Cardinal cogió la bolsita de plástico de encima del monitor. «No hay justificación para lo que he hecho», se dijo mientras su pulgar e índice jugaban con los dijes como si fueran las cuentas de un rosario. La trompeta, el arpa, el contrabajo, el violín...

«En mi defensa sólo puedo alegar que la enfermedad de mi esposa me había trastornado tanto que...». «¿Es que no tienes vergüenza?», se regañó. No, no iba a esconderse detrás del infortunio de su mujer, ya le había hecho bastante daño a la pobre. Borró la frase y en su lugar tecleó: «No hay justificación para lo que he hecho».

¿Sería posible que no hubiese ni un solo atenuante? ¿Nada que suavizara la imagen de malhechor uniformado que él mismo había creado? Escribió: «No robé el dinero para mi uso personal». Pero lo borró de inmediato.

Todo había sucedido durante la primera hospitalización de Catherine. Por aquel entonces, Cardinal era un novato en la Brigada Antinarcóticos de Toronto. El joven detective se enfrentó a la pesadilla de ver a su esposa atacada por una enfermedad que la convertía en una desconocida: una mujer triste y exánime, que apenas hablaba. Aquello lo había aterrorizado. Lo había aterrorizado porque sabía que él no era lo suficientemente fuerte para vivir con un zombi, un despojo humano que había tomado el lugar de la mujer brillante y alegre que él amaba. Se había sentido espantado porque entonces no sabía nada de enfermedades mentales, y mucho menos se sentía capaz de criar él solo a una niña de diez años.

A través del plástico, sus dedos palparon la forma de una guitarra pequeña.

Catherine había sido ingresada en el Instituto Clarke. Durante dos meses había estado rodeada de gente cuyo estado no le permitía ni siquiera escribir su nombre. Fueron dos largos meses de pruebas durante los cuales los doctores ensayaron diferentes combinaciones de fármacos que no hacían más que empeorar su estado. Dos meses en los que ella lo reconocía intermitentemente. Tras un debate interior agotador, Cardinal llevó a la pequeña Kelly a visitar a su madre, un error que terminó por dañarlos a los tres. Catherine no pudo soportar encontrarse con su hija, y a la pequeña le costaría mucho tiempo recuperarse.

Después, desde Minnesota, llegaron los padres de Catherine para visitarlos. Pero ver cómo su hija, una criatura vencida y ojerosa, se les acercaba por el pasillo del hospital arrastrando pesadamente los pies, los había turbado. Aunque nunca le faltaron al respeto, Cardinal sentía que sus miradas le taladraban la espalda: por alguna razón desconocida, el culpable de la crisis nerviosa era él. Los suegros comenzaron a ensalzar el sistema sanitario estadounidense: «Es el mejor del mundo.

Tienen lo último en equipos. Y hay unos psiquiatras brillantes, ¿quiénes crees que escriben todos los libros?». El mensaje era claro: si de verdad amaba a su esposa debía llevarla al sur de la frontera.

A pesar de que el sistema sanitario canadiense era gratuito, Cardinal accedió. Fue una debilidad que diez años después todavía lo irritaba, porque desde el principio supo que el tratamiento en Estados Unidos no sería mejor. Sabía que usarían los mismos fármacos que le aplicarían con la misma ligereza los electrochoques y que obtendrían los mismos pésimos resultados. Sin embargo había cedido, no estaba dispuesto a que los padres de Catherine pudiesen pensar que no estaba haciendo todo lo posible por su mujer. «Sabemos que las facturas pueden ser excesivas, pero no te preocupes. Te ayudaremos económicamente», le aseguraron. Pero no contribuyeron tanto, y en los meses siguientes las facturas de la Clínica Tamarind de Chicago ascendieron con rapidez de miles a decenas de miles de dólares.

A las pocas semanas, Cardinal llegó a la conclusión de que nunca podría pagar aquellos gastos médicos. Ya no volverían a tener una casa propia ni a librarse de las deudas. Así que cuando la oportunidad se le presentó, Cardinal se quedó con el dinero de Bouchard. Con él pudo cubrir las deudas, y le había sobrado lo suficiente para pagar la costosa educación de Kelly. El problema, reflexionó, fue que al transgredir la delgada línea de la ética sintió que había dejado tirado al Cardinal que había sido hasta entonces.

«No hay justificación para lo que he hecho —escribió—. Cada centavo de aquel dinero lo utilicé para mi propio beneficio, para mantener las apariencias ante mis suegros, para comprar el amor y el respeto de mi hija, una niña consentida. Ahora lo más importante es proseguir con la investigación del caso Pine-Curry, sin el riesgo añadido que supone un escándalo que ponga en tela de juicio la credibilidad del departamento».

Añadió que lamentaba lo sucedido e intentó dar un tono más positivo a su declaración de culpabilidad, pero no lo consiguió. Imprimió la carta, la corrigió y garabateó su firma al pie. La dirigió al jefe R. J. Kendall, indicando que era personal, y la echó en el buzón de correo interno.

Había quedado con Delorme en la sala de reuniones, pero un repentino agotamiento hizo que se acomodara de nuevo en su silla y soltara un suspiro. La pulsera de Katie Pine relucía dentro de su envoltorio de plástico con un brillo apagado. «Katie Pine... Katie Pine, cómo me gustaría poder hacer un poco de justicia en tu nombre antes de dejar el departamento», se dijo. Aquellos minúsculos colgantes en forma de instrumentos no concordaban con su personalidad, ni tampoco con la idea que Cardinal se había hecho de ella, la de una geniecilla de las matemáticas. El contrabajo, el trombón, el tambor y la guitarra, todos esos dijes de oro guardaban más relación con Keith London. Steen había dicho que su novio iba a todos lados con su

guitarra. Y Billy LaBelle acudía a recibir clases de música a Troy Music Centre, detalle que Cardinal habría pasado por alto de no haber sido allí donde vieron con vida a Billy LaBelle por última vez.

—¿Y qué me dices de Todd Curry? —exclamó, pensando en voz alta.

—¿Me hablas? —preguntó Szelagy asomando la cabeza por encima de un ordenador.

Cardinal no le respondió. Atrajo hacia sí la ficha, era absurdamente escueta.

«A Billy LaBelle, Keith London y Katie Pine les encantaba la música. ¿Qué me dices de Todd Curry?».

Evocó al padre desolado observando desde la puerta y a partir de ahí reconstruyó los detalles de la habitación de aquel chico de suburbios. Recordó los juegos de mesa que había visto en el ropero, el mapa impreso sobre la tapa del escritorio..., pero ¿dónde estaba la música? ¿Qué rastro había allí de ella? De pronto lo vio apuntado en el suplemento de la entrevista a los padres: Todd estaba suscrito a páginas web musicales: Alt.hardrock y Alt.rapforum. Claro que lo recordaba, si hasta le había intrigado que un chico blanco se interesase tanto por el rap.

De la ficha cayó un papel, una nota escrita a mano que hizo que el corazón de Cardinal se desbocara. Alguien, no sabía quién, había cogido la llamada de un tal Jack Fehrenbach. El profesor había denunciado el robo de una tarjeta de crédito.

—¡Eh, Szelagy!, ¿esto de aquí lo has escrito tú? —preguntó Cardinal ondeando la nota—. ¿Cogiste tú la llamada de Jack Fehrenbach?

Szelagy le echó un vistazo.

—Sí, y te lo comenté. ¿Es que no te acuerdas?

—Joder, Szelagy. ¿No te das cuenta de lo importante que es?

—Te lo comenté en su momento. No sé qué más esperas que...

Pero Cardinal ya no lo escuchaba, sólo contemplaba la nota que tenía en la mano. Un gasto inusual en el resumen de gastos de la tarjeta había llamado la atención de Fehrenbach. El 21 de diciembre. La noche después de que Todd lo visitara, alguien había gastado doscientos cincuenta dólares en Troy Music Centre, aparentemente en un plato de tocadiscos profesional.

Cardinal recorrió el pasillo a toda prisa hasta la sala de la jefatura. Delorme estaba hablando por teléfono y apuntando datos en un bloc amarillo.

—¡El nexa es la música! —Y Cardinal chasqueó los dedos—. A Todd Curry le gustaba el rap, ¿recuerdas? Había explicado a Fehrenbach que quería ser un DJ.

—¿Qué te ocurre, Cardinal? Tienes una cara rarísima.

Cardinal le mostró la bolsita de plástico con la pulsera de Katie.

—Este pequeño artículo es la clave que nos ayudará a resolver el caso.

—McLeod, ¿dónde está el suplemento de Troy Music Centre? ¿No fuiste tú quien entrevistó a los empleados cuando investigabas lo de LaBelle?

—Y yo qué sé, debe de estar en la ficha.

—No está en la ficha, la tengo en la mano. ¿Recuerdas algo acerca de los empleados?

—Son dos: Alan Troy, el jefe, y otro tipo, un forfofo de la guitarra que trabaja allí desde que nació. Ése fue quien daba clases a Billy LaBelle.

—¿No te acuerdas de su nombre?

—No me jodas.

—Buscamos a un asesino, McLeod.

—Pues no. En aquella época, yo sólo buscaba a alguien que hubiese visto a Billy LaBelle. No investigábamos un homicidio, investigábamos una fuga como tantas otras, así que no me vengas con ese rollo de incumplimiento del deber, ¿vale? Ese título se lo ha ganado nuestro querido jefe, que en paz descanse, el sargento detective Dyson. Carl Sutherland, así se llama. Carl Sutherland.

—¿Alguna inicial?

—Carl T. Sutherland (T de «tocahuevos»). Hazme un favor, Cardinal, busca en la puta ficha —gruñó McLeod, y salió de la sala de reuniones murmurando groserías.

Durante los siguientes diez minutos, Cardinal siguió hurgando entre las fichas del otoño anterior.

—Delorme, ¿por qué no pruebas a ver qué información tiene el ordenador acerca de Troy?

—Ya lo he hecho, estoy esperando la respuesta.

McLeod volvió enseguida.

—Se llama Carl A. Sutherland —confirmó dejando caer un informe en manos de Cardinal—. Algún gilipollas se equivocó y lo metió en la ficha de los Corriveau. Si para variar mis compañeros dejaran de considerarme el tercer hermano de esa familia encantadora y no toquetearan mis cosas durante cinco minutos, quizá podría hacer mi trabajo.

Con el informe, Delorme se dirigió al ordenador y tecleó los nuevos datos. Después arrancó un folio de la impresora.

—Lo de Alan Troy ha dado «búsqueda negativa». No tiene antecedentes ni provinciales ni nacionales.

Cardinal seguía enfrascado en la lectura del informe que McLeod redactara tras su visita a la tienda de música, unos seis meses antes. Consistía en una densa página escrita con el mínimo interlineado. El primer párrafo explicaba las responsabilidades

de los dos hombres —Troy era el dueño y Sutherland, el encargado— y el tiempo que llevaban trabajando allí. En los últimos veinticinco años, Troy se había establecido en distintas partes de la ciudad. Sutherland llevaba diez con la firma, había comenzado a trabajar para Troy cuando la tienda se mudó al centro comercial.

El segundo párrafo trataba de Billy LaBelle. Ambos hombres habían (según McLeod, *abían*) mostrado preocupación por la desaparición del muchacho. Las clases de guitarra las recibía de Sutherland. Billy había acudido a clase como todos los miércoles y se había marchado sin incidentes. La noche siguiente, Billy LaBelle desaparecía del aparcamiento del centro comercial.

Por la ventana de la sala de reuniones, Cardinal perdió la vista en el aparcamiento, una explanada cubierta de un merengue asqueroso de aguanieve; los montículos le recordaban un vertedero de escorias y los charcos ennegrecidos reflejaban el sol como un espejo. Pero ¿y Katie Pine? Por entonces aún no habían conectado las investigaciones y nadie había preguntado ni a Troy ni a Sutherland acerca de Katie Pine.

Delorme se plantó ante su compañero con una hoja de impresora.

—No sé lo que pensarás tú, pero en mi lista de sospechosos Carl Sutherland ha saltado al primer puesto.

Cardinal le quitó el papel y lo leyó. Carl Sutherland había sido arrestado en Toronto hacía dos años por obscenidad en la vía pública.

Aquel descubrimiento lo sumió en una especie de sueño ralentizado en el que sus movimientos tomaban un cariz de inevitabilidad. Aunque nadie se lo hubiera dicho ni él pudiera probarlo, después de leer los antecedentes del encargado, Cardinal estuvo seguro de que la chica había acudido a Troy Music Centre, conocido a Carl Sutherland, y que después se la había tragado la tierra.

Delorme le leyó el pensamiento.

—Hay que cerrar el círculo, hay que confirmar que estuvo en la tienda.

Todavía presa de aquella sensación onírica, Cardinal cogió el teléfono. Delorme lo observaba mordiéndose el labio, abismada en su propia ensoñación.

—Señora Pine, soy John Cardinal. —Siempre había albergado la esperanza de que su siguiente llamada fuese para informar a la mujer que el asesino de su hija había sido detenido—. ¿Recuerda que usted me contó que Katie quería formar parte de la banda del instituto?

La voz pausada e inmutable apenas se dejaba oír.

—Sí. Pero no sé por qué le apetecía tanto.

Dorothy Pine hizo un silencio tan prolongado que el detective creyó que la comunicación se había cortado.

—¿Oiga? ¿Sigue ahí, señora?

—Sí.

—Señora Pine, ¿su hija fue alguna vez a clases de música?

—No.

Ya se lo había dicho a él y a McLeod, pero Dorothy Pine no era el tipo de mujer que se queja por gusto.

—¿Ni de piano ni de guitarra ni de ningún otro instrumento?

—No.

—Pero quería pertenecer a la banda, ¿verdad? Y, aunque no formara parte de ella, tenía una fotografía de la banda al completo en la puerta de su ropero.

—Sí.

—Señora Pine, no sé cómo a su hija le entusiasmaba tanto la música si nunca la había estudiado. Estaba obsesionada con la banda y hasta tenía una pulsera con dijes, con colgantes en forma de instrumentos, ¿no es así?

—Sí. La compró en una tienda de música por ahí.

De pronto, para Cardinal los acontecimientos volvían a desarrollarse como en una secuencia a cámara lenta. Tanto él como la señora Pine tomaban parte en el sueño, y el sueño mismo parecía sugerirle las palabras que debían decir, podía sentir las fluyendo por la línea telefónica incluso antes de haber formulado la pregunta.

—¿En qué tienda la compró, señora Pine? ¿Se acuerda usted del nombre? Es muy importante.

—No.

Cardinal estaba seguro de que ya llegarían las palabras, de que ella las pronunciaría. Ella iba a darle el nombre de la tienda: sería Troy Music Centre, y entonces ellos atraparían al culpable. Cardinal percibió una vibración transmitiéndose por el auricular, trémula como la brisa que se adelanta al tren antes de que éste llegue a la estación.

—No sé el nombre —declaró Dorothy Pine—. Es una de las tiendas del centro comercial.

—¿Qué centro comercial?

—El único donde podía conseguir los dijes para la pulsera. Todos los meses volvía allí a comprar un colgante nuevo. El último que compró tenía forma de tuba, eso fue un par de días antes de que...

—¿Qué centro comercial, señora Pine?

«¡Dímelo ya! —pensó el policía—. Dime lo que quiero oír. El mismo remolino que nos arrastra a Delorme y a mí también te ha atrapado a ti, Dorothy, y te arrancará las palabras de la boca». Cardinal le hubiera querido gritar: «¿Qué centro comercial, señora Pine? ¿Cuál de todos ellos?».

—El grande, el que está en Lakeshore. Ese donde hay un Kmart y un Pharma-City.

—¿El Centro Comercial Algonquin?

—Sí.

—Gracias, señora Pine.

Delorme le arrojó el anorak. Ella ya se había puesto el suyo.

—Trae a Collingwood, Lise. Quiero que venga con nosotros un perito.

Hasta las ciudades pequeñas como Algonquin Bay sufren su hora punta. Aún no habían dado las seis, pero tuvieron que usar la sirena para abrirse paso a través del desvío y otra vez más al llegar a Lakeshore. Los ríos de aguanieve hacían el paso más mucilaginoso que de costumbre.

Arrellanado en el asiento trasero del coche, Collingwood procuraba cultivar su despreocupación discretamente, silbando por lo bajo.

Mientras atravesaban la multitud de tiendas del centro comercial todos intentaron mantener la calma, pero también los comercios tenían su hora punta. Cardinal se crispó y, con la intención de abrirse paso hasta la tienda de música, empezó a empujar a la gente agolpada frente a Pharma-City.

—Señor Troy, querríamos hablar con Carl Sutherland.

—Ahora está con un alumno, ¿puedo ayudarlo en algo?

Cardinal hizo caso omiso de él y enfiló directamente hacia una serie de puertas que había detrás de las interminables filas de guitarras.

—¡Oiga, espere un momento! ¿De qué va todo esto?

—Collingwood, quédate con el señor Troy.

La primera puerta daba a un armario de suministros. La segunda era una sala de ensayo: una mujer sobresaltada levantó la vista del piano, interrumpida mientras tocaba al compás de un metrónomo. En la tercera, Carl Sutherland ayudaba a un niño a formar un acorde con sus pequeños dedos. El profesor los miró con severidad.

—¿Es usted Carl Sutherland?

—Sí, ¿por qué?

—Somos de la policía. Acompáñenos, por favor.

—¿Quiere que deje la clase a mitad?

—Tendrás que disculparnos —explicó Delorme al muchacho—. Tenemos que tratar un asunto con el señor Sutherland.

Cuando el niño se marchó, Cardinal cerró la puerta.

—Usted le dio clases a Billy LaBelle, ¿no es cierto?

—Así es, y ya hablé con la pol...

—Y también conocía a Katie Pine, ¿no es cierto?

—¿Katie Pine? ¿La chica que apareció muerta? No, no la conocía. Vi su foto en el periódico, pero salvo eso no la había visto en mi vida.

—Nuestra información difiere de lo que usted dice —intervino Delorme—. Sabemos que ella estuvo aquí dos días antes de desaparecer.

—Si anduvo por aquí, yo no la vi. ¿Por qué me hace estas preguntas? El centro comercial es inmenso, la ciudad entera pasa por aquí.

—Pero a la ciudad entera no la detienen por obscenidad en la vía pública, señor Sutherland.

—Vaya por Dios.

—La ciudad entera no se exhibe impúdicamente en la última fila de un cine porno.

—Vaya por Dios. —Sutherland se removió ligeramente en su silla, se había puesto blanco como la nieve—. Creía que eso ya era agua pasada.

—¿Quiere acompañarnos a la jefatura y contarnos lo que sabe, o prefiere que llamemos a su esposa?

—No me chantajee de esta manera. Fui declarado inocente. —La voz de Sutherland se había tornado áspera, indignada, pero aún estaba lívido—. No me siento orgulloso de lo que pasó, pero tampoco veo por qué me tienen que humillar. Un cine en penumbras no es un lugar público. No es público, y el juez estuvo de acuerdo. Además, lo sucedido allí dentro era un asunto entre adultos que actúan libremente, y eso no le incumbe.

—Pero Billy LaBelle sí es de mi incumbencia y usted es una de las últimas personas que lo vio con vida.

—¿Y qué tiene que ver esto con Billy LaBelle?

—¿Por qué no nos lo dice usted? —presionó Delorme—. Usted era su profesor.

—Así es, era el profesor de guitarra de Billy, ya he explicado mi relación con él. Billy se marchó de aquí el miércoles por la noche, igual que todos los miércoles por la noche, y no volví a verlo. Fue muy triste, Billy era un chico estupendo, pero yo no le hice nada. Les juro que no le hice nada.

—O sea, ¿que tampoco conoce a este chaval?

Cardinal le mostró la fotografía de Keith London tocando la guitarra.

—No, tampoco lo conozco. No conozco a todos los adolescentes que tocan la guitarra.

Sutherland no se había inmutado al ver la fotografía; Estaba asustado, era cierto, y aquello lo perturbaba, pero no se sintió amenazado al ver la imagen de Keith London. La certeza de Cardinal comenzó a desmoronarse. Entonces le mostró a Sutherland la foto de Katie Pine.

—Ésta es la chica que mataron. La reconozco de haberla visto en fotografías, pero no creo haberla visto en otro sitio que no fueran los periódicos.

—Estuvo por aquí dos días antes de desaparecer. Compró un dije para su pulsera. Los tienen ahí fuera.

—Pudo haberlo comprado en otra tienda.

—Lo compró aquí.

—Nunca he visto a esa niña, se lo aseguro. Compruébenlo en el inventario.

—¿Qué inventario?

Hace años que llevamos un inventario informático. Le diré quién se lo vendió, no crea que vendemos millones de unidades. Tres o cuatro al mes, como mucho.

Al salir de la sala de ensayo, intervino Alan Troy.

—¿Qué ocurre, Carl? ¿Qué es lo que pasa?

Pero Sutherland ninguneó a su jefe y condujo a Cardinal y a Delorme al diminuto despacho del fondo de la tienda. Enterrado bajo montañas de facturas, columnas de cifras resplandecían en la pantalla de un ordenador. Sutherland tomó asiento y tecleó un par de órdenes. La pantalla se puso completamente negra, excepto por el cursor que titilaba en la esquina superior izquierda.

—¿Tienen alguna fecha? —preguntó sin dirigirles la mirada—. ¿En qué fecha desapareció la chica?

—El 12 de septiembre del año pasado. Compró el dije dos días antes.

—Bien, ahora necesito el código del artículo. —Sutherland consultó un listado impreso del grosor de una guía telefónica. Fue pasando las páginas hasta dar con lo que buscaba. Tecleó el código—. Ahora debería aparecer la cantidad de dijes que vendimos el año pasado. —Sus dedos tamborileaban sobre el escritorio mientras esperaba el resultado—. Siete, guaaaay...

Introdujo otra orden para obtener el desglose mensual.

—Diez de septiembre —comprobó Delorme señalando la pantalla—. Exactamente, dos días antes.

Sutherland desplazó el ratón e hizo clic. La pantalla mostró el listado correspondiente a los recibos. La larga uña derecha de su dedo dio un par de golpecitos sobre la esquina derecha de la pantalla.

—¿Ven ese número 3? Ese número indica el vendedor: el 1 es Alan, el 2 soy yo, y el 3 es Eric.

—¿Quién diablos es Eric?

—Eric Fraser, nuestro empleado de media jornada. Nos ayuda a poner al día el inventario, sobre todo cuando hay más trabajo, ya saben, la hora de comer y la hora punta. También suele llevar la caja. Si se fija, a la izquierda de la pantalla verá la hora de la transacción: las 16:30. Y si revisa el calendario, verá que a esa hora yo estaba con un alumno. La persona con la que deberían hablar es Eric Fraser.

—Señor Sutherland, ¿hay algo en la tienda que Eric Fraser haya podido tocar recientemente? ¿Algún objeto que nadie más haya manipulado?

Sutherland pensó durante unos segundos.

—Síganme.

Alan Troy esquivó a Collingwood y alzó un dedo para atraer la atención de los invasores, intentando averiguar qué era lo que ocurría. Sutherland no lo dejó hablar.

—Alan, ¿sabes si Eric sacó brillo a las acústicas Martin ayer?

—Voy a llamar al jefe de policía. Ustedes no pueden tratar así a mis empleados. Tienen sus...

—Por el amor de Dios, Alan, ¿por qué no me contestas a lo que te acabo de preguntar? ¿Eric lustró o no las Martin ayer?

—¿Las Martin?

Troy escrutó primero a Sutherland, después a Delorme y finalmente a Cardinal con los ojos entrecerrados, incrédulo.

—¿Quieren saber si Eric lustró las Martin? O sea, ¿que, de repente, la cuestión más imperiosa del cuerpo policial canadiense es saber si Eric lustró las guitarras? Muy bien, me rindo. Sí, señores, Eric lustró las Martin ayer.

Cardinal se aseguró de que nadie más hubiese tocado aquellas guitarras. Nadie lo había hecho, había habido poco movimiento. Las Martin son caras, y nadie las había probado.

Con los guantes todavía puestos, Cardinal estiró el brazo hacia las guitarras que colgaban de sus soportes, apoyadas contra la pared.

—Para volver a colgarlas tendría que agarrarlas de aquí abajo, ¿verdad?

El enojo del señor Troy dejó paso a la fascinación. Asintió. Cardinal cogió el instrumento por la parte inferior de la caja y se lo pasó a Collingwood.

Collingwood, que fiel a su estilo aún no había dicho ni una palabra, dejó caer una cantidad mínima de polvo sobre la superficie de la tapa y después lo esparció de un soplido. Aparecieron dos huellas dactilares perfectas. Entonces el perito sacó de su bolsillo la mini ficha forense con las huellas obtenidas del cuello de Arthur Wood.

—Coinciden —dijo escuetamente Collingwood—. Coinciden en un ciento por ciento.

Eric y Edie tenían razón acerca de la cinta adhesiva industrial. Era mucho más efectiva y causaba menos inconvenientes que las drogas. Aunque se esforzara, Keith London no conseguiría que la cinta se despegase ni medio milímetro. Los tobillos y las muñecas habían sido sujetos a conciencia. El único trozo que Keith había logrado aflojar era el de la boca. Mojándolo había desengomado parte de ella, y ahora podía emitir algún que otro sonido.

Pero la silla a la que lo habían atado era endeble. Al mecerse hacia los lados, Keith sentía cómo las ensambladuras iban desajustándose poco a poco.

Cada vez que Eric y Edie se ausentaban —como ahora—, Keith se balanceaba hacia los lados y notaba cómo los encastres se iban separando, cómo los tornillos iban desmenuzando la madera. Hacía dos días que no probaba bocado y cada esfuerzo era agotador. Cada pocos minutos debía hacer una pausa para recobrar el aliento.

Eric y Edie lo trasladarían pronto. Le inyectarían un sedante y lo llevarían a algún lugar aislado y después... Pero al llegar a esa parte procuraba borrar de su mente las imágenes del vídeo.

Aquella mañana había forcejeado con las ataduras durante más de una hora, desde el mismo momento en que abriera los ojos. Se había excoriado las muñecas y los tobillos, y la herida de la pierna le causaba un dolor insoportable, pero había hecho progresos: notaba cómo la silla seguía aflojándose. Cuando balanceaba su peso llegaba a torcer la silla unos veinte grados hacia cada lado.

Hizo una pausa y aguzó el oído. En la planta de arriba oyó pasos, alguien arrastraba unas sillas. Eric y Edie estaban justo encima de él. Keith volvió a mecerse, a pesar del terror que le producía que pudiesen llegar a descubrirlo. «No podrán —se convenció—. El suelo es de cemento y el cemento no transmite sonido alguno. No me oirán».

Se inclinó hacia un lado y después hacia el otro haciendo que la silla se meciera y que las ligaduras de cinta se soltasen. Se balanceó una y otra vez, una y otra vez. Sí, el respaldo de la silla ya había cedido, ahora podría girarse un poco. Si lograra dejar caer su peso en el sitio justo, si se apoyara con todas sus fuerzas en el ángulo donde el respaldo se une con el asiento, conseguiría romper la silla.

En la planta de arriba, Eric abrió la mochila de Keith y vació su contenido en el suelo. No sintió que invadía privacidad ninguna al desparramar las pertenencias: los pares de calcetines doblados con cuidado, los calzoncillos largos con manchas, las gafas y la crema bronceadora. ¿Tendría la intención de dedicarse al esquí? También cayó al

suelo una guía Frommer's de Ontario y una edición de bolsillo de El juego de abalorios.

Eric se puso de pie y se sacudió el polvo de las rodillas.

—Yo te leo la lista y tú guardas el artículo en la mochila.

Del bolsillo trasero de sus vaqueros, Eric sacó un papel y lo desdobló.

—Cinta adhesiva.

Eddie la extrajo del cajón próximo a la nevera y la metió en la mochila.

—Cinta adhesiva.

—Cuerda.

Eddie cogió el ovillo de cuerda para tender la colada comprado en Toronto y lo guardó.

—Destornillador...

—Destornillador.

—Destornillador de estrella...

—Es increíble, Eric. Nadie más que tú haría una lista de destornilladores, de tipos de destornilladores. Eric la miró con frialdad.

—Nadie más que yo andaría suelto todavía. Tenazas...

—Tenazas.

—Soplete...

—Será mejor que lo probemos antes para asegurarnos de que funciona —dijo Eddie, y sacó una caja de cerillas de madera del cajón.

Eric abrió la válvula. El gas empezó a manar por la boquilla. Eddie raspó una cerilla, la colocó delante del soplete y éste se encendió con una explosión intensa pero diminuta. Abrió la válvula un poco más y la llama azul y fusiforme casi prende fuego a la manga de Eric.

—¡Vaya! —exclamó la mujer—. Esto va a ser muy divertido.

Después cerró la válvula y la llama se introdujo de nuevo en la boquilla, rápida como la lengua de un reptil.

—Palanca...

—No tenemos palanca —respondió ella.

—La dejé aquí cuando volvimos de la isla. Está en el sótano, al pie de las escaleras, justo antes de entrar.

Eddie se levantó de la mesa y se dirigió hacia allí.

—Y ya que vas, echa un vistazo al prisionero.

De su bolsa, Eric sacó un cuchillo de cortar carne. Desenvainó la hoja larga y delgada. Probó el filo cortando la piel de su pulgar. Después gritó para que ella pudiera oírlo desde el sótano:

—¡Si hay una piedra de afilar, súbela!

Rasgó el tubo de PowerUp y colocó las seis pastillas paralelas al borde de la

mesa. Cogió un vaso de la alacena y dejó correr el agua del grifo hasta que salió fría y transparente. Se sentó frente a la fila de pastillas y, sacudiendo la cabeza para poder tragarlas, se las fue tomando una detrás de otra. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¡Eddie! —Volvió a chillar hacia la puerta—. ¡Sube una piedra de afilar!

Giró la oreja hacia el sótano a la espera de la respuesta. No hubo respuesta. Apoyó el vaso de agua en la mesa con mucho tino, para no hacer ruido. Deslizó la fina hoja en su funda y se guardó el cuchillo en el bolsillo delantero. Caminó hacia las escaleras. Entonces repitió en voz baja:

—¿Eddie?

—¡Ven a buscarla, gilipollas patético!

Eric bajó los escalones lentamente. Saldría de esta, lograría resolver el embrollo. Todo dependía de si podría mantener a raya sus emociones. Al alcanzar los pies de la escalera cogió la palanca y se la colgó detrás de la espalda, del cinturón. Cómo pesaba. Estaba sujeta precariamente, y a no ser que se le cayera, el prisionero no la descubriría.

Eric respiró hondo, giró y se adentró en el cuartucho. Apestaba a mierda y a pánico. Lo que quedaba de la silla era un montón de astillas y de cinta adhesiva. El prisionero tenía cogida a Eddie desde atrás y le apretaba el cuello con un palo, un trozo de la silla.

—¡Tumbate en el suelo! —gritó el chico fuera de sí.

—No. Déjala ir.

—Al suelo o le parto el cuello.

«Éste no va a matar a nadie», calculó Eric. Si hubiese tenido fuerzas para matarla, habría obligado a Eddie a subir las escaleras. Se la veía asustada. Y fea. La piel le brillaba y supuraba allí donde tenía la herida. La cinta adhesiva apagaba sus gimoteos. Keith apretó el palo y la cara de Eddie se amorató.

—¡Échate al puto suelo, alimaña, o la mataré! ¡No tengo nada que perder!

«Calma —se dijo Eric—. El prisionero está muerto de hambre, aterrorizado, y no olvides que sigue herido. ¿Cuanta fuerza puede tener? Si hay que pelear, ganaré. Calma —se dijo—, piensa».

—El problema, Keith, es que si nos tumbamos en el suelo nada te impediría matarnos a los dos.

—La mataré ahora mismo si no me obedeces.

—Calma, Keith. No la dejas respirar.

—Lo sé.

El prisionero hablaba con arrojo pero las lágrimas le corrían por las mejillas, sollozaba tanto que apenas podía hablar. «Qué reacción más extraña —reflexionó Eric—. ¿Serán los nervios? ¿Se compadecerá de sí mismo? Qué más da... —El palo se hundía en el cuello de Eddie irremisiblemente—. Ay, prisionero, vaya error que has

cometido, te voy a hacer sufrir tanto por esta estupidez...».

—Estoy viendo el mango del cuchillo que llevas en el bolsillo. Te lo sacas despacio y me lo tiras.

Eric hizo lo que le ordenaba. Sacó el cuchillo con su funda y lo lanzó lejos, donde el prisionero no pudiera recogerlo.

—Ahora tumbate de una puta vez.

Eric dudó.

—¡Al suelo, ahora! —chilló el chico.

Gritó la orden varias veces hasta que Eric finalmente comenzó a agacharse.

La palanca seguía colgada del cinturón, oculta. El problema era que no podía golpear al prisionero sin darle a Edie.

—Ya voy, Keith. No vayas a hacernos daño, ¿vale? Ya me echo.

Flexionó las rodillas.

Los hechos tardaron un instante en ocurrir. Eric tanteó la palanca. Keith gritó algo con todas sus fuerzas, y aferrándose al palo que asfixiaba a Edie se cubrió con ella. Pero Eric no lanzó el palancazo apuntando al prisionero sino directamente a Edie.

La barra de hierro le golpeó de lleno en el costado de la cabeza. Las rodillas se le aflojaron y se desplomó. El prisionero trastabilló. Estaba desesperado y en cuanto pudo salió disparado hacia la puerta. Pero para entonces Eric, con un golpe de muñeca más típico de un malabarista, había dado la vuelta a la palanca en el aire y ahora la sostenía por el extremo recto. Cuando la barra alcanzó al prisionero, éste apenas había recorrido la mitad del trayecto. Un mazazo terrible en la base del cráneo derrumbó a Keith como a una vaca en el matadero.

Según el ordenador de Troy Music, Eric Fraser vivía en el 675 de Pratt Street Este, y hacia allí se dirigían en el coche patrulla con la sirena desconectada. La radio anunciaba una inminente tormenta de nieve, pero la temperatura cálida no parecía remitir y la lluvia caía con tal fuerza que daba la impresión de estar a punto de perforar el techo del coche. Las escobillas chirriaban contra el parabrisas. Cardinal había pedido unidades sin distintivos, pero cuando llegaron a la intersección de Pratt con MacPherson aún no había acudido ningún refuerzo.

—No sabía que el barrio continuase más allá del quinientos —comentó Delorme sorprendida.

Al final de la manzana, Pratt Street quedaba interrumpida por las vías de los Ferrocarriles Nacionales de Ontario. A partir de allí se acababan el asfalto y las casas, unas cabañas destartadas que se alzaban semiescondidas entre los afloramientos rocosos.

El rumor de estática de la radio se interrumpió y la voz de Mary Flower llenó el interior del coche.

—Los refuerzos van a demorarse. Un camión con tráiler acaba de volcar en el paso elevado y hay un atasco de dos kilómetros.

—Recibido —respondió Cardinal por el micrófono—. ¿Qué dice el ordenador de Eric Fraser? ¿Está fichado?

—Nada. No hay datos sobre Eric Fraser. Ni uno.

—No me sorprende —dijo Cardinal—. Troy dijo que no puede tener más de veintisiete o veintiocho.

—Tampoco aparece nada en el ordenador central —intervino Flower—. No tiene antecedentes ni por pisar el césped.

—Quizás haya algo en la base de datos de delincuentes juveniles. Si delinquiró cuando era menor lo encontraremos.

—Espera un segundo. —Se oyó a Flower regañar a alguien para que devolviera un impreso antes de las navidades, y continuó—: Has dado en el clavo. ¿Quieres que te lo lea?

—Te apuesto lo que quieras a que fue detenido por maltratar animales —predijo Cardinal a Delorme—. Anda, léemelo, Mary.

—Fue detenido por robo con escalo a los trece, a los catorce otra vez, y a los quince lo detuvieron por maltratar animales.

—Tiene que ser él —dijo Delorme.

Cardinal sintió una tenue descarga eléctrica en la yema de los dedos. Si se iba a retirar, no había mejor manera que ésta: deteniendo a un asesino en serie en plena

faena. No se podía pedir más.

McLeod detuvo su automóvil en la esquina, en MacPherson, pero no apagó los limpiaparabrisas. Cardinal había advertido a todos que se mantuvieran alejados de la casa hasta que él llegase. Cuando McLeod los vio, salió del coche y cruzó corriendo la intersección mientras se bajaba la capucha para protegerse de la lluvia. Subió al asiento trasero maldiciendo y se acomodó junto a Collingwood.

—Me cago en febrero. ¿A quién cojones se le hubiera ocurrido que nos iba a caer un monzón en febrero, eh? Es la puta contaminación de Sudbury, estoy seguro. Toda la ciudad está medio derretida.

Por la radio, Flower seguía informando.

—Fraser también pasó un par de años en el instituto para menores St. Bartholomew. Dos años menos un día, exactamente.

—Agresión, seguramente —arriesgó Cardinal.

—Agresión con agravantes —confirmó la sargento—. Discutió con su profesor de taller porque no había suficientes equipos.

—Y lo rajó al salir de clase, ¿a que sí?

—No. Fue a por él en la escuela. Se le echó encima con un soplete encendido.

Keith London soñaba que estaba nadando en un estanque de aguas verdes y translúcidas. En la profundidad de la jungla, unos monos sedientos, sentados en fila sobre una rama caída, ahuecaban las manos y bebían. A excepción de las ondas que hacían los monos al hundir sus manos en el agua, la superficie estaba inmóvil como una lámina de jade.

Abrió los ojos y percibió el recio olor del agua, «¿Es agua de lluvia?», se preguntó. Entonces oyó las gotas que caían a cántaros sobre la madera.

Sentía como si le hubieran partido la cabeza desde la coronilla hasta la nuca, el dolor era tan intenso que le producía arcadas. Ladeó la cabeza y estuvo a punto de vomitar. No sabía dónde se encontraba pero el lugar era húmedo, oscuro y frío. Mucho. Estaba vestido con prendas que él no recordaba haberse puesto, un jersey roto y unos vaqueros y que no bastaban para protegerlo del frío. A un lado, a lo lejos, la malla de una estufa catalítica fulgía con un tono escarlata casi fosforescente, pero el calor no alcanzaba a Keith. A unos tres metros de distancia, Eric Fraser colocaba una videocámara sobre un trípode.

«Estoy atado a una mesa. Me tienen atado a una mesa, en un sótano, quién sabe dónde. ¿Y ese tufo a humedad? Debo de estar cerca de un lago», concluyó. El olor a humedad dura todo el año. Y sí lo que había oído era la lluvia, la lluvia que golpeaba contra las ventanas entabladas. El techo estaba surcado por tuberías que desaparecían en la oscuridad circundante. «Ahora lo entiendo, estoy en una estación de bombeo».

Trató de moverse pero tenía los brazos sujetos al cuerpo y a la mesa. Sólo podía mover la cabeza. Al ver a su captor, lo notó ensimismado. Se agachaba y ajustaba primero una pata del trípode y después la otra, concentrado en nivelar la cámara de vídeo. «Intenta razonar con él —se dijo Keith—. Establece algún tipo de vínculo antes de que enloquezca como en la cinta de vídeo».

—Oye, Eric —dijo con un falso sosiego—. Mi novia me estará echando de menos, ¿sabes? Le dije dónde estaba y con quién iba a quedarme. Lo apunté en la carta que le escribí.

Eric Fraser hizo caso omiso de él. Ajustó la otra pata del trípode mientras tarareaba una canción, y entonces, con evidente satisfacción, comenzó a sacar herramientas y objetos de una mochila —la mochila de Keith— y los fue colocando sobre un mostrador de madera.

Keith optó por mirar hacia otro lado y concentrarse en evitar que el tono de su voz lo delatara.

—Eric, yo podría conseguirte dinero. No soy rico, pero lo podría conseguir si hiciera falta. Mi familia está bien situada, y la de mi novia también. Te darían

bastante, estoy seguro.

Fue como si Eric no hubiese oído absolutamente nada. Sacó algo de la mochila. Eran unos alicates de puntas. Se agachó un instante sobre el prisionero con sus ojos de hurón y abrió y cerró las pinzas amenazadoramente sobre la nariz del chico.

—Mi familia podría hacerte llegar el dinero sin que nadie se enterase de quién lo recibe. No es imposible, y no tendría por qué ser un único pago, ¿sabes? No hay razón por la que no pueda alargarse un tiempo. Por favor, Eric, haz el favor de escucharme. Eric, podrías llevarte treinta o cuarenta mil dólares..., quizá cincuenta. Imagínate las cosas que podrías comprar y cuánto te duraría. Deja que llame a mi familia, Eric.

Eric Fraser sacó de la mochila una bolsa de papel que contenía un sándwich. El olor a atún se extendió por la sala. Permaneció allí sentado protegiéndose el rostro del calor de la estufa. Cada vez que apretaba las mandíbulas, se oía un leve crujido. Después de un rato de silencio se limitó a decir:

—Ojalá Edie llegue de una vez con esas luces.

Con la punta del pie pateó una batería de coche que yacía en el suelo.

—Esta película va a estar mucho mejor iluminada. Odio que no se vea lo que pasa.

—Piénsalo bien, Eric. Podrías vivir a cuerpo de rey. No tendrías que trabajar, y podrías comprarte cualquier cosa. Podrías viajar, ir adonde quisieras, hacer lo que quisieras. ¿De qué te sirve matarme? No cambiaría nada. Tarde o temprano te atraparán. ¿Por qué al menos no le sacas partido? ¿No sería mejor eso que matarme y que no te sirviera de nada?

Eric acabó el sándwich y tiró el envoltorio al suelo.

—Ojalá Edie llegue de una vez con esas luces —repitió.

—Eric, te lo suplico. Te lo estoy suplicando, ¿vale? Si quieres que me ponga de rodillas, lo haré. Dime lo que quieres que haga, Eric. ¿Me estás escuchando? ¡Te estoy suplicando por mi vida! Haré lo que quieras..., lo que sea..., pero no me mates.

Tampoco dio respuesta a aquellas palabras.

—Conseguiré más dinero, Eric, te lo prometo. Lo robaré. Atracaré una tienda. Haré lo que haga falta, Eric, pero deja que me vaya...

Eric se bajó del taburete y de entre sus herramientas escogió unas tijeras. Las pegó a la cara de Keith e hizo chasquear las hojas. Después tomó un mechón que cubría la oreja del chico, se lo cortó y lo sostuvo a la luz de un débil rayo de sol.

—Ojalá Edie llegue de una vez con esas luces.

Al otro lado de las vías del ferrocarril, la vieja casa se esforzaba por mantenerse en pie en medio de la tormenta. Del techo del porche colgaba un trozo suelto de aislamiento de fibra, del que a su vez pendían carámbanos a punto de derretirse. En una de las esquinas del techo, un fleco de papel alquitranado ondeaba al viento como un pájaro herido. A la distancia se oían los cláxones del tráfico sobre el paso elevado.

McLeod recordaba el lugar de la época en la que patrullaba las calles de uniforme.

—Prácticamente todos los sábados tenía que echar la puerta abajo. En esa misma casa vivía el viejo Stanley Markham, ¿te acuerdas de él, Cardinal? El viejo Stanley solía salir de parranda y al volver a casa destrozaba todo lo que encontraba a su paso. Y era fuerte, el cabrón: me rompió el brazo por dos sitios. La broma le costó tres años en chirona, y le vino bien, porque su casa siempre apestaba a meadas de gato. Hace unos años, el hígado le dijo basta, y murió. Que me parta un rayo si alguna vez lo he echado de menos.

—¿Y quién vive ahí ahora? —preguntó Cardinal.

A través del vaivén de las escobillas del limpiaparabrisas, los tres policías observaron la casucha como si fuera a levantarse de sus cimientos y salir volando como una falda raída en medio del viento y la lluvia helada.

—¿Que quién vive ahí? Dulce Celeste. La abnegada viuda de Stanley y uno de los auténticos trogloditas que ha dado la naturaleza. Pesa ciento cincuenta kilos, tiene una voz tan áspera que arranca la pintura de las paredes y es igual de mala que el cabrón de su marido. Si esa perra tuviese un coeficiente intelectual un pelín más bajo habría que regarla.

—Fraser conduce una Ford Windstar —comentó Delorme en voz baja—. Pero no la veo en la entrada.

—Y también tiene a un rehén, así que no pienso quedarme de brazos cruzados a averiguar si ha vuelto a casa o no —sentenció Cardinal.

—Oye, espera un segundo. ¿Qué tal si pedimos refuerzos antes de meternos en la boca del lobo? —interrumpió McLeod—. No somos precisamente una unidad de fuerzas especiales, ¿no crees?

McLeod insinuaba que cargar con una mujer y un perito equivalía a buscarse problemas.

Un furgón marrón de la UPS, la compañía de correo privado, se fue acercando hasta aparcar precisamente detrás de ellos. El chirrido de los frenos sonó como un lamento.

—Dadme un minuto —dijo Cardinal mientras salía del coche, las gotas

estallándole en la cara.

Al llegar al furgón, enseñó su placa al chófer y ocupó el asiento del pasajero. El chófer era un indio llamado Clyde, sus prominentes pómulos sobresalían por debajo de la visera de la gorra otorgándole un aspecto de soldado mongol.

—Clyde, necesito tu ayuda para una operación policial. Necesito que me prestes tu uniforme.

Clyde siguió mirando por la ventana. Como si hablara a la lluvia o a los montículos de nieve que se derretían bajo el chaparrón, respondió:

—¿Va a entrar de incógnito?

—Serán diez minutos, como mucho. Así no tendremos que entrar armados. No sería una buena idea provocar un tiroteo en un barrio residencial cuando todo el mundo está en casa.

—Te cambio el uniforme por la placa —dijo el indio a la lluvia.

—Le tengo cariño, Clyde.

El indio se volvió con una sonrisa dibujada en la cara. Tenía los dientes más perfectos que Cardinal había visto jamás.

—Úsalo el tiempo que haga falta. De todos modos, odio esos trapos.

Cardinal se quitó el anorak y se probó la cazadora marrón de Clyde. Le iba pequeña de hombros, pero daría el pego.

—¿Qué pipa es ésa?

—Una Beretta.

—¿La has usado mucho?

—Nunca. Me la acaban de dar. ¿Qué aspecto tengo?

—Pareces un poli disfrazado de mensajero. Llévate un par de paquetes, igual así te dejan pasar.

—Buena idea, Clyde. Deberías dedicarte a esto.

—No soporto a los polis —respondió Clyde al mal tiempo—. ¿Te falta mucho? Tengo entregas con hora límite.

—También voy a necesitar el furgón. ¿Puedes esperarme en alguna parte? Dos tipos levantarían sospechas, Vosotros no vais en parejas.

—Tienes razón. —Cogió un paquete de cigarrillos del salpicadero—. Te esperaré en Toby's, es aquel café de la esquina. —El indio se colgó del pasamanos y con un leve tirabuzón se deslizó hasta el suelo—. La segunda gruñe como un perro, así que acelera a fondo para meter la tercera. ¿Quieres que conduzca yo?

—No, gracias. Me las apañaré —respondió Cardinal.

El vehículo se le detuvo en medio de las vías del tren.

«Estupendo —se recriminó—. Antes de que lleguen los refuerzos moriré aplastado por un tren de carga».

Aceleró tal y como le había explicado Clyde, y luego metió la tercera. El furgón

se estremeció, pero finalmente aquella caja con ruedas enganchó la marcha y llevó aquel cubo marrón hasta el coche sin distintivos donde estaban sus compañeros. Delorme bajó la ventanilla.

—Me voy a acercar vestido así —explicó Cardinal—. Ella abrirá la puerta. Exactamente tres minutos después llegáis vosotros. Yo ya estaré dentro, McLeod se encargará de ella, y tú, Delorme, me seguirás a mí. ¿Entendido?

—Entras, McLeod coge a la mujer y yo te sigo.

—Y Collingwood irá directamente al sótano.

McLeod se apoyó en el respaldo del asiento delantero.

—Ten cuidado con Celeste, se ha formado una opinión negativa contra las fuerzas de la ley y el orden.

Cardinal subió el vehículo por la entrada principal de la casa y aparcó a pocos metros de allí; después escogió un paquete que, por su tamaño, pudiese ocultar el arma. Deseó volver a tener su pequeña 38. «Tendría que haber practicado —se regañó—. No estoy acostumbrado a esta pistola». La Beretta se le hacía larga e incómoda al empuñarla.

Celeste Markham abrió la puerta. El hedor a meadas de gato golpeó a Cardinal de lleno, el corrosivo olor del orín casi le arrancó una arcada. Los ojos de la mujer, dos gotas negras en un mar de mofletes blanquecinos, emitieron sendos rayos de tedio y hostilidad. Una bata floreada cubierta de manchas tapaba a duras penas dos gigantescos y reblandecidos pechos como dos sacos llenos de arena mojada. Encima del labio superior, el fino vello de su bigote rubio lanzó un destello.

—Sa equivocao de casa —farfulló—. No he pedío na.

—Señora Markham. Soy agente de policía y tengo que hablar con Eric Fraser.

Cardinal atisbó el interior: la escalera estaba a la derecha; la puerta del sótano debía de estar a la izquierda.

—Nostá, y usted no va a entrá.

La mujer quiso cerrar de un portazo, pero él bloqueó la puerta con el pie. Cuando Delorme y McLeod llegaron a los peldaños del porche, él hizo a un lado a la mujer hundiendo el codo en las pringosas profundidades de sus grasas.

Al tiempo que subía los escalones de dos en dos, oyó a Celeste descargar su furia sobre McLeod. A toda prisa pasó de largo por delante de un cuarto donde sonaba un concurso televisivo a toda pastilla; por el rabillo del ojo, Cardinal percibió una docena de gatos en torno a una botella de dos litros de Dr. Pepper y una ensaladera a rebosar de ganchitos. Comprobó si había alguien dentro del baño, pero sólo percibió el alicatado grimoso y, al mirar hacia el final del pasillo, vio una puerta nueva. La única que estaba cerrada.

—¡Policía!

Estaba atrancada.

—¡Será mejó que no rompan na! —chilló Celeste al oír la patada desde la planta baja.

La puerta era hueca, una doble hoja de terciado de mala calidad por lo que el pie de Cardinal pudo atravesarla con facilidad. Metió la mano por el agujero y quitó el pestillo, después entró empuñando la Beretta y con Delorme detrás.

En comparación con el tufo y la mugre que rezumaba el resto de la casa, aquel cuarto estaba asombrosamente limpio. En vez de a pis de gato allí olía a jabón. La cama estaba hecha, la tensa manta tenía los bordes remetidos pulcramente debajo del colchón. Pese a la decrepitud de la ventana, el cristal prístino dejaba ver una majestuosa postal del paso elevado, los coches se deformaban al pasar por la superficie irregular del viejo cristal. Alguien lo había limpiado con esmero, y con seguridad no había sido Celeste Markham. Era algo curioso y además no fallaba casi nunca: los internos —y hasta los delincuentes juveniles— seguían manteniendo sus cuartos pulquérrimos durante el resto de sus vidas en el exterior. Eran como marines.

El ropero contenía cuatro camisas, planchadas y colgadas, dos pares de pantalones planchados y en sus perchas, y un par de botas con tacón cubano, gastadas pero lustradas como espejos.

La encimera del escritorio estaba despejada. El cajón sólo contenía un bolígrafo y un bloc de notas rayado de color amarillo en el que no había nada escrito. Bajo la mesa encontraron una caja con unos treinta libros en pilas perfectas.

—Está demasiado vacío —comentó Delorme expresando exactamente lo que Cardinal estaba pensando—. Parece que aquí no vive nadie.

Collingwood se apoyó en el quicio de la puerta.

—En el sótano no hay nada. Moby Dick dice que ella le alquiló la habitación, pero que eso no le daba derecho a usar el resto de la casa.

—¿Dónde come? —preguntó Cardinal a la habitación—. Este tío no es humano.

Delorme se había puesto de rodillas.

—Hay algo debajo de la cama.

Su voz sonaba grave. Tiró y sacó un estuche de guitarra. «No vayas a borrar las huellas», se precavió; luego presionó los cierres, lateralmente y hacia fuera. Era una acústica Ovation en buen estado.

—Keith London toca la guitarra y estoy casi seguro de que la señorita Steen mencionó que tenía una Ovation. Precintemos esta habitación y que Arsenault se encargue de ella.

Durante algunos minutos, el registro prosiguió en silencio. El instrumento era una prueba concluyente, podría conectar de forma definitiva a Fraser con Keith London, pero no servía de nada, no los llevaría al asesino. A Cardinal el orden de la habitación había empezado a irritarlo. Abrió el ropero y descubrió un archivador con asa, pero dentro no había más que recibos impecablemente ordenados. Le quitó la tapa a una

vieja lata de golosinas y sólo halló clips y gomas elásticas. Entonces abrió una caja de zapatos; la rodeaba un lazo de terciopelo azul, como si contuviese recuerdos de inmenso valor. Lo que halló dentro fue peor que si hubiera encontrado el cuerpo de Todd Curry.

—Este lugar me recuerda a un hospital —sentenció Delorme—. Voy a llamar a este tipo para que me eche una mano en casa.

—No creo que sea una buena idea.

A Cardinal empezaba a resultarle difícil hablar. Los tres artículos de la caja lo habían hipnotizado, sus fuerzas lo estaban abandonando a toda velocidad. Delorme oteó dentro y su repentina inhalación reflejó exactamente lo que atenazaba el corazón de su compañero.

La caja de zapatos contenía tres mechones de pelo de distintos colores y texturas, ceñidos en un extremo por sendas tiras de celo. Uno de ellos era negro y liso como el de las martas cebellinas; era del cabello de Katie Pine. Otro era de color castaño oscuro, rizado y fino, y probablemente pertenecía a Todd Curry. El restante, el rubio, sería de Billy LaBelle. El asesino no había guardado un mechón de Woody, porque aquel asesinato no formaba parte de su plan, había sido poco más que una incidencia. Tampoco había allí ningún mechón de cabello castaño claro como el de Keith London.

Mientras tanto, en la planta baja, Celeste Markham y McLeod intercambiaban amenazas a gritos. Si McLeod no se quitaba del medio, ella le rompería el otro brazo. Él sugirió que tal vez quisiera repetir esas palabras en presencia de un juez.

—Collingwood —espetó Cardinal cansado—. Di a McLeod que discuta en silencio. Así podremos pensar. Dile que se vayan a discutir al coche, será mejor.

El detective fue abriendo los cajones de la cómoda uno tras otro.

Los calcetines habían sido colocados en fila como balas en bandolera. Las camisetas, dobladas en cuadrados bien definidos. Y los jerséis tenían el aspecto de no haber sido usados nunca. Maldita la suerte que le había tocado, su sospechoso era un maniático del orden. Hasta la papelera estaba impoluta. Cardinal cogió el bloc de notas por el lomo y hurgó entre sus páginas. No cayó nada. Alzó la primera página a la altura de sus ojos y la observó a trasluz. Advirtió unas marcas tenues: una lista, pero no sabía de qué.

—¿Qué crees que significa «EB»? —inquirió en el bendito silencio en que se había sumido la casa.

Un gato maulló.

—¿EB? ¿Quizá sea alguna víctima de la que aún no nos hemos enterado?

—No, dice «EB Trout Lake». Este tipo conoce cada palmo de la zona: primero fue el cobertizo de la bocamina y después la casa abandonada. Está claro que también conoce los alrededores del lago, porque a Woody lo dejó cerca del puerto deportivo.

Mira lo que ha puesto en la lista: cinta adhesiva, tenazas...

—Creo que la siguiente palabra es «palanca». ¿Qué dice debajo?

Delorme casi le trepaba por encima del hombro. Él percibió su aliento húmedo en el cuello.

—Después creo que pone «batería».

—No entiendo lo de «EB Trout Lake». ¿Qué hay cerca del lago que comience con EB?

—¡La Escuela Británica! ¿No recuerdas la escuela privada que están construyendo después de pasar St. Alexander? ¡Es la escuela, John! ¡Otro edificio vacío, uno que aún no han terminado!

—Salvo que no es una escuela sino un instituto. ¿No querrá decir Embarcadero Boothia o algo así? No, no hay ningún embarcadero por allí.

—Quizá sea el nombre de alguien que vive en Trout Lake. —Delorme le agarró de la manga—. Podríamos averiguar qué residente tiene las iniciales EB.

—Nos llevaría mucho tiempo. Tiene que ser algo más sencillo. Sigo pensando en Escuela Pública, pero las iniciales serían EP, no EB. ¿Qué otra cosa hay en la zona? El depósito de agua, el puerto deportivo... y ¿qué más?

—Yo diría que el depósito es lo bastante grande y está aislado de la zona residencial.

En los días posteriores se debatiría mucho en la jefatura sobre quién lo había dicho primero. Algunos afirmaban que había sido Delorme y otros que había sido Cardinal. Collingwood cambiaría de parecer unas cuantas veces, y eso teniendo en cuenta que estuvo allí. Sin embargo, lo que más recordaría Cardinal serían los inmensos ojos marrones de Delorme mirándolo fijamente, la belleza que transmitían, ese atractivo que emana de la certeza. ¿Qué importa quién dijo primero «estación de bombeo»? Lo más vergonzoso para Cardinal fue que en un principio él desestimó esa posibilidad.

—No puede ser la estación de bombeo, no está en la carretera que va al lago.

—Eso es verdad —dijo Delorme—. Pero antes sí que lo estaba.

Antes de salir hacia allí, Cardinal debía hacer dos llamadas, una a la jefatura para que una patrulla vigilara la estación de bombeo, y otra al sargento Dyson, pero al estar este último fuera de juego, marcó el número del domicilio del jefe Kendall.

—Sabemos que quiere matar al chico, a Keith London. Quizá ya haya llegado a la estación de bombeo.

—¿Tiene al chaval?

—Eso creemos, y el chico sigue vivo. Necesito ocho hombres, con escopetas de repetición y chalecos antibalas.

—¿Quiere que llame a la PPO?

—No hay tiempo, jefe.

—Entonces salga ya y lleve lo que haga falta.

Delorme regresó del coche sin distintivos en el que había llegado a casa de Celeste. Las gotas de lluvia le brillaban en el pelo.

—Flower dice que los agentes de la patrulla pasaron por la estación de bombeo y vieron una Windstar aparcada fuera.

—Espero que no se hayan acercado demasiado y hayan anunciado nuestra llegada —replicó Cardinal.

—Flower dice que se mantienen a distancia, pero que se quedarán por si el sospechoso decide largarse.

—Lo tenemos, Lise. Al fin lo tenemos a tiro.

Subieron al coche.

—He ordenado venir a los de Operaciones Especiales —dijo Delorme—. ¿He hecho bien?

—Sí, pero la próxima vez pregúntamelo.

—Estabas hablando por teléfono.

—La próxima vez me lo preguntas, porque podría haber querido sólo una redada con coches o algún refuerzo de la PPO. ¿Estás lista?

—Sí.

Hicieron todo el camino con las sirenas encendidas, siete minutos justos hasta el punto convenido, el puerto deportivo de Trout Lake. Los coches comenzaron a llegar: McLeod, Collingwood, Burke, Szelagy y algunos otros uniformados. Había dejado de llover, más las nubes de tormenta, grises y de bordes casi violáceos, no auguraban buen tiempo. Eran las tres de la tarde, pero el cielo estaba tan encapotado que parecían las siete.

—Bien, las únicas vías de acceso son la Prout Lake Road y Mathiesson Street. —Cardinal señaló a dos agentes uniformados—. Vosotros dos, cerrad esos accesos. Ese

tío no se nos escapa, y tampoco quiero que entre nadie.

—¿Y quién vigilará el lago?

—Nadie, ¿a quién se le ocurriría conducir sobre el hielo después de tanta lluvia? Burke, Szelagy, haced guardia a la entrada de la carretera de acceso y mantened alejados de la zona a los curiosos. McLeod, Collingwood y Delorme, venid conmigo. ¿Alguna pregunta?

No hubo preguntas.

—Eric Fraser va armado y es peligroso, y nadie va a llorar si lo mandamos al otro barrio.

—¿No bromeas, verdad? —dijo alguien, probablemente Szelagy.

—Lamentablemente, Eric Fraser tiene un rehén, un chico de dieciocho años. No queremos que al chaval le pase nada. Si Fraser os amenaza o amenaza a algún compañero os lo cargáis, pero únicamente llegado ese caso. ¿Alguna pregunta?

No hubo preguntas.

—Muy bien. —Cardinal abrió la puerta del coche—. Acabemos con esto.

Cardinal se comunicó por radio con la patrulla que vigilaba la entrada de la carretera de acceso. No había sucedido nada ni habían visto movimiento alguno.

Al coger el volante notó que le temblaban las manos. Cualquiera habría pensado que tenía miedo, pero no era más que adrenalina. Respiró hondo para tranquilizarse, quería tener el pulso firme cuando tuviese que desenfundar la Beretta. «No haber pasado por la galería de tiro ha sido un error», se dijo a sí mismo.

Los dos vehículos avanzaron silenciosamente. Las ruedas medio hundidas en el aguanieve del desvío saltaron al cruzar los baches y luego enfilaron hacia la estación de bombeo. Tal y como habían acordado, Burke y Szelagy se apostaron en el camino de acceso a la instalación.

Burke y Szelagy habían sido los primeros en descubrir el cuerpo de Katie Pine en la bocamina de la isla Windigo. Desde entonces, Burke se había sentido frustrado al ver a Cardinal y a Delorme sólo de lejos, sin poder tomar parte en la investigación. Burke ansiaba llegar a ser detective algún día.

Un coche se aproximaba. Lo conducía un hombre de unos cincuenta años —un ejecutivo, pensó Burke—. El tipo se asomó por la ventanilla.

—¿Qué sucede? ¿Qué hacen todos esos polis aquí?

Con un ademán, Larry Burke le indicó que no se detuviese.

—No puede pasar, señor. Tenemos que mantener la zona despejada.

—Pero ¿qué es lo que ocurre, agente?

—Siga. Por favor.

El ejecutivo había recibido una muestra de fría autoridad policial, pura y dura, una muestra de lo que habían aprendido en la academia de Aylmer y, tal y como solía

sucedier, había dado resultado: el hombre arrancó y se fue.

Cardinal les había pedido expresamente a él y a su compañero que tomaran parte en la etapa final del caso, y Burke se lo agradecía. Por lo que a Algonquin Bay se refería, la investigación de las muertes de Pine y Curry era el caso del siglo. Cardinal podía haber tenido a quien quisiera a su disposición, pero había escogido a los dos policías de la Patrulla de Caminos, y Larry Burke se regocijaba por ello.

Un segundo vehículo se aproximó al control. Lo conducía una mujer nada atractiva, según Burke.

—No se puede pasar, señorita. Continúe, no se detenga.

La mujer ni siquiera reparó en él, tenía la vista fija en la pendiente que llevaba a la estación de bombeo.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué hay tantos coches?

—Es un asunto policial, señorita. Siga, por favor. No se detenga.

Pero el vehículo no se movió, lo cual consternó a Burke. La mujer aparcó a un lado del camino y siguió observando atentamente lo que ocurría colina abajo, como si esperase que el mismísimo Jesucristo fuera a surgir de las aguas heladas del lago. Burke se encaminó hacia el automóvil, golpeó la ventanilla con los nudillos y con un dedo enguantado señaló la salida camino arriba. Según el manual de entrenamiento de la academia, un gesto silencioso era tan efectivo como una orden a viva voz, siempre y cuando fuera acompañado de la autoridad necesaria. Tampoco funcionó.

—Arranque y salga de aquí, señorita —dijo Burke elevando el tono—. Necesitamos la zona despejada.

Pese a que la lluvia había dejado de caer, aquella mujer aún llevaba los limpiaparabrisas encendidos; concretamente, una de las dos escobillas, porque la del lado del acompañante no funcionaba. Tenía la cara cubierta por algo escamoso y una gran venda le tapaba la oreja.

A Burke se le hizo intolerable la manera en que observaba lo que ocurría colina abajo, haciendo por completo caso omiso de él, un agente de policía. No, no dejaría que esa mujer se saliese con la suya. Burke no pensaba mostrarse flexible, poco le importaba que su papel en semejante despliegue no fuera más que el de un figurante.

—¡Señorita, no se lo voy a repetir! —exclamó a voz en grito—. ¿Está sorda?

Con la mano abierta, Burke dio un golpe sobre el techo del coche. La mujer salió de su ensimismamiento y Burke pudo ver el pánico en sus ojos. La mujer puso el automóvil en marcha y apretó el acelerador.

—Increíble —comentó a su compañero—. Espero que ya hayan bloqueado la autovía. Qué cara más dura, ¿verdad?

—Algunos tienen unas narices muy grandes, ¿sabes? —respondió Szclagy—, y las meten en los asuntos de los demás.

Burke siguió el coche con la mirada, renqueaba colina arriba echando humo negro

por el tubo de escape. Los vecinos de Trout Lake y sus alrededores eran gente que llevaba vidas desahogadas, gente muy adinerada. Esa tonta del culo podría permitirse algo mejor que un Ford Pinto medio escacharrado.

La estación de bombeo llevaba cinco años fuera de servicio y su aspecto daba precisamente esa impresión. Se trataba de un edificio feo, bajo y achaparrado, construido con bloques de piedras graníticas. Las ventanas habían sido tapadas con tablas y el tejado estaba oculto por la nieve acumulada del invierno; casi un metro, a pesar del último deshielo. De las esquinas del tejado colgaban carámbanos gruesos como los tubos de un órgano de iglesia. Desde el punto de vista de un asesino, el sitio contaba con una ventaja innegable: su aislamiento. En setecientos metros a la redonda no había ninguna otra casa, y el lugar estaba rodeado por un monte de maleza espesa y salvaje.

Cardinal hizo un reconocimiento rápido de la construcción y comprobó que el lado que daba al lago carecía de puerta de entrada. Pero un tramo de escalera de piedra se elevaba desde la orilla por el costado del edificio y terminaba en una puerta de acceso lateral. Los escalones subían por el muro lateral de la casa trazando una diagonal perfecta desde la gruesa capa de nieve. Fraser había aparcado la furgoneta junto al borde del lago. Las pisadas y las huellas de arrastre llevaban a la estación de bombeo. Un semicírculo de óxido señalaba el lugar donde hasta hacía poco había colgado un grueso candado.

Cardinal se acercó a la puerta, cogió el pomo y lo giró haciendo el menor ruido posible. No tuvo que darse la vuelta, simplemente sacudió la cabeza. Los demás comprendieron la señal.

McLeod abrió el maletero del coche y sacó «la maza», un tubo de hierro de treinta kilos diseñado para echar abajo puertas. Él y Delorme lo sujetaron por las asas que tenía a ambos lados y se prepararon para pulverizar la cerradura. Primero entraría Cardinal con el arma desenfundada. Todos los detalles se acordaron por medio de signos.

Lo que sucedió después llegaría a formar parte del anecdotario del Departamento de Policía de Algonquin Bay y sería referido durante muchos años. Cuenta la leyenda que Delorme y McLeod habían dado un paso atrás para tomar impulso y Cardinal, con la mano en alto, se dispuso a contar hasta tres. Después de que el detective levantara el primer dedo, a punto ya de levantar el segundo, Eric Fraser abrió la puerta.

Salió del edificio y se quedó plantado, parpadeando por la luz repentina.

Se barajarían muchas teorías acerca de la verdadera razón de su salida: una sugería la búsqueda de provisiones; otra, la necesidad de satisfacer sus necesidades fisiológicas. Poco importaba ya, el resultado fue el mismo.

Fraser, en mangas de camisa, dio un par de pasos por el descansillo. El viento le

ondulaba la melena azabache. Vestía vaqueros negros y una camisa también negra que se recortaba sobre el paisaje nevado. Como cualquier hombre inocente, parpadeó durante menos de un segundo, un segundo que a los policías les pareció diez.

Cuando hubo acabado todo, Delorme lo relató del siguiente modo:

—Era un tipejo flacucho y pálido, con brazos como ramitas. Jamás me habría parecido un criminal. Físicamente, el tipo no era más que un crío.

Eric Fraser, asesino de al menos cuatro personas, no se movió ni un milímetro y dejó los brazos colgando pegados al cuerpo.

A Cardinal su propia voz le sonó metálica.

—¿Es usted Eric Fraser?

Cardinal desenfundó la Beretta pero Fraser fue más rápido. Giró sobre sus talones y desapareció por el hueco de la puerta antes de que pudiera apuntarle.

Ian McLeod entró el primero tras el asesino, una exhibición de valentía que lo obligaría a caminar con muletas durante los tres meses siguientes. Inmediatamente después de cruzar el umbral de la puerta lateral, una escalerilla muy empinada bajaba a la planta de bombeo. Todo el peso de McLeod se precipitó el vacío y sus tobillos aterrizaron sobre la estructura de acero.

Keith London gritaba como un loco desde la penumbra.

—¡Estoy aquí, estoy aquí! ¡Cuidado, tiene una...!

Pero algo interrumpió aquellos gritos. Cardinal y Delorme se asomaron por el hueco de la puerta, mas todo lo que oyeron fueron los lamentos de McLeod al pie de la escalerilla. Ante ellos se extendía un revoltijo de tuberías y válvulas que recordaban un corazón monumental. Tras bajar con cuidado los primeros escalones, se podía acceder a una pasarela metálica situada a la derecha. Delorme cruzó por allí hacia la puerta; Cardinal bajó por las escaleras.

—No os preocupéis por mí —gruñó McLeod—. Coged a ese hijo de puta.

La tenue luz de la puerta entreabierta apenas podía penetrar semejante oscuridad. Desde los pies de la escalerilla, Cardinal logró distinguir entre las tuberías una escalera en abanico que descendía como los escalones hipnóticos de un sueño. Se había decidido a bajarla cuando por el rabillo del ojo vio un resplandor blanco y azul al final de la pasarela: era el fogonazo inconfundible de un disparo. Delorme se tambaleó hacia atrás y en el silencio sólo se oyó el sonido metálico de su Beretta al dar contra la rejilla. Herida, llegó al quicio de la puerta e incluso intentó abrirla un poco más, pero se derrumbó. Cayó aferrándose al marco y de rodillas. Una palidez mortal se adueñó de su rostro.

Cardinal subió los escalones de tres en tres, esperando que en cualquier momento otro fogonazo fuera a abrirle un agujero de nueve milímetros en el cráneo.

De una patada abrió la puerta. Antes de entrar en la sala se pegó a la pared. Con la Beretta apretada entre las manos, alzó los brazos a la altura del pecho como quien

reza. Giró, se agachó y apuntó. No percibió ningún movimiento, solamente vio una segunda puerta en el otro extremo de aquella estancia. Se encontraba dentro de un espacio que recordaba una cocina en desuso. Keith London estaba allí, atado a una mesa, la sangre le manaba de una herida en el cráneo. El detective le presionó la carótida: el chico tenía el pulso débil y respiraba irregularmente dando bocanadas.

A sus espaldas, sobre la pasarela, oyó pasos apresurados. El detective volvió a salir. Al cruzar el umbral vio fugazmente a Fraser, poco más que una sombra, escapándose por la escalerilla hacia el exterior. Cardinal apuntó y disparó. El proyectil no dio en el blanco y rebotó varias veces contra las tuberías con un zumbido agudo.

Cardinal brincó por encima del cuerpo inerte de Delorme, recorrió la pasarela y saltó por el hueco de la puerta. Fraser ya había arrancado la furgoneta, pero el detective la alcanzó y consiguió abrir la puerta. Mientras el vehículo rodaba colina abajo en dirección al lago, Cardinal se introdujo por el lado del pasajero. Al verlo, Fraser le apuntó a la cara.

Pero el neumático de la Windstar chocó contra una piedra y el disparo mortal impactó contra el techo. Cardinal se abalanzó con la intención de inmovilizar el brazo con que Fraser empuñaba el arma. El vehículo avanzaba irremediamente hacia la superficie helada del lago.

Aunque Cardinal no dejaba que Fraser le apuntara, éste disparó como pudo y el fogonazo quemó la pierna del policía. Después siguió apretando el gatillo cuantas veces pudo, haciendo que los hechos se sucedieran entre instantáneas y destellos, como en una sesión fotográfica.

Mientras con la izquierda Cardinal sometía el brazo del arma, su mano derecha fue directamente al cuello de Fraser. En un intento por quitarse al policía de encima, aquél hundió el acelerador y la inercia los tumbó a ambos contra el respaldo. Cardinal aprisionó el brazo armado con la rodilla y dejó caer todo su peso sobre la muñeca de Fraser. Le agarró el cuello con la mano izquierda, ahora libre, y acto seguido le estampó el puño derecho en el pómulo. El golpe directo sobre el hueso hizo vibrar el esqueleto del asesino.

Todo había acabado y la furgoneta se había detenido. El policía se percató de un silencio horrible. El morro del vehículo se inclinó con una sacudida y los dos hombres salieron despedidos contra el salpicadero. En la mente de Cardinal se abrió paso una terrible certeza, escrita con letras de titular: «la rueda derecha acaba de quebrar la capa de hielo».

—¡El hielo se parte! —gritó Cardinal—. ¡Nos hundimos!

Cuando la Windstar se inclinó hacia delante los movimientos de Fraser, ya de por sí desesperados, se volvieron patéticos. El agua había cubierto la mitad del parabrisas. Sintieron otra sacudida, e inmediatamente el morro del vehículo inició su descenso.

El agua negra empezó a filtrarse por los conductos de ventilación, estaba tan helada que al entrar en contacto con la piel el frío llegaba hasta el hueso con la velocidad de una puñalada. Cardinal soltó al asesino y trepó por encima del respaldo del asiento. La Windstar ya descendía imparable hacia el fondo del lago cuando Cardinal tanteó por fin la portezuela lateral.

A su alrededor sólo se veían aguas negras y la espuma blanquecina.

Tiró hacia arriba y hacia atrás de la manija, y gateando pudo salir por el costado. Plácidamente, la furgoneta volvió a inclinarse sobre su lado izquierdo. El agua había penetrado por el hueco de la portezuela inundando el interior. Fraser gritaba sin parar.

Cardinal se balanceó sobre el escalón de la portezuela. Desde la orilla llegaban los gritos de sus compañeros.

Y saltó, con los brazos extendidos. El agua ya le había llegado a la cintura, pero aun así el frío le vació los pulmones y lo dejó sin aliento al sumergirse.

Entonces alcanzó a ver la cara de Eric Fraser. Se pegó a la ventanilla mientras el hielo cedía definitivamente bajo el peso de la furgoneta. Su boca gritó, tomando la forma de una O desmedida y sin fondo, hasta que al fin el agua lo cubrió y el último vestigio de él y de su vehículo desapareció en aquel agujero negro rodeado de hielo.

El Departamento de Policía de Algonquin Bay nunca había logrado tanta atención mediática. El arresto de Dyson aún ocupaba las primeras páginas del Lode, y ahora, de repente, compartía protagonismo con la noticia de la muerte del asesino de Windigo y la fotografía del agujero de hielo que se lo había tragado a él y a su furgoneta.

Cardinal, Delorme y McLeod habían sido ingresados en urgencias la noche anterior. McLeod se había llevado la peor parte, estaba internado en la tercera planta del City Hospital con las dos piernas en cabestrillo por una fractura de tobillo en una pierna y un esguince bastante grave en la otra. Los chalecos de Kevlar, un tejido ceñido y ultrarresistente, habían salvado a Cardinal y a su compañera.

—Después de un chapuzón en esas aguas heladas —le había dicho el médico— deberías estar muerto. El chaleco antibalas conservó el calor corporal, tendrías que estarle agradecido.

Delorme había recibido un rasguño considerable en el brazo izquierdo. La pérdida de sangre le había hecho perder el conocimiento. Aún se sentía débil, pero no fue necesaria una transfusión. Recibió el alta enseguida.

A Cardinal le administraron un par de Valiums y permaneció en observación toda la noche. Había querido telefonar a Catherine y contarle las novedades, pero los somníferos hicieron efecto de inmediato y lo dejaron fuera de combate durante dieciséis horas. Ahora se encontraba en la sala de espera de la UCI aguardando a que se le permitiera ver a Keith London. En los pasillos, las visitas, con sus abrigos gruesos, se mezclaban con los pacientes de aspecto cansino, vestidos con pijamas y batas.

Afuera, los techos de las viviendas se volvían incandescentes bajo el sol y su reflejo cegador sobre la nieve. El colorido del paisaje sufría una especie de «efecto lejía». A pesar de la calidez de la luz, Cardinal sabía que la temperatura había caído una vez más por debajo de los cero grados, no había más que ver las columnas delgadas y compactas de humo blanco que despedían las chimeneas.

Empezaron las noticias televisivas y lo primero que Cardinal averiguó fue que Grace Legault había sido fichada por una cadena de Toronto, sin duda gracias a sus reportajes sobre el asesino de Windigo. El noticiario abrió con esa información (y con imágenes de la estación de bombeo y del inmenso boquete en la capa de hielo). Pero lo que lo dejó azorado fue lo que vino después. Una periodista hacía la entradilla del reportaje en Madonna Road, enfrente de su casa. Increíble.

—«El detective John Cardinal no está hoy en casa —informó la reportera—. Se recupera en el City Hospital tras haber estado a punto de perecer dentro de la

furgoneta que se llevaría al fondo del lago a Eric Fraser, alias el Windigo...».

«Enhorabuena —pensó Cardinal indignado—. Ahora todos y cada uno de los tipos a los que he metido en chirona, Kiki B. incluido, van a presentarse en la puerta de mi casa. ¿No les enseñarán durante la carrera de periodismo que eso no se hace? ¿De dónde diablos sacan a esta gente?».

La imagen siguiente mostraba al jefe Kendall delante del ayuntamiento. R. J. explicaba a la periodista que todos los detectives que habían intervenido en el caso eran hombres de su absoluta confianza.

«Después de leer mi carta tal vez cambie de idea, jefe», se dijo el detective. Pero sus elucubraciones fueron interrumpidas al abrirse las puertas de la UCI. La doctora, una pelirroja con mucha prisa, le resumió en unas cuantas pinceladas el estado de Keith London. Le dijo que sí, que seguía inconsciente, y que ya no estaba en estado crítico. Sí, había sufrido un trauma craneoencefálico de consideración, y no, no era posible aún juzgar si el daño era permanente. Si, le quedarían secuelas permanentes en el habla, y no, no podía ser más concluyente al respecto. Y sí, Cardinal podía acercarse durante unos segundos a saludar a la novia del muchacho.

La iluminación de la UCI era tenue, la media docena de pacientes inmóviles y las máquinas que los mantenían vivos parecían hallarse suspendidos en un crepúsculo constante. Keith London se encontraba en el fondo de la sala, bajo la atenta mirada de Karen Steen.

—Gracias por venir a visitarlo, detective Cardinal.

—A decir verdad, esperaba poder hacerle un par de preguntas. Pero no se preocupe, ya me han dicho que no lo moleste.

—Aún no ha dicho nada, pero lo hará. Quiero que esté despierto y locuaz cuando lleguen sus padres. Después de mucho esfuerzo conseguí localizarlos en Turquía. Llegarán pasado mañana.

—Está mucho mejor que la última vez que lo vi.

El chico llevaba la cabeza vendada y respiraba por un tubo de oxígeno que le salía por la nariz. Sin embargo, y pese a todo lo que había sufrido, tenía buen color y respiraba saludablemente. Una de sus manos delgadas sobresalía de entre las mantas, Karen la sostenía mientras ella y el policía hablaban.

—El doctor cree que se recuperará —comentó él.

—Yo también lo creo. Y si lo hace será gracias a usted. No estaría vivo si usted no lo hubiese encontrado. Ojalá supiese cómo agradecer lo que ha hecho, detective Cardinal, pero no hay palabras para expresar lo que siento.

—Lamento no haberlo encontrado antes.

Los intensos ojos azules de la muchacha recorrieron el rostro de Cardinal. Los ojos de su mujer también habían ardido con ese amor durante su noviazgo. Todavía irradiaban pasión y voluntad cuando hablaban de cosas importantes, cuando ella

volvía a ser la Catherine de siempre.

—Usted es una buena persona —dijo la joven—. Intuyo que lo es.

A Cardinal se le subieron los colores. Le faltaba práctica en cuanto a recibir cumplidos. «Para quienes te elogian, es insultante ver cómo rechazas los halagos —le había reprochado alguna vez su mujer—. Es como decirles a los demás que si fueran más inteligentes verían las cosas de una manera muy distinta. Es de mala educación, John, y muy infantil».

Con la precaución de no arrancar el tubo que llevaba colocado en el brazo, Karen Steen tomó la mano pálida de su novio e impulsivamente la llevó a sus labios.

—No soy creyente, detective, pero si rezara lo haría por usted.

—¿Sabe una cosa, señorita Steen? —Los ojos azules y francos de la muchacha se posaron una vez más sobre él—. Creo que Keith London es un joven muy afortunado.

La temperatura había bajado a mínimos inconcebibles. Durante todo el trayecto de vuelta, Cardinal se había visto obligado a rascar el hielo del parabrisas y de la ventanilla, deleitándose, entretanto, con la visión del vaso desbordante de whisky Black Velvet que se serviría antes de irse a dormir. Su bautismo helado lo había convertido, al menos en su fuero interno, en un poeta de la calidez. Al llegar a la circunvalación, se detuvo en un semáforo en rojo y se regodeó al vislumbrar con todo detalle el fuego que pronto ardería en su estufa de leña, el chuletón con patatas fritas que se comería y, sobre todo, el whisky doble que se llevaría a la cama.

Sacar a flote un objeto voluminoso y pesado que yace a ciento cincuenta metros de profundidad es una tarea difícil; pero hacerlo a veinte grados bajo cero si la superficie del agua se ha helado, derretido y vuelto a helar, es toda una proeza. Cuando el hielo estuvo lo bastante duro, el equipo de Parques Nacionales montó un aparejo de remolque en la orilla del lago, un camión de doce toneladas que llevaba detrás un carrete con varios kilómetros de cable de acero. Los técnicos fueron soltando unos cien metros de cable por el hielo para colgarlo después sobre un dispositivo de poleas suspendido sobre el célebre agujero, de unos cinco metros de diámetro. Por encima de las colinas lejanas, el sol brillaba tan pálidamente como la luna.

Veinte grados bajo cero no sorprenden a nadie en Algonquin Bay, pero Cardinal se había sensibilizado a las bajas temperaturas tras haber sufrido en sus carnes el rigor del agua helada. Estaba de pie, en el pequeño embarcadero de la estación de bombeo, temblando de pies a cabeza. Delante de él se encontraban Delorme, con el brazo en cabestrillo, y Jerry Commanda, con las manos hundidas en los bolsillos de su anorak. La brisa tranquila pero constante que llegaba del interior del lago se llevaba las nubecillas de su aliento. Pese a que vestía calzoncillos largos y un anorak de plumón encima de la ropa, Cardinal tiritaba como si estuviese desnudo.

El equipo de técnicos de Parques Nacionales rodeó el agujero que se abría en medio del hielo. Enfundados en sus trajes presurizados parecían astronautas victorianos extraídos de una novela de Julio Verne. En la tenue luz del atardecer apenas lucían las linternas de sus escafandras. Comprobaron sus cuerdas de seguridad con un par de tirones y se lanzaron a las profundidades. El agua negruzca los cubrió como si fuese tinta negra.

—Mejor ellos que yo —murmuró Cardinal.

—No seas modesto, fue muy amable por tu parte comprobar que el agua estuviese lo bastante fría —repuso Jerry Commanda—. Pocos lo habrían hecho.

De lo alto de la colina bajó el aroma de café y donuts y los tres detectives giraron sobre sus talones como el perro que oye el tintineo del plato en el que siempre le sirven la comida. Uno de los técnicos los invitaba a merendar; no tuvo que insistir. Cardinal se zampó uno relleno de chocolate y se quemó con el café, pero no le importó. El calor atravesó el frío que entumecía su cuerpo como si se tratara de metal líquido.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, el cielo se oscurecía, las colinas comenzaban a tornarse imperceptibles. Se oyeron unos gritos y la parte trasera de la furgoneta de Fraser emergió poco a poco de las aguas del lago. El resto del vehículo fue apareciendo lentamente; de las ventanas, puertas y juntas chorreaban el agua y el

barro. Tirando de los cables laterales enganchados al vehículo por los buzos, el equipo lo colocó en posición horizontal, y entonces el carrete del camión empezó a recobrar el cable de acero.

Había caído la noche. Las linternas de los buzos resplandecían como faros, y alguien pidió que las apagaran. El trabajo se realizó a la luz de unos reflectores que se bamboleaban sobre sus pequeños trípodes. De repente, la furgoneta se inclinó hacia un lado y echó fuera el cuerpo de Eric Fraser, que quedó medio colgando de la portezuela lateral. De la manga de su camisa chorreaba agua.

—¡Joder! —dijo Jerry Commanda—. A ver si encima vamos a tener que bajar a buscarlo otra vez.

Gimiendo con cada vuelta, el carrete fue recogiendo el cable de acero y atrayendo la furgoneta hacia la orilla. Cardinal recordó aquella primera noche en que Delorme lo había ido a buscar. Habían llegado hasta el centro del lago como exploradores polares para contemplar los despojos helados de una niña. Todo había comenzado en medio del hielo, reflexionó Cardinal, y en medio del hielo acababa.

Sacaron el cadáver de la furgoneta y lo dejaron caer sobre el embarcadero como si se tratara de un pescado. La piel tenía una tonalidad gris uniforme, a excepción de los huesos prominentes —frente, mandíbulas, nariz—, ahí la piel estaba tensa e increíblemente blanca. Un juez de instrucción examinó el cadáver, pero esta vez no fue el doctor Barnhouse, sino un hombre joven con el que Cardinal nunca había trabajado antes. Hizo su trabajo tranquila y minuciosamente, sin las fanfarronadas de su antecesor.

Cardinal calculó que al ver el cadáver de Eric Fraser diría alguna frase reveladora, histórica; para qué negarlo, había imaginado esa escena miles de veces. Pero al ver aquel cuerpo frágil e inerte, cayó en la cuenta de que nada podía comentar. Sabía que había varias cosas que debía sentir. Se suponía que tenía que sentir que aquel monstruo había sido afortunado, que de haber sobrevivido no hubiera escapado del castigo de la sociedad. Pero de aquel despojo pálido y de muñecas de niña sólo podía deducir que no era más que otro ser humano y no un monstruo. Cardinal meditó sus emociones, a medio camino entre el horror y la lástima.

Durante largo rato, nadie habló. Lise Delorme resumió la sensación de todos.

—Dios mío —dijo con una voz apenas audible—, qué pequeño era.

Finalmente, el juez de instrucción ordenó tapanlo.

Al darse la vuelta, Cardinal avistó los primeros coches con sus faros encendidos que ya bordeaban la bahía; pronto sería la hora punta. Gracias a Dios, pensó, habían podido trabajar sin la habitual multitud de mirones. Siempre hay uno o dos que vienen a fisgar llueva o truene. Por eso, al encaminarse colina arriba hacia su coche, no le sorprendió ver a una persona plantada al costado del camino, observando lo que ocurría en la orilla del lago. Era una mujer baja y de aspecto vulgar. Con su mano

enguantada sujetaba un pañuelo como si estuviese llorando.

Cardinal había estado tan ocupado con el caso Pine-Curry que su mente no terminaba de acostumbrarse a pensar en otros asuntos. Las horas se alargaban infinitamente. Ocuparse del futuro lo deprimía y lo inquietaba. Una parte de él quería sincerarse con Catherine pero la otra temía hacerlo, al menos hasta que le dieran el alta del hospital.

En el transcurso de una sola tarde había repuesto un cristal roto, descongelado el refrigerador, hecho la colada y reparado la tubería de agua caliente. Ahora se encontraba en el garaje, arreglando la abertura por la que los mapaches entraban a abrir las bolsas de basura. Cardinal había cortado un nuevo trozo de contrachapado para obstruirla y se disponía a quitar la madera vieja, que se había podrido.

La ansiedad lo corroía por dentro. El jefe se encontraba en Toronto de reunión, pero sin duda le telefonaría al volver. Cardinal se dio cuenta de que realizar aquellas tareas nimias mantenía a raya su pánico. Creyó estar al borde de la desesperación, a punto de perderse. Su futuro era una senda que desaparecía en medio del bosque.

¿Y qué iba a hacer él con el resto del dinero? Apenas sí bastaba para el último semestre de Kelly. ¿Qué hacer con él ahora? ¿Devolvérselo a Rick Bouchard? Bouchard había sido condenado por tráfico de drogas, pero su lista de méritos era larga, incluía lesiones, abuso sexual, robo con agresiones y al menos un intento de asesinato. «¿Rick Bouchard? —solía decir el teniente, su jefe, en Toronto—. Es un quinqui analfabeto. Tendrán que construir un ala en el infierno sólo para él».

Cuando estaba a punto de colocar el trozo de contrachapado, Cardinal se dio cuenta de que era incapaz de dejar fuera a los pobres mapaches. Si aquél era el único refugio y fuente de alimentos de los animalillos, cerrarles la entrada equivalía a matarlos. Lo que hizo fue recortar un cuadrado más pequeño en la tabla que ya tenía y colocarle bisagras, así los mapaches podrían utilizarla como puerta. «¿Qué idea tan brillante has tenido, Cardinal, ahora sí que estás utilizando la cabeza!». Llegado el caso, y si seguía en la casa en verano, ya arreglaría el agujero.

Si seguía en la casa... Algo que cada vez parecía menos probable. Durante diez años había trabajado para el Departamento de Policía de Algonquin Bay. Ningún trabajo que fuera a conseguir —si es que aún estaba en libertad y si alguien le hacía el favor de emplearlo— llegaría a cubrir la hipoteca y mucho menos las facturas de la caldera.

Entró y se preparó una taza de café descafeinado. Era hora de aparcar sus problemas e intentar abordar el de los padres de Billy LaBelle. Con la muerte de Fraser, las posibilidades de encontrar los restos del hijo eran remotas. Los padres habían escrito una carta al *Lode* quejándose de que la policía había matado al asesino en vez de capturarlo vivo. ¿Cómo se suponía que iban ellos a superar la muerte de su

hijo?

Delorme y Cardinal se habían repartido la caja de libros y papeles que habían encontrado en la habitación de Fraser. Buscaban apuntes, mapas o cualquier otra pista que pudiera llevarlos a descubrir la tumba de Billy LaBelle. Había ediciones de bolsillo de pornografía y sadomasoquismo con portadas espeluznantes, y varias obras del marqués de Sade con pasajes subrayados. Cardinal hojeó una enciclopedia de aparatos de tortura. Había un libro que trataba de los mártires y los tormentos a los que fueron sometidos. El contenido de la caja lo perturbaba, pero no halló nada que pudiera servirle.

Examinó el resto de libros. Entre las ediciones de bolsillo descubrió un ejemplar voluminoso de Los cuentos de Canterbury de Chaucer. Cardinal creyó recordar que algunos de sus relatos eran bastante subidos de tono pero, aunque lo fueran, Chaucer estaba a años luz de distancia de los gustos literarios de Eric Fraser.

Sonó el teléfono y, tras la búsqueda habitual del inalámbrico, Cardinal contestó. Oyó a Lise Delorme gritando a Arsenault que se callase de una vez.

—Vaya jaleo, ¿qué pasa, Lise?

—Cuando no está el superior, alguna gente... Bueno, tú ya me entiendes. Estoy deseando que vuelva R. J. y ponga un poco de orden.

—Intento descubrir dónde enterró Fraser a Billy LaBelle. Oye, ¿por qué no vienes a casa y revisamos todo esto juntos? Quizá se nos ocurra algo.

—Me parece bien. Haría cualquier cosa con tal de alejarme de Arsenault. Este tipo es mucho más que un adicto al trabajo.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—No te lo vas a creer, John. Será mejor que te sientes.

—¿Qué es lo que pasa, Lise?

—John, han encontrado otras huellas dactilares en la furgoneta de Fraser. En todas partes: en el asiento del acompañante, en el volante, en la parte de atrás. Son de alguien que subía en la Windstar muy pero que muy a menudo. Y escucha bien, John, han encontrado el arma homicida. Hay un noventa por ciento de probabilidades de que sea el mismo martillo que se usó para matar a Todd Curry, y está cubierto de esas otras huellas.

—Dios santo. El hijo de puta tenía un asistente...

—Eran dos, John. Eran dos asesinos.

Se hizo un silencio en la comunicación. Podía oír la respiración de su compañera. Cardinal tardó en asimilar aquella primicia. Finalmente preguntó:

—¿Qué has encontrado en el ordenador?

—Nada, no está fichado. No tenemos ni idea de quién pueda ser, podría ser cualquiera. Ya he llamado a Troy y a Sutherland. Dicen que nunca vieron a Fraser en compañía de nadie.

—Entonces ven y revisemos todo esto. Algo encontraremos.

Delorme prometió estar allí en un par de minutos.

Así que eran dos, caviló Cardinal. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Quizá fuera lógico. ¿A quién se le hubiera ocurrido pensar que pudieran coincidir dos mentes igual de enfermas? ¿Cuántas posibilidades había de que dos asesinos anduviesen sueltos al mismo tiempo en Algonquin Bay? Ahora comprendía por qué el perfil que les había enviado la Policía Montada era tan confuso: estaba describiendo las elucubraciones de dos mentes, no una. Cogió el volumen de Chaucer. ¿Así que eran dos? Procurando detenerse en algún indicio que hubiese pasado por alto, repasó mentalmente el archivo del caso de cabo a rabo. Pero en el lugar de los hechos no habían encontrado ni otras huellas dactilares ni otros cabellos.

De pronto notó que el libro que tenía en la mano no le pesaba, qué extraño. Pasó las páginas con el pulgar y en medio de ellas descubrió una cavidad rectangular. Alguien muy descuidado había ahuecado el libro con un cúter. La cavidad medía unos dieciocho por diez centímetros y dentro de dicho espacio, envuelta en papel de seda para que calzara a presión, alguien había escondido una videocasete sin etiqueta. La cogió por las esquinas y la introdujo en su reproductor. La pantalla se iluminó con una imagen que recordaba una tormenta de nieve eléctrica.

«Quizá no contenga nada —se dijo—. Quizá sea una cinta virgen o tal vez sea simplemente una película porno de esas que se encargan por correo». Si tal era el caso, ¿por qué tomarse tantas molestias para ocultarla? Cardinal cogió el mando a distancia y se plantó en medio del salón con los brazos cruzados sobre el pecho, a la espera de que la imagen tomara forma. La pantalla parpadeó y a continuación se oscureció.

Por un momento creyó que el aparato se había apagado, pero de la oscuridad comenzaron a vislumbrarse lentamente un sofá y, detrás, un cuadro... Cardinal reconoció el lugar: era la casa de la familia Cowart, la misma en la que Todd Curry había sido asesinado.

Como respondiendo al pie del director, Todd Curry apareció en la pantalla. Entró en escena con un par de Zancadas y ocupó su lugar en el sofá.

—¿Ya está grabando? —preguntó a alguien que se encontraba detrás de la cámara.

El sonido era aún peor que la iluminación. Una voz le contestó, pero Cardinal no pudo distinguir las palabras. Los focos se encendieron y Todd Curry entrecerró los ojos, deslumbrado. Daba sorbitos nerviosos a su botella de Heineken.

—Todd Curry... —pronunció Cardinal sin poder contenerse, y pulsó el botón de pausa.

La imagen congelada mostraba al chico brindando botella en alto. Bajo aquellos focos y rodeado de tanta oscuridad, parecía un conejo encandilado por los faros de un

coche.

—Todd Curry —repitió—. Pobrecito.

Se acordó de su cuerpo esmirriado en posición fetal, con los vaqueros bajados, arrumbado en la carbonera. Si sólo pudiera apretar una tecla e impedir lo que iba a ocurrir, divagó Cardinal... Pero volvió a apretar la pausa y el chaval acabó de un trago su cerveza.

Se oyó nuevamente la voz del director, sonaba metálica debido a la distancia que la separaba del micrófono.

—Di algo —insistió.

El chico hizo el ganso, luego eructó.

—¿Qué tal, eh? ¿Te ha gustado?

Cardinal intentó subir el volumen, pero sin querer le dio a la pausa. Entonces llegó desde la calle el estruendo de un choque tremendo. Se oyó el crujido del metal y luego el pitido de un claxon, seguramente tras el impacto de la cabeza del conductor contra el volante. Por el ventanal que daba a la calle logró ver un automóvil pequeño que acababa de atravesar su entrada e incrustarse en los abedules tras el camino. El accidente no parecía ni la mitad de grave que el sonido que lo había precedido.

Sin siquiera ponerse su anorak, Cardinal bajó corriendo los escalones del porche hacia los abedules. La conductora había salido del vehículo destrozado.

—Han sido... Han sido unos hombres... Ayúdeme, por favor —farfulló.

—¿Está usted bien? ¿Está segura de poder caminar?

La mujer se agarró la cabeza y miró hacia un lado y luego hacia el otro, presa del miedo y la confusión.

—Han sido unos hombres, eran tres. Me violaron y me dijeron que me matarían.

Cardinal le pasó el brazo por encima del hombro y la hizo entrar en su casa.

—Pase, en mi casa estará segura.

El aire congelado atravesaba la lana del jersey con la facilidad con que lo hubieran hecho unas agujas de acero. Con la cabeza gacha, llorando y a trompicones, la mujer se dejó llevar.

—Me han violado, me han violado. Por el amor de Dios, tiene que llamar a la policía.

—Tranquílcese, soy policía.

Una vez dentro, Cardinal sentó a la mujer junto a la estufa y pulsó el 911, el número de la policía. Tardaban siglos en contestar. Mientras esperaba, echó un vistazo profesional a la mujer: abrigo verde de plumón, un corte considerable que tenía en la parte posterior de la cabeza, un eccema feroz que le cubría el rostro. El corte del cuero cabelludo era grave. Cardinal tuvo la impresión de que el moretón se había hinchado muy rápidamente y se preguntó si bajo la piel no habría un hematoma.

Por fin, alguien atendió la llamada.

—¿Departamento de Policía de Algonquin Bay? Habla el detective John Cardinal, necesito que envíen una ambulancia al 425 de Madonna Road. Mujer de entre veinticinco y treinta años, víctima de una violación. Ha sufrido una contusión en el cráneo y probablemente alguna otra herida.

El agente de guardia le pidió que no colgase.

La mujer, que se había echado hacia delante como si le doliera el vientre, lo miraba con ojos de miope.

—Usted es el héroe que atrapó al asesino de Windigo, ¿no es cierto? Lo vi en la tele.

A sus espaldas, las imágenes se sucedían en silencio. Una segunda persona entraba en escena.

El agente de guardia pidió a Cardinal que repitiese la dirección.

—Cuatro dos cinco de Madonna Road. En Trout Lake, pasado Pinehaven. Es la segunda salida a la derecha después de Four Mile Road. No tiene pérdida. Verán un coche medio subido a la acera. —Cardinal tapó el auricular y se dirigió a la mujer—. El automóvil que conduce es un Ford Pinto, ¿verdad?

—¿Qué? Ah..., sí, sí, es un Pinto.

—En efecto, un Pinto gris —confirmó—. Es imposible que no lo vean.

—Salió por la tele, lo vi —insistió la mujer.

Cardinal no había notado que olierá a alcohol, pero la mujer se balanceaba en el butacón como si estuviera borracha.

En la pantalla, la segunda persona se había sentado junto a Todd Curry; era una mujer. Sobre su piel en carne viva se reflejaba la dura luz de los focos.

La mujer que Cardinal tenía delante se tocó la cara con suavidad, sus dedos recorrían la superficie escamada y áspera de su mejilla.

Cardinal se esforzó por mantener una expresión impasible. «Ella aún no sabe que yo estoy al tanto —se dijo para tranquilizarse—. Se ha emborrachado para venir a amenazarme pero aún no sabe que he averiguado su identidad».

—¿A quién va a llamar ahora? —inquirió ella de pronto.

—A la jefatura, para que le tomen declaración. Ah, y no se preocupe, tenemos un psicólogo para casos como el suyo. Es una mujer.

«¿Habrás oído la mentira en el tono de mi voz? —dudó—. ¿Se habrá dado cuenta?».

Cardinal había empezado a marcar el número cuando la mujer sacó un revólver del abrigo. Apuntó a la cabeza.

—Será mejor que no lo haga.

Cardinal soltó el inalámbrico y levantó las manos.

—No estoy armado, ¿vale? No vaya a cometer ninguna locura.

En el televisor apareció la imagen de Fraser. Arrancaba a la mujer situada junto a Todd y éste gesticulaba fingiendo sorpresa.

—¿Lo hicisteis con un guión? —preguntó Cardinal—. Habías planeado los movimientos de antemano.

Siguiendo la mirada del policía, la mujer se dio la vuelta.

—Es Eric —suspiró—. Ése es mi Eric.

Cardinal se arrimó al armario, a la puerta entreabierta donde colgaban la cartuchera y su Beretta. Se movía casi imperceptiblemente.

—No te muevas.

—Cálmate. No me he movido ni pienso irme a ninguna parte —dijo Cardinal con la voz más afectuosa y menos amenazadora que pudo afectar.

En la pantalla, Fraser empuñaba un martillo.

«Lo debía de tener escondido detrás del sofá —pensó Cardinal—, preparado para cuando tuviese que usarlo». Mientras gritaba algo a Todd Curry, lo levantó...

Y lo dejó caer. La boca del chico se abrió y los músculos de su cara perdieron toda tensión. Fraser volvió a asestar un mazazo tras otro. La mujer se había situado detrás del sofá y del chico. Lo tiraba hacia atrás cogiéndolo de la melena ensangrentada, lo hacía para exponer la cara y el cuerpo de Todd Curry a los impactos del martillo y las patadas de Eric.

—No era nadie —aseguró Edie—. Sólo un mierda que recogimos de la calle.

Vio que se había sentado sobre el control remoto. Lo encontró y rebobinó la cinta.

La secuencia se sucedió hacia atrás. Fraser desenterraba su bota de entre las costillas del chico, retirando la muerte que había infligido. La sangre trepó por el pecho de la víctima como succionada por la nariz, y las lágrimas rojas regresaron volando a las cuencas de sus ojos. El chico volvió a bajar los brazos, y éstos se curaron. El terror dio paso al azoramiento y, con un último respingo no carente de comicidad, el martillo se alejó llevándose consigo el dolor y la conmoción del semblante de Todd Curry. El chaval volvió a repantigarse y a reír.

Entretanto, Cardinal se aproximaba poco a poco al armario.

—¿Por qué no me cuentas cómo ocurrió? ¿Te obligaba Eric a que lo ayudaras, fue así como pasó?

La mujer se puso de pie.

—Nunca me obligó a hacer nada que yo no quisiera. Eric me amaba, ¿sabes? ¿Llegas a entenderlo? El nuestro era un amor especial, mejor que cualquier chorrada de esas que aparecen en los libros. Y era un amor verdadero, trascendía el tiempo y el espacio. Quizá puedas llegar a comprenderlo, pero lo dudo.

—Cuéntamelo, ayúdame a entenderlo.

La mujer se había colocado en posición de tiro, rodillas flexionadas, la mano izquierda reforzando la derecha, que sujetaba el arma. Cuando miraba al policía, lo

hacía alineando su ojo, la mira y la cabeza de Cardinal.

Cada vez que podía, él se inclinaba hacia la cartuchera con la mayor lentitud posible. Ella lo notó, y él tuvo que levantar una de sus manos para demostrar que la tenía vacía.

La mujer bajó un poco el cañón. Parecía distraída, como si en realidad no lo estuviese mirando; como si no le interesara la escena que se desarrollaba ante sus ojos, sino alguna otra, distante, evocada tal vez. Entonces la mirada se le aclaró y apretó el gatillo.

La bala le entró en el abdomen por encima del ombligo. Cardinal hincó una rodilla como haciendo una genuflexión. Fue un breve momento de gracia porque después sus entrañas se prendieron fuego. Unos instantes más tarde se dobló y cayó al suelo sobre su costado.

La mujer dio dos pasos rápidos y enseguida lo miró desde arriba. No hizo mueca alguna ni sonrió.

—¿Qué se siente? —dijo como si preguntara la hora.

La puerta más cercana estaba a un metro y medio. «Lo mismo da», pensó Cardinal. Podía estar a diez. En lo alto, la mujer aún sujetaba el arma, pero la mantenía alejada de su alcance. Cardinal no pensaba más que en llegar al armario, mas no lograba reunir las fuerzas para ponerse de pie.

—¿Qué se siente? —reiteró ella—. ¿Es agradable? Dime, ¿te gusta?

Cardinal se echó a llorar. No es frecuente oír llorar a un hombre adulto. Se le vino a la mente aquel accidente en el paso elevado. Una barra de aluminio había atravesado el cuerpo del conductor a la altura del estómago empalándolo al asiento. Cardinal recordó que aquel moribundo lloraba igual que él.

La sangre se le escurría de entre las manos. Se apretó la herida y con sumo esfuerzo volvió a intentar ponerse de rodillas. La mujer retrocedió.

«Son dos pasos hasta el armario —se dijo Cardinal—. Dos malditos pasos. Si alargó el brazo alcanzaré la Beretta». Lo intentó, gateó, pero no tenía fuerzas en el brazo.

La mujer se inclinó para mirarlo. La cara eccematosa apareció boca abajo, un truco de perspectiva que el cerebro de Cardinal, aturdido por el dolor, no llegaba a descifrar del todo.

—Un tiro en la barriga —explicó—. Es horrible, se tarda horas en morir de un tiro en la barriga. ¿Qué piensa al respecto?

Le apuntó. Otra vez al vientre.

—¡Joder! —exclamó Cardinal, alzando patéticamente la mano para detener el proyectil.

No llegó a oír aquel segundo disparo. La bala le atravesó la palma de la mano y penetró en su abdomen. De repente, el cuarto se volvió blanco, pero al cabo de unos

segundos recobró el color, como lo hace una fotografía en el líquido de revelado. No lograba recordar. ¿Hacia dónde se dirigía? ¿Qué era lo que había querido coger? ¿Era tan importante? ¿Por qué?

La mujer le habló pero él no pudo comprender las palabras a causa del dolor. ¿Cuatro más? ¿Era eso lo que le decía aquella mujer? «¿Que aún tiene cuatro para mí?». Las palabras llegaban una tras otra pero no significaban nada para Cardinal. «¿Cuatro más... qué? ¿Ése es el mensaje?». Entonces comprendió: «Me está diciendo que tiene cuatro balas más para mí».

El revólver se balanceaba sobre él como la espada de Damocles. Cardinal se tumbó de lado como si sus costillas fuesen a desviar el disparo. Entonces oyó un estruendo. Algo le cayó encima de la pierna. Era el revólver, la mujer lo había soltado.

Cardinal abrió los ojos. El pecho de la mujer estaba salpicado de sangre. Había levantado la cabeza de un respingo, como si hubiese oído gritar su nombre. Luego hizo el gesto de querer limpiarse la sangre del pecho, y entonces su cara dibujó un gesto de crispación, como si de pronto hubiese comprendido que tendría que llevar la prenda al tinte y que le costaría bastante limpiarla.

«Está muerta —pensó Cardinal—. Pero todavía no lo sabe».

El cuerpo de la mujer se le vino encima y aterrizó sobre sus piernas.

Delorme llegó corriendo y se arrodilló junto a su compañero. Él no lo podía creer, Lise Delorme estaba arrodillada a su lado y procuraba tranquilizarlo con el mismo tono que él había usado tantas veces para aliviar el dolor de las víctimas de horribles accidentes. «Te pondrás bien... Aguanta... No te me vayas...». Y otras frases extremadamente fútiles. Pero Delorme llevaba algo blanco en la mano. ¿Era una funda de almohada o el cabestrillo de su brazo herido? Cardinal no lo sabía, pero vio que con gran eficiencia rasgaba aquella tela para vendarlo.

Las normas de la unidad de cuidados intensivos del Hospital St. Francis eran todavía más estrictas que las del City Hospital, donde se recuperaba Keith London. El St. Francis tenía una norma inquebrantable, sólo se permitían visitas de la familia del paciente.

Por eso, a pesar de los potentes calmantes, Cardinal no dejaba de preguntarse cómo habían hecho Arsenault y Collingwood para entrar en su habitación; y Delorme, que con el brazo todavía en cabestrillo, también se había presentado. Cardinal tendría que reprenderla por no coger el arma como les habían enseñado. Eso le enseñaría. Seguro.

Con severidad y al mismo tiempo con una buena dosis de secretismo, Delorme le había mostrado un sobre cerrado. Estaba seguro de que en el interior de aquel sobre se escondía una historia que tenía que ver con él. Pero en aquel estado de embriaguez narcótica, con sus constantes pérdidas y recuperaciones de conciencia, no lograba dar con su significado. No cabía duda de que la letra del sobre era la suya, pero ¿por qué la habría dirigido al jefe Kendall?

¿Y cómo había hecho McLeod para entrar? Si McLeod estaba postrado, ¿cómo había llegado hasta allí? Pronto se acordó. Lo había hecho dando botes y se había situado junto a la cama, con las muletas encajadas en las axilas y un calcetín mugriento en la punta de su escayola o como quiera que se llamen esos moldes de plástico que las han reemplazado. Algunos allegados se habían ofendido por el lenguaje soez de McLeod, habían mandado llamar a la enfermera jefe. Ella también acabó enfadándose con él.

Hasta Karen Steen había acudido a verlo, la amable y gentil Karen Steen. Solicita como siempre, había ido a colmarlo de agradecimientos que curaron sus dolencias como un bálsamo. Le había regalado un oso de peluche con gorra de policía. Cardinal aún recordaba su perfume. De aquel encuentro retuvo que Keith London había sido dado de alta de la UCI y que los doctores aseguraban que se recuperaba estupendamente. Karen le contó que su novio había recobrado el conocimiento y que poco a poco comenzaba a hablar. Keith no recordaba cómo había recibido la herida, ella deseaba que nunca lo hiciera.

¿O había sido Delorme quien le había regalado el oso? A Veces, cuando el Demerol hacía efecto, tenía la impresión de que el oso le hablaba. No, no podía ser. Ahora estaba seguro de que el peluche provenía de la señorita Steen. Era lógico, Delorme era analítica, no tenía ni una sola vena sentimental en todo el cuerpo.

—Qué familia tan numerosa la suya, señor Cardinal —comentó la enfermera que le ponía las inyecciones.

Era una mujer impasible, joven, pecosa y con los dientes delanteros separados.

—¿Qué familia? Esas personas no son mis parien... ¡Ay!

—Ya está. Ahora quédese boca abajo mientras yo ordeno esto un poco. —Se puso a estirar las sábanas; cuando las desplegabá sonaban como chasquidos—. Y vaya boca tiene su pariente el pelirrojo —prosiguió la enfermera sin dejar de ir de un lado al otro—. Hizo bien al mandarle un ramo de flores a la enfermera jefe. Quizá lo dejen entrar más adelante.

Cogió a Cardinal y lo giró como a una tortilla francesa, después lo agarró de las axilas y lo sentó. Lo hizo todo con la naturalidad y aparente falta de esfuerzo que sólo logran los profesionales. La maniobra hizo que a Cardinal le doliera hasta la raíz del pelo.

—No se le parece en nada, el pelirrojo. Nunca hubiera adivinado que eran hermanos.

Los analgésicos cubrieron su dolor como la tinta impregna el papel secante. Le sobrevino un sopor ligero poblado de sueños, tras el cual se despertó sintiéndose de maravilla. En la profundidad de su ser, sin embargo, acechaba una forma dispuesta a asolarlo, una forma cada vez más definida, cada vez más parecida a la angustia. Volvió a dormirse. Soñó que Catherine se había curado y que ahora era ella la que lo visitaba y cuidaba de él, como un ángel guardián... Pero al despertarse en mitad de la noche no vio a nadie, solamente oyó los zumbidos y pitidos de los aparatos, las palpitaciones dolorosas en las entrañas y las risas de alguien al final del pasillo.

—Nunca creí que el otro asesino fuera una mujer —repetía Delorme—. Todo poli sabe que algún día tendrá que disparar y quizá matar para salvar una vida. Eso lo sabemos todos. Pero cuántos polis tienen que matar a una mujer, ¿eh, John? Me digo a mí misma que era una asesina, pero aún me entran ganas de vomitar. No puedo conciliar el sueño. No puedo comer.

Divagó durante un rato y él dejó que lo hiciera, estaba feliz de que Delorme estuviese a su lado. Ella le contó quién era la mujer y dónde vivía. Le relató cómo encontraron a la abuela famélica en el dormitorio de la primera planta. Le refirió su primer encuentro con Edie Soames y cómo le había seguido la pista al CD partiendo de la biblioteca. Y lamentó no haber sido más lista —lo dijo casi llorando— y no haberla interrogado.

Incluso bajo el efecto de las drogas, Cardinal repasó los hechos: nadie hubiera movido un dedo para comprobar una prueba tan endeble. Pero Delorme estaba inconsolable. Quizá le hubiese salvado la vida a Woody —se mortificaba— y hoy un bebé aún tendría un padre.

Cardinal le pidió detalles sobre el registro de la casa de Edie Soames.

—A Katie Pine la asesinaron en el salón, mientras la abuela dormía en el cuarto

de arriba. La casa es la que aparece en la cinta magnetofónica. ¿Sabes qué fue lo primero que oí al entrar? El reloj de repisa. Estaba encima de la chimenea, igual que en la cinta.

—Vaya, me hubiera gustado verlo.

Delorme le enumeró las cosas que encontraron allí: otra arma, una lista y el diario de Edie.

—¿Llevaba un diario? Apenas pueda le echaré un vistazo.

—Da repelús, ¿sabes? —replicó Delorme—. Y lo que más grima da es que no tiene nada de especial. Podría tratarse del diario de cualquier chica: maquillaje, peinados y sus reflexiones sobre el amor que sentía por su novio. También escribió algunas líneas sobre Billy LaBelle. Lo mataron ellos.

—¿Pone dónde lo enterraron?

—No. Pero encontramos otra cosa: una cámara y algunas fotos sacadas delante de la casa donde mataron a Todd Curry, y otras con la isla Windigo de fondo. Ah, y ésta, cerca del depósito de agua.

Le mostró la foto. En la instantánea se veía a Edie dibujando un ángel en la nieve. A él le costó enfocar la imagen.

—No está muy lejos del lugar donde se deshicieron del cuerpo de Woody, a poco menos de un kilómetro. Tampoco está lejos de la estación de bombeo —aclaró ella.

—¿Cómo lo sabes? Podría ser cualquier sitio con nieve.

—Yo pensé lo mismo. Pero fíjate en la tubería maestra.

—No logro distinguirlo bien. ¿Qué es, un número?

—Sí, es un número. La compañía de aguas nos dijo dónde estaba la tubería. —Le apoyó la mano en el hombro a su compañero y concluyó. Creo que allí es donde enterraron a Billy LaBelle.

—Deberíamos enviar un equipo que excavara la zona de inmediato.

—Ya lo están haciendo. Cuando salga del hospital iré para allá.

—Me había olvidado... —dijo Cardinal como pudo debido al efecto de los calmantes—. Me había olvidado de lo eficiente que eres.

Se dio la vuelta para dormir y entonces vio el oso con la gorra de policía.

—Y gracias por el oso, Lise.

—Yo no te regalé ningún oso.

Delorme regresó, pero Cardinal no habría podido asegurar cuánto tiempo había transcurrido desde la última visita, si una hora o un día. La notó cansada y pálida. Acababa de regresar de informar al matrimonio LaBelle que por fin había hallado el cadáver de Billy.

—Ha sido espantoso —dijo ella—. No creo que sirva para investigar homicidios.

—Naturalmente que sí. Otro poli no hubiera encontrado el cuerpo y los LaBelle

se habrían pasado el resto de sus vidas preguntándose qué le habría pasado a su hijo. No es nada agradable, pero al menos a partir de ahora se cicatrizarán sus heridas.

Delorme no dijo nada durante unos segundos. Después se puso en pie, miró si había alguien en el pasillo y volvió a entrar. De su bolso sacó un sobre cerrado.

—La primera vez que te lo mostré estabas hasta las orejas de calmantes.

—Mi carta a Kendall... ¿Cómo te enteraste?

—Revisé los archivos de tu ordenador, lo siento. El día que se te ocurrió lo de la pulsera de dijes, aproveché para leer lo que estabas escribiendo. Vi que era una carta dirigida al jefe. Se está trasladando al despacho de Dyson, y su correo..., pues, digamos que yo llegué primero. Nunca llegó a leerla, John. Dice que va a venir a verte, se preocupa por ti.

—No debiste hacerlo, Lise. Si llega a salir a la luz en el juicio...

—No habrá juicio. Los dos han muerto, ¿recuerdas?

—Te juegas el puesto.

—No quiero que un buen poli se quede sin empleo. Lo hiciste cuando estabas bajo una presión terrible. Que yo sepa, no formas parte de ningún escuadrón de la muerte que vaya por ahí aterrorizando a la gente. Le he estado dando vueltas, John. Acusarte haría más mal que bien, ésa es la verdad. Además, Toronto está fuera de mi jurisdicción. Nadie me pidió que investigara tus andanzas allí.

—Pero ahora voy a tener que pasar por todo eso otra vez.

—No tienes por qué. No hay ninguna razón para que vuelvas a pensar en ello.

Pero Cardinal sabía que lo haría, pensaría en ello cuando los calmantes dejasen de surtir efecto, cuando volviese a casa, cuando se despertase en mitad de la noche. Apenas pudiese hacer caso omiso del orificio que tenía en la mano y los dos que le perforaron el estómago, volvería a ponderar el delito cometido en Toronto. Nunca desaparecería. Ahora lo entendía, ésa era la forma que lo acechaba en la niebla. Además, R. J. no había sido el único destinatario de aquella carta.

A la mañana siguiente, Cardinal despertó en una habitación y sala distintas. El sol inundaba la estancia, lo sintió sobre la piel incluso antes de abrir los ojos. Concentrada, tras su paso por el cristal de las ventanas, la luz caía tibiamente sobre su brazo. Experimentó algo agradable, muy parecido a la recuperación. Decidió quedarse tumbado como un gato y absorber toda aquella energía, pero cuando se desperezó, los puntos que le remendaban el estómago le hicieron cambiar de parecer. Al rato notó que una mano suave y cálida cogía la suya.

—¿Qué tal está mi dormilón?

—¿Catherine?

—Eso parece, cariño. Me han dado el alta.

Su esposa se sentó en el borde de la cama, a Cardinal el aspecto de su cónyuge se

le antojó muy distinto del de un ángel guardián. Sus ojos distaban mucho de asemejarse a serenos estanques de certeza, eran esquivos y denotaban una gran preocupación. El párpado izquierdo estaba más caído que el derecho, señal inequívoca de que seguía fuertemente medicada. Pero al menos la ansiedad había desaparecido. Catherine ya no sufría temblores y sus manos cogían las de su marido con firmeza.

—Ya no estoy trastornada. El litio me mantiene serena. Funciono a base de litio, como la nave de «Star Trek». Perdona, no quise hacer un chiste intergaláctico.

Catherine llevaba puesta la boina que él le había regalado. Un detalle, un gesto insignificante, y sin embargo Cardinal no encontraba las palabras para expresar cuánto lo había emocionado.

—Estás estupenda —fue lo único que atinó a decir.

—Después de haberte casi ahogado y de haber recibido dos balazos, tengo que admitir que tú tampoco estás nada mal.

Siguió un silencio largo. Cogidos de la mano, intentaban hallar las frases que los ayudasen a recorrer el largo camino de volver a conocerse.

—Han llegado muchas flores a casa, y también tarjetas.

—Sí, la gente se ha portado muy bien.

—También vino a traerte flores un hombre, un tipo grandote con un parche que le cubría el ojo. Parecía estar muy preocupado por ti. Te he traído su tarjeta.

Sacó de su bolso una tarjeta Hallmark con flores, un diseño de lo más cursi. Contenía una frase que rebosaba cariño: «Ya nos veremos por ahí. Rick».

—Un tío encantador, ese Rick. —Hizo una pausa—. ¿Llegaste a recibir mi carta?

—Sí, la recibí, y Kelly también. Pero ya hablaremos de eso en otro momento.

—¿Qué dijo?

—Pregúntaselo tú mismo, está de camino.

—Está enfadada, ¿verdad?

—Por ahora está preocupada. Pero apenas se le pase se cabreará contigo. ¿Qué esperabas?

—He metido la pata hasta el fondo. Lo siento, Catherine.

—Yo también lo siento. ¿Cómo no voy a sentirlo?

Y mientras pensaba en cómo expresarlo de la forma más adecuada, bajó la vista. En la ventana, los gorriones recordaban un puñado de semillas que alguien hubiese lanzado contra el azul del cielo.

—Lo que me entristece, John, es que hayas hecho algo malo. Pero no significa que por eso crea que eres malvado. Me entristece porque sé cuánto te remuerde. Pero una parte de mí, y esto te sonará extraño, John... —No pudo continuar—. Es muy agradable volver a decir tu nombre y no sólo oírlo como un eco dentro de mi cabeza, ¿sabes? Estoy feliz de volver a tu lado. Pero dejando a un lado la alegría y volviendo

a lo de antes, quería decirte que una parte de mí está muy, muy feliz de que hayas hecho algo malo.

—¿Cómo vas a alegrarte? ¿Qué estás diciendo?

—Nunca lo has entendido, ¿no es cierto? ¿Cómo ibas a entenderlo? Nunca aceptarás lo duro que es estar atado a mí, tener que cuidarme como a una criatura, tener que preocuparte de hospitales y de accidentes y preguntarte adónde se habrá ido esta vez. Pero por más duro que sea todo eso, creo que es mucho más difícil ser el objeto de tantos cuidados y atenciones. Es difícil ser la persona cuidada, es horrible ser una carga. Es horrible saber que eres el mayor gasto del presupuesto nacional. No sé si me entiendes...

—No digas eso, Catherine.

—Así que el hecho de que tú hayas hecho algo malo, de que hayas estado a punto de causar estragos en nuestras vidas... Lo que he querido decir con todo esto es que me alegra tener la oportunidad de ser la fuerte. Estoy encantada de que por una vez me necesites tú a mí.

El doctor de Cardinal entró en la habitación como un torbellino, saludando y haciendo preguntas, todo a la vez.

—No, no hace falta que se vaya —dijo al ver que Catherine recogía sus cosas.

Le iluminó la pupila a su paciente para constatar los reflejos oculares y le pidió que se sentara. Incluso lo obligó a dar algunos pasos. Cardinal se tuvo que agarrar de la barandilla de la cama como si fuera un viejecito, sentía que los intestinos le abrasaban por dentro.

—Que le den por el culo, doctor. Me vuelvo a la cama.

El doctor siguió garabateando en la gráfica de constantes.

—No se preocupe, no quería que caminara. Sólo comprobaba que le seguía doliendo. Está estupendamente. Su estómago tardará entre cuatro y seis semanas en cicatrizar. Las balas hicieron un desastre ahí dentro.

—¿Seis semanas?

—Le hará bien descansar. —Dirigiéndose a Catherine señaló a Cardinal con el pulgar y dijo en tono de sorna—: Qué héroe más gilipollas, ¿eh?

Acto seguido dejó caer la tablilla contra el pie de la cama y se marchó tan ruidosamente como había entrado.

—Con ese sentido del humor tendría que ser poli —espetó Cardinal.

El sudor de la frente ya se le había enfriado.

—Será mejor que me vaya —dijo ella—. Estás más blanco que las sábanas.

—No te vayas, Catherine. Quédate un poco más.

Ella le hizo caso, se quedó a velar su sueño. Al fin, todo sucedió tal y como él lo había soñado.

Cardinal cerró los ojos. Hubiera querido preguntarle si, a pesar de lo que había

hecho, aún quería vivir con él, compartir su felicidad con él. Pero los analgésicos actuaron sobre sus sentidos como una almohada suave y mullida; sintió que su cráneo, sus extremidades y hasta los músculos de la cara se sumían en un sueño profundo. Entrecerró los ojos y atisbó a Catherine sentada a su lado. Se había puesto las gafas y leía un libro que había traído con ella para matar el tiempo. Entre parpadeo y parpadeo, las paredes color verde pálido fueron transformándose en verdes y pálidos árboles. Las voces que resonaban en el pasillo se convirtieron en rugidos de animales salvajes y la puerta se fue abriendo de par en par hasta transmutarse en un arroyo.

Cardinal soñó con un viaje. Catherine y él navegaban por un río en una canoa, sobre un espejo de agua tropical, rodeado de una vegetación que él nunca había visto. Ella remaba en proa y él, a duras penas, dirigía el timón. El sol era de un amarillo brillante, como el dibujo de un niño. La canoa era verde, verde botella, y Catherine y él reían.



GILES BLUNT. Nacido en Windsor, Ontario en 1952 es uno de los mejores escritores canadienses de novela negra, que ya desde su primera obra, *Cold Eye*, se reveló como un gran conocedor de los mecanismos del thriller. Autor también de *Una tormenta sutil*, Blunt ha conocido un gran éxito de público y ha recogido diversos premios, entre ellos el **Silver Dagger** de 2001 por *Cuarenta maneras de decir dolor*. Además, ha sabido combinar su faceta de novelista con la de guionista de diversos episodios de series televisivas, entre las que se encuentra *Ley y Orden*.